J E ROWNEY

DÓNDE NADIE PUEDE OÍRTE



DONDE NADIE PUEDE OÍRTE

JE ROWNEY



Otros libros de suspense de esta autora

I Can’t Sleep
The Woman in the Woods
Other People’s Lives
The Book Swap
Gaslight
The House Sitter
The Work Retreat
The Other Passenger
Waking Up in Vegas
Xmas Break

Descubre más sobre la autora y sus libros en http://jerowney.com/

Si disfrutas leyendo este libro, por favor recuerda dejar una reseña. Las reseñas ayudan a los lectores a encontrar nuevos libros y a los autores a encontrar nuevos lectores.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con acontecimientos reales es pura coincidencia. Cuando se utilizan nombres de personas reales en este libro, los personajes son completamente ficticios y no pretenden guardar ningún parecido con las personas que llevan esos nombres.

Todos los derechos reservados.

© JE Rowney y Little Fox Publishing, 2025

Estimado lector,

Como autora de "Where No One Can Hear You", quiero asegurarme de que puedas tomar una decisión informada sobre tu experiencia de lectura. Esta novela contiene varios temas y situaciones que algunos lectores podrían encontrar perturbadores:

Agresión sexual (no descrita gráficamente pero mencionada)

Violencia contra adolescentes

Lesiones traumáticas y procedimientos médicos

Maltrato y explotación infantil (mencionados)

TEPT y recuperación de trauma

Abandono parental

Descripciones de sangre y lesiones

Temas de depredadores/asesinos en serie

Personas desaparecidas

Esta historia se centra en la sanación y la recuperación, pero aborda estos temas difíciles para ofrecer un retrato auténtico del trauma y la resiliencia.

Te animo a priorizar tu bienestar durante la lectura. La novela incluye momentos de esperanza, sanación y conexión junto a sus elementos más oscuros.

Cuídate,
JE Rowney

Nulli soli, omnes uniti.
Nadie solo, todos unidos.

PRÓLOGO

La sangre se siente caliente cuando abandona tu cuerpo. Como agua de baño. Como lluvia de verano. Como lágrimas.

La mía se desliza por mi cuello en pulsos constantes, cada latido de mi corazón empujando más de mi vida hacia fuera. Puedo sentirla acumulándose debajo de mí, filtrándose en las grietas de la carretera.

El aire nocturno enfría mi piel mientras yazgo en el centro de la desolada autopista, pero no cierro los ojos. No puedo. Cerrarlos significa rendirme.

Por favor, vedme.

Por favor, encontradme.

Las palabras surgen sin sonido. Mi garganta está demasiado destrozada para hablar. Pero sigo articulándolas, saboreando el cobre con cada sílaba. El asfalto bajo mi mejilla ha perdido el calor del día, enfriándose rápidamente mientras cae la oscuridad, pero mi cuerpo está frío por todas partes excepto donde fluye la sangre. Mis manos están atadas a mi espalda, la tela cortándome las muñecas. Flexiono los dedos, sintiendo la tibia humedad entre ellos, pero no hay forma de liberarme.

Sobre mí, los últimos rastros del crepúsculo se desvanecen, una cinta final de púrpura intenso rindiéndose al negro. Los cielos nocturnos se ven diferentes cuando estás tumbada de lado, con la barbilla presionada contra el hombro en un intento desesperado de contener la hemorragia de tu garganta. Las estrellas aparecen una a una, distantes y frías. Siempre pensé que eran hermosas. Ahora parecen crueles. Demasiado remotas, demasiado indiferentes, como si el universo se burlara de mí con su inmensidad mientras yo me vuelvo más pequeña.

La oscuridad se intensifica, el borde púrpura del horizonte ahora es solo un recuerdo. Apenas puedo ver los árboles que bordean la carretera, sus formas fusionándose en una sólida pared de sombra. La temperatura cae con cada minuto que pasa, el aire nocturno

mordiendo mi piel expuesta, haciéndome temblar donde el calor de mi sangre no llega.

Me centro en las estrellas emergentes, no en el dolor de mi cuerpo, no en la pegajosa humedad debajo de mí. Mi visión se vuelve borrosa y se contrae, la oscuridad avanzando desde los bordes como tinta derramada. El mundo se reduce a nada más que el latido lento e irregular de mi pulso, cada latido empujando más vida fuera de mí, hacia la fría carretera.

No sé en qué creo, pero envío una plegaria a la noche.

Envía un coche, por favor.

Envía a alguien. A cualquiera.

No a cualquiera. A alguien bueno.

No puedo morir aquí. No sola en esta carretera vacía sin nadie que me escuche.

Como invocado por mis pensamientos desvanecientes, lo oigo.

Un sonido, al principio distante, pero creciente. El inconfundible rugido de un motor cortando el silencio.

Mi corazón tartamudea, empujando más calidez por mi cuello. Un coche. Alguien viene.

Estoy aquí.

Por favor, vedme.

Por favor, encontradme.

El rugido se hace más fuerte, y de repente solo puedo pensar en cuánta sangre se ha acumulado debajo de mí, cómo ha pegado mi pelo al asfalto. Un enfermizo sentimiento de vergüenza inunda mis pensamientos. Debo parecer repugnante. Un desastre. Quien me encuentre, porque alguien me encontrará, quedará cubierto con mi sangre. Su coche quedará arruinado.

Las extrañas cosas que pasan por tu mente cuando te estás muriendo.

Mi mente flota.

Nunca comí en un restaurante de verdad.

No de esos con velas en la mesa, donde alguien te retira la silla y te rellena la copa antes de que esté vacía. No de esos donde el menú pesa en tus manos, páginas gruesas y suaves, llenas de platos que no sabría pronunciar. Siempre planeamos ir. Mamá dijo que

quizás para mi cumpleaños, a algún sitio bonito. Sin Paul, solo nosotras dos. Se suponía que me arreglaría. Pediría algo que nunca hubiera probado antes.

Tengo que llegar a los diecisiete.

Tampoco he visto nunca el océano. No en la vida real. Estaba en mi lista: meterme en las olas, dejar que la sal quemara mis labios, recoger conchas en mis bolsillos. Pero nunca lo conseguí.

Pienso en mi habitación con su papel pintado azul púrpura. Pienso en los calcetines que dejé bajo la cama, las notas que garabateé en los márgenes de mi libro de biología, el brillo labial de cereza que dejé abierto en mi escritorio. Mi madre lo encontrará todo. Se sentará en mi cama y pasará las manos por mis sábanas sin lavar, presionará sus dedos contra el espejo donde comprobé mi reflejo por última vez.

Apretará su cara contra cualquier cosa que huela a mí, solo para mantenerme cerca un poco más.

Espero que sepa que estaba intentando ser mejor.

Entonces me doy cuenta de que estoy divagando.

No puedo cerrar los ojos.

Obligo a mis párpados a mantenerse abiertos con cada pizca de fuerza que me queda, parpadeando con fuerza contra la oscuridad que quiere reclamarme.

El sonido del motor se acerca. Los faros atraviesan la oscuridad, haces gemelos cortando la noche como focos de búsqueda. Intento moverme, hacerme más visible, pero mi cuerpo se siente tan pesado. La tela alrededor de mi muñeca se hunde más profundamente mientras lucho, y el sabor fresco a monedas viejas llena mi boca.

Si la sangre sigue fluyendo, eso significa que mi corazón sigue latiendo.

Eso significa que sigo viva.

Un tipo diferente de miedo me agarra.

Si no me ven...

Está bien, me digo a mí misma.

Está bien.

El coche corona la colina. Por un momento, los faros me ciegan, brillantes contra la completa oscuridad.

Me verán.

Me ayudarán.

Pero entonces...

El coche se desvía.

Los neumáticos crujen sobre la grava.

Sigue adelante.No lo entiendo.

¿Por qué no se detuvieron?

Quizás no me vieron bien. Quizás pensaron que era otra cosa: un ciervo, una sombra.

El próximo coche se detendrá.

Alguien tiene que parar.

Alguien tiene que salvarme.

Para que pueda salvarla a ella.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO UNO

Estamos en el límite entre el invierno y la primavera. Uno de esos días en los que el sol lucha por calentar el pueblo, pero el viento aún porta un mordisco cortante. Aquí afuera, en la pista de grava detrás del estadio deportivo, estamos expuestas. Veintitrés chicas con pantalones cortos negros y polos piqué amarillos, todas menos yo con zapatillas que cuestan más que un fin de semana en el extranjero.

Solo hay deportes bajo techo hasta marzo, pero hoy, Bagley ha decidido curtimos. Hockey, netball, atletismo y cualquier nuevo infierno que se le ocurra. Nos colocamos en una línea imprecisa, con los brazos desnudos erizándose contra el viento.

Por una vez, mi corazón no martillea con el temor familiar de la selección de equipos. Sin una fila menguante de rechazadas, sin ser elegida la última.

Solo campo a través.

La palabra «*solo*» se me atraganta como una mentira. Fuera del campus, a lo largo de la pista, alrededor del embalse.

El hombro de Sarah roza el mío, firme como siempre. El jadeo en su pecho aumenta lentamente, una silenciosa rebelión contra lo que viene. Ella no está hecha para esto. Ninguna de las dos lo está. Somos más bajas, más blandas. Podríamos pasar por hermanas con nuestro pelo castaño ratón, siempre suelto a menos que, como hoy, nos obliguen a recogerlo.

Bagley ha sido nuestra profesora de educación física durante cuatro años y medio. En todo ese tiempo, nunca me ha caído bien. A veces aparece con una camiseta presumiendo de maratones que corrió hace años, pero ahora, es solo otra mujer de mediana edad aferrándose a glorias desvanecidas. Hoy, lleva su chándal y sudadera escolar, con el logotipo en negrita y orgulloso, y el lema debajo agrietándose por la edad. *Nulli soli, omnes uniti*. Nadie solo, todos unidos. Otra mentira.

Levanta su silbato.

—Carrera al embalse. Vamos, señoritas.

Y sale, liderando el grupo.

El grupo avanza como una marea, y nosotras quedamos atrapadas en la resaca. Sarah iguala mi paso, respirando en ráfagas cortas que hacen eco de las mías. Sabemos cómo va esto. El lento quedarse atrás. La distancia creciente. La vergüenza silenciosa de ser las últimas. No elegidas las últimas esta vez, pero últimas de todos modos.

Adelante, las demás se deslizan por la pista, sus cuerpos moviéndose al unísono, sus camisetas amarillas difuminándose en la mañana gris como acuarela demasiado diluida. Mis pulmones arden, mi corazón late con fuerza, mis músculos exigen más oxígeno del que mi cuerpo puede dar.

Si fuera un animal, los depredadores me habrían eliminado antes de que aprendiera a caminar. Si fuera un depredador, habría muerto de hambre en el primer invierno. Pero no soy ni cazadora ni presa, solo una chica fracasando en el simple acto de poner un pie delante del otro.

El primer tramo nos lleva por el camino donde se reúnen los fumadores en los descansos. Lo suficientemente lejos como para que lo único visible del colegio sea la parte superior del pabellón deportivo, su techo metálico inclinado como los refugios Anderson de los que hicimos maquetas en clase de historia.

Sarah me da un codazo. Vuelvo al presente. El último del grupo está fuera de vista. Sin nadie en la retaguardia. Sin nadie que nos controle. El colegio solo se preocupa por sus atletas, las que ganan. El resto de nosotras no importamos.

—¿Estás bien? —le pregunto a Sarah. No es que esté intentando hacer que esto sea sobre ella. Sé que solamente se está quedando atrás por mí. Con asma o sin ella, Sarah podría estar allí con las otras chicas.

No lo está. Está aquí atrás conmigo. Cuando yo bajo el ritmo, ella lo baja. Cuando apoyo las manos en las rodillas y me inclino, respirando con dificultad, ella también se detiene.

—Sí —responde. Inclina la cabeza para ver mi cara.

Hace el frío suficiente para que mis mejillas ya estén rojas.

—Podrían haber esperado —dice Sarah, inclinando la cabeza para mirarme.

Estamos solas. Abandonadas. Olvidadas.

Soy invisible.

—Sí. —Mi respiración es más estable ahora. El latido en mis sienes está disminuyendo.

La ruta en el lado opuesto del embalse se abre a un estrecho sendero. No hay señal de Bagley ni del resto de nuestra clase. Sarah se detiene, y mi corazón se hunde. Esperaba que ella tomara la iniciativa aquí. No tengo ni idea de qué camino deberíamos seguir.

Hay otro pensamiento que entierro: dos chicas como nosotras no deberían estar solas así. Es una tontería pensarlo. Vivimos en un pueblo tranquilo y bonito donde nunca pasa nada malo. Aun así, no puedo evitar mirar a mi alrededor, convencida de que alguien o algo está al acecho, esperando para atacar.

—¿Dijo Bagley...?

Dirijo mis pensamientos a la realidad de la situación en la que nos encontramos, y miro hacia la colina. Apenas es un camino. Las rodadas han cortado los dos lados de un montículo de hierba en el centro. Piedras sueltas salpican las dos líneas y estoy segura de que si intentara correr por allí, perdería pie y me torcería el tobillo. Ese mismo camino desciende, en dirección general al colegio. Pero incluso la sádica Bagley no querría arriesgar a que sus alumnas estrella se lesionasen en este terreno precario.

Al otro lado del sendero hay asfalto. Gris, frío, pero plano, estable.

—Yo... —Los ojos de Sarah siguen los míos, luego se gira. Arriba. Recto. Abajo—. Depende de lo salvaje que se sienta. —Fuerza una sonrisa.

—Entonces debe ser cuesta arriba —bromeo. La lógica me dice que es el camino más transitado: el asfalto.

Sarah está tomando un respiro, con los brazos cruzados, la espalda doblada, apoyada en sus rodillas.

—¿Podemos sentarnos un minuto? —pregunto, como si fuera por su bien. Mi pecho arde. Levantar las piernas se vuelve más difícil con cada paso, aunque hemos mantenido un caminar rápido en vez de cualquier tipo de carrera durante los últimos cientos de metros.

Mira su reloj.

—No deberíamos —dice Sarah—. En media hora más ya estarán todas yéndose a casa.

Nosotras deberíamos irnos a casa. Eso es lo que está insinuando.

Caminar rápido de vuelta al colegio, caminar lentamente de regreso a casa después. Hemos estado haciendo nuestro propio camino, juntas, desde que nos conocimos hace cinco años.

—Claro —digo, ocultando mi decepción.

Hace más frío ahora, aquí fuera donde el viento azota desde las colinas. Movernos nos mantendrá calientes, volver al vestuario nos mantendrá más calientes.

Intento hablar con Sarah mientras avanzamos a medio correr, hacia el camino asfaltado.

—Pensarías que alguien se quedaría en la parte de atrás. Para, ya sabes, vigilarnos —consigo decir entre respiraciones pesadas. Ese pensamiento de no estar del todo seguras aquí fuera intenta asomar la cabeza de nuevo.

Sarah se encoge de hombros. O no tiene energía para discutir, o simplemente no le importa. Normalmente, hablamos sin parar. Pero aquí fuera, en el frío, las palabras parecen inútiles.

El camino es irregular bajo mis pies. Grietas, grava suelta. Mi pie se engancha. El momento se estira, demasiado largo, inevitable.

Entonces caigo con fuerza.

El dolor surge instantáneamente, agudo y brillante, mientras mi rodilla raspa contra la superficie áspera. Un calor nauseabundo se

extiende por mi pierna, seguido por la lenta y gradual quemazón de la piel desgarrada. Las palmas de mis manos absorben parte del impacto, pero mi rodilla se lleva la peor parte.

Sarah contiene la respiración. —Mierda. Amanda...

No respondo enseguida. Estoy atrapada en ese extraño limbo entre el shock y el dolor, donde el cuerpo todavía está decidiendo lo grave que es el daño. El mundo se reduce al escozor del aire golpeando la piel en carne viva, al latido sordo que empieza a pulsar en mi rótula.

Sarah se agacha a mi lado, sus dedos flotan sobre mi hombro antes de dudar. Sabe que odio que me mimen, pero también sé que no dejará pasar esto.

—Déjame ver —dice con voz tensa.

Me muevo, haciendo una mueca al arrastrar mi pierna hacia delante. La sangre brota, oscura y espesa, trazando su camino por mi espinilla antes de gotear sobre el asfalto. El raspón es profundo, irregular. Pequeños fragmentos de grava se adhieren a la herida abierta.

Sarah se cubre la mano con el borde de su polo y presiona suavemente sobre mi rodilla. —Tenemos que limpiar esto. ¿Puedes andar?

Asiento, aunque no estoy segura.

—Sí. Solo dame un segundo.

Pasa un brazo bajo el mío, sosteniéndome mientras me incorporo. El movimiento envía una nueva punzada de dolor a través de mi rodilla, y aprieto los dientes contra la brusca inhalación que quiere escapar.

Sarah me observa detenidamente. —No seas una heroína. Si necesitas un minuto...

—Estoy bien —la interrumpo, aunque sé que no lo estoy.

Empezamos a movernos, lentas y desiguales. Pongo el menor peso posible en mi pierna herida, pero cada paso es un ejercicio de resistencia. El colegio parece más alejado de lo que debería, la ruta extendiéndose en una distancia imposible.

No hablamos mucho después de eso. El silencio entre nosotras es denso, cargado de preocupación no expresada. La temperatura ha bajado, el mordisco anterior del viento convirtiéndose en algo más mezquino, algo que corta más profundo.

El colegio se alza a lo lejos. Oscuro. Silencioso.

Miro a Sarah. Su cara refleja mi creciente alarma. —¿Qué hora es? —pregunto, con voz débil.

Consulta su reloj. —Mierda. —Una larga pausa—. Llegamos tarde. Muy tarde.

Frunzo el ceño. No nos movíamos tan despacio. ¿O sí?

Sarah tira de mi brazo, instándome a avanzar a pesar de mi dolorida rodilla.

—¿Crees que ya han cerrado? Necesito coger mi mochila. —La cara de Sarah está pálida de pánico.

—Tenemos que cambiarnos —digo, casi sin aliento—. No puedo irme a casa así.

Cojeamos hacia la entrada. La puerta se abre con un gemido.

Dentro, el silencio es peor. Espeso. Equivocado.

Pasos resuenan en las baldosas. Lentos y deliberados.

Los dedos de Sarah agarran mi muñeca, lo suficientemente fuerte como para dejar marcas.

Nos quedamos inmóviles. No estamos solas.

CAPÍTULO DOS

Mi estómago se desploma cuando la directora Donaldson aparece a la vista, su alta figura bloqueando el pasillo que tenemos delante.

En cinco años, nunca me han llamado al despacho de la directora. No soy problemática, pero tampoco soy excepcional. Soy normal, prácticamente invisible.

Pero en el momento en que la veo, con los brazos cruzados, su rostro ensombrecido por la luz parpadeante; sé que eso está a punto de cambiar.

No habla. Solo observa.

El silencio se extiende, apretándose alrededor de mis costillas.

Mi rodilla palpita. La sangre gotea por mi espinilla, pero el escozor no es nada comparado con la lenta espiral de tensión en mi columna. Hay algo en la forma en que nos mira, en estar solas con ella en este colegio vacío, que me eriza la piel.

—Señorita Gray. Señorita Fairchild —su voz es tranquila. Demasiado tranquila. El tipo de voz que te hace dudar de tus propios instintos—. Llegáis tarde.

Sarah se mueve a mi lado, aflojando su agarre en mi brazo.

—Amanda se cayó —dice con un temblor inconfundible—. Nosotras...

—¿Por qué no volvisteis antes? —interrumpe Donaldson, dando un paso adelante.

—Nosotras... —empiezo, pero me detengo.

No sé cómo explicarlo. Cómo la carrera tardó más de lo que debería. Cómo, incluso sin la caída, habríamos llegado tarde. Cómo nos dejaron atrás. Bagley. Los otros. Suena como si estuviera culpando a la profesora de educación física, y por supuesto que lo estoy haciendo. Simplemente no quiero hacerlo. No ahora.

Lo único que realmente quiero hacer es cambiarme e irme a casa. Es martes. Noche de pizza. Y necesito estar en cualquier lugar menos aquí.

—Nos desorientamos —dice Sarah rápidamente—. Tomamos el camino equivocado después del embalse.

—Ellos... —Nos dejaron. Quiero decirlo. Debería decirlo. Pero no lo hago.

Donaldson ni siquiera parpadea.

—Mmm.

Su mirada se dirige a mi rodilla, al lento goteo de sangre sobre mi calcetín. Me preparo para la habitual preocupación, lo predecible: *¿Necesitas ir a la enfermería? ¿Estás bien?* Eso es lo que una directora debería decir.

Pero no lo hace.

Solo nos mira fijamente. Como si mirase a través de nosotras.

—Bien —dice finalmente. Una pausa—. Venid conmigo.

Sarah y yo intercambiamos una mirada, una conversación silenciosa entre nosotras.

No queremos. Pero no decimos que no.

Porque no se le dice que no a Donaldson.

La seguimos por el pasillo, el sonido de nuestros pasos absorbido por el silencio del colegio vacío. Siento que Sarah se tensa a mi lado, su incomodidad emanando de ella en oleadas.

Donaldson nos guía más allá de las aulas oscurecidas, más allá del mostrador de recepción abandonado, y se detiene ante una puerta al final del pasillo.

Su despacho.

Empuja la puerta para abrirla. Nos hace un gesto para que entremos.

—Es tarde —dice, con voz aún firme—. Y estoy segura de que ambas queréis iros a casa. Acabemos con esto.

Donaldson toma asiento detrás de su pesado escritorio de madera anticuado y fuera de lugar. No nos invita a sentarnos, así que mis piernas, casi entumecidas, tienen que mantenerme de pie un poco más.

Puedo oír la respiración de Sarah, y eso me hace más consciente de la mía propia.

El silencio solo se rompe por el sonido de los dedos de salchicha de Donaldson repiqueteando sobre su teclado. Está consultando nuestros expedientes académicos.

—Gray, Amanda —dice en voz alta sin levantar la mirada.

Su mano alcanza el teléfono con ese tipo de memoria muscular que viene de años de tener que llamar a los padres de los alumnos.

Marca y pone el teléfono en altavoz.

Quiere que escuche la decepción de mi madre de primera mano.

Suena.

Y suena.

Y suena.

Después de una eternidad, salta el contestador.

La voz de mi madre, distante y desencarnada.

Se me hace un nudo en la garganta.

Donaldson no espera hasta el final del mensaje; cuelga.

—Tu madre no parece estar contestando —dice, como si no supiera cómo funciona el buzón de voz.

Donaldson vuelve a mirar la pantalla del ordenador, desplazándose.

—¿No hay datos de contacto de tu padre? —pregunta, mirándome por encima del monitor.

Niego con la cabeza, y Donaldson hace un sonido de zumbido que lleva tanto significado que siento que las lágrimas me pican.

—Bien —dice de nuevo—. Fairchild, Sarah.

El tecleo de las teclas, el marcar del número de teléfono se repite.

—Joyce Fairchild —la madre de Sarah contesta al segundo timbre.

—Joyce Fairchild —repite Donaldson—. Me temo que voy a necesitar que venga al colegio a recoger a su hija.

Joyce comienza a preguntar si todo está bien, pero Donaldson la interrumpe.

—Sarah y su amiga se fugaron del colegio durante la carrera de cross country esta tarde. Por supuesto, enviamos un equipo de búsqueda. Sabe Dios dónde estaban escondidas las dos.

La verdad está siendo estirada tan fina que estoy segura de que podría romperse.

—Han vuelto paseando tranquilamente hace unos minutos.

—¿Está... están bien? —pregunta Joyce de nuevo.

—Señora Fairchild. Su hija...

Hay una ráfaga de ruido desde el otro extremo de la línea. El teléfono crepita. La voz de Joyce está amortiguada. Me la imagino poniéndose el abrigo y oigo el tintineo de las llaves del coche.

—Voy para allá —dice la madre de Sarah.

La línea se corta, y Donaldson deja escapar un suspiro frustrado.

A mi lado, Sarah está en silencio, con la mirada inclinada hacia la desgastada moqueta marrón anaranjada. Puedo ver cómo sus ojos se mueven como si estuviera trazando los remolinos. Debería hacer lo mismo. Debería callarme y mirar hacia abajo.

Pero no lo hago.

—Nos perdimos. Ella... nos dejaron solas —puedo sentir cómo aumenta la indignación. ¿De verdad piensa que es culpa nuestra?

La mirada de Donaldson me atraviesa.

Mi voz se marchita. He terminado.

—Castigo. Una semana. Las dos.

De nuevo, mis ojos se dirigen a Sarah, pero ella no me devuelve la mirada. Está en otro lugar, en su mente, y me pregunto dónde. Cuando miro la misma moqueta asquerosa, todo lo que veo son manchas oscuras.

Quedarme después de clase durante una semana con Sarah no parece mucho castigo. No es como si hiciera algo o fuera a algún lado. Mi vacía agenda social no va a sufrir.

No es como si a alguien le importara.

Entonces me doy cuenta.

Paul.

Paul se va a cabrear.

Ya soy un dolor de culo de primera categoría para él, pero ahora le he demostrado que soy una especie de desastre desviado.

Tenía razón sobre mí desde el principio.

En los remolinos de la moqueta veo su rostro, el falso movimiento compungido de su cabeza mientras rodea a mi madre con el brazo, consolándola.

Mi garganta se contrae. Quiero toser, pero en lugar de eso trago con fuerza. A veces es mejor quedarse callada.

—¿Nada que decir? —la voz de Donaldson es como un ladrido de perro.

Tengo tanto que decir, pero nada que vaya a ayudar.

Oigo la brusca inhalación de aire cuando Donaldson se prepara para atacar de nuevo, pero esta vez se corta en seco.

La puerta se abre.

Donaldson clava la mirada.

—Sarah, cariño —Joyce Fairchild entra como una ráfaga, abrazando a su hija con fuerza.

—¡Señora Fairchild! Su hija... —comienza Donaldson.

—Mi hija tiene *asma* y no debería ser *obligada* a correr en campo a través.

—Señora... —La directora se pone tensa.

—Señora Donaldson —dice Joyce—. Confío en que esto no vuelva a ocurrir. Si algo le hubiera pasado a —Joyce mira de Sarah a mí—, cualquiera de estas chicas...

Deja la frase ahí, sin terminar. Por mucho que Donaldson pudiera haberse divertido viendo a las dos cojeando de vuelta al colegio, podría haber sido mucho peor. Dos chicas de dieciséis años.

—Tenéis el deber de cuidarlas —dice Joyce, recogiendo la mochila de Sarah, sacando un pañuelo inmaculado de su bolsillo y pasándolo por la cara de su hija—. Está bien —murmura, cambiando su voz de leona protectora a madre tranquilizadora—. Está bien. Vamos a llevarte a casa. ¿Vale?

Sarah levanta la mirada del suelo y asiente una vez en silencio.

—¿Amanda? —Joyce se vuelve hacia mí—. ¿Necesitas que te llevemos?

Tengo que mirar a Donaldson antes de responder.

—Eh... —ni siquiera puedo preguntar si debería aceptar.

Donaldson agita la mano con desdén.

—Llévatela —dice.

Joyce pone una mano en mi hombro y una oleada de calidez me atraviesa. No esa calidez metafórica del amor, sino una ola física de seguridad.

Me pregunto por una fracción de segundo cómo sería ser Sarah. Tener una madre y un padre que viven juntos, que se quedaron juntos.

La mano de Sarah se extiende y sus dedos se entrelazan con los míos. Solo cuando me toca, me doy cuenta de que estoy llorando.

—Está bien —dice, con el mismo tono exacto que Joyce utilizó para tranquilizarla.

En lugar de hacer que mis lágrimas se detengan, sus palabras abren las compuertas.

Pero no hasta que me he dado la vuelta para alejarme de Donaldson.

No hasta que ya no puede ver mi cara.

CAPÍTULO TRES

Sarah se sienta en la parte trasera del Audi conmigo. Mantengo las manos plegadas sobre la mochila en mi regazo, pero su mano derecha está caída a mi lado. Sé que es una invitación. Podría alargar la mano y agarrarla, pero no lo hago. Ya he tomado demasiado.

Debería estar delante con su madre. Debería estar charlando sobre su día. No debería cargar conmigo.

Joyce Fairchild mantiene la mirada fija en la carretera mientras conduce hacia nuestro barrio, pero sus labios se mueven al ritmo de la canción que suena en la radio.

Take me home country roads.

He oído a mamá escuchar esta también. No recientemente. No recuerdo la última vez que la vi hojear los discos en esa pesada caja de cartón que dice Bells Whiskey en el lateral pero que, que yo recuerde, solo ha contenido la preciada colección de vinilos de mamá.

Ya no hay música en nuestra casa.

West Virginia, Mountain Mama. Lo murmuro en voz baja. No puedo cantar, no ahora, pero quiero sentir las palabras. Quiero recordar cómo es.

Joyce debe de haberme oído. Me mira por el retrovisor y me dedica una sonrisa amable con los labios apretados.

Si hubiera estado sola, ¿me habría mantenido Donaldson allí en su despacho hasta poder contactar con mamá? ¿Seguiría allí ahora?

No habría estado sola.

Sarah se mueve en el asiento a mi lado.

La ciudad se desliza velozmente tras su ventana.

La siguiente canción suena en la radio.

Joyce detiene el coche en el sitio donde suele aparcar la ostentosa porquería de Paul. Dondequiera que esté ahora, no está aquí, y no

podría sentirme más aliviada.

—¿Estarás bien? —dice Joyce mirando por el retrovisor.

Asiento y me aclaro la garganta.

—Gracias —digo. Gracias por traerme. Gracias por intervenir. Gracias por rescatarnos.

Joyce aparta la palabra con un gesto como si fuera humo no deseado de un cigarrillo.

—¿Quieres pasarte al asiento delantero, Sarah? —pregunta Joyce.

Sarah me mira. —Estoy bien.

Joyce me examina una última vez cuando abro la puerta y piso la acera. Las farolas empiezan a encenderse, aunque el sol aún no se ha puesto. Deben de ser las cinco y media, o quizás más tarde.

—Gracias —digo de nuevo porque no sé qué más decir.

Sarah se agacha para verme mejor desde el otro lado del asiento trasero.

—Nos vemos mañana por la mañana —dice, con una sonrisa radiante.

Le hago un saludo militar y me sonrojo por lo friki que resulta, encogiéndome por dentro hasta que ella levanta su mano y devuelve el gesto.

Joyce me llama desde el asiento del conductor. —Si tu madre quiere saber dónde has estado, dile que me llame, ¿vale? Yo aclararé las cosas por ti.

—Gracias, señora... Joyce. Gracias.

Baja la ventanilla y se marcha.

Sarah saluda por la ventanilla trasera y hace el saludo militar otra vez, manteniendo esa tranquilizadora y adorable sonrisa de mejor amiga para siempre.

Debería sentirme tensa, tal vez aterrorizada, pero no es así. Siento el calor de Sarah. El de Joyce también, supongo. Mi mejor amiga es tan afortunada de tener una madre así. Una familia que la quiere, que se preocupa por ella.

Me detengo en la acera.

La casa está mal.

Lo sé en cuanto llego a la verja. No hay luz del porche brillando contra las sombras de la tarde que se profundizan. No hay calor que se filtre a través de la puerta principal. No hay olor a pizzas cocinándose.

Es martes y los martes siempre comemos pizza. Ni siquiera Paul pudo cambiar eso.

Donaldson no pudo contactar con ella, y mientras avanzo por el camino, sé por qué.

Mamá no está aquí.

Mi llave raspa contra la cerradura, un sonido áspero en el silencioso vecindario.

Dentro, la casa está en silencio, conteniendo la respiración.

El escozor del raspón en la rodilla no ha cedido aún, pero la sangre se ha secado formando una costra oscura. Todavía hay algo de tierra dentro. Necesito limpiarlo. Necesito que mamá lo limpie, pero ella no está aquí.

—¿Mamá? —llamo, por si acaso, aunque ya sé que estoy sola.

Mis pasos resuenan en el suelo de madera mientras me dirijo a la cocina. Aún no está lo suficientemente oscuro para encender alguna luz, pero se acerca ese momento.

Me dirijo al fregadero, pero me detengo en seco.

La nota Post-it amarillo brillante en el frigorífico destaca como un faro.

La apresurada caligrafía de mamá se inclina como lluvia impulsada por el viento: Cita importante con Paul. Coge lo que quieras para cenar. Te quiero.

Miro fijamente la nota hasta que las palabras se vuelven borrosas. La cocina se siente enorme a mi alrededor: demasiado grande, demasiado vacía. Durante ocho años —la mitad de mi vida— hemos sido solo nosotras dos. Mamá y Amanda contra el mundo.

Ocho años desde que papá se fue y se convirtió en nada más que una fotografía descolorida en un álbum que ni mamá ni yo abrimos nunca. Nuestra vida con él, la vida de antes, es una historia que dejé de contarme a mí misma hace años.

Solo nosotras dos. Era todo lo que necesitábamos. Estábamos bien. Estábamos bien hasta que apareció Paul.

Ahora parece que la Noche de Pizza se ha convertido en la Noche de Paul, y la pequeña Amanda puede apañárselas sola a partir de ahora. Seis meses con Paul, y yo no soy nada.

Soy invisible.

El reloj digital del microondas parpadea 5:48. Llego tarde, muy tarde, pero aparentemente no hay nadie aquí para notarlo.

Sin pensar, arranco la nota del frigorífico, la arrugo en mi puño y la lanzo hacia el cubo de basura. Rebota en el borde y se desliza bajo el armario. Que se quede ahí.

—Gracias, mamá —murmuro en ese tono petulante que ella odia.

Dejo caer mi mochila en la silla, luego abro la puerta del frigorífico y miro dentro. Sin fijarme en nada en particular, dejo que mis ojos escaneen, sin procesar el contenido. La verdad es que no tengo hambre.

Quiero la reprimenda por llegar tarde.

Quiero que me envíen a mi habitación por tener un castigo.

Quiero que me griten, aunque no haya hecho nada malo.

Quiero que mamá esté aquí.

Quiero pizza.

Quiero la noche de pizza.

Quiero ser una niña.

Quiero ser querida.

Soy invisible.

Intento cerrar de golpe la puerta del frigorífico, pero se cierra lentamente, el reborde de goma juntándose suavemente.

Ni siquiera puedo ser petulante con éxito.

A la mierda todo esto.

Agarro mi bolsa y casi tiro la silla en el proceso.

—Vale —le digo a nadie, y le doy a la silla el empujón extra que necesita para que caiga estrepitosamente al suelo.

Pensé que me haría sentir mejor, pero sin nadie aquí para verlo, es un gesto tan ridículo.

Camino hacia la puerta, cambio de opinión y vuelvo para enderezar la silla. Sólo será mamá quien tenga que hacerlo si no lo hago yo.

Cuando todo está ordenado, exhalo y subo las escaleras de dos en dos hasta mi habitación.

En mi dormitorio, ni siquiera me molesto en desvestirme antes de deslizarme bajo las sábanas, poniendo mis auriculares y subiendo el edredón a mi alrededor.

Pongo mi lista de reproducción en aleatorio. No me importa lo que suene porque no estoy escuchando. Solo quiero enmascarar el silencio de esta casa.

Pienso en Sarah, volviendo a casa con su familia; su madre, padre, hermano. Aunque Oliver es mayor que ella, no es el tipo de hermano mayor mezquino y desagradable. Es educado conmigo cuando voy de visita. Es solo un chico decente en una familia decente. Y no, no estoy enamorada de él. Esta no es ese tipo de historia.

Ahora estarán sentados alrededor de la mesa. Sin televisión. Hablando sobre lo que han hecho hoy, y apostaría a que no todo será sobre Sarah *fugándose* del colegio.

Pensar en esa palabra provoca una rabia silenciosa en mí.

Fugarse. Mierda, nos dejó solas la maldita Bagley. Nos dejaron solas las otras chicas. Me permito pensar, solo por un minuto, en lo que habría hecho yo si fuera Claire o Sally o alguna de las otras chicas alfa de la clase. Probablemente tampoco habría notado que faltaban las rezagadas. No es culpa suya. Esto no es un montaje de chicas malas, es una falta de, ¿cómo lo llamó Joyce? Deber de cuidado.

Fugarse. Que te jodan, Donaldson.

No me he cambiado el uniforme de gimnasia. No he limpiado la herida de mi rodilla. Me importa un comino.

Mientras mis pensamientos divagan, arranco distraídamente la costra que se ha formado sobre la rozadura. Un pequeño trozo

áspero de grava sale, cayendo en mi mano. La sangre rezuma del espacio que ha dejado, pero es oscura, espesa.

La ignoro, me meto bajo la colcha y cierro los ojos.

CAPÍTULO CUATRO

Me despierto cuando por fin oigo la puerta abrirse abajo.

Mamá y Paul están hablando; oigo el murmullo de sus voces, pero no capto nada de la conversación.

—¿Amanda, cariño? —llama mamá.

—Ha estado en casa —dice Paul, como si fuera Sherlock o algo así—. La nota ha desaparecido.

—¿Amanda? —la voz de mamá tiene un tono estridente y tenso.

—Estará bien —dice Paul. Su voz se vuelve amortiguada, como si tuviera la boca presionada contra algo.

Mamá se ríe, y me cubro más con las mantas. No quiero oír. No necesito oír.

Siento el leve movimiento de la casa cuando sube las escaleras y abre mi puerta.

—¿Amanda? —dice. Nunca es Mandy, Manda, Mand. Siempre he sido llamada por las tres sílabas completas de mi nombre—. ¿Estás bien?

No tiene sentido fingir que no estoy aquí. Sé que puede ver mi silueta.

Hago un tipo de gruñido que podría significar que estoy bien, que acabo de despertar, que quiero que me dejen en paz.

Quiero que signifique todas esas cosas.

Oigo el sonido de sus suaves zapatos planos sobre el suelo de madera. Está a punto de retirar la manta.

¿Sonreír? ¿Fruncir el ceño?

Tengo una fracción de segundo para decidir si quiero ser una borde por haberme quedado sola.

—Hola, cariño —dice, apartando el edredón de mi cara e inclinándose hacia mí. Me besa la frente, y la decisión me es arrebatada.

Sonrío.

—Hola, mamá —respondo. Todos los pensamientos de abandono se desvanecen. Ella está aquí.

—Lo siento —dice, antes incluso de que mencione el tema—, por lo de la noche de pizza.

Asiento. Tiene más que decir, y no quiero interrumpir.

Detrás de ella, en la puerta, veo a Paul. Su alta y oscura figura irritante se apoya en la jamba.

—Puedes decírselo —dice.

—Paul. Yo... Pensé que habíamos quedado —dice mamá, girando la cabeza para mirarlo.

Él agita la mano. —Adelante —dice.

—¿Qué? —Me he tensado de nuevo. Me incorporo hasta quedar sentada, obligando a mamá a echarse hacia atrás.

—¿Qué? —repito.

—Buenas noticias —dice Paul, entrando en mi habitación. No recuerdo que él haya estado aquí antes, y no me gusta. Ni siquiera quiero que esté en la casa. Al menos podría mantenerse fuera de mi espacio.

No digo nada.

—Paul —dice mamá—. Déjame a mí.

—Va a haber una nueva incorporación a la familia —sonríe, pero la sonrisa es para mamá, no para mí. Ella no le devuelve la sonrisa, sin embargo. Parece enfadada.

Y tan tonta como soy, mi imagen mental conjura un cachorro. Una incorporación peluda y dulce a la familia. Quise uno durante tanto tiempo, después de que papá se fuera. Mamá dijo que con solo nosotras dos, no había manera. No podíamos. Quizás algo bueno podría venir de que Paul estuviera aquí. ¿Me dejarían elegir uno, o ya lo habrían escogido? La cita. Ahí es donde estaban. Ellos...

Miro a mamá. Miro cómo mira a Paul. Miro su sonrisa repugnante y empalagosa.

Y lo sé.

No vamos a tener un cachorro.

—¿Mamá? —La palabra se me escapa de la boca.

Ella asiente.

—Vas a tener un hermano —dice, intentando que suene como una buena noticia.

—¿No es maravilloso? —Paul se coloca detrás de mamá, en mi habitación, y pone sus manos sobre sus hombros.

—¿Mamá? —Lo digo otra vez.

—Yo... queríamos hacer la ecografía, esperar para asegurarnos de que todo estuviese bien antes de decírtelo. Ahí es... ahí es donde estábamos antes. Tuve que ir después del trabajo, ya sabes. La última cita del día. Nos hicieron un hueco...

Sigue hablando, pero las palabras me pasan por encima.

Un hermano.

No sé cómo sentirme.

Mi sangre ha sido reemplazada por agua helada. Apenas puedo sentir mi propio cuerpo. No estoy realmente aquí.

Pienso en Sarah, mirando fijamente la alfombra naranja-marrón, y elijo un punto en el papel pintado, justo detrás de la cabeza de Paul, y me quedo mirándolo. No lo elegí yo, el papel pintado. El patrón es un desastre de acuarela de morados y azules, como un moratón que se extiende por toda la habitación. Miro y miro hasta que mi mente está en blanco. Hasta que no pienso en nada en absoluto, y mamá está repitiendo mi nombre una y otra vez hasta que Paul le toma la mano, la lleva fuera, y se gira para mirarme como si yo fuera lo peor que le ha pasado.

Y miro y miro el papel pintado.

Me pierdo en los colores.

Y no siento nada.

La casa está en silencio. Me dormí demasiado temprano y cuando me despierto apenas son las cinco.

Mi estómago ruge. Me perdí la cena. Probablemente quemé diez mil calorías en ese desastre de campo a través.

Mamá está embarazada.

No puedo creer que ni siquiera fuera el primer pensamiento que tuve esta mañana.

Mamá está embarazada, y eso no solo significa que voy a tener un hermano, sino también que Paul está aquí para quedarse.

Quiero matizar ese pensamiento con *por ahora, al menos*, pero he estado sin mi padre durante ocho años y por mucho que deteste a Paul, no le deseo una existencia sin padre a mi futuro hermano.

Hermano. Solo una palabra. No se me ha pasado por la mente pensar en él como mi medio hermano. Quiero decir, me dormí bastante pronto después de enterarme de él, pero no es como si me hubiera quedado despierta maldiciendo su futura existencia.

Quería un cachorro, pero me tocó esto.

Entonces, ¿por qué estoy tan enfadada con mamá?

Porque lo estoy.

Y aunque no quiero que el pensamiento salga a la superficie, ya sé que estoy enfadada porque mamá es *mi* mamá y soy egoísta, estúpida y, a pesar de lo que pueda aparentar, soy una niña.

Conozco la casa tan bien como mis propias inseguridades. No necesito encender la luz para cruzar mi habitación. Soy lo suficientemente ordenada como para no tener que sortear trastos para ir de mi cama a la puerta. Sin tropezar con mi bolsa, sin tambalearme con mis zapatillas.

Al salir, camino de puntillas por el descansillo, pasando por la habitación de mamá y Paul, que una vez fue la habitación de mamá y papá, y presiono el pomo de la puerta del baño.

Está cerrada.

—Espera un momento. —Una voz susurrada desde dentro. Hay un matiz en ella que no puedo interpretar.

—¿Mamá? —acerco mi cara a la puerta.

—Vuelve a la cama —dice con una alegría forzada.

La disgusté anoche. No reaccioné a la noticia del bebé como ella quería. Fui una idiota.

Me apoyo contra la pared del descansillo y construyo una disculpa. Le diré que lo siento, que estoy feliz.

Porque lo estoy.

No por Paul, sino por tener un hermano.

Por que *mamá* sea feliz.

¿No es eso lo único que quiero?

—Amanda —la voz de mamá es más alta ahora—. Vuelve a la cama.

—Necesito hacer pis.

—Amanda.

Me tenso contra la incomodidad en mi vejiga.

Abro la boca para protestar de nuevo.

Y me echo atrás.

Nunca fue así, antes.

CAPÍTULO CINCO

Cuando oigo a mamá salir del baño y arrastrar los pies de vuelta a su habitación, seguida de una conversación murmurada que no logro entender, por fin puedo vaciar mi vejiga. Después, intento volver a dormirme pero fracaso. Podría bajar, coger cereales, fingir que ya es de mañana, pero, la verdad, es demasiado esfuerzo.

Lo último que quiero es que Paul baje y me eche la bronca por molestarlos, por mantenerlos despiertos, por cualquier pequeña cosa que encuentre para criticarme. Ya voy a estar en suficientes problemas por lo de hoy. Castigo es castigo, lo mereciera o no. Donaldson no se molestó en dejar un mensaje, y supongo que Joyce no ha llamado a mamá, porque todavía no hemos tenido La Charla. En algún momento de hoy me alcanzará y volveré a recibir la reprimenda.

Soy una decepción, lo sé.

Lo sé. Lo sé.

Me doy la vuelta, presiono mi cara contra la almohada, bloqueo mi boca y nariz, y suelto un largo suspiro. Un grito silencioso de frustración. Insonoro en la habitación sin luz.

No me hace sentir mejor.

Ya era invisible antes de que mamá decidiera traer a otra personita a nuestro hogar.

¿Cómo será cuando tenga un lindo recién nacido en el que centrarse?

Pero eso no es lo que más me molesta, y lo sé.

Es el pensamiento del que no puedo escapar. Paul ha venido para quedarse.

No es que alguna vez pensara que papá volvería. No tengo ni idea de dónde está. No creo que mamá lo sepa o le importe tampoco. En algún lugar de mi mente, sin embargo, debe haber persistido alguna esperanza de que un día seríamos los tres de nuevo.

Eso nunca va a suceder.

Nunca iba a suceder.

Paul.

No es que sea un mal tipo. No se trata de eso. Nunca ha levantado la mano contra mí. Apenas levanta la voz conmigo. No le importo en absoluto. Ese es el quid de la cuestión.

Y me preocupa que la falta de interés, la falta de cuidado, la falta de amor se filtre en mamá. Dos colores demasiado cercanos, sangrando en los bordes.

Solía ser suficiente para ella. Ahora no soy nada.

Soy invisible.

Me he repetido esas palabras a mí misma tantas veces desde que mamá conoció a Paul. He pensado en tatuármelas, un recordatorio constante de mi inutilidad, como si lo necesitara.

Sarah toca el timbre a las ocho y cuarto, como hace cada mañana.

Extendiéndose para abrazarme como despedida, mamá dice:

—Te veo esta noche. ¿Quizás podamos tener el Miércoles de Pizza esta semana?

Me detengo. No le he dicho a mamá lo de mi castigo.

—No sería lo mismo —digo. No hay resentimiento en mi voz, ni amargura, pero puedo ver que mis palabras aún duelen.

—Oh. Vale —su tono derrotado me duele tanto como mis palabras le hieren a ella. ¿Es así como somos ahora?

Me impulso hacia el abrazo, respirando su aroma familiar, y me obligo a salir a la mañana gris donde Sarah espera.

Mi rodilla late con cada paso por el camino. Sarah se lanza a contar una historia sobre algo que hizo su hermano anoche, su voz brillante contra el día opaco. Intento concentrarme en sus palabras, pero se me escapan como la lluvia. Mi mente sigue volviendo al baño de esta mañana, a la voz de mamá a través de la puerta. A la forma en que no me quería allí.

—Tierra llamando a Amanda —Sarah me da un codazo en el brazo—. No has oído ni una palabra de lo que he dicho, ¿verdad?

Sacudo la cabeza.

—Lo siento. Solo...

—¿Sigues pensando en lo de ayer? Porque mi madre lo decía en serio: lo arreglará con Donaldson.

—No, es... —las palabras se me atascan en la garganta. Veo pasar un coche, me concentro en el sonido de nuestros pies contra la acera. Mi rodilla envía agudas protestas con cada paso.

—¿Qué te pasa? —la voz de Sarah baja, preocupada ahora—. ¿Ha pasado algo con Paul?

Una risa se me escapa, áspera y hueca.

—Se podría decir que sí.

Caminamos en silencio durante unos pasos. Un grupo de niños de segundo pasa junto a nosotras, sus voces demasiado altas para la mañana.

—Mamá está embarazada —digo finalmente. Las palabras caen entre nosotras como piedras.

Sarah deja de caminar.

—¿Qué?

—Ahí es donde estaban ayer. Cuando Donaldson no pudo contactar con ella. La ecografía —mi voz suena distante, como si perteneciera a otra persona—. Es un niño.

—Dios mío —susurra Sarah. Intenta coger mi mano, pero me meto las dos en los bolsillos. Si me toca ahora, podría hacerme pedazos.

—Amanda...

—Está bien —suelto—. Son buenas noticias, ¿no? A todos les encantan los bebés.

—¿Cuándo te lo dijeron?

—Anoche. Mientras tú tenías tu bonita cena familiar normal, yo me enteraba de que voy a tener un hermano —la amargura que he estado intentando tragar se filtra en mi voz—. Paul no podía esperar para decírmelo. Ni siquiera dejó que mamá lo hiciera a su manera.

Empezamos a caminar de nuevo, más despacio ahora. Mi rodilla duele, pero apenas lo noto.

—Esta mañana —digo, las palabras salen atropelladamente ahora que he empezado—, intenté ir al baño, y ella estaba allí. No me dejó entrar. Solo me dijo que volviera a la cama. Como si la estuviera molestando. Como si estuviera en medio.

—Seguro que no quería decir...

—Probablemente tenga náuseas matutinas. Debería haberme dado cuenta. Debería haberla dejado en paz —pateo una piedra; la veo deslizarse por el asfalto—. Eso es lo que tendré que hacer ahora. Dejarla en paz. Darle espacio. Dejar que se centre en el bebé y en Paul y en su perfecta nueva familia.

—Tú formas parte de esa familia —dice Sarah suavemente.

—Sí —digo, con voz apenas audible—. Hasta que deje de serlo.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotras, cargadas con todos mis miedos no expresados. Que Paul reemplazará completamente a papá. Que el bebé me reemplazará a mí. Que los colores de nuestra nueva familia se mezclarán y extenderán hasta que no quede espacio para el tono que soy yo.

Sarah no responde. No hay nada que pueda decir que lo haga falso. En cambio, camina más cerca, su hombro rozando el mío con cada paso. El contacto silencioso dice lo que las palabras no pueden: Estoy aquí. Estoy aquí. Estoy aquí.

¿Pero por cuánto tiempo? Todos se van eventualmente. Incluso las mejores amigas. Incluso las madres.

Incluso yo.

CAPÍTULO SEIS

El parte de castigo me pesa en el bolsillo durante toda la tarde. Es solo un trozo de papel, pero se siente más pesado con cada hora que pasa, como si estuviera hecho de plomo en lugar de material escolar barato.

Mis pensamientos dan vueltas, y para el final del día, me he provocado un dolor de cabeza. Debería decirle a mamá dónde estaré. Debería haberle dicho esta mañana que llegaría tarde a casa. Después de lo de anoche, sin embargo, no sabía cómo. ¿Qué le iba a decir? ¿Que me castigaron por algo que no fue mi culpa? ¿Que Donaldson no nos creyó? ¿Que de alguna manera, a pesar de todo, soy yo la que está siendo castigada?

Mamá y Paul están felices. No necesitan que yo les cree problemas. Lo más probable es que ni siquiera noten que no estoy en casa.

El aula de castigo está al otro lado del edificio: un salón despojado de cualquier cosa remotamente interesante. Solo paredes vacías, pupitres marcados, y el lento y tortuoso tictac de un reloj que parece decidido a moverse a media velocidad. El afortunado profesor que tiene que vigilarnos es el señor Perkins. Ni siquiera levanta la vista de su crucigrama cuando entramos, simplemente señala la pizarra donde ha garabateado "PROHIBIDO HABLAR" en letras mayúsculas agresivas.

Me pregunto si le pagan horas extra por esto, o si lo hace porque le gusta vernos a todos sentados aquí, sin siquiera vigilarnos mientras leemos en silencio.

Sarah y yo nos sentamos juntas, intercambiando miradas cada vez que Perkins no está mirando. Ella ni siquiera debería estar aquí. Podría haberme tirado a los leones, haberle dicho a Donaldson que era culpa mía que no pudiéramos seguir el ritmo. Ni siquiera tenía

que quedarse rezagada. Podría haberme dejado volver sola. Pero así no es Sarah. Ella nunca me dejaría afrontar nada sola.

Levanto mi libro estratégicamente más alto, creando una barrera entre el señor Perkins y mi cara. Detrás de este escudo literario, cruzo la mirada con Sarah y articulo dramáticamente 'MÁTAME AHORA', seguido de nuestra señal universal para el aburrimiento absoluto, el dedo único deslizándose por mi garganta. Añado un bostezo silencioso y teatral tan exagerado que mis ojos se humedecen.

Los hombros de Sarah comienzan a temblar, y veo aparecer esa arruga característica en las esquinas de sus ojos: la misma que ha tenido desde que nos conocimos, la señal privada de que está a punto de perder el control. Aprieta los labios, pero un pequeño resoplido se le escapa antes de que pueda cubrirse la boca con la mano.

El sonido corta el silencio como un disparo. La cabeza del señor Perkins se levanta de golpe, el bolígrafo congelado en el aire, sus ojos entrecerrados detrás de esas gafas de montura metálica que hemos apodado 'los buscadores de almas'.

—¿Algo divertido sobre la tragedia shakespeariana, señorita Fairchild?

Sarah se endereza inmediatamente, la sonrisa desapareciendo de su rostro. Hemos perfeccionado esta rutina a lo largo de años de pasar notas, intercambiar miradas a través de las aulas, comunicándonos en nuestro lenguaje silencioso que nadie más puede traducir.

—No, señor —dice, con voz pequeña y obediente.

—Entonces quizás ambas os beneficiaríais de una reflexión silenciosa sobre por qué estáis aquí en lugar de causar más interrupciones.

Bajamos los ojos a nuestros libros simultáneamente, otro movimiento bien practicado. Solo dos chicas más aprendiendo el arte de tragarse las palabras, de callarnos cuando la autoridad lo exige.

El reloj se arrastra hacia las cuatro y media. Cuando Perkins mira la hora y agita la mano despectivamente, Sarah y yo nos levantamos de nuestros asientos antes de que pueda cambiar de opinión, sin mirarnos siquiera hasta que estamos a salvo en el pasillo y la puerta del aula de castigo se cierra detrás de nosotras.

Sarah camina a mi lado mientras salimos de la escuela, nuestros pasos sincronizándose naturalmente. No me presiona para hablar sobre el castigo, simplemente camina en silencio, su presencia estable y familiar. Así es Sarah. Siempre ahí, siempre sabiendo exactamente lo que necesito sin tener que decirlo.

Pasamos por la tienda de la esquina cerrada, sus carteles desteñidos por el sol aún aferrados a las ofertas navideñas del año pasado, tres meses caducadas. Desde el polvoriento alféizar, un gato gris peludo observa, su cola moviéndose en un ritmo constante contra la madera desgastada. Sarah hace un suave sonido chasqueante, como hace con todos los animales.

Todo se siente ligeramente desajustado hoy, como si alguien hubiera movido todos los muebles cinco centímetros a la izquierda. El tiempo está completamente desincronizado, pero el hombro de Sarah ocasionalmente chocando con el mío me mantiene anclada.

Pasamos el parque infantil, y miro hacia el sendero boscoso que serpentea detrás. Algunos días, Sarah y yo tomamos la ruta más larga, pero hoy no. Ya llego tarde, no puedo hacer que mamá se preocupe por mí.

Reviso mi teléfono, pero no me ha enviado ningún mensaje.

—¿Crees que tu madre habrá llamado a la mía por el castigo? —le pregunto a Sarah.

Ella niega con la cabeza. —Si mamá hubiera llamado a Abby, me habría enviado un mensaje de inmediato para avisarte. —Sarah frunce el ceño—. Es extraño que ni siquiera haya comprobado dónde estás. Eso no es nada propio de ella.

La sensación de malestar en mi estómago se intensifica. Tiene razón - mamá siempre me envía mensajes para asegurarse de que

estoy en casa sana y salva. Siempre. Incluso con Paul alrededor, incluso cuando está en el trabajo, ella comprueba cómo estoy.

—Quizás solo está ocupada —digo, sin creerlo.

Sarah me da una mirada pero no discute. Nunca hemos necesitado muchas palabras entre nosotras. Esa es la cosa con las mejores amigas - a veces simplemente existir juntas es suficiente.

Cuando llegamos a mi casa, me entra un impulso inexplicable de pedirle a Sarah que se quede. Si no llegáramos ya tarde, quizás lo haría, pero Joyce ya habrá preparado la cena. A mamá le gusta saber cuándo viene alguien, y por alguien, me refiero a Sarah, porque Sarah es la única persona a la que invitaría.

Mis hombros se hunden cuando llego a la verja, y Sarah debe sentirlo o ver la expresión abatida en mi cara.

—Todo irá bien —dice.

No estoy segura a qué se refiere con *todo*. ¿La tarde que me espera? ¿Mamá y Paul teniendo un bebé? ¿Decirle a mamá lo del castigo? ¿Mi vida entera?

—Claro —digo, fingiendo una sonrisa.

Sarah espera un momento, como si tampoco quisiera dejarme.

—Estaré bien —le digo—. Ve. En serio, vete.

—Nos vemos mañana —dice Sarah, subiendo su mochila más alto en su hombro—. ¿Me escribes luego?

Asiento, viéndola alejarse calle arriba hacia su casa. Se gira para saludar antes de desaparecer en la esquina, y de repente me siento muy sola.

La casa parece normal, lo cual es la primera mentira. El coche de mamá está en la entrada junto al BMW de Paul. Son apenas las cinco, así que o bien estaba trabajando desde casa, o se ha escaqueado temprano otra vez. De cualquier manera, es decepcionante.

—¿Hola? —llamo, dejando mi mochila junto a la puerta.

—Aquí —la voz de Paul viene de la cocina, tensa de una forma que no puedo identificar.

Sigo el sonido y lo encuentro de pie en la encimera, haciendo té mecánicamente, sus movimientos precisos pero de alguna manera distraídos. Apenas me mira cuando entro.

—¿Dónde está mamá? —pregunto.

—En el baño —dice secamente—. Lleva un rato ahí.

Algo en su voz hace que mi estómago se tense. —¿Está bien?

—Náuseas matutinas, probablemente. —Se encoge de hombros, pero la rigidez de sus hombros delata su preocupación—. Aunque no entiendo por qué las llaman matutinas cuando duran todo el día.

Recuerdo lo de anoche: la voz de mamá a través de la puerta del baño diciéndome que volviera a la cama, cómo no me dejó entrar.

—¿Hace cuánto que entró?

Debería haber usado los baños de la escuela, pero lo único que quería después del castigo era salir de allí. Cuanto más lo pienso, más necesito ir.

Mira el reloj. —No lo sé. ¿Es esa la hora? Mierda. Media hora...

Paul se dirige hacia las escaleras, y tras un momento de duda, lo sigo. Algo en su repentina urgencia hace que el nudo en mi estómago se apriete. Nos detenemos fuera de la puerta del baño, donde una delgada franja de luz se muestra por debajo.

—¿Abby? —Paul llama suavemente—. ¿Estás bien ahí dentro?

El silencio se extiende por varios segundos antes de que la voz de mamá llegue, más débil de lo normal. —Estoy bien. Solo... dame un minuto.

Pero no suena bien. Su voz tiene esa firmeza forzada que la gente usa cuando está tratando de no preocupar a los demás. Paul y yo intercambiamos miradas, un raro momento de acuerdo silencioso.

—Ya has tenido bastantes minutos —dice Paul, con una voz más suave de la que jamás le he oído usar con ella—. Déjame entrar, Abby.

—Solo necesito... —Su voz se corta abruptamente, seguida de un sonido suave que podría ser un sollozo reprimido.

Paul no espera más. Gira el pomo, encontrándolo cerrado. —Abby, abre la puerta. —El pánico en su voz hace que mi corazón se acelere.

—Ya voy —dice, pero su voz es más débil ahora. Oigo movimiento, luego el suave clic de la cerradura.

La puerta se abre solo una rendija al principio, luego más para revelar a mamá de pie allí con su nuevo vestido azul. Ese que Paul le compró la semana pasada, el que ella dijo que era demasiado juvenil para ella. Su cara está blanca como un fantasma, casi translúcida bajo la dura iluminación del baño. Una mano se agarra al lavabo para sostenerse. La otra presiona contra su estómago.

—Creo que algo va mal —susurra, y solo entonces noto las pequeñas manchas oscuras en el suelo de baldosas blancas del baño. Sangre.

Los ojos de Paul siguen los míos, y le veo tragar con dificultad.

Se mueve al instante, con el brazo alrededor de la cintura de mamá.

—Hospital. Ahora. Cristo, Abby, ¿por qué no me llamaste?

Mamá niega con la cabeza, aunque el movimiento parece costarle. —Probablemente no sea nada. Solo manchado. Muchas mujeres...

—No me importa lo que hagan muchas mujeres —la interrumpe Paul—. Vamos al hospital.

Ella mira más allá de él hacia mí, su rostro suavizándose con preocupación a pesar de su propio dolor. —Amanda, cariño...

Mientras él la guía hacia el pasillo, tienen que esquivarme. Paul se gira hacia mí, su rostro una máscara de pánico apenas controlado.

—No estás ayudando, Amanda. Simplemente quítate de en medio.

Me quedo paralizada, su rechazo doliendo más de lo que esperaba. Pero cuando llegan a las escaleras, mamá de repente se

tambalea, su mano agarrándose más fuerte a su estómago.

—¿Mamá? —digo instintivamente, ignorando a Paul por completo —. ¿Qué está pasando?

—Amanda, por favor —la voz de Paul se eleva, tensa por el miedo—. ¡Deja ya las preguntas!

Mamá hace un pequeño ruido: quizás dolor, quizás angustia por nuestras discusiones. El rostro de Paul se transforma, el miedo cristalizándose en ira mientras encuentra dónde dirigirla.

—Esto es lo que pasa cuando la estresáis —espeta, con los ojos ardiendo en los míos—. ¿Estás contenta ahora?

Cada sílaba se estrella contra mí, afilada e implacable.

—Yo no... —Pero ya están bajando las escaleras, los pasos de mamá inestables, el brazo de Paul firmemente alrededor de su cintura.

—No necesita más cosas con las que lidiar ahora. Trae su abrigo —ordena por encima del hombro.

Corro hacia los ganchos, agarrando su vieja chaqueta vaquera. La que llevaba antes de que Paul empezara a comprarle ropa. Cuando regreso, ya están en la puerta principal.

—¿Mamá? —intento, alcanzando su mano.

Paul se interpone entre nosotras. —Mira lo que has hecho. —Su voz baja a un siseo—. Mira lo que TÚ has hecho.

Pero no puedo mirar. No quiero ver el dolor en la cara de mamá.

Lo que quiero es que mamá me diga que no es mi culpa.

Lo que quiero es que me abrace y me diga que todo va a estar bien.

Doy un paso hacia ella, con las palabras en los labios. *Todo va a estar bien.* No puedo hablar. No me atrevo a decirlas, porque no sé si son verdad.

Mientras me quedo dudando, Paul levanta una mano en un evidente gesto rosa de stop. Tambaleo sobre mis talones, insegura, inestable.

—Mamá. Di algo —susurro.

No dice nada. Se agarra el lugar donde está mi hermano, y sus grandes ojos redondos se encuentran con los de Paul. No con los míos. Con los de Paul.

No vuelve la mirada. No se despide. Paul me arrebata la chaqueta de las manos con una mueca de desdén. La mete en el asiento del copiloto de su BMW y cierra la puerta de golpe.

—Vuelve dentro —dice mientras rodea el coche—. Llamaremos.

El motor ruge al arrancar. Me quedo en la entrada, observando hasta que el coche desaparece al doblar la esquina. Solo entonces me doy cuenta de que estoy temblando.

Miro mis manos.

Esto es lo que pasa cuando la estresas.

Vuelvo tambaleándome al interior, cierro la puerta tras de mí y echo el cerrojo. Estoy sola, por ahora.

En el silencio hueco de la casa, resuena la acusación de Paul. ¿He sido yo la causante? La lógica dice que no, pero la culpa no atiende a la lógica.

Me siento atraída de nuevo hacia el baño, donde esas pequeñas manchas oscuras siguen marcando el suelo. Debería limpiarlas. Debería hacer algo útil. En lugar de eso, me alejo, cerrando la puerta como si así pudiera contener lo que está pasando.

Me retiro a mi habitación, sintiendo cada paso más pesado que el anterior. Me siento con las piernas cruzadas sobre la cama y contemplo el papel pintado hasta que el dibujo de color moratón empieza a fluctuar, observando cómo parecen pulsar y extenderse en la luz menguante. Púrpura sangrando en azul, azul filtrándose en sombra. Como una mancha de sangre. Como la vida drenándose de mi hermano antes de que tenga siquiera la oportunidad de existir.

¿Estás contenta ahora?

No. No, no estoy contenta. Estoy aterrorizada. Soy culpable. Estoy sola.

Soy invisible.

No soy nada.

Mi móvil vibra con una llamada entrante.

Sarah.

Debería contestar. Debería contárselo todo.

Pero ¿y si hablar de ello lo hace real? ¿Y si mis palabras empeoran las cosas, como todo lo demás que hago?

Lo pongo boca abajo. No merezco su preocupación, su amistad, su consuelo. No cuando ya he causado tanto daño hoy.

Cierro los ojos con fuerza, pero el dibujo me sigue en la oscuridad. Mi cuerpo se siente distante, desconectado, como si perteneciera a otra persona. Tal vez sea así. Quizás si estoy lo bastante callada, lo bastante quieta, pueda desaparecer por completo.

No enciendo las luces cuando cae la noche. No me quito el uniforme. No vuelvo a mirar el móvil.

Los colores de moratón se desvanecen en negro en la oscuridad, pero sigo mirando donde sé que están. Contando. Respirando. Convirtiéndome en nada.

Es más seguro aquí, en el silencio. Más seguro no hablar, no moverse, no respirar demasiado fuerte.

Porque mira lo que pasa cuando existo demasiado.

CAPÍTULO SIETE

La cocina es un vacío frío y monocromático en la luz de la mañana. Las sombras se estiran largas por el suelo de baldosas. Veo mi reflejo en la ventana. Ojos hundidos, pálida. Pelo enmarañado y tieso por el sueño. El uniforme de ayer cuelga de mi cuerpo como una piel descartada, arrugado y rancio. Debería importarme. Debería ducharme. Al menos debería cambiarme de ropa.

Pero preocuparme requiere energía que no tengo.

En lugar de eso, permanezco inmóvil, como si la quietud pudiera detener el tiempo, pudiera borrar lo que está ocurriendo, pudiera regresar al momento antes de que todo saliera mal.

Quince llamadas perdidas. Veintisiete mensajes.

Sarah.

La culpa araña mi estómago, afilada e implacable.

La ignoré porque no podía soportar pronunciarlo y darle existencia. Porque no soporto oír mi propia voz confirmando lo que ya sé.

Que esto es culpa mía.

Suena el timbre.

El sonido me atraviesa como una hoja, dejándome paralizada. No me muevo. Si me quedo quieta, quizás se vaya. Quizás pueda fingir que no existo.

Pero el silencio no se mantiene.

El timbre suena de nuevo, esta vez con insistencia.

Sarah.

Podría mentir. Decir que estaba dormida. Decir que perdí el móvil. Decir cualquier cosa excepto la verdad.

La verdad es que desaparecí porque es lo que hago. Es lo que siempre hago.

Me obligo a avanzar, cada paso como moverse a través de cemento húmedo. Mis músculos se resisten, intentando instintivamente arrastrarme de vuelta a las sombras. Es como si mi

cuerpo supiera algo que mi mente no quiere admitir; dar un paso hacia esa luz significa ser vista. Realmente vista.

La puerta chirría al abrirse.

Sarah está en el umbral, con el rostro tenso, su aliento cortante contra el frío de la mañana. Me observa. El uniforme de ayer, el pelo enmarañado, las ojeras bajo mis ojos.

Durante un largo e insoportable momento, ninguna de las dos habla.

Entonces, finalmente: —¿Qué está pasando? Pensé que me habías bloqueado —su voz es fina, tensa.

Extiende una mano hacia mi pelo.

No sé qué decir, así que no digo nada.

Por supuesto que no lo había hecho. Nunca lo haría. No hablar con Sarah sería como perder una parte de mí misma.

—Tienes una pinta horrible —dice sin andarse con rodeos—. ¿Qué ha pasado?

Aparto la mirada. No soporto el peso de su preocupación.

—Lo siento —digo. Las palabras parecen inútiles, sin sentido.

Me abrazo a mí misma, conteniendo todo dentro.

Sarah exhala, un suspiro lento e inestable. —Amanda... ¿qué ha ocurrido?

Dudo. Si lo digo en voz alta, se volverá real.

Pero las palabras se escapan antes de que pueda detenerlas.

—Mamá está en el hospital —mi voz es apenas un susurro—. Había sangre. Y Paul dijo... —trago saliva—. Dijo que fue culpa mía.

Sarah se queda inmóvil. —¿Qué?

—Dijo que la estresé. Que yo... —niego con la cabeza. El recuerdo de la voz de Paul, baja, deliberada, acusadora, presiona contra mi cráneo—. Y luego simplemente me dejaron aquí.

Sarah pierde el color de la cara. —Amanda...

—Ni siquiera llamaron —dejo escapar una risa frágil, un sonido extraño en mi garganta—. Paul dijo que llamarían. Pero... —mi voz se quiebra—. ¿Y si le ha pasado algo al bebé? ¿Y si...?

—¿Has intentado enviarle un mensaje? —pregunta Sarah.

Me tenso bajo sus manos. —Paul dijo que me mantuviera al margen.

Sarah hace un sonido entre bufido y suspiro. —Paul es un capullo. Y estaba entrando en pánico. Estamos hablando de tu madre.

—Lo sé, pero... —me detengo, sin saber cómo explicar el complicado miedo que me mantiene en silencio. Miedo a empeorar las cosas. Miedo a descubrir algo que no quiero saber. Miedo a ser culpada de nuevo.

—Solo un mensaje sencillo —sugiere Sarah—. Nada dramático. Solo "Pensando en ti, espero que todo esté bien".

Cojo mi teléfono, dándole vueltas en mis manos, sintiendo su peso. —¿Y si no contesta?

—Entonces no estarás peor de lo que estás ahora.

Con un suspiro profundo, escribo un mensaje sencillo: **Buenos días. Solo comprobando cómo estás. Espero que todo vaya bien.**

Mi pulgar duda sobre el botón de enviar.

Lo pulso y Sarah me atrae hacia un abrazo fuerte y feroz. El repentino contacto me deja sin aliento.

—¿Por qué no me contaste todo esto? —susurra—. No deberías haber estado sola. ¿Por qué no respondiste anoche?

—No quería decirlo en voz alta.

Decirlo lo hace real. Y no puedo permitir que sea real.

Sarah se aparta pero sujeta mis manos. —Escúchame. *Esto no es culpa tuya*. No importa lo que diga Paul.

Intento creerla. Quiero creerla.

Pero la imagen de la sangre de mi madre en el suelo del baño está grabada a fuego en mi cabeza, y todavía puedo oír la voz de Paul.

Mira lo que has hecho.

Niego con la cabeza. —No lo entiendes.

La mandíbula de Sarah se tensa. —Entonces haz que lo entienda.

Pero no puedo.

Porque la verdad es que no sé por dónde empezar.

¿Debería intentar decirle que me siento responsable del dolor de mi madre?

O que en el fondo, sospecho que tiene razón al culparme.

Trago con fuerza, obligando al aire a volver a mis pulmones.

Sarah habla de nuevo. —¿Me prometes algo?

—Lo que sea.

—No más actos de desaparición. Incluso si no puedes hablar de ello, simplemente... ¿déjame saber que estás viva?

Aprieto su mano. —Lo prometo.

—Paul es un idiota —dice Sarah con tal convicción que casi sonrío—. Y pase lo que pase, no estás sola. ¿Vale?

—Vale.

—Una cosa más. —Sarah parece seria, y mi corazón salta. ¿He hecho algo más que esté mal?

—¿Qué?

—Déjame arreglarte el pelo, al menos. Parece que te hubieran arrastrado por un seto.

Me toco el enmarañado pelo con vergüenza. —¿Tan mal?

—Peor. —Saca un cepillo de su bolso—. Date la vuelta.

Dejo que desenrede los nudos, sus suaves tirones extrañamente reconfortantes. Por un momento, puedo fingir que todo es normal.

—Ya está —dice finalmente—. Ahora solo pareces privada de sueño en lugar de completamente salvaje.

Sonrío, y siento cómo el calor se extiende por mi cuerpo.

Fuera, el aire de la mañana es fresco, el cielo de un azul claro y pálido que parece discordar con el tumulto de las últimas quince horas. Sarah enlaza su brazo con el mío mientras nos dirigimos calle abajo.

—Ella va a estar bien —dice Sarah de nuevo—. Y tú también.

Quiero creerla. Quiero creer que no todo lo que sale mal es por mi culpa. Que mamá y el bebé estarán bien. Que las acusaciones de

Paul solo fueron miedo buscando un objetivo.

—Gracias —digo, refiriéndome a todo: el cepillo, la sugerencia del mensaje, la inquebrantable certeza de que las cosas saldrán bien.

Sarah golpea su hombro contra el mío. —¿Para qué están las mejores amigas?

Mientras caminamos hacia el instituto, Sarah charla sobre planes para el fin de semana y deberes, cosas normales que hacen que el nudo en mi pecho se afloje un poco. El sol primaveral parece más cálido ahora, casi reconfortante.

—Ah, por cierto —dice—, mamá quiere saber si todavía vendrás al centro comercial con nosotras el sábado. Zapatos nuevos, ¿recuerdas?

La invitación me pilla por sorpresa. Con todo lo que está pasando con mamá, me había olvidado de nuestros planes. —No sé si debería...

—Definitivamente deberías venir —insiste—. Mamá lo está esperando con ilusión. Además, te vendría bien salir de casa. Darle a Paul y a tu madre algo de espacio con todo lo que está pasando.

Asiento lentamente. Tiene razón. Probablemente solo estorbaría en casa.

—Vale. Dile a Joyce que iré.

—Estará encantada —dice Sarah, su sonrisa iluminándose—. Dice que eres la única que me impide comprar ropa horrorosa.

—Alguien tiene que salvarte de ti misma —respondo, y por un momento, todo parece casi normal otra vez.

Tomamos nuestra ruta habitual pasando por la tienda de la esquina cerrada. Estoy escuchando a medias la historia de Sarah sobre el último drama amoroso de su hermano cuando algo cerca del borde del bosque me hace pausar.

—¿Qué? —pregunta Sarah, siguiendo mi mirada.

Observo la línea de árboles donde las sombras se mueven y balancean, una de ellas moviéndose de una forma que parece... extraña de algún modo. No como ramas en el viento, sino con propósito. Casi como una persona.

—Nada —digo, negando con la cabeza—. Creo que son solo sombras jugándome una mala pasada.

Sarah enlaza su brazo con el mío de nuevo. —La falta de sueño tiene ese efecto. Vamos, llegaremos tarde.

Dejo que me arrastre hacia adelante, desechando la incómoda sensación que brevemente recorrió mi columna vertebral. Después de todo el estrés por mamá, mi mente probablemente solo está buscando nuevas amenazas. Encontrando patrones donde no los hay.

Además, hemos caminado por aquí cientos de veces antes. Nada cambia nunca en este pueblo.

Aquí nunca pasa nada.

CAPÍTULO OCHO

La libertad llega exactamente a las 4:30, cuando el Sr. Perkins finalmente nos libera del castigo. Los pasillos ya están vacíos, el habitual caos después de clase reemplazado por un inquietante silencio que hace que nuestros pasos resuenen contra los suelos pulidos.

—Dios, pensé que esto no acabaría nunca —dice Sarah, su voz rebotando en las taquillas mientras nos dirigimos hacia la salida—. ¿Viste la cara de Perkins cuando me rugió el estómago? Juro que casi explota.

Consigo esbozar una débil sonrisa, pero mi mente está en otra parte, dando vueltas a los mismos pensamientos ansiosos que me han atormentado toda la tarde.

Empujamos las pesadas puertas dobles y salimos. La tarde se ha vuelto fresca mientras estábamos atrapados dentro, el sol ya cayendo hacia el horizonte, pintándolo todo de ámbar y largas sombras. Los terrenos del instituto están desiertos excepto por un conserje que vacía papeleras cerca de los aparcamientos para bicicletas.

El aire es cortante, la luz del atardecer se estira fina.

Nulli soli, omnes uniti.

Las palabras grabadas en la piedra sobre la puerta se burlan de mí.

Nadie solo, todos juntos.

Excepto que a veces estás solo, incluso cuando alguien está justo a tu lado.

Sarah camina cerca, su bolsa colgada de un hombro, su cabeza ligeramente inclinada como si esperara que yo hablara. No lo hago.

—¿Alguna novedad? —pregunta suavemente.

Saco mi móvil, mostrándole el mensaje que llegó durante el castigo. No de mamá, sino de Paul:

Seguimos en el hospital. Continúan las pruebas y observación. Probablemente estaremos aquí hasta tarde.

La última instrucción es tan típica de Paul: preocupado por lo práctico más que por las emociones, tratándome más como un compañero de piso que como familia a pesar de cuatro meses viviendo bajo el mismo techo.

—¿Eso es todo? —la frente de Sarah se arruga—. ¿Es todo lo que dijo?

Asiento, deslizando el teléfono de vuelta a mi bolsillo. Mis dedos se cierran con fuerza alrededor de él, las uñas clavándose en mi palma.

—Ni siquiera pudo decirte si ella está bien —dice Sarah, con un destello de ira en su rostro—. O si el bebé está bien.

—Típico de Paul —murmuro. El hombre que irrumpió en nuestras vidas, reclamando un espacio que no era suyo, ahora potencialmente padre de mi medio hermano si la hemorragia no ha...

Aparto ese pensamiento. No puedo dejar que mi mente vaya por ahí.

Una parte de mí esperaba un mensaje de mamá, alguna pequeña prueba de que estaba lo suficientemente bien como para pensar en mí. Pero no ha habido nada excepto la actualización clínica de Paul, desprovista de cualquier cosa que pudiera consolarme.

—¿Has intentado llamar a Abby? —pregunta Sarah.

—Tres veces. Va directo al buzón de voz.

Sarah me observa cuidadosamente, como si intentara leer entre los espacios de mi silencio. Luego, con una suave sonrisa, dice:

—¿Quieres tomar el atajo? No tiene sentido apresurarse a casa si ellos no van a estar allí.

Dudo. Nuestra ruta habitual a casa es predecible: quince minutos por la calle principal, pasando por la tienda de la esquina cerrada, a través del parque, luego hacia mi calle. Segura. Rutinaria.

Pero hoy, la rutina resulta asfixiante.

Sarah debe ver algo en mi cara, porque duda antes de añadir:

—Pensé que quizás podríamos recoger algunas flores para Abby.

La forma en que dice el nombre de mi madre, como si estuviéramos hablando de una persona, no solo de mamá, hace que se me oprima el pecho.

—A ella... le gustaría eso —digo, las palabras lentas, cuidadosas.

—Los jacintos silvestres ya habrán salido —continúa Sarah.

Mencionarlos me provoca una sacudida. Un aroma en el que no había pensado en años: algo suave, algo seguro.

Mamá solía usar un perfume de jacintos silvestres, cuando las cosas eran diferentes. Cuando éramos solo nosotros tres, cuando éramos una familia. El frasco tenía un diseño delicado y floral, del color del cielo desvaído. Papá solía comprárselo.

Después de que se fuera, ella dejó de usarlo.

O quizás no tenía el mismo efecto cuando tuvo que comprárselo ella misma.

Trago contra el nudo en mi garganta.

—Le gustan los jacintos silvestres.

—Deberíamos tener una hora más o menos antes de que empiece a oscurecer. Tiempo de sobra.

—No es como si hubiera alguien esperando —digo, sorprendiéndome por la amargura en mi voz.

Sarah, sin embargo.

—¿Joyce... tu madre... no estará preocupada?

—Está bien. Mis padres están en no sé qué *cosa* esta noche.

—¿Cosa?

Sarah hace un suspiro ambiguo.

—Mamá le ha dicho que tienen que empezar a tener noches de cita. Aparentemente, ya soy lo suficientemente mayor para quedarme sola en casa. No tengo ni idea de por qué no pensaron que mi responsable hermano adulto no podía vigilarme antes, como si lo necesitara, pero... —se encoge de hombros.

Ni siquiera es una broma. Oliver *es* un adulto responsable, tan sensato y recto como Sarah o yo. Dejó el instituto, fue directo a la universidad. Trabaja los fines de semana en la piscina y estoy seguro de que ayuda a las ancianitas a cruzar la calle siempre que puede.

No me gusta todavía. Simplemente es un buen chico.

Si *yo* tuviera un hermano mayor, quizás mamá y Paul podrían salir más. No es que me guste pensar en Paul en cualquier lugar con mamá, pero preferiría mucho más que ella estuviera en alguna *cosa* con él en lugar de estar donde están ahora.

¿Voy a tener un hermano?

El pensamiento me provoca una ola helada. ¿Y si pierde al bebé? ¿Y si ocurre algo peor? ¿Y si nunca la vuelvo a ver y lo último que hice fue quejarme de que se cancelara la noche de pizza?

—Lo siento —dice Sarah, leyendo mi mente—. No debería... —su voz se apaga—. ¿Quieres simplemente volver? Podrías... podríamos ir a visitarla.

Pienso en la voz de Paul y sacudo la cabeza.

—Jacintos silvestres —digo—. Vamos antes de que se haga demasiado tarde.

El instituto se desvanece tras nosotras mientras tomamos el estrecho atajo a lo largo de la valla. Los barrotes metálicos están rayados con óxido bajo la pintura verde descascarillada, y mientras me aprieto para pasar, copos de pintura se adhieren a mi jersey.

Probablemente haga el suficiente frío como para llevar abrigos, pero ninguna de las dos los lleva. No nos enrollamos la parte superior de las faldas del uniforme como algunas chicas, pero estamos lo suficientemente avanzadas en el año como para que los dobladillos queden justo por encima de nuestras rodillas. Calcetines caídos, zapatos negros. Todas nos vemos iguales.

Nos arrastramos en fila india, Sarah delante, hasta que el camino se bifurca. Nuestra ruta a casa continúa, justo enfrente. La bifurcación a la izquierda serpentea hacia abajo, a través de los árboles.

Girando, seguimos el sendero más pequeño hasta que desemboca en un claro. La hierba es pálida, con manchas marrones aquí y allá, larga, descuidada. Los árboles bordean los límites de esta zona arbitraria. Se siente mucho más aislado de lo que recordaba, como entrar en un bolsillo de naturaleza salvaje escondido dentro de nuestro paisaje suburbano.

Sarah no espera. Avanza, volviéndose solo una vez. —¿Estás bien?

Asiento, aunque no estoy segura de si es cierto.

Ella no insiste. Simplemente sigue caminando.

Aquí fuera, lejos de la ruta familiar, lejos del instituto, el mundo se siente más fino. Como si los bordes de la realidad se estuvieran deshilachando.

Inhalo, buscándolo.

Ese aroma.

Jacintos silvestres.

Y ahí está. Un susurro en el aire. Un indicio de algo que no pertenece a este momento, algo que se siente como un recuerdo doblándose sobre sí mismo.

Sarah aminora la marcha cuando llegamos a la verja. El pestillo está rígido, reticente. Lo levanta y el metal protesta con un gemido.

Entramos.

El camino que sigue es estrecho; la hierba y las flores silvestres se mecen con la brisa. No es un paseo largo, pero se siente diferente de las calles que solemos tomar.

Una ráfaga de viento trae el aroma de nuevo. Débil, pero inconfundible.

Pienso en mamá.

En ella de pie frente al espejo del baño, presionando la yema de un dedo en su punto de pulso, aplicando perfume a lo largo de su piel. Como solía hacerlo antes de las salidas nocturnas con papá, cuando su pelo todavía era largo, cuando todavía llevaba esa pulsera de plata que él le regaló.

Cuando sonreía más.

No he visto esa pulsera en años.

—Allí —dice Sarah, señalando la sombra bajo los árboles. Los jacintos silvestres se alzan, sus cabezas inclinadas hacia el suelo como en reverencia silenciosa.

Doy un paso adelante antes de poder pensarlo demasiado.

El olor es más fuerte aquí.

Me arrodillo, alcanzando los tallos. Mis dedos rozan las hojas frías, la tierra húmeda. Las flores se desprenden fácilmente cuando las retuerzo por la base, sus delicados tallos doblándose bajo mis dedos. Parecen tan frágiles en mi mano, sus campanillas azules casi translúcidas en la luz menguante.

Sarah observa pero no dice nada.

Como siempre, me deja avanzar a mi propio ritmo.

Recojo un puñado, con cuidado de no aplastarlas.

Cuando inhalo, el aroma me inunda, llevándome a otro lugar, a algún lugar distante.

Huelo a mamá.

No sé qué esperaba. Consuelo, quizás. Una parte de ella, algo sólido a lo que aferrarme.

En su lugar, todo lo que siento es pérdida.

Cómo eran las cosas antes. Cómo nunca volverán a ser.

Cierro los dedos alrededor de los tallos, anclándome en la presión, en lo real que son. Se sienten tan delicados, tan fáciles de romper. Justo como el cuidadoso equilibrio de nuestras vidas antes de hoy, antes de la sangre, antes del hospital.

Sarah se mueve a mi lado.

—Creo... —la voz de Sarah se quiebra—. Creo que va a estar bien.

—¿Y el bebé? —pregunto después de un momento. Mi voz es ronca, débil.

Sarah exhala. —No lo sé. Pero... a veces las personas sangran, y no significa que...

Se interrumpe. Ambas sabemos que no tiene una respuesta.

Quizás nadie la tenga.

Giro las flores entre mis dedos, observando cómo una de las pequeñas campanillas azules se desprende y cae al suelo. Tan fáciles

de dañar. Tan frágiles.

Quizás, cuando llegue a casa, Paul ya estará allí. Sentado a la mesa. Con esa misma expresión, la que no puedo leer, la que me revuelve el estómago.

Quizás, esta vez, tendrá algo que decirme.

Algo que no quiero oír.

Un viento repentino se agita entre los árboles, enviando una lluvia de pétalos frescos desde las ramas más altas. Por un momento, siento un hormigueo en la nuca, como si nos estuvieran observando. Miro por encima de mi hombro, sin ver nada más que sombras que se alargan entre los árboles.

Solo nervios. Solo mi mente saltando ante fantasmas por todo lo demás ocurrido hoy.

Vuelvo a las flores, ignorando la sensación de inquietud que se asienta sobre mí como el anochecer que se aproxima.

CAPÍTULO NUEVE

El sol del atardecer estira nuestras sombras sobre la hierba mientras nos arrodillamos entre las campanillas, con los dedos trabajando metódicamente en sus tallos. La conversación flota como semillas de diente de león: cosas inofensivas y ligeras. Una nueva serie de Netflix que no puedo dejar de ver. Una canción que Oliver le tocó anoche que "tienes que escuchar absolutamente". Ninguna de las dos vuelve a los temas de mamá en el hospital, o el bebé, o la humillación de haber sido dejada atrás en la carrera campo a través. Es más fácil flotar en la superficie que hundirse en la resaca de lo que importa.

No sé que esta es la última conversación normal que tendremos jamás.

Nuestras mochilas descansan contra el roble al borde del claro, con el móvil de Sarah guardado dentro con esa canción que se muere por ponerme. Nunca volverá a alcanzar esa mochila.

Las sombras se alargan, oscurecen, mientras trabajamos.

El viento arrecia, haciendo que las campanillas tiemblen en sus tallos. Una nube pasa por delante del sol, y por un momento todo parece diferente: más oscuro, más extraño. Pero luego pasa, y volvemos a nuestra conversación amable, ciegas ante lo rápido que todo puede cambiar.

Me fijo en él antes que Sarah. Ella está arrancando una de las campanillas más altas desde la raíz, con lo blanco de la base del tallo aún intacto. Cuando me quedo paralizada, me mira.

—¿Qué pasa? —pregunta. Su sonrisa se ha desvanecido incluso antes de seguir mi mirada.

Lo siento antes de poder nombrarlo: una advertencia primitiva que se arrastra por mi columna vertebral, erizando la piel de mis antebrazos a pesar del aire templado. Se me seca la boca. He sentido esto antes, caminando sola a casa después del anochecer, o

cuando un coche reduce la velocidad junto a mí en una calle vacía. Ese antiguo instinto animal que susurra *peligro*.

Curioso, mi mente va hacia el contenido de mi mochila. Nada de valor. Como si mi reacción natural ante un extraño fuera de desconfianza.

Debemos haber estado aquí durante unos tres cuartos de hora y ni una sola persona ha pasado por aquí. Hasta ahora. Si hubiera habido un flujo constante de gente, estoy segura de que no nos estaríamos mirando así en este momento.

Camina lentamente, metódicamente, girando la cabeza de un lado a otro. No con el escaneo casual de alguien disfrutando de la naturaleza, sino con el patrón de búsqueda deliberado de un cazador. Algo en su mano refleja la luz menguante, pero desde esta distancia, no puedo distinguir qué es.

Sarah se pone de pie y me da un codazo.

—¡Deja de mirar fijamente! —Se ríe, pero está llena de los mismos nervios que yo estoy sintiendo.

Tengo suficientes campanillas para llenar el jarrón que mamá siempre usa. Podemos parar ya. Deberíamos parar ya. El rubor del atardecer se extiende por el horizonte. Los árboles desnudos se están convirtiendo en siluetas negras contra el púrpura cada vez más profundo. En la próxima media hora, cuarenta minutos quizás, la luz del día habrá desaparecido por completo.

—Vámonos —digo en voz baja, aunque él está demasiado lejos para oírnos.

Demasiado lejos, pero también para llegar a casa, necesitamos pasar por delante de él.

Estoy siendo demasiado dramática, me digo a mí misma. Es solo la tensión por todo lo de mamá. Solo el estrés del día que convierte las sombras en monstruos.

Todo lo de mamá. ¿A eso lo he reducido? Está en el hospital. Está... no sé. No sé qué está pasando. Necesito ir a casa. Necesito hablar con Paul.

Sarah asiente y se dirige hacia su bolsa. Me giro para seguirla, pero antes de alejarme del lugar, oigo la voz del hombre.

—¡Eh!

Trago un bocado de aire. Un zumbido agudo comienza en mis oídos. Mi estómago se contrae como preparándose para un impacto. Sarah ya está a diez pasos de mí.

—No habréis visto un perro.

La forma en que lo dice es más una afirmación que una pregunta. Me desconcierta. Su voz es controlada, demasiado uniforme, como alguien que intenta sonar normal.

—¿Q-qué? —Sueno más nerviosa de lo que pretendo. Mi voz es infantil, patética—. ¿Un perro? —añado las últimas dos palabras solo para poder decir algo más, hacerme sonar más autoritaria, menos débil. Además, quiero que Sarah me oiga. Quiero que vuelva.

Ella se detiene.

El hombre se acerca.

No es tan alto. No tan alto como Paul. Quizás ni siquiera tan alto como mamá. Lleva una de esas chaquetas de leñador a cuadros rojos y negros, gruesa y afelpada, con un desgarro a lo largo del bolsillo derecho que ha sido torpemente reparado con grueso hilo negro. Su cara está cubierta de barba oscura bajo el resplandor rojo de sus mejillas enrojecidas por el viento. Sus labios agrietados dibujan una sonrisa, una torcida fila de dientes apenas visible, como si no quisiera mostrarlos del todo. Pero son sus ojos los que me revuelven el estómago: azul pálido, casi sin color, observándonos con una intensidad que no coincide con su postura casual.

Lo que vi en su mano pero no pude distinguir es una correa de perro de cuero marrón claro, gastada en los bordes, con una distintiva hebilla de latón que refleja la luz moribunda.

Un perro. Está buscando a su perro.

Mi tensión se suaviza, solo por un momento. Eso tiene sentido, ¿verdad? La gente pasea perros por el bosque continuamente.

—Cosita pequeña —dice con una sonrisa que no llega a esos ojos pálidos—. Un cockapoo. ¿Sabéis cómo son?

Asiento, aunque no estoy completamente segura. No importa. No hemos visto ningún tipo de perro, ni a ningún tipo de humano. Solo hemos sido Sarah y yo todo este tiempo.

Mientras me habla, Sarah regresa y se coloca a mi lado. Él no la mira, me está mirando a mí.

—Te has hecho daño ahí —dice, señalando con la correa hacia la mancha de sangre gris moteada en mi rodilla.

Ya se está acercando a mí, agachándose, observando de cerca. Sin pedir permiso, sin mantener la distancia que debería mantener un extraño.

Un hedor a humo de cigarrillo rancio emana de la chaqueta, mezclado con algo más: un olor agrio que hace que mis fosas nasales se dilaten. Es una de esas telas que retiene el olor, y no puedo evitar pensar que esta no se ha lavado desde hace algún tiempo. Retrocedo un paso mientras él se acerca, mi corazón latiendo tan fuerte que estoy segura de que debe oírlo.

La aprensión regresa, sacudiendo mis músculos en una tensión rígida. La voz de mi madre resuena en mi cabeza desde hace años: "*Siempre confía en tus instintos, Amanda. Si algo se siente mal, probablemente lo esté*".

—Nosotras... nuestros padres... quiero decir, yo...

El hombre da un paso atrás, alejándose de nosotras, y de repente me siento mareada. Extiendo la mano hacia Sarah, con miedo de caerme.

Levanta las manos en un gesto de *inofensivo ¿ves? nada de qué preocuparse*. La correa aún enrollada alrededor de su muñeca izquierda se balancea suavemente con el movimiento. Pero noto cómo sus dedos se contraen ligeramente, cómo su peso se desplaza hacia delante sobre la punta de sus pies, como un corredor esperando el pistoletazo de salida.

—Tenéis que ir a casa —dice, sus ojos pasando entre nosotras, deteniéndose un segundo demasiado en mi cara—. Alguien os está esperando.

Las palabras son inocuas. Es una afirmación. Es un hecho, o al menos cualquier otro día sería un hecho. Esta noche, esta tarde, no lo sé. Dudo que Paul esté en casa, y sé que mamá no estará. Todo lo que me espera es el microondas y lo que pueda encontrar para alimentarme. Sus ojos estudian mi rostro como si estuviera buscando señales.

Y me doy cuenta con nauseabunda claridad de lo que está pasando.

Sé en ese momento, mientras me mira fijamente, que estamos en serios problemas.

Él sabe, de alguna manera, que no hay nadie esperándome.

Nadie me echa de menos.

Nadie dará la voz de alarma si no llego a casa.

El sudor brota en mi frente a pesar del aire que se enfría. El tiempo parece estirarse, cada segundo expandiéndose en una eternidad de terror suspendido.

—Sarah —digo, extendiendo una mano para tomar la suya, sin apartar nunca los ojos del hombre.

—Sarah —repite el hombre, el nombre sonando mal en su boca, contaminado.

Se acerca más.

Yo retrocedo.

Sarah me agarra, y en ese único movimiento sé que ella también lo siente. La incorrección. El peligro vibrando en el aire entre nosotras.

Tenemos que salir de aquí.

—Lo siento —dice, con un temblor en su voz que no puede ocultar, aunque sé que está intentándolo—. Mi madre está preparando la cena. Tengo que estar de vuelta para...

Antes de que pueda terminar la frase, el hombre se abalanza hacia delante y la empuja.

Todo sucede a la vez demasiado rápido e imposiblemente lento. Una sola palma plana contra su pecho que le quita el aliento. Los ojos de Sarah se ensanchan por la conmoción, su boca formando

una O perfecta de sorpresa. Sus dedos, cálidos y vivos, arrancados de los míos mientras cae hacia atrás. Su cuerpo derrumbándose al golpear el suelo, campanillas aplastadas bajo su peso. El suave golpe del impacto. El pequeño jadeo que escapa de sus labios.

En la fracción de segundo antes de que el instinto tome el control, tengo una elección.

Caer con ella. Quedarme con ella. Agarrarme.

O salvarme a mí misma.

Mi instinto no es caer con ella.

Mi instinto es protegerme a mí misma.

Y la suelto.

CAPÍTULO DIEZ

Hay uno de él y dos de nosotras, pero ya se ha posicionado sobre Sarah, con una pierna a cada lado de ella, mirando hacia abajo con una expresión de curiosidad distante. Como si fuera un insecto que ha clavado en un expositor.

Levanta la pierna, pienso. Dale una patada ahí.

Pero Sarah está paralizada, con los ojos muy abiertos y sin parpadear, su cuerpo rígido por el terror.

—Silencio —dice el hombre. Una sola palabra, pronunciada con serena autoridad.

Podría correr.

Ahora mismo, podría correr.

El pensamiento se forma con una claridad cristalina: el camino detrás de mí está despejado, sin obstáculos. Si salgo corriendo ahora, podría llegar al sendero principal. Podría encontrar a alguien que ayude.

Su nombre se forma en mis labios, pero mi voz me ha abandonado. Mi garganta se contrae, el aire pasa silenciosamente sobre las cuerdas vocales paralizadas. No puedo hablar. No puedo decir nada.

Mis pensamientos recorren todos los movimientos posibles que podría hacer: una rueda de la fortuna girando a través de opciones que disminuyen rápidamente. Cada una termina con Sarah herida. Con ambas heridas.

O peor, mucho peor.

Podría correr.

Podría correr y buscar ayuda. Calculo la distancia hasta el sendero principal, los minutos adicionales para llegar a la carretera. Demasiado tiempo. Para cuando trajera a alguien de vuelta, sería demasiado tarde.

Podría gritar.

Alguien podría oír, incluso a esta distancia. Mi pecho se expande, llenando los pulmones de aire en preparación.

—Cierra la puta boca, Maggie —su voz es gélida, tranquila y dirigida a mí.

—No estoy... —la protesta muere en mis labios mientras la confusión se agita en mi mente.

—Ya me has oído —dice, y veo a Sarah sacudir la cabeza. Un leve movimiento.

Él la mira fijamente. No con rabia o intensidad, sino con la mirada vacía de alguien que mira a través de una ventana en lugar de a una persona.

—Ella no va a ser un problema —dice.

A mí. Se refiere a mí.

Sarah sacude la cabeza otra vez, más decidida esta vez.

—Dilo.

Su tono no ha cambiado: sigue siendo conversacional, todavía vacío de emoción. De alguna manera eso es más aterrador que si hubiera gritado.

Sarah se lame los labios, y casi puedo sentir la sequedad de su boca. El desierto en que se ha convertido su garganta. Mi propia lengua se siente pegada al paladar, inútil e hinchada.

Podría correr.

Veinte segundos a toda velocidad podrían alejarme lo suficiente. Pero Sarah se quedaría. Sarah, que se rezagó conmigo durante la carrera. Sarah, que se quedó conmigo cuando estaba herida. Sarah, que nunca abandona a nadie.

Me mantengo firme.

—Ella no va a ser un problema —dice Sarah.

Su voz se quiebra. Las palabras apenas son audibles.

Incluso aquí en el silencio. Aquí, lejos de la carretera, lejos de la gente, lejos de nuestra vida normal en nuestra ruta habitual. Incluso aquí, sus palabras son tan frágiles que casi se pierden en el aire inmóvil.

—Dilo otra vez —el hombre levanta la pierna y pone su pie sobre el pecho de ella, presionando con peso creciente.

Veo cómo la respiración de Sarah se vuelve más superficial, y el pánico me atraviesa. Ya lucha por recuperar el aliento cuando está ansiosa. Si él presiona más fuerte...

La está lastimando.

Sé que le duele porque se le escapa un sonido que nunca antes había oído. No exactamente un grito, no exactamente un gemido, sino algo primitivo y herido que se graba en mi memoria.

Sé que le duele porque sus ojos se vuelven hacia mí, y en ellos veo un mensaje tan claro como si lo hubiera gritado. Corre. Corre. CORRE.

Sé que le duele y no hay manera de que la deje aquí.

—No voy a ser un problema —digo, las palabras salen atropelladamente, desesperadas por desviar su atención de Sarah.

Y quiero decir más. Quiero decir por favor, por favor, por favor no la lastimes más. Déjala respirar. No... lo que sea que estés pensando hacer... no lo hagas...

Pero tan pronto como ese pensamiento se forma, tan pronto como mi mente va en esa dirección, sé que no puedo decir nada más. Sé que no puedo pensar esos pensamientos.

Porque Sarah y yo estamos solas aquí, con él.

Nadie sabe dónde estamos.

Y nadie va a echarme de menos.

—Túmbate en el suelo.

Sarah ya está abajo. No hay forma de que pueda levantarse, no con la bota de él sobre su camisa escolar. Me está hablando a mí.

Antes de que lo asimile, me lo está diciendo de nuevo.

—Túmbate en el suelo, Maggie.

Sin mirarlo, sin romper el contacto visual con Sarah, me agacho. Mis movimientos se sienten distantes, mecánicos, como si alguien más estuviera controlando mi cuerpo desde una gran distancia.

—Date la vuelta.

Estoy sentada. Presiono mis manos contra la tierra, girando. Hojas muertas y ramitas crujen bajo mis palmas.

Y todo lo que puedo pensar es por qué, por qué, por qué. La palabra se repite, un disco rayado de incomprensión. ¿Por qué nosotras? ¿Por qué aquí? ¿Por qué ahora?

¿Qué va a hacer que no quiere que yo vea?

Tengo que dejar de pensar.

—Por favor —digo. Intento mantener mi voz tranquila y educada, pero sale como un chillido de ratón. Mi corazón retumba tan fuerte que estoy segura de que debe oírlo golpeando contra mis costillas.

—Maggie —el nombre de nuevo, pronunciado con una familiaridad que me pone la piel de gallina—. No te lo voy a repetir otra vez. Te juro por Dios que si abres tu puta boca una vez más, tu amiga lo va a pagar.

Y su tono es tan tranquilo, tan plano, que de nuevo me quedo paralizada. Aparte de los temblores constantes que sacuden mi cuerpo, las lágrimas que no puedo contener y la presión en mis piernas, esos músculos tensos y preparados contra los que estoy luchando, los que quieren correr, correr, correr, aparte de todo eso estoy completamente inmóvil.

Él va despacio, tomándose su tiempo.

Sin pensar en apresurarse. Sin miedo a ser atrapado aquí, con nosotras.

Oigo el rasgado de la tela.

Sonidos frenéticos ahora de Sarah, no palabras.

Luego pasos.

Sus pesadas botas vienen hacia mí.

Su mano está en mi espalda.

Me empuja hacia delante.

Mis piernas están frente a mí.

No puedo moverme de la manera que él quiere.

Me inclina hacia un lado, y por una fracción de segundo, veo a Sarah. Está tumbada boca abajo con su camisa y bragas.

Sin falda. Ya no hay falda.

Le ha atado las manos juntas, a la espalda, con la correa del perro.

No hay ningún perro, pienso, y no sé si estoy pensando en mamá y el bebé y el cachorro y los colores de la pared de mi habitación mientras me doy cuenta de que la ha amordazado y ahora algo está entrando en mi boca, tela, dentro y alrededor e intento gritar por última vez pero no hay manera, no puedo emitir un sonido mientras lo aprieta con fuerza detrás de mi cabeza.

Ninguno de mis pensamientos tiene sentido. Son solo un torbellino confuso de cosas que podría no ver nunca, podría no ver nunca más.

Me pone boca abajo también y ¿tiene algún sentido que dé patadas? ¿Debería agitar los brazos, o eso lo enfurecerá? ¿Me hará más daño si lucho? ¿Le hará más daño a ella? Porque si hay alguna posibilidad de que alguna estupidez que haga termine con ella sufriendo más, no puedo hacerlo. No puedo arriesgarme.

Estoy quieta mientras ata mis muñecas con más de la tela que ha cortado del borde de su falda.

Cortado.

Tiene un cuchillo.

Tiene un cuchillo.

Cortó su falda. Tiene un cuchillo.

Mi mente hace la conexión, e inmediatamente intento deshacer ese pensamiento.

Porque ese pensamiento no puede conducir a nada bueno.

Me ve mirando a Sarah, y con un rápido movimiento de su pierna, me patea como a una muñeca de trapo para que mire hacia otro lado.

—No necesitas ver esto, Maggie —dice.

Mi cara está contra el barro ahora. Delante de mí, a un metro y medio, quizás menos, los jacintos silvestres inclinan sus cabezas mientras un último trozo de tela se envuelve alrededor de mi cara, cubriendo mis ojos.

Está tan cerca de mí, mientras ata la venda improvisada. Puedo oler ese cóctel de cigarrillo rancio y olor corporal impregnado, y me

hace vomitar.

Luego se ha ido. De vuelta a ella.

Y ahora no hay ninguna posibilidad de correr.

Oigo a Sarah chillar. Es un ruido corto y agudo, como el que haría un perro si le pisaras la pata.

Me cuesta todo mi esfuerzo no darme la vuelta. No por una especie de curiosidad morbosa, sino por amor. No puedo quedarme aquí, de espaldas a mi mejor amiga, mientras él la lastima.

Pero eso es exactamente lo que debo hacer.

—Si vas a hacer ruido así, jovencita —dice él—, tendré que llevaros donde nadie pueda oíros.

Llevarnos. Las palabras me provocan un nuevo horror. No solo nos está atacando aquí. Planea trasladarnos a otro sitio. A un lugar aún más aislado. A algún sitio...

Detrás de mí, oigo movimiento; un golpe sordo.

—Prrrrfvr —dice Sarah bajo su mordaza. La palabra es pequeña, ahogada, rota.

Por favor.

No es una petición. Es una plegaria sin esperanza de respuesta.

La súplica de Sarah rompe algo dentro de mí. Mi mejor amiga, mi hermana de todo menos de sangre, y no puedo hacer nada para salvarla. Nunca me he sentido más inútil, más destrozada. Todo lo que puedo hacer es quedarme aquí sentada, de espaldas, mientras él...

Otro golpe sordo.

Sobre mí, un zorzal entona su canto vespertino, dulce y puro. Una suave brisa susurra entre las nuevas hojas primaverales, trayendo consigo el aroma de las campanillas. Todo en este momento debería ser apacible. Pero bajo estos sonidos suaves, oigo la terrible realidad.

Detrás de mí, la respiración de Sarah cambia. Rápidas y superficiales bocanadas dan paso a sollozos ahogados que parecen sacudir todo su cuerpo. Los sonidos de su angustia llenan el claro, cada uno cortándome como el cuchillo que sé que él lleva.

—No puedo hacer esto si no te callas.

Por una parte quiero que siga luchando, por otra quiero que haga lo que él dice, para que tal vez, solo tal vez, deje de hacerle daño.

Pero entonces el aire se agita con movimiento. Sus pasos se alejan de ella.

¿Ha terminado? ¿Ha acabado?

El alivio es momentáneo, desvaneciéndose cuando sus botas se acercan a mí en su lugar.

Las ramitas crujen bajo su peso mientras se agacha a mi lado. Puedo sentir su presencia, oler los cigarrillos en su aliento, percibir que me estudia a través de la venda.

Un dedo recorre mi mejilla, el contacto casi delicado.

Íntimo.

Aterrador.

—Estás siendo muy buena, Maggie —susurra, con la boca cerca de mi oído—. Siempre tan callada. Tan obediente.

Lucho contra las ganas de vomitar, de gritar, de apartarme bruscamente de su contacto.

La respiración de Sarah se estremece en el fondo, su dolor contrapunto de su retorcida ternura.

—Calmaos —dice en lo que temo pueda ser su tono más tranquilizador—. Voy a buscar la furgoneta.

Mis ojos se ensanchan tras la venda de poliéster. No ha terminado. Solo está empezando. Realmente va a secuestrarnos.

Lo oigo mientras se aleja: el rítmico tintineo de las llaves, el silbido despreocupado que comienza como si simplemente estuviera haciendo un recado cotidiano.

Los sollozos de Sarah se vuelven más silenciosos, más controlados, como si ella también intentara escuchar. Intentando entender qué viene después en esta pesadilla. El silbido se desvanece en la distancia, pero la promesa de su regreso flota en el aire, más pesada que el aroma de las campanillas aplastadas bajo nosotras. La furgoneta significa otro lugar. Un lugar peor. Un lugar verdaderamente fuera de alcance.

Un lugar donde nadie puede oírnos.

CAPÍTULO ONCE

Oigo sus pasos desvanecerse en el silencio, pero no puedo estar segura de que se haya marchado. Aguzando el oído, intento concentrarme en los sonidos a mi alrededor. Me enfoco en lo que no puedo escuchar: ningún sonido de camioneta, todavía no; ningún paso pesado en el sendero. Ningún silbido.

Quiere que pienses que se ha ido.

Es posible. No conozco a este hombre. Desde luego no sé cómo funciona su mente. ¿Qué clase de persona deambula por el bosque esperando a chicas a las que pueda atar y llevar a su camioneta?

El tipo de persona que caminaría hasta el borde del claro, se quedaría mirando, esperando a que una de vosotras le dé una razón para haceros daño.

Quiere que pienses que se ha ido.

Mis pensamientos no son útiles, pero la lógica tiene sentido. Aun así, no puedo evitar intentar comunicarme con Sarah. Necesito que sepa que estoy aquí. Necesito que sepa que seguimos juntas en esto.

—Srrrh —intento decir su nombre, pero la mordaza lo convierte en un sinsentido.

No hay respuesta.

La bilis me sube por la garganta, espesa y ardiente, y por un momento lo único que puedo pensar es que voy a ahogarme con mi propio vómito porque tengo esta mordaza en la boca y estoy a punto de devolver la última comida que ingerí: un sándwich seco de atún y un cartón de leche de la cafetería, y su sabor ya se está agriando en la parte posterior de mi garganta.

¿Será esa la última comida que comeré en mi vida?

Sé que estoy entrando en pánico e intento ralentizar mi respiración. Lo intento, pero el sabor ácido está en mi boca, la sal persistente de la mayonesa barata del comedor mezclándose con la bilis, y no hay manera de deshacerme de ella. Trago la amargura.

Aspiro aire por la nariz. Lo expulso, lenta y constantemente. Al menos pienso las palabras lenta y constantemente mientras mi respiración sale entrecortada por mi nariz.

Lentamente.

Y constantemente.

La saliva llena mi boca, y la empujo hacia fuera, sintiendo la humedad contra la textura de crepé de la falda de Sarah.

Joyce se enfadará.

Dejo que el pensamiento se desvanezca.

Mi mordaza corta las comisuras de mi boca, ¿pero qué hay de Sarah? La suya debe estar presionando contra sus labios, su pánico robándole el aire que necesita. Necesita respiraciones completas. Profundas. Si su pecho se contrae... Oh Dios, si tiene un ataque de asma ahora...

Mis muñecas arden donde él las ató, la tela de la falda de Sarah clavándose en mi piel. Intento mover los dedos, solo para asegurarme de que todavía puedo. Responden lentamente, con hormigueo extendiéndose por mis manos.

Mi pecho sube y baja pesadamente, pero el ritmo se estabiliza.

Estás perdiendo el tiempo.

¿De verdad voy a esperar aquí a que vuelva y nos lleve a donde sea que planee llevarnos en su camioneta?

El peor escenario posible acaba de escalar de lo que podría hacernos aquí a lo que podría hacernos en un lugar de su elección. Y eso parece muchísimo peor.

¿Cuáles son mis opciones?

Podría frotar mi cara contra el suelo hasta liberarme de la venda y la mordaza, ponerme de pie, correr hacia Sarah.

Podríamos escapar.

Pero no puedo estar segura de que se haya ido.

¿Y si *nos* está poniendo a prueba?

Y si todavía está aquí, si está cerca y nos ve, ¿cómo vamos a poder correr más rápido que él?

Al menos Sarah tiene el asma como excusa. Todo lo que yo tengo es mi lamentable falta de forma física y mi inutilidad general.

Si salgo de esta, juro que voy a trabajar en mí misma.

Si salimos de esta.

Sarah. Su nombre llena mi mente, empujando contra todo lo demás. Sarah, a quien escuché sollozar. Sarah, que hizo esos sonidos que nunca antes había oído.

—Srrrh —fuerzo el sonido de nuevo.

—Mmmph —responde ella.

Sarah está aquí. Está consciente. Eso es todo lo que sé.

Tras la oscuridad de la venda, solo puedo formar una imagen mental de ella. Atada y amordazada, igual que yo.

Pero sin su falda.

La bilis sube de nuevo, y trago con fuerza.

Incluso ahora, incluso aquí, tengo que tener algún tipo de control.

La he llamado dos veces. Ha respondido. Él no nos ha dicho que nos callemos. No ha gritado, no ha amenazado.

Creo que se ha ido.

—Srrrh. ¿Yughky?

La mordaza deforma mis palabras. *¿Estás bien?* Pregunta estúpida. Por supuesto que no está bien. ¿Cómo podríamos estarlo?

—Whrrweuhoo —responde Sarah.

No tengo ni idea de lo que está tratando de decirme o preguntarme.

—Whrr we uh oo —repite, espaciando sus palabras, o al menos los sonidos de las palabras.

¿Qué vamos a hacer?

Me arrastro por el suelo. La tierra debajo de mí se ha enfriado a medida que el sol comienza a ponerse, robando el calor de mi cuerpo. Debajo de mí, la hierba alta está aplastada. No es lo suficientemente dura como para que consiga algún tipo de fricción que me ayude a liberarme de las ataduras en mis muñecas. Muevo la cabeza en su lugar, como un perro que asiente, rozando contra el suelo, tratando de liberarme. Mis movimientos son frenéticos, y

golpeo mi cabeza contra el suelo. Haciendo una mueca de dolor, lo intento de nuevo. Con calma ahora, usando todo mi cuerpo para moverme contra el...

Pero ya es demasiado tarde.

—¡Truuud! —grita Sarah amordazada, pero yo también lo he oído.

El rugido de un motor acercándose.

No es una carretera, el camino que atraviesa el bosque aquí. Nunca he visto un vehículo aquí. Pero él debe conocer bien la zona. Sabe cómo conducir hasta donde estamos.

Toma nota mental de eso.

La voz en mi cabeza tiene razón. Cualquier cosa que pueda ayudar más tarde. Debo intentar recordar.

Conoce la zona.

Estaba preparado para nosotras.

Me doy cuenta, con una claridad que me revuelve el estómago, de que esto estaba planeado.

La camioneta ya estaba allí. Él estaba aquí, con esa correa de perro, buscando a alguien. Cazando presas.

Tenemos que salir de aquí.

Sé ahora, mientras el sonido del motor de la camioneta muere en el zumbido del encendido al ser apagado, que es demasiado tarde.

Está silbando de nuevo mientras camina hacia nosotras. Ninguna canción que pueda reconocer, solo una melodía de qué-bonito-día-para-ir-a-secuestrar.

La sonrisa en su rostro es obvia, aunque no pueda verla.

Los pasos se detienen, pero el silbido no. Cambia de tono cuando Sarah gime.

—¡Neugh!

—Silencio ahora —dice el hombre, con diversión impregnando su voz. Luego un gruñido, antes de volver a la banda sonora silbada de nuestro secuestro.

El sonido parece tocarme físicamente, como dedos arrastrándose por mi piel. Me encojo instintivamente, mis músculos contrayéndose dolorosamente después de estar estirados en la misma posición durante tanto tiempo. Mi mandíbula duele de apretar contra la mordaza, los dientes rechinando tan fuerte que puedo oír el sonido dentro de mi cráneo.

Detrás de la venda, solo hay oscuridad.

La tela contra mis ojos es áspera, ya húmeda con lágrimas y sudor. Mi piel se siente pegajosa, el frío aire del atardecer provocando piel de gallina a lo largo de mis brazos y piernas expuestos.

Me concentro en una imagen mental del papel pintado color moratón de mi dormitorio. Algo para centrarme. Algo a lo que aferrarme.

Me pregunto si Sarah también ha ido a su propio lugar seguro. Me pregunto si existe tal cosa ya.

—Levántate —dice.

Creo que me está hablando a mí, pero cuando intento levantarme, dice—: No tú, Maggie, todavía no.

Todavía no.

¿Así que pronto?

Me imagino a Sarah poniéndose de pie mientras escucho el arrastre detrás de mí. No habla, no protesta.

—No tengo todo el día —dice, y hay un golpe seguido inmediatamente por un pequeño grito ahogado.

Los pasos se alejan. Él y ella. Lejos, pero no puedo decir en qué dirección. ¿Por el camino por el que caminábamos? ¿Hacia atrás? ¿Hacia adelante?

Me quedo inmóvil, escuchando.

¿Se la ha llevado y me ha dejado aquí?

Podría escapar.

Oigo las palabras repetirse en mi cabeza, pero suenan ridículas. Por supuesto que no podría.

¿Y si se ha ido ya? ¿Y si...?

Me detengo y cierro los ojos. Oscuridad dentro de la oscuridad. El patrón del papel pintado. Una meditación enfermiza.

¿Quién demonios es Maggie?

Mis ojos se abren de golpe, pero sin resultado. Estoy alerta. Estoy pensando. Sigo con los ojos vendados.

E intento, intento, intento recordar si he visto algo en las noticias, si he oído algo en la radio. Maggie. Margaret.

No se me ocurre nada. Si hubiera alguna chica desaparecida por aquí, mi madre sería mucho más estricta respecto a saber dónde estaba yo, Paul o no Paul. ¿Y Joyce? Joyce no dejaría salir a Sarah de casa en absoluto si hubiera ocurrido algo así.

Joyce.

¿Qué le voy a decir a Joyce si se ha llevado a Sarah y yo solo me he quedado aquí tumbada como un jamón listo para asar?

Quizás no tengas que decir nada.

La voz en mi cabeza no es reconfortante. Es ominosa.

¿Y si ninguna de las dos va a volver a casa?

—Maggie. Vamos, ya.

Su voz de nuevo.

Y por un momento, casi me alegro.

Porque significa que dondequiera que esté Sarah, yo también voy.

CAPÍTULO DOCE

No hay caminata. Me recoge, me echa sobre su hombro como un bombero y avanza a grandes zancadas. Creo que hacia adelante, pero realmente no sé en qué dirección es. El mundo se inclina y gira, la sangre se me sube a la cabeza mientras mi estómago da un vuelco. Su hombro se me clava en el abdomen con cada paso. La venda roza contra él y vislumbro el suelo moviéndose bajo nosotros. Manchas de hierba rala, luego grava, luego tierra. Todo está borroso a través de mis lágrimas y confuso, como si mi cerebro no pudiera procesar cuál es el camino hacia arriba.

Sus manos se cierran alrededor de mi muslo, con los dedos clavándose con tanta fuerza que sé que habrá un moratón. Un recordatorio, incluso si sobrevivo. La fuerza casual en su agarre me dan ganas de vomitar. Creo que ni siquiera se está esforzando al cargarme. Debo ser ligera como una pluma para él. Solo otra pieza de carga.

Camina. Me lleva. Y cuando llegamos adonde quiere estar, se apoya contra el cristal y el metal, soportando mi peso mientras abre la puerta de su camioneta.

Mi cuerpo se sacude contra el suyo y, mientras ajusta su agarre, la venda se levanta ligeramente otra vez, frotándose contra su chaqueta maloliente. Veo rojo, más rojo. El rojo de su chaqueta, el rojo de la camioneta.

Recuerda. Recuerda esto.

No hay más tiempo para ver nada más.

Es todo lo que consigo antes de que la venda sea forzada de nuevo a su sitio. Una mano áspera agarra mi cara, con los dedos presionando mis mejillas con tanta fuerza que me hace estremecer. Está comprobando que esté segura. Comprobando que no pueda ver.

—Ya conoces las reglas —dice, su voz casi suave, como si estuviera hablando con alguien que conoce bien.

Alguien que ha hecho esto antes.

Por supuesto que *no* conozco las reglas, pero aparentemente Maggie sí.

Maggie, quienquiera que sea.

Maggie, que probablemente está muerta en alguna parte igual que lo estará Sarah si no...

Corto ese pensamiento. No puedo permitirme pensar así ahora.

Si me sirve de algo seguir con este papel de Maggie, entonces seguiré el juego. Me inclino hacia delante, tratando de orientarme, intentando actuar de un modo que tenga sentido para él. ¿Qué haría Maggie? Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que debe oírlo. Él me guía, empujándome hacia abajo en el asiento. La puerta se cierra de golpe, sellándome dentro. Atrapándome.

El interior de la camioneta huele a aceite y a ese mismo hedor a cigarrillos que su chaqueta. Eso y un olor rancio subyacente que no puedo ubicar. Algo pudriéndose. Intento no respirar demasiado profundo. Mi cuerpo tiembla mientras me muevo, sintiendo calor a mi lado.

Sarah

Sé que debe ser ella. No se mueve mucho, pero está aquí. Puedo sentir su presencia. Es lo único que me mantiene anclada. Mis manos están atadas a mi espalda. Las suyas también deben estarlo. Quiero estirarme, hacerle saber que no está sola. Pero todo lo que puedo hacer es mover mi pie, deslizándolo con cuidado por el suelo hasta que roza el suyo.

Ella se estremece, luego presiona de vuelta. Un pequeño movimiento. Una pequeña seguridad.

Mi mente corre mientras intento recordar cada detalle. Cada pequeña cosa que podría ser útil más tarde, si hay un más tarde. Ese es otro pensamiento para añadir a la lista de descartes.

Algo en la parte trasera hace ruido. Cadenas, quizás. ¿Herramientas? Lo anoto mentalmente y luego intento no pensar más en para qué podrían usarse las cadenas y herramientas. No, no, no.

Quiero hablar, por supuesto. Quiero decirle algo a Sarah. Hacerle saber que estoy aquí. Estamos juntas. Ninguna está sola.

El motor ruge cobrando vida, la camioneta temblando bajo nosotras.

Oigo al hombre moverse en su asiento. Luego su voz, deslizándose entre las grietas de mi miedo como algo aceitoso y espeso.

—No deberías haber estado ahí fuera, Maggie. ¿No te lo había dicho ya?

Me encantaría poder ubicar su acento, pero suena como una mezcla de actores de películas de terror de mala calidad. Quizás esta no sea su voz real. Quizás todo esto es un espectáculo, un personaje que cree estar interpretando. No suena como alguien de la zona, eso es seguro.

Se repite, más alto esta vez.

—He dicho, "¿No te lo había dicho ya?"

—No —intento decir la palabra, pero la mordaza lo traduce a *Neugh*.

Se ríe. Una risa real. Profunda, divertida, como si esto fuera algún tipo de broma interna.

—Bueno, ahora ya lo sabes.

No sé cuánto tiempo conduce. Intento encontrar una manera de medir la distancia. Cuento los segundos mientras pasan, pero son demasiados. Pierdo la cuenta. Mis pensamientos divagan hacia los posibles desenlaces de este viaje en camioneta. Ninguno es bueno. Todos y cada uno terminan en la lista de descartes.

Intento centrarme en un plan para escapar, pero cada idea que tengo parece significar que una de nosotras se queda atrás.

Eso no va a ocurrir.

Nulli soli, omnes uniti.

No podemos hablar entre nosotras, no podemos comunicarnos. Me pregunto en qué estará pensando Sarah, si habrá estado contando los segundos y añadiendo a una lista de descartes propia.

Mis manos se clavan en mi espalda con cada bache en el camino.

La carretera es bastante lisa.

Algún bache ocasional.

Los árboles raspan la parte superior de la camioneta mientras viajamos.

Añado estos detalles a mi lista mental de cosas que podrían ayudar más tarde, aunque probablemente describa la mayoría de las rutas principales de la zona.

Escucho por si hay algo más que pueda ser útil.

Más tarde.

Después.

Estoy segura de haber oído que el sentido del oído se vuelve más claro cuando te privan de otros sentidos. Ojalá me privaran del olfato, porque el cabrón al volante está fumando sin parar, y lo odio. Sin embargo, es la menor de mis preocupaciones. Morir en un año lejano por inhalación de humo de segunda mano sería una opción perfectamente buena ahora mismo.

Oigo los neumáticos girar sobre la carretera.

Oigo mi propia respiración laboriosa.

Y nada más.

Nada útil.

Nada hasta el clic del intermitente, el crujido de la grava debajo de nosotros, en lugar de asfalto, y luego una suavidad irregular que creo que debe ser barro o hierba debajo.

No mucho más adelante, la camioneta se detiene.

Mi corazón se detiene con ella.

El hombre suspira, estirándose como si acabara de entrar en su propia entrada después de un largo día. Como si esto fuera rutina. Como si esto fuera normal.

Entonces habla.

—Aquí estamos, Maggie. Es ese momento otra vez.

La manera suave en que lo dice me pone la piel de gallina. Como un padre diciéndole a su hijo que es hora de acostarse. Como un

camarero anunciando un especial. Como si alguien, en algún lugar, hubiera escuchado estas mismas palabras antes.

Y de repente lo sé —realmente lo sé— que en algún lugar hay una Maggie real que escuchó estas mismas palabras.

Ella escuchó estas palabras.

Ella sintió este mismo terror.

Y nunca regresó a casa.

Sea lo que sea *ese momento*, estoy bastante segura de que no quiero formar parte de ello.

Y también estoy bastante segura de que estoy a punto de hacerlo.

CAPÍTULO TRECE

Primero abre la puerta del lado de Sarah, y siento cómo su cuerpo se aleja del mío. Su calor desaparece.

—Ugh —dice ella.

Antes de que la saquen del vehículo, estiro el pie hacia el suyo, haciendo un último contacto.

Luego inhalo, intentando calmarme. Tratando de no entrar en pánico por lo que está a punto de suceder.

Es otra vez ese momento.

No, no, no.

¿Cómo salgo de esto?

No.

¿Cómo *salimos* de esto?

Me quedo sentada, esperando a que venga a abrir mi puerta. Ha dejado abierta la del lado de Sarah. La brisa sopla a través, más fría ahora en mis piernas.

Me quedo sentada, esperando.

Espero.

Espero.

No oigo rastro de pasos. No oigo signos de lucha. No oigo nada más que los sonidos de mi propio cuerpo. No hay nada que sugiera que estamos cerca de casas. Ni sonidos de televisión, ni conversaciones que escuchar. Aparte de eso, hay un leve rastro de estática en el aire, y silencio.

No. No es estática. Apenas perceptible, agua corriendo. ¿El ruido blanco de un río? ¿Un arroyo? Es tan débil que podría ser un charco. Aun así, intento fijar el recuerdo en mi mente.

La puerta se abre, y casi me caigo de la camioneta. No es tan alta como para tener que bajar trepando, y guardo ese pensamiento. Me tira, pero con suavidad.

—Vamos ya —dice. Tiene olor a humo en el aliento, recién salido de un cigarrillo en su mano izquierda. No lo veo, pero siento la curva de su brazo, escucho el suave siseo de su inhalación mientras lo succiona.

Doy un paso en falso en el terreno irregular. Hay una pequeña depresión, una especie de canal. Mi pie va directo hacia ella, girándose mi tobillo.

—Con cuidado —dice, como si estuviera arriando una vaca en lugar de dirigir a una chica. Me levanta de un tirón antes de que mi peso caiga sobre mi tobillo, y casi le estoy agradecida.

Casi.

Caminamos, pero no lejos, con su brazo alrededor de mis hombros, dirigiéndome.

—Casi de vuelta.

De vuelta a un lugar donde nunca he estado y espero no volver jamás.

Pero quizá no habrá un *volver*. Quizá todo lo que he experimentado en mi vida lo he experimentado por última vez. No más noches de pizza. No más castigos. No más recogida de campanillas en el bosque. No más Sarah. No más mamá.

El pensamiento se me atraganta en la garganta, y dejo escapar un pequeño sollozo. Intento mantenerlo en silencio porque ese dolor es mío, no es para él. No quiero que sepa que me está haciendo sentir algo.

—Aquí estamos —. Su voz es tan firme que parece que esto es rutinario para él.

Quizá lo sea.

Con calma, sin previo aviso, me presiona el hombro.

—Abajo, ahora —dice, dejándome caer al suelo.

Está húmedo. No pasamos por ninguna puerta, ni siquiera una verja. Seguimos al aire libre, pero más lejos de casa. No estamos en el atajo. No estamos en el bosquecillo de campanillas. No sé dónde estamos, pero no quiero estar aquí.

No puedo mantenerme estable con las manos detrás de la espalda, así que me dejo caer hacia un lado y quedo en posición casi fetal. No tiene sentido intentar sentarme. Él no me dice que lo intente.

Mi camisa absorbe la humedad de la tierra en un instante, la humedad presiona contra mi piel. Mis piernas están expuestas, extendidas contra el suelo donde la carne toca la tierra. Mi falda está levantada, y quiero alisarla, cubrir la parte superior de mis muslos, pero entonces pienso en la mordaza de mi boca, en Sarah en bragas.

Sarah grita, y sé que ha vuelto a por ella.

Está cerca.

Hay una pausa. El suave crujido de la tela, un peso que se asienta en el suelo con un golpe sordo. Un movimiento metódico. Mi estómago da un vuelco; se está preparando para algo. No quiero pensar en qué, pero lo sé. De vuelta en el claro, se detuvo porque ella estaba haciendo demasiado ruido. Pero aquí, donde nadie puede oírnos... aquí puede hacerle lo que quiera.

A nosotras.

—Podría quitarte esa mordaza ahora —dice—. Nadie puede oírte —. Hace una pausa por un momento y se ríe—. Aunque me gustas más así.

No.

Pateo y me incorporo. No puedo quedarme aquí sin hacer nada. No puedo dejar que esto le pase a Sarah. Quiero decir *tómame a mí en su lugar*, por mucho que ese pensamiento me congele la sangre.

Tómame a mí en su lugar porque ella es especial, es amable y dulce y cariñosa y está tan llena de amor y apoyo y afecto, y siempre ha estado ahí para mí, y la quiero, la quiero, la quiero.

—Échate, Maggie —dice. Su voz es glacial: plana, tranquila, fría.

No soy Maggie, y no me echo.

—¡ÉCHATE, Maggie! —dice de nuevo. Cambia el énfasis en la palabra, pero sigue sin transmitir emoción.

—¡Neurgh! —grito a través de la tira de la falda escolar de Sarah.

Estoy de pie y corro hacia él, voy a detenerlo. Cargo como un toro, apuntando mi peso hacia sus piernas. Sin pensarlo demasiado, mi voz interior me dice que lo derribe.

—¡Srrrh! —grito cuando casi lo alcanzo.

—¡Niiiifffhhh! —Sarah grita en respuesta.

Y mientras ella lo dice, lo siento.

Antes incluso de alcanzarlo, caigo al suelo.

Mis brazos inútiles, atados detrás, intentan alzarse, intentan tocar el lugar que ahora está palpitando. Mi cerebro inútil tratando de ponerse al día, de entender qué ha pasado. Cuchillo.

La hoja me abre la garganta antes incluso de que lo sienta. Un segundo estoy corriendo, al siguiente me estoy ahogando en monedas de cobre. Mi cuerpo sabe que me estoy muriendo antes de que mi cerebro lo asimile. Sangre caliente, luego fría, luego caliente otra vez mientras bombea mi vida hacia la tierra húmeda.

—Ojalá no me hubieras hecho hacer eso, Maggie —dice, como si lo sintiera de verdad.

No puedo hacer presión sobre la herida. Arrastro la idea desde algún lugar, probablemente de la televisión, de que es lo que se supone que debo hacer.

Intento ignorar el otro hecho de que tener la garganta cortada es una forma segura de acabar muerta.

Presión. Presión. Inclino la barbilla hacia el pecho, siento la parte superior de mi columna estirarse mientras presiono tan fuerte como puedo.

Lo único en lo que puedo pensar es en cómo evitar morir.

Y entonces Sarah empieza a gritar.

No puedo ver lo que le hace.

Oigo el sonido, primero amortiguado por el trozo de poliéster negro en su boca, y luego, imagino, por su mano presionando sobre su cara.

Muérdelo. Patea. Haz cualquier cosa.

Si me muevo, estoy casi segura de que moriré.

Animo a Sarah mentalmente, y entonces oigo su voz.

—Sé una buena chica, y no acabarás como Maggie.

Y los ruidos de Sarah cesan.

No.

No, por favor.

Sigue luchando.

Pero el siguiente sonido que oigo es un gemido doloroso, y sé lo que está haciendo. Oigo carne contra carne, pero Sarah, después de ese único sonido agudo, está en silencio.

La respiración del hombre sale en gruñidos. Una y otra vez. El movimiento de piel sobre piel se intensifica. Más rápido, y creo que más fuerte, pero no quiero pensar en ello en absoluto. No quiero pensar, pero ¿cómo no hacerlo? ¿Cómo puedo bloquear el mal?

El patrón de moratones en la pared de mi habitación llena mi mente, pero mientras floto, me doy cuenta de que no es eso en absoluto. Es una sombra que cae sobre mí. Es una oscuridad púrpura, roja, azul. Los colores se están mezclando. La noche está cayendo.

Nunca veré a mi hermano.

Ssrrrh

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO CATORCE

El resplandor es abrumador. Agujas de luz blanca atraviesan mis párpados, haciéndome apartar la mirada. Lo intento de nuevo, con más cautela esta vez, dejando que mis ojos se abran en pequeños incrementos.

Hospital. La palabra se forma antes incluso de procesar los detalles: el olor antiséptico, el pitido electrónico constante, las superficies demasiado limpias brillando bajo luces fluorescentes. Pero bajo ese olor clínico penetrante, persiste algo más. Algo metálico que hace que mi estómago se contraiga mientras la memoria parpadea...

No. Todavía no.

Mi cabeza se siente extraña, pesada contra la almohada pero flotando de alguna manera, como si ya no estuviera conectada a mi cuerpo. La medicación lo nubla todo, haciendo que el mundo se desdibuje en los bordes. Un monitor a mi izquierda traza mi ritmo cardíaco en picos verdes constantes. Un tubo va desde una bolsa transparente hasta mi brazo izquierdo, goteando un líquido transparente en mis venas.

No tires de ese.

El pensamiento surge de la nada.

Pero ese no es el tubo que me aterroriza. Algo invasivo sobresale de mi garganta, sujeto en su lugar por correas alrededor de mi cuello.

Sarah.

Mi voz está bloqueada por la invasión de plástico en mi garganta. Mi mano derecha se alza involuntariamente, encontrando vendajes y esparadrapo donde recuerdo sangre. Tanta sangre. Intento no pensar en lo que hay debajo.

Lo único en lo que puedo pensar es en Sarah.

Mi mano libre se agita débilmente, buscando un botón de llamada. Alguien necesita saber que estoy despierta. Alguien

necesita decirme dónde está Sarah, que está bien, que está viva. Debo haberles hablado de ella cuando me encontraron. Antes del tubo pero después del... Después del... Debo haberlo hecho...

Pero no puedo recordar. La cronología se hace añicos como cristal roto cuando intento aferrarme a ella. Sarah siendo sacada de la camioneta. Su voz. Sangre llenando mi boca. Después... nada.

¿Cómo llegué aquí? ¿Quién nos encontró? Y Sarah... Sarah... Sarah...

El pitido constante del monitor se acelera mientras el pánico trepa por mi pecho. A medida que mi corazón late con más fuerza, el monitor chilla en respuesta, su calma profesional fracturándose como todo lo demás. Como yo.

Tiene que estar aquí en alguna parte. Otra habitación. Otra planta. Tiene que estarlo.

Las paredes son demasiado blancas. Las luces son demasiado brillantes. Todo está demasiado limpio, demasiado estéril, demasiado controlado. Nada como la tierra húmeda donde la vi por última vez. Donde él...

No.

El monitor aúlla mientras la habitación se desvanece. Necesito saberlo. Necesito encontrarla. Necesito...

Sarah.

Cuando vuelvo a la consciencia, el reloj en la pared marca las 3:17, sus dígitos rojos casi perdidos en la intensa luz de la habitación. Por la tarde entonces. Pero ¿qué día? ¿Cuánto tiempo he estado aquí?

Intento incorporarme para poder ver más de mi entorno, pero mis brazos tiemblan con el esfuerzo. Tengo cuidado con las líneas, los tubos, los cables. Me muevo muy despacio, pero incluso ese ligero movimiento envía un nuevo dolor punzante a través de mi cuello. El vendaje y el esparadrapo tiran de mi piel mientras me hundo de nuevo en la almohada, derrotada.

Una pizarra blanca cuelga en la pared opuesta, apenas visible si giro la cabeza con cuidado. "Tu enfermero hoy: David". Debajo,

signos vitales y números que no significan nada para mí. Ningún otro nombre. Ninguna indicación de dónde podría estar Sarah.

Tiene que estar cerca. No nos separarían.

Unos pasos chirrían por el pasillo con ese sonido característico de los zapatos de hospital. Por un momento, el ritmo constante se transforma en botas más pesadas sobre tierra húmeda, y mi ritmo cardíaco se dispara. Intento calmarme, intentando instintivamente controlar mi respiración, pero el tubo en mi cuello lo hace imposible. Mi respiración viene en tirones mecánicos y superficiales que no puedo regular. Una cosa más que me ha quitado: incluso mi propia respiración ya no está bajo mi control.

Mi bata de hospital es de algodón fino, estampada con rombos azules descoloridos. Alguien me cambió la ropa. Alguien lavó la sangre y la suciedad. Intento no pensar en mi uniforme escolar arruinado, en la falda rasgada de Sarah.

No.

Concéntrate en el ahora.

En conseguir ayuda.

Tiene que haber un botón de llamada en alguna parte. Mi mano derecha explora el barandal de la cama, encontrando plástico liso y metal, pero nada que parezca un botón. El esfuerzo me deja exhausta, mi brazo cayendo de nuevo sobre la áspera manta. Incluso mis dedos se sienten débiles, como si hubiera estado aquí durante días.

Capto un destello de uniformes azules cuando un enfermero pasa caminando, pero no mira hacia dentro. Intento llamarle, pero mi garganta dañada solo produce un ronco susurro que se disuelve en el aire antiséptico. El olor me recuerda al humo de cigarrillo, y de repente estoy de nuevo allí, con su aliento caliente contra mi oreja mientras él...

No.

El monitor pita más rápido otra vez. Cierro los ojos, intentando bloquear los recuerdos, pero se filtran de todos modos. Sangre en mi boca. El grito ahogado de Sarah. El golpe de las botas.

Tiene que estar aquí. Debieron encontrarnos a las dos. No la habría dejado allí.

Pero cuando abro los ojos, sigo sola en la habitación demasiado blanca. El reloj ahora marca las 7:19. Cada minuto se alarga como un chicle viejo, pegajoso con preguntas que no puedo expresar. Mi garganta duele con palabras que necesito decir, con el nombre de Sarah atrapado detrás de las cuerdas vocales dañadas, detrás de plástico y vendajes.

Algo brilla en la tenue luz: allí, medio oculto por la manta. Un pequeño mando. El botón de llamada. El alivio me inunda, hasta que intento alcanzarlo. Mi brazo se siente como si se moviera a través de hormigón húmedo, cada centímetro una distancia imposible.

No tengo suficiente fuerza. Todavía no.

Igual que antes, cuando Sarah me necesitaba.

El tiempo se difumina. El reloj sigue cambiando, pero los números no significan nada. Mi mundo se ha reducido a esto: el goteo constante de la medicación, el zumbido de las luces fluorescentes, el círculo interminable de mis pensamientos mientras intento reconstruirlo.

Lo último que recuerdo claramente es la sensación de mi vida desangrándose en el suelo. Luego solo... fragmentos. Mi mente se salta como un disco rayado cuando intento ir más allá de ese momento.

¿Hubo una sirena? ¿Voces? ¿La sensación de ser levantada? No puedo aferrarme a nada sólido, no puedo unir las piezas en una historia que tenga sentido.

Sarah.

Si yo estoy aquí, ella está aquí.

Porque la alternativa, que alguien solo me encontró a mí, que de alguna manera conseguí ayuda mientras la dejaba atrás, es imposible. No habría hecho eso. Nunca. Incluso desangrándome, incluso muriendo, no la habría dejado.

Una ambulancia aulla en algún lugar fuera, su estruendo desvaneciéndose en la distancia. El sonido llena mi cabeza con luces rojas y azules, con voces urgentes y manos presionando contra mi

cuello. Pero el recuerdo se detiene ahí, fragmentado e inútil. Nada sobre Sarah. Nada sobre cómo llegué de allí hasta aquí.

Dondequiera que fuese *allí*.

Dondequiera que nos llevó.

Donde no había nadie que pudiera oírnos gritar.

Mi garganta arde con lágrimas contenidas. El botón de llamada sigue ahí, burlándose de mí con su proximidad. Esta vez cuando intento alcanzarlo, consigo rozarlo con las yemas de los dedos. El esfuerzo me cuesta y manchas negras bailan en los bordes de mi visión. Mi brazo tiembla incontrolablemente.

Solo un poco más.

El olor clínico es cada vez más fuerte, o quizás solo soy más consciente de él. Me recuerda al olor metálico de la sangre. Él estaba comprobando mi pulso. Pensaba que estaba muerta. Pero Sarah...

¿Qué pasó después de eso?

¿Por qué no puedo recordar?

Mis dedos se cierran alrededor del botón de llamada. El plástico está caliente por haber estado atrapado bajo la manta. Intento pulsarlo, pero mi mano tiembla demasiado. Las lágrimas ruedan por mis mejillas, escociendo donde se encuentran con el borde del vendaje.

Necesito saberlo. Necesito que alguien me diga que está bien. Necesito...

El botón hace un suave clic bajo mi pulgar.

En algún lugar, suena un suave timbre. Unos pasos se acercan, más ligeros que los suyos, más rápidos. Una sombra aparece en la entrada.

Intento formar el nombre de Sarah con mis labios, pero solo escapa un sollozo silencioso.

La puerta se abre.

CAPÍTULO QUINCE

Una mujer con uniforme color lavanda entra en la habitación, su rostro se ilumina cuando ve que estoy despierta.

—Hola —dice suavemente, moviéndose ya para comprobar mis constantes vitales—. Soy Jen, una de las enfermeras del equipo.

Intento hablar, olvidando por un momento el tubo en mi garganta. No sale nada, ni siquiera un susurro. El tubo se encarga de ello. Mis manos se agitan hacia mi cuello por la frustración, pero Jen las atrapa con suavidad.

—No toque el tubo de traqueotomía —dice, guiando mis manos hacia abajo—. Sé que es incómodo, pero debe permanecer en su sitio mientras se cura.

Tubo de traqueotomía. Tiene un nombre.

Mi corazón late fuertemente contra mis costillas, un ritmo frenético que las máquinas delatan con un pitido acelerado. Lágrimas de frustración me arden en los ojos.

Las manos de Jen se detienen sobre el historial que está comprobando. Durante un brevísimo momento, su mirada titubea. No estoy segura de si siente lástima, preocupación, o si hay algo peor detrás de su expresión.

—Voy a buscar al médico —dice, sin mirarme a los ojos—. Querrá saber que está usted despierta.

No. Necesito que se quede. Mis dedos arañan débilmente la manta, tratando de llamar su atención. Hay algo más, alguien más, sobre quien necesito saber. El recuerdo lucha por abrirse paso a través de la niebla de la medicación.

Jen frunce el ceño, acercándose un paso. —¿Se encuentra mal? ¿Tiene dolor en el abdomen?

Niego débilmente con la cabeza, frustrada. Presiono mi mano contra mi estómago, tratando de formar una forma redondeada. El esfuerzo me deja mareada, la habitación se inclina ligeramente. El aire de repente es pegajoso, espeso en mi garganta inútil.

Su frente se arruga y, por un segundo, una mirada de horror cruza su rostro.

—¿Embarazada? —Casi salta hacia mis notas, pasando las páginas, escaneándolas frenéticamente con la mirada.

Muevo la cabeza todo lo que puedo soportar. De izquierda a derecha. Una ligera expresión de *no. No, yo no. Mamá, Mamá, Mamá.*

La veo exhalar, sus dedos apretando el portapapeles. Su cerebro está trabajando, puedo verlo, pero no alarga la mano hacia la mía. No ofrece consuelo.

—¿Ah, su madre? —dice, con una sonrisa que parece de alivio—. Claro. No se preocupe, voy a buscar al médico —dice—. Y después llamaremos a su madre. Ha estado aquí todos los días, esperando a que despierte.

Lo dice con tanta naturalidad, como si me estuviera diciendo la hora. ¿Ha estado aquí todos los días? Pero mamá está en el hospital también. A menos que...

¿Cuántos días he perdido?

Las palabras resuenan en mi cabeza mientras la enfermera desaparece por el pasillo, dejándome sola con preguntas que no puedo expresar y una garganta demasiado dañada y ahogada para siquiera intentarlo.

Mis párpados están demasiado pesados para mantenerlos abiertos. Cada parpadeo dura más, la dura luz blanca aparece y desaparece. Lucho contra ello; necesito estar despierta cuando alguien regrese. Necesito saber...

Pero ¿cómo? ¿Cómo?

Un estallido de ruido desde el pasillo. Ruedas de camilla chirriando. Alguien llamando al Dr. Miles.

Mantente despierta. Tengo que mantenerme despierta.

Pero las drogas son más fuertes que mi voluntad. Las baldosas del techo se vuelven borrosas y dan vueltas. Mis extremidades se hunden en el colchón, y el pitido de las máquinas se desvanece.

Sueño con la mano de Sarah siendo arrancada de la mía.

Cuando la consciencia regresa sigilosamente, la luz ha cambiado. La puesta de sol pinta las paredes de naranja, suavizando las líneas duras del equipo hospitalario. Pero era de noche. Estaba oscuro.

Algo cálido presiona contra mi mano derecha.

Unos dedos se entrelazan con los míos.

Sé quién es antes de girar la cabeza.

Mamá.

Por un momento, creo que todavía estoy soñando.

Su cara está pálida excepto por los círculos oscuros bajo sus ojos, y lleva uno de sus vestidos para dar clase, el azul con pequeñas flores que guarda para las reuniones con los padres.

No se ha dado cuenta de que estoy despierta. Tiene la cabeza inclinada sobre lo que parece papeleo en su regazo, pero su mano permanece envolviendo la mía.

Intento apretar sus dedos. Me cuesta tres intentos antes de que mis músculos obedezcan.

Su cabeza se levanta de golpe. —¿Amanda?

Quiero sonreír, tranquilizarla, pero mi cara se siente congelada. Mi garganta es papel de lija, astillas y plástico. Me arden los ojos. Todo lo que puedo hacer es parpadear contra las repentinas lágrimas mientras ella se acerca.

—Oh, cariño —su mano libre se cierne sobre mi cara como si tuviera miedo de tocarme—. Realmente estás despierta esta vez.

¿Esta vez?

Debe ver la pregunta en mis ojos. —Has estado entrando y saliendo —su voz se quiebra—. Pero no... no realmente aquí.

Necesito saber cuánto tiempo. Necesito preguntar por Sarah. Por el bebé. Pero cuando intento hacer un sonido, mamá presiona suavemente sus dedos contra mis labios.

—No intentes hablar todavía. Por favor —dos lágrimas ruedan por sus mejillas—. Solo... solo déjame mirarte.

Sus dedos apartan el pelo de mi cara con tanta suavidad que más lágrimas brotan de mis ojos.

La última vez que la vi, Paul la llevaba al hospital. ¿A este hospital? Ni siquiera estoy segura de dónde estoy. Nunca pude visitarla, y ahora aquí está ella, visitándome.

Lo siento. Quiero decírselo, pero me han quitado la voz.

Abro la boca, pero ella niega con la cabeza.

—No —dice, simplemente—. Todavía no puedes hablar, cariño.

¿Estás bien? ¿El bebé...? ¿Sigues...?

Con esfuerzo tembloroso, levanto mi mano hacia su estómago, mis ojos preguntando.

—Oh, cielo —mamá sigue mi mano con la suya—. No te preocupes por mí. Estoy bien.

Debo parecer poco convencida porque añade: —El bebé también está bien. Fue la amniocentesis. Dijeron que eso fue lo que causó el sangrado. Ahora todo está bien —aprieta mis dedos—. Parece que fue hace tanto tiempo.

Habla de ello como si fuera historia antigua, pero en mi mente, fue ayer. La cara de Paul blanca de pánico; sangre en las baldosas del baño. ¿Cuántos ayeres he perdido?

—Solo tengo que descansar un poco e intentar evitar el estrés.

Los ojos de mamá se desvían hacia los números elevados en la pantalla digital, y luego de vuelta a mi cara.

Bajo la mirada, pero ella sonríe, tratando de tranquilizarme.

—Lo siento —dice—. Es que... no sé cómo lidiar con esto, así que... lo siento.

Es difícil sonreír; la piel de mi cuello se tensa mientras mis músculos faciales se contraen y un dolor desgarrador me atraviesa la garganta.

Al verme hacer una mueca, la expresión de mamá se convierte en una mueca agónica. No intenta ocultar su pánico al verme con dolor.

—¡Enfermera! —grita, buscando a tientas el timbre de llamada.

—¿Podemos tener una enfermera aquí? —grita—. ¿Alguien?

Un hombre alto entra a grandes zancadas en la habitación, silenciando la alarma de llamada. Su expresión permanece neutral,

poco impresionada. La etiqueta con el nombre sujeta a su uniforme dice: David Spinner, Enfermero Jefe.

Lo reconozco y no lo reconozco al mismo tiempo. Es como si lo hubiera visto en un sueño y ahora estuviera junto a mi cama.

—Ella... —explica mamá—. Su cuello... ella... tiene dolor. ¿Puede hacer algo?

El hombre asiente y se coloca a mi derecha, examinando el vendaje como si pudiera ver a través de él.

—Puedo aumentar la infusión de morfina —dice.

Ya se está inclinando hacia una bomba en mi lado opuesto, esa etiqueta con su nombre balanceándose peligrosamente cerca de mi cara.

Mamá se reclina, luego se aparta de su camino.

—Sí —dice.

No, pienso.

Intento alcanzar la mano de mamá de nuevo. Intento transmitir el mensaje de que no quiero más medicamentos. No puedo volver a dormirme. Tengo que saber que Sarah está bien. Tengo que saber que la encontraron. Que está aquí.

—Descansa ahora —susurra—. Estoy aquí. Estás a salvo.

A salvo. La palabra resuena extrañamente en mi cabeza. ¿Cómo puedo estar a salvo cuando no sé qué pasó con Sarah? ¿Cuando todavía puedo sentir sus manos, todavía le oigo llamándome Maggie?

Pero la medicación me está arrastrando de nuevo, y la cálida mano de mamá en la mía se siente como un ancla a la realidad. Lo último que veo antes de que la oscuridad me reclame es su rostro, marcado por la preocupación y algo más. Algo que parece culpa.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Los días se funden con las pesadillas, la realidad se disuelve como acuarelas bajo la lluvia. Todo se mezcla: memoria, sueño, verdad, mentira. Emerjo a través de capas de oscuridad, sin llegar nunca a alcanzar la luz.

Techo blanco. El ritmo constante de las máquinas midiendo mi vida en pulsos electrónicos. La sombra de una enfermera cae sobre mi cama, sus movimientos rápidos y parecidos a los de un pájaro mientras aspira el tubo de la traqueotomía. Algo en ella me recuerda a aquel día en el bosque. Movimientos veloces, ojos inquietos, la sensación de ser observada. Los tubos en mi brazo se retuercen como serpientes bajo mi piel. Intento moverme, pero mi cuerpo me traiciona, lastrado por el plomo y el terror.

La bata del hospital raspa contra mi piel, un recordatorio constante de dónde estoy. El fino colchón cruje debajo de mí con cada respiración superficial. El olor a desinfectante me quema las fosas nasales, haciéndome pensar en el día de limpieza en casa, cuando Paul insiste en que todo debe estar impecable.

Oscuridad.

Los dedos de mamá acariciándome el pelo, como cuando era pequeña. El familiar aroma a café de vainilla en su aliento me inunda, trayendo recuerdos de mañanas de sábado y tortitas, antes de Paul, antes de que todo cambiara. Intento alcanzar su mano, pero mis brazos no cooperan. Su contacto es tentativo, casi temeroso, como si pudiera romperme bajo sus dedos como un cristal delicado.

Oscuridad.

¿Ya es martes? No creo que pueda comer pizza.

Oscuridad.

Sola. El reloj en la pared marca las 3:47. O 2:47. Los números nadan y bailan ante mis ojos, negándose a quedarse quietos. Mi cabeza parece rellena de algodón, los pensamientos se escapan como peces en aguas turbias. Alguien gime de dolor desde otra habitación, el sonido retumbando por el pasillo. Las enfermeras del turno de noche susurran fuera de mi puerta, sus conversaciones lo suficientemente bajas como para ser ininteligibles.

Oscuridad.

Zapatos desconocidos repiqueteando sobre el linóleo. Voces apagadas. Revisión de gráficos. Alguien menciona "constantes vitales" y "estable", pero las palabras flotan a mi alrededor como hojas de otoño. Un tensiómetro se aprieta alrededor de mi brazo, su presión una incomodidad distante. Alguien ajusta mi vía intravenosa, el frío torrente de nuevos fluidos me hace temblar. Mi piel se eriza, y oigo a alguien pedir otra manta.

Oscuridad.

La loción de afeitar de Paul. Fuerte. Tóxica.

Mis ojos se abren ligeramente para encontrarlo sentado solo junto a la cama. Ni rastro de mamá. Su presencia se siente extraña. Se inclina hacia delante, su voz sorprendentemente suave, tan distinta a su habitual tono autoritario.

—Solo ha ido al servicio. Ya no puede aguantarse.

Sonríe como si hubiera hecho una broma, y luego se recuesta de nuevo, como si no supiera qué decirme. La silla cruje bajo su peso.

Su camisa está perfectamente planchada, control en cada pliegue. Incluso aquí, mantiene su apariencia inmaculada, ni un pelo fuera de lugar.

Me pregunto cuántas veces ha venido a verme.

Me pregunto si ella le obliga a venir con ella.

Entonces, de la nada, tan bajito que apenas le oigo, dice:

—Están haciendo todo lo posible por Sarah.

Las primeras palabras que alguien ha dicho sobre ella.

El alivio me invade, cálido y rápido. El monitor a mi lado emite pitidos más rápidos. Mis manos se mueven instintivamente hacia el tubo de la traqueotomía, como si de alguna manera pudiera quitarlo, de alguna manera forzar las palabras a través del plástico en mi garganta.

¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo? Las preguntas arden dentro de mí, imposibles de expresar. Intento captar la mirada de Paul, hacerle entender, de alguna manera. Necesito saber más, pero la medicación ya me está arrastrando hacia abajo, a un lugar donde las preguntas no importan.

Oscuridad.

Mamá otra vez, esta vez con Paul siguiéndola como un oscuro centinela. ¿Es el mismo día?

Ahora lleva un jersey. Informal. Ha pasado el tiempo.

Sus ojos están enrojecidos, sus manos tiemblan mientras recoloca mi manta, evitando mi mirada. La barriga de embarazada bajo su vestido parece más pronunciada de lo que recuerdo.

No deja de mirar a Paul, como si buscara permiso para hablar. Sus dedos retuercen el pañuelo en sus manos hasta que se deshace, pequeños trozos blancos cayendo como nieve sobre el suelo. Abre la boca varias veces pero la cierra de nuevo, las palabras muriendo antes de alcanzar sus labios.

Oscuridad.

Una enfermera diferente. Nuevos medicamentos goteando en mis venas, fríos zarcillos serpenteando por mi cuerpo, difuminando los contornos de todo. Revisa mis vendajes con manos suaves, murmurando algo sobre que estoy cicatrizando bien. Su placa dice *Linda*, pero las letras siguen reacomodándose como piezas de un rompecabezas. Su tacto es profesional pero amable, recordándome a la madre de Sarah, Joyce, y sus cálidos abrazos.

Oscuridad.

Sola. El ventilador del techo gira en círculos perezosos, hipnótico mientras mis pensamientos dan vueltas. El rostro de Sarah flota en mi mente, pero no como quiero recordarla. No riéndose mientras me ayudaba a tropezar por el campo a través, siempre paciente, siempre esperando, siempre la fuerte, a pesar de su asma. No los cien mil momentos de su silenciosa fortaleza, arrastrándome por la vida como me arrastró durante aquella carrera.

No. La veo allí en la tierra, momentos antes de la venda en los ojos. El terror en su mirada. La forma en que intentó decirme algo a través de su mordaza cuando él se la llevó arrastrando. Lo vuelvo a oír todo: los sonidos ahogados, su lucha por respirar, mi propio corazón retumbando mientras yacía allí indefensa, la garganta derramando sangre en la tierra. Sus gruñidos. Sus gemidos.

Ni siquiera pude gritar por ella. No pude moverme. No pude detener lo que él le estaba haciendo. Solo tuve que quedarme allí, muriendo poco a poco, mientras él... mientras ella...

No lo recuerdo. No quiero recordarlo.

Mi ritmo cardíaco se acelera, pero el lamento de mi niñera mecánica no es nada comparado con los sonidos que resuenan en mi cabeza. Sarah. Mi mejor amiga. Mi protectora. Y en el momento en que más me necesitaba, lo único que pude hacer fue sangrar.

La oscuridad vuelve otra vez, pero no trae paz. En la oscuridad, Sarah siempre está extendiendo su mano hacia mí. Y yo nunca, nunca puedo corresponderle.

CAPÍTULO DIECISIETE

Finalmente, la oscuridad ya no llega con tanta frecuencia, y sé que deben estar reduciéndome gradualmente la medicación más fuerte. La realidad se filtra como agua bajo una puerta: fría, imparable, aterradora.

Cada vez que emerjo, permanezco más tiempo.

Pienso con más claridad.

Recuerdo más.

Ojalá no fuera así.

Me quitaron el tubo de traqueotomía ayer. Recuerdo fragmentos: la cuidadosa explicación del médico, la ansiosa preocupación de mi madre, la extraña sensación mientras desinflaban algo llamado balón.

La retirada final fue como ahogarse a la inversa: presión repentina, pánico y luego la sorpresa de volver a respirar normalmente.

Ahora cada respiración se siente extraña, como si mi cuerpo hubiera olvidado cómo hacerlo de forma natural. El agujero donde estaba el tubo está cubierto con un apósito, sensible al tacto. Pero bajo esa incomodidad hay algo más: un extraño vacío donde antes estaba el tubo. Como si mi garganta fuera finalmente mía otra vez, aunque todavía no pueda hacerla funcionar.

Los médicos me advirtieron que pasaría tiempo antes de que pudiera hablar. Dijeron que el daño en mis cuerdas vocales necesita sanar, y el estoma, el agujero donde estaba el tubo, necesita cerrarse. Forzar el sonido demasiado pronto podría causar un daño permanente. Pero estar libre del tubo me hace querer intentarlo de todas formas, aunque mi garganta todavía se sienta como si hubiera tragado cristales rotos. La agonía se ha reducido a algo casi soportable. Casi.

Cuando trago, puedo sentir la tensión del tejido cicatrizante, la cicatriz en formación tensa y furiosa. Cada respiración me recuerda aquella noche, la sangre empapando la tierra, el terror de Sarah.

Intento contar los días desde aquella noche, pero se confunden en una nebulosa de dolor y medicación. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿Una semana? ¿Dos? El tiempo se estira y se contrae como una goma elástica. A veces una hora se siente como un minuto, a veces un minuto se siente como un día. Solo el nombre de Sarah permanece constante en mi mente, un pulso firme bajo la niebla de la medicación.

Las pesadillas están empeorando. Anoche, los gritos de Sarah se mezclaron con los pitidos de mi monitor cardíaco hasta que no pude distinguir cuál era cuál. Me desperté jadeando, con la garganta dañada contrayéndose en el esfuerzo de intentar gritar. El sabor a cobre inundó mi boca, y fue entonces cuando supe que no podía esperar más.

Sin el tubo bloqueando mi garganta, quizás pueda pronunciar su nombre.

Necesito saber dónde está. Necesito verla.

El turno de día llega a las siete. Ronda de medicación a las ocho. Constantes vitales a las nueve. David siempre viene a revisar mi vía intravenosa alrededor de las diez.

Es todo eficiencia, sin charlas triviales. Cuando habla con mi madre, sus palabras son medidas, clínicas.

—Está evolucionando bien.

—Todo está como esperábamos.

—No, no puedo decirle cuándo podrá hablar de nuevo.

Con los médicos, quedo reducida a números. David habla con mi médico especialista, el Dr. Miles, con su voz tranquila y firme. Frecuencia cardíaca. Presión arterial. Escala de dolor. Escucho cómo discuten mi caso como si yo ni siquiera estuviera aquí, como si solo fuera otro conjunto de puntos de datos en sus gráficos.

Pero cada día a las diez, el enfermero David se inclina cerca, con la concentración arrugando su frente mientras ajusta la velocidad del goteo.

Lo suficientemente cerca para oír un susurro.

Practico en silencio cuando no me miran, formando con mi boca su nombre hasta que mis labios lo conocen de memoria. Sarah. La 'S' como un secreto. El 'ah' suave como un suspiro. El 'rah' áspero en mi garganta arruinada. Una y otra vez, probando el movimiento, sintiendo la tensión del tejido dañado.

Una palabra. Es todo lo que necesito. Una palabra para romper esta conspiración de silencio. Una palabra para lograr que finalmente me hablen.

Hoy, el reloj en la pared parece moverse a cámara lenta. Las ocho en punto. Los medicamentos me hacen flotar, pero lucho por mantenerme alerta. Las nueve en punto. Mis constantes vitales son estables. Las nueve y cuarenta y cinco. Oigo la voz de David en el pasillo, hablando de otro paciente.

Pronto.

Ya casi es hora.

David no es como los otros enfermeros. Ellos se apresuran y charlan, sus movimientos rápidos y casuales. Él se mueve como alguien que está siendo observado, cada gesto medido, deliberado, preciso. Sin embargo, a veces veo que sus manos permanecen demasiado tiempo en mi historial. Sus ojos se quedan fijos en mi cara, como si estuviera esperando algo. Veo un lado suyo que realmente, genuinamente se preocupa por mí.

Hoy, voy a darle lo que está esperando.

He estado acumulando saliva, ignorando el dolor seco como algodón en mi boca. Cada trago es como cuchillas de afeitar en mi garganta, pero necesito la humedad para formar el sonido. Una palabra. Solo una palabra. Nunca he necesitado algo tan desesperadamente en mi vida.

Sé que los médicos dijeron que no debería, pero cada célula de mi cuerpo me dice que debo hacerlo. Necesito preguntar por ella.

He aprendido a leer el lenguaje del hospital. El suave arrastre de pies significa medicamentos matutinos. El clic-clic-clic significa médicos haciendo rondas. El chirrido de los zapatos de David es diferente: un ritmo preciso, como un metrónomo marcando el tiempo hasta que llegue nuestro momento. Ocho pasos de la puerta a la cama. Tres al soporte del goteo. Un paso final que lo acerca lo suficiente para oír un susurro.

Entrando y saliendo de mi nebulosa medicada, estos son los hechos que se han fijado en mi mente. Observando, contando, esperando.

Lo sé antes de que llegue, antes de que David aparezca en la puerta. Cada paso lo acerca más al soporte del goteo. Más cerca de mi única oportunidad.

Concentro cada partícula de mi ser en mi garganta, en mi lengua, en mis labios. La maquinaria que me rodea se desvanece. El dolor retrocede. Solo existe este momento, esta respiración, esta palabra ardiendo dentro de mí como un carbón.

Alcanza el puerto de la vía, inclinándose cerca. El ángulo es perfecto, su oreja casi al nivel de mi boca. Ahora. Todo lo que soy se contrae en este único segundo. Mis dañadas cuerdas vocales se tensan como cuerdas de violín a punto de romperse.

—Sssssss...

El fuego explota a través de mi cuello. Las lágrimas brotan de mis ojos. No. No voy a fracasar. No ahora.

—...aaahhh...

El calor irradia desde el estoma cicatrizante mientras el aire escapa tanto por mi boca como por el agujero parcialmente cerrado en mi garganta. El sonido es apenas audible, más aliento que voz, pero la cabeza de David se levanta de golpe.

—...rrrrruh.

David se queda inmóvil. El mundo deja de girar.

—ssssrrrrhhhh.

La casi palabra queda suspendida en el aire como humo. Diminuta. Frágil. Malformada.

He desperdiciado mi oportunidad.

Le he fallado de nuevo.

—Para. No intentes hablar todavía —dice David rápidamente.

Necesito hablar. Tengo preguntas. Tengo tantas preguntas. El intento fue más agotador de lo que esperaba. Mi garganta tiene espasmos, el dolor irradia desde el estoma en cicatrización hasta mi mandíbula. Las lágrimas ruedan por mis mejillas mientras intento respirar a través de la agonía.

Se ablanda y dice: —Oye, haremos que venga el logopeda a verte, ¿vale? Estarás hablando de nuevo antes de que te des cuenta. Pero todavía no, Amanda. Todavía no. —Mi ceño fruncido no lo aplaca. Me da una sonrisa con los labios apretados y, con ojos amables, continúa—: Estás mucho más lúcida hoy. Más presente de lo que has estado. ¿Quizás podríamos intentar la pizarra otra vez?

¿Otra vez?

Debe ver la confusión en mi cara manchada de lágrimas porque añade: —No estabas preparada antes. La medicación... —Hace una pausa, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. No estabas del todo con nosotros.

Una pizarra blanca, o aparentemente *La Pizarra*, aparece frente a mí, con un rotulador, ya destapado. Mis manos tiemblan mientras lo agarro, pero me obligo a concentrarme. Solo una palabra importa.

La punta tartamudea sobre la superficie brillante mientras intento recordar cómo formar las letras.

Cada movimiento requiere más esfuerzo del que usé tratando de decir la palabra. Esta vez, sin embargo, esta vez no voy a desperdiciar mi oportunidad.

Las letras se ganan con dificultad, pero las gano.

¿Sarah?

El signo de interrogación está torcido, desesperado. Mi primera comunicación real en semanas, lo único que necesito saber. Golpeo

la pizarra donde está escrito su nombre, una vez, dos veces, mi dedo dejando manchas en la tinta.

Por favor.

Por favor, dímelo.

David estudia la palabra durante un largo momento, su expresión cuidadosamente neutral. Sus ojos siguen mi dedo que golpea, pero no responde a mi súplica silenciosa. En cambio, se endereza, volviendo a su persona profesional.

—La policía querrá hablar contigo —dice finalmente—. Ahora que estás más alerta. ¿Crees que estás preparada?

No puede simplemente ignorar mi pregunta. Señalo furiosamente la pizarra, con las manos temblorosas mientras escribo de nuevo:

¿Dónde está ella?

Las letras son más grandes esta vez, urgentes. Cada una tarda una eternidad en escribirse; estoy exhausta cuando pongo el punto final a la interrogación. Las golpeo con más fuerza, el rotulador chirriando contra la pizarra mientras las subrayo dos veces.

La mano de David se mueve hacia mi vía. —Necesitas mantener la calma.

Aparto su mano del puerto de medicación, sorprendiéndonos a ambos con el movimiento repentino. No más recargas. No más dormir. Necesito saber.

Sacudo la cabeza y doy golpecitos en la pizarra.

Suspira, dando un paso atrás. —Amanda, no estoy autorizado para... —Se detiene, reconsidera—. La policía explicará todo. Pero primero, necesitas estar más fuerte. Necesitas estar preparada.

Agarro el rotulador con más fuerza, doy vuelta a la pizarra con manos inestables, y escribo una última vez:

Lista ahora.

Mis dedos duelen por el esfuerzo, pero mantengo su mirada. No permitiré que me sede de nuevo. No dejaré que ignore esto.

Cierro los ojos momentáneamente, agotada por el esfuerzo de escribir, mi garganta ardiendo por el sonido intentado. Pero a diferencia de antes, lucho por mantener la oscuridad a raya. Obligo a

mis ojos a abrirse de nuevo, centrándome en la pizarra donde he escrito Lista ahora.

David estudia mi exigencia como si estuviera tratando de descifrar la mejor manera de responder.

—Hablaré con el Dr. Miles —dice finalmente, retrocediendo hacia la puerta—. Y con tu madre. Pero Amanda, necesitas entender... la policía ha estado esperando para hablar contigo, pero necesitábamos estar seguros de que estabas... lo suficientemente estable.

Hace una pausa en la puerta. —Intenta descansar —dice, con voz más suave que antes—. Y por favor, no intentes hablar de nuevo.

Cuando la puerta se cierra tras él, agarro la pizarra con más fuerza en lugar de dejarla escapar. Me centro en el nombre de Sarah, trazando cada letra con mi dedo. La sensación me ancla, me mantiene presente. S-a-r-a-h. Cinco letras que lo significan todo. Cinco letras de las que nadie quiere hablar.

Me la imagino en otra habitación, quizás en otra planta. Recuperándose como yo. O quizás ya le han dado el alta. Quizás está en casa, esperando noticias de que por fin estoy despierta.

Pero algo no cuadra. Si Sarah está bien, ¿por qué no me lo dicen? ¿Por qué los ojos de David se llenaron de algo que parecía demasiado a lástima cuando pregunté dónde está?

Un recuerdo emerge: la mano de Sarah arrancada de la mía. Lo recuerdo, pero de algún modo, tampoco estoy del todo segura de si realmente ocurrió.

Recuerdo claramente, sin embargo, sus gritos desvaneciéndose mientras la consciencia me abandonaba. El peso de mi fracaso presionándome contra la tierra húmeda.

Por fin puedo sentir algo más fuerte que los medicamentos corriendo por mis venas.

Determinación.

Miro fijamente el nombre de Sarah en la pizarra, mi dedo trazando cada letra una y otra vez. ¿La policía quiere hablar conmigo? Bien. Necesito a la policía. Necesito a alguien que responda mis preguntas.

Y esta vez, no voy a permitir que nadie me silencie.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Algo se siente diferente ahora. El mundo es más nítido, más claro. Es como emerger de aguas profundas; los sonidos y las sensaciones finalmente me llegan sin distorsiones. He estado ahogándome en medicación durante... ¿cuánto tiempo? Los días se mezclan en mi memoria: fragmentos de voces, manos comprobando las constantes vitales, agujas deslizándose en mis venas. Pero hoy puedo aferrarme a un pensamiento sin que se me escape.

Cada sensación se siente afilada como una navaja: la presión del pulsioxímetro en mi dedo, el goteo constante del suero marcando el tiempo. La medicación para el dolor sigue fluyendo a través de la bomba de jeringa, pero ya no es suficiente para adormecer todo. No es suficiente para hacerme retroceder a esa cómoda neblina donde nada importa. Es suficiente para mantener bajo control el latido pulsante en mi cuello, pero no para mantenerme a mí bajo control. Ya no.

Y ese tubo en mi garganta ya no está.

La puerta se abre y una mujer con pelo gris corto y gafas apoyadas en la nariz entra, llevando una carpeta.

No la he conocido antes, que yo recuerde.

—¿Amanda? Soy Kate Elliott, la logopeda —dice, moviéndose hacia mi cama con eficiencia enérgica—. El enfermero David mencionó que intentaste hablar. Ni siquiera veinticuatro horas después de la decanulación. Eso es bastante ambicioso.

Acerca una silla a mi cama, sus movimientos eficientes pero no desagradables. Sus ojos se posan en la pizarra blanca en mi regazo, en el nombre de Sarah garabateado con letras temblorosas.

—Buscando a alguien —observa—. ¿Tu amiga?

Asiento con la cabeza, sintiendo un alivio que me inunda al ser comprendida. Vuelvo a señalar el nombre de Sarah en la pizarra.

La expresión de Kate se suaviza ligeramente. —David mencionó que has estado preguntando por ella. Tu madre está de camino, y tengo entendido que también están contactando con la policía.

Sigue sin ser una respuesta, pero siento una oleada de gratitud hacia David. Al final no me ignoró.

Kate se inclina hacia delante, ajustándose las gafas. —Déjame ser clara, Amanda. No estás físicamente preparada para hablar. Tu estoma traqueal todavía está cicatrizando, tus cuerdas vocales han sufrido un traumatismo, y forzar la vocalización ahora podría causar daños permanentes. —Su voz es firme pero no desagradable—. Pero entiendo la urgencia que sientes.

Abre su carpeta y saca un folleto brillante, colocándolo en mi bandeja. —Estos son ejercicios con los que empezaremos. Primero técnicas de respiración, para restablecer un flujo de aire adecuado. Luego, una vez que el estoma empiece a cerrarse más, pasaremos a ejercicios suaves de tarareo.

Miro fijamente el folleto, la frustración acumulándose en mi pecho. Semanas. Tomará semanas antes de que pueda comunicarme adecuadamente.

No quiero tararear; quiero gritar.

Kate parece leer mis pensamientos. —Sé que parece imposible esperar, especialmente cuando tienes algo urgente que decir. Pero hay otras formas de comunicarse mientras tanto. —Toca la pizarra—. Tus habilidades motoras finas mejorarán con la práctica. Y te traeré algunos tableros de comunicación con frases comunes para facilitar las cosas.

Me muestra un ejercicio de respiración, haciéndome colocar la mano sobre mi diafragma. —Así. Lento y profundo. Ayuda a tu cuerpo a recordar cómo respirar normalmente después de la traqueostomía.

Sigo sus instrucciones mecánicamente, mi mente todavía fija en Sarah. En el espacio vacío donde deberían estar las respuestas.

—Volveré esta tarde para comenzar nuestra primera sesión propiamente dicha —dice Kate, mirando su reloj—. Me gustaría

hablar también con tu madre, una vez que llegue. Ella necesita entender el proceso de recuperación.

Cuando termina, oigo un alboroto en el pasillo. Pasos apresurados, voces familiares. Mamá. Y Paul.

—Justo a tiempo —dice Kate, dirigiéndose hacia la puerta—. Creo que ha llegado tu familia.

Mamá irrumpe en la habitación, con la cara enrojecida como si hubiera estado corriendo. Paul se queda en el umbral, una silueta oscura al borde de mi visión.

—¿Ha intentado hablar? —la voz de mamá se quiebra. Sus ojos encuentran los míos, abiertos por la preocupación y el miedo.

—Señora Gray —comienza Kate, extendiendo su mano—. Soy Kate Elliott, la logopeda de Amanda. Sí, ha intentado vocalizar, por eso estoy aquí.

—¿Está ella... podrá...? —Mamá no termina la pregunta.

—La recuperación lleva tiempo —explica Kate con ese mismo tono firme pero amable—. La traqueostomía se retiró apenas ayer. Sus cuerdas vocales necesitan sanar, y el estoma debe cerrarse más antes de que pueda intentar hablar con seguridad.

La mano de mamá encuentra la mía, apretando demasiado fuerte. —Eso es... eso es bueno, ¿verdad? ¿Y ha escrito? —Señala la pizarra en mi regazo—. Eso también es progreso.

Pero hay algo extraño en su voz, un temblor que no coincide con sus palabras. Como si el progreso no fuera algo a lo que quisiera enfrentarse. Como si el progreso significara preguntas.

—Es progreso —confirma Kate—, pero necesitamos proceder con cautela. Le he explicado a Amanda que esforzarse demasiado podría retrasar significativamente su recuperación.

Observo cuidadosamente el rostro de mamá. El alivio que parpadea allí cuando Kate menciona semanas de terapia antes de poder hablar. La forma en que sus ojos evitan el nombre en mi pizarra. La mirada nerviosa que intercambia con Paul.

No quieren que hable. No quieren que pregunte por Sarah.

¿Por qué?

Kate continúa explicando el proceso de recuperación, pero sus palabras se desvanecen como ruido de fondo mientras estudio las reacciones de mi madre. Algo no está bien. Algo más allá del trauma, más allá de mis lesiones.

¿Qué es lo que no me están diciendo?

Más allá de esa pregunta, noto cosas que estaba demasiado medicada para ver antes. A través de mi ventana, los narcisos florecen en el jardín del hospital, sus cabezas amarillas balanceándose con la brisa. La última vez que estuve fuera, caminaba junto a árboles de ramas desnudas, buscando las primeras campanillas de primavera con Sarah. La luz del sol que atraviesa mi ventana se siente diferente, más cálida, como si el mundo hubiera seguido adelante sin mí.

Kate mira su reloj. —Debería mencionar que no soy la única que ha estado esperando para hablar con Amanda —dice cuidadosamente—. La policía ha estado comprobando regularmente su estado. Necesitamos hacerles saber que está intentando comunicarse. Han pasado seis semanas. Necesitan intentarlo de nuevo.

¿Seis semanas? Las palabras se hunden, lentas y sofocantes, como ahogarse en el aire. He perdido seis semanas.

Ya estamos a finales de abril.

Los recuerdos vienen ahora, emergiendo como cuerpos en agua oscura. Fragmentos que había olvidado hasta este momento: Una pizarra (¿La pizarra?) cayendo de dedos temblorosos, el plástico repiqueteando contra barandillas estériles. Mi monitor cardíaco chillando mientras el pánico trepaba por mi garganta, enfermeras entrando apresuradamente con sedantes. El rostro de la médico flotando sobre mí, la boca moviéndose con palabras que no podía captar. El tiempo disolviéndose entre cada intento hasta que no podía decir si habían pasado horas o días.

Ahora recuerdo. O más bien, recuerdo no recordar. Esos primeros intentos de conciencia, donde la realidad se escurría entre mis dedos como la niebla matutina. El peso aplastante de la oscuridad cada vez

que intentaba pensar en aquella noche. Más recientemente (¿la semana pasada? ¿La anterior?), mirando fijamente la pizarra vacía mientras las voces murmuraban palabras de ánimo que no podía oír.

¿Cuántas veces habían intentado llegar a mí? Los recuerdos se mezclan, diferentes días, mismo resultado. Cada intento terminaba con mi retirada a la seguridad de la inconsciencia. Pero hoy se siente diferente. Hoy, la niebla se ha levantado lo suficiente para dejarme pensar, para dejarme recordar.

La voz de mi madre está llena de protesta. —Pero ha estado tan confundida, con todas las medicaciones... Usted misma ha dicho que necesita semanas antes de poder hablar correctamente.

—No necesita hablar —explica Kate—. La comunicación con la pizarra es suficiente. Está lúcida y receptiva. Hemos estado reduciendo la morfina, y está gestionándose con la dosis basal estándar. Intentar hablar, a pesar de mi desaprobación profesional, muestra su determinación para comunicarse.

Un fuerte golpe en la puerta interrumpe su discusión. Reconozco vagamente al equipo médico que ha estado supervisando mi recuperación: la médico, la Dra. Miles, con otros dos médicos.

—Señora Gray —dice la Dra. Miles con un asentimiento hacia mi madre—. Veo que ya ha conocido a la Srta. Elliott. —Se gira hacia mí, su expresión suavizándose ligeramente—. Amanda. Entiendo que ha habido una mejora significativa hoy.

Kate se echa atrás, permitiendo a la Dra. Miles acercarse a mi cama. —Se está comunicando a través de la escritura —confirma Kate—. E intentó vocalizar, aunque le he aconsejado que no haga más intentos en esta etapa.

La niebla que ha flotado alrededor de mi mente durante semanas finalmente se está disipando. Cada respiración se siente más nítida, cada pensamiento más claro. Puedo pensar en aquella noche sin ahogarme en la oscuridad. Necesito contarles todo.

Señalo la pizarra.

Dadle la vuelta.

Leed la pregunta.

Leed su nombre.

Decidme dónde está.

Siguen hablando. Sobre mí, a mi alrededor, pero no conmigo.

—Las primeras etapas de la recuperación fueron difíciles —dice la médico, hojeando mi historial—. Entre el trauma, la medicación para el dolor y el shock psicológico, la comunicación no era posible. Pero la última evaluación psicológica de Amanda es prometedora; sugiere que está tanto capacitada como dispuesta. —Suena como si estuviera dando una conferencia, recitando mi historial médico como un guion.

Toca la pizarra donde garabateé 'Lista ahora'. —Lo importante no es solo que haya logrado decir una palabra. Es que lo está intentando. Eso muestra un progreso significativo. Estoy de acuerdo. Amanda quiere comunicarse.

—Y el equipo de trauma cree que está lista para intentarlo —añade la Dra. Miles. Al menos ella me mira cuando habla, aunque hay algo cauteloso en su voz, como si estuviera atravesando un campo de minas—. Tendremos apoyo preparado... para lo que venga después.

Asiento con la cabeza, recordando a la psicóloga que me había visitado ayer con su portapapeles de cuidadosas preguntas. *¿Cómo calificarías tu ansiedad en una escala del uno al diez? ¿Estás experimentando flashbacks? ¿Pesadillas?*

Había contestado con toda la sinceridad que pude, sabiendo lo que estaba en juego. No me dejarían hablar con la policía de otro modo. Había pasado la prueba, a pesar de ser honesta sobre las pesadillas, pero las palabras de despedida de la psicóloga todavía resuenan: "*Esto es solo preliminar, Amanda. Una vez que estés físicamente más fuerte, tendremos que hacer el trabajo real.*"

Aprieto la mano de mamá con fuerza. He estado atrapada en el silencio durante seis semanas mientras él está ahí fuera en alguna parte. Mi mano libre se mueve frenéticamente, imitando el gesto de escribir.

Señalo de nuevo la pizarra.

Yo *estoy* lista.

Pero Sarah. Sarah.

¿Dónde está?

—Seguiremos usando la pizarra —dice Kate con firmeza—. Amanda necesita descansar sus cuerdas vocales, aunque claramente le gustaría empezar a usarlas. —Me sonríe como una tía que acaba de deslizarme un caramelo que no tengo permitido—. Estoy segura de que puede escribir lo que necesita decir. Y por supuesto traeré los tableros de comunicación.

Paul da un paso adelante, su mano encontrando el hombro de mamá. —Después de todo por lo que ha pasado... ¿no podríamos esperar? ¿Solo unos días más?

Sacudo la cabeza violentamente, ignorando la tensión del tejido cicatricial. ¿No lo entienden? Cada día que esperamos es otro día que él está libre.

La médico observa mi reacción cuidadosamente. —Puedo ver que Amanda está ansiosa por comunicarse con los investigadores. Eso es una buena señal.

La mano de mamá tiembla en la mía. —Pero *no* está lista. Necesita más tiempo para...

Hago gestos más urgentemente pidiendo algo con lo que escribir, agarrando hacia la pizarra. El movimiento envía un dolor punzante a través de mi cuello, pero no me importa. Necesito que entiendan. Necesito contarles todo: sobre su voz, sobre la correa del perro, sobre los gritos de Sarah...

—Quizás —dice la Dra. Miles, notando mi determinación—, deberíamos dejar que Amanda decida si se siente preparada.

Los dedos de Paul se clavan en el hombro de mamá. —Abby...

Hay una advertencia en su voz que me pone la piel de gallina. La única palabra lleva suficiente peso como para hacer que el hombro de mi madre se curve hacia dentro, alejándose de mí.

Pero yo ya estoy asintiendo, con los ojos fijos en la cara de mi madre. Ella quiere protegerme, como siempre ha hecho. Entiendo eso, pero él está ahí fuera. No han capturado al hombre que nos hizo esto, a nosotras, y depende de mí y de Sarah darles toda la información que podamos para que puedan encontrarlo.

Quizás ella ya les ha dado una declaración. Quizás su recuperación ha sido más rápida que la mía. Pero incluso mientras lo pienso, algo cambia en mi pecho, una fría certeza a la que no estoy preparada para enfrentarme. Si Sarah pudiera hablar, ¿realmente estarían tan desesperados por escucharme a mí?

La expresión de la médico no cambia, pero su voz lleva un nuevo matiz de autoridad. —Entiendo su preocupación, pero esto es un asunto policial. Necesitan hablar con Amanda mientras sus recuerdos están todavía relativamente frescos.

Recuerdos. Las cosas que intenté recordar y las cosas que he intentado olvidar. Son frescos: afilados como cuchillos y ardientes. Todos los detalles preservados como insectos en ámbar. Su voz. La correa del perro. El dolor de Sarah...

Todo hasta cierto punto. Y luego...

—El inspector Barnes ha estado preguntando regularmente —dice Kate—.

—Podrían estar aquí mañana por la mañana si les informamos que Amanda está lista —continúa la médico—. Daros a todos tiempo para prepararos.

Todos me están mirando como si estuvieran esperando que algo se rompa. Mamá y yo nos miramos fijamente. No puedo leer la expresión en sus ojos, o quizás simplemente no quiero. Pero no importa. Por fin puedo ayudar.

Sarah debería ser quien les contara todo. Pero si ella no puede, entonces lo haré yo. Recordaré cada detalle, cada palabra, cada momento, y haré que escuchen.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Kate, la logopeda, regresa como prometió por la tarde, después de que todos se hayan ido. Ha traído su carpeta de técnicas y un enfoque más amable, en contraste con su breve introducción matutina.

—Empecemos con algunas técnicas básicas de respiración —dice, demostrando cómo colocar mi mano en el diafragma—. Respira desde aquí, no desde el pecho. Este método reduce la tensión en la garganta.

Los ejercicios parecen inútiles, con tantas preguntas sin respuesta flotando en el aire, pero Kate es persistente. Cuando ve que mi frustración aumenta, deja su carpeta a un lado.

—Estás desesperada por comunicarte —dice—. Y puedo ayudarte con eso, incluso antes de que recuperes la voz.

Saca una pizarra blanca, más grande que la que me dio David.

—La policía estará aquí mañana —explica—. Querrás estar preparada. Escribir puede ser tan agotador como hablar cuando te estás recuperando de un trauma.

De su bolsa de terapia, Kate saca varios tableros plastificados, cada uno lleno de palabras, imágenes y símbolos ordenados en categorías bien definidas.

—Tableros de comunicación —explica, extendiéndolos sobre mi regazo—. Este es para necesidades básicas: niveles de dolor, comodidad, preocupaciones médicas. —Su dedo toca un simple contorno de una figura humana en el primer tablero.

Los ojos sin vida de la figura genérica me miran fijamente desde la tarjeta plastificada. Es un lienzo en blanco, esperando para mapear mi trauma. Tiemblo involuntariamente, imaginando señalar dónde su cuchillo me cortó el cuello, dónde sus manos sujetaron a Sarah. La simplicidad clínica de esto, esta persona de papel sin

rostro, sin voz, sólo áreas para indicar dolor, se siente a la vez necesaria y horripilante.

—Este tiene emociones y sensaciones —continúa Kate, pasando a un segundo tablero—. Y he hecho este después de hablar con el Detective Barnes; términos que podrían ayudar durante tu entrevista mañana.

Examino el tablero para la entrevista policial: MÁS TARDE, PARAR, NECESITO DESCANSO, junto a emociones como MIEDO, ENFADO, SEGURA/INSEGURA.

La realidad me golpea como una ola. Mañana, estaré sentada en esta cama, rodeada de policías, luchando por escribir y señalar mi camino a través de la peor experiencia de mi vida. Tendré que describir el terror de Sarah, el sonido de sus gritos volviéndose silencio, la sensación de mi propia sangre empapando la tierra, todo sin voz. Sin ninguna salida para las palabras que se agolpan en mi cabeza, excepto a través de estas herramientas inadecuadas.

¿Cómo puedo hacerles entender señalando caras de dibujos animados y notas garabateadas? ¿Cómo pueden tableros de plástico y rotuladores de borrado en seco transmitir cómo cambió su voz cuando habló con Sarah? ¿O el tono particular de rojo oxidado que podría haber tenido su camioneta en la luz menguante? ¿O la forma exacta en que Sarah me llamó antes de que todo se oscureciera?

Mis manos tiemblan, la enormidad de la tarea de mañana de repente me abruma. La policía necesita detalles para encontrar al hombre que nos hizo esto, pero ¿y si no puedo darles suficiente? ¿Y si olvido algo crucial porque estoy demasiado agotada de escribir, demasiado frustrada por señalar tarjetas genéricas de emociones?

—También hay una tabla de letras en la parte posterior —dice Kate, dando la vuelta a uno de los tableros de comunicación para mostrarme un alfabeto de colores brillantes, perfectamente capturado en cuadrados.

Me recuerda al jardín de infancia, aprendiendo a leer, y Kate debe verlo en mi expresión.

Me dedica una sonrisa amable. —Parece increíblemente simple, ¿verdad? Pero he trabajado con muchas personas que lo han

encontrado útil.

No puedo parecer convencida.

—Mira. Pruébalo. Todo lo que tienes que hacer es señalar las letras. —Pone el tablero a mi lado en la cama.

Por supuesto, sé qué letras elegir.

S

A

R

A

H

Y tiene razón. Para esta simple palabra, esta simple palabra que lo significa todo, señalar es más fácil que escribir.

Kate no se estremece como los demás. Simplemente asiente.

Parece que tampoco voy a obtener respuestas de ella.

Por si acaso, toco el signo de interrogación.

—Nosotros... Yo —Kate titubea y desvía la mirada—. No tengo ninguna información sobre Sarah, me temo, Amanda —dice. —Sé que es importante para ti. Pero mañana, la policía necesitará que les cuentes todo lo que sabes sobre *él*. Sobre lo que pasó. ¿Puedes contarme lo que recuerdas?

Miro fijamente los tableros, sintiendo que las lágrimas se acumulan en mis ojos.

Quiero lanzarle los tableros. Quiero forzar mi garganta dañada de alguna manera para gritar el nombre de Sarah hasta que alguien me responda. Pero Kate es firme, paciente, espera.

—Mira —dice suavemente—. Vamos a anotar algunas notas.

No quiero hacer nada. Quiero respuestas.

—Y, intentaré averiguar algo, ¿de acuerdo?

Presiono la letra S otra vez.

—Sí. Lo prometo. Intentaré averiguar algo.

Es el primer paso adelante que he tenido desde que Paul me dijo que estaban haciendo todo lo posible por ella. Tengo que confiar en Kate. No tengo otra opción.

Me da un pañuelo, y cuando me he secado los ojos, lo retira de nuevo, reemplazándolo en mi mano con el rotulador negro.

La inmensa blancura de la pizarra me intimida; ¿cómo llenaré jamás esto con los detalles de aquel día? ¿Por dónde empiezo? ¿Con el bosque? ¿El hombre? ¿El cuchillo? Mi mente salta entre fragmentos como un DVD rayado, nunca reproduciendo toda la escena en orden.

Levanto el rotulador sobre la pizarra, mi mano temblando ligeramente. Kate espera pacientemente, sin apresurarme. Finalmente, presiono la punta contra la superficie lisa y escribo lo primero que me viene claramente. Lo primero que recuerdo haber visto.

Chaqueta de cuadros rojos

No su cara. No su voz. No el cuchillo. Sino su chaqueta. Ese patrón de leñador desgastado y sin lavar con su olor a cigarrillos y sudor. El detalle se siente simultáneamente trivial y vital. Mi letra es temblorosa, las letras desparejas, pero son mías. El primer hecho concreto que he logrado compartir sobre él.

Si hubiera sabido cuando vi ese destello de cuadros rojos y negros en la distancia lo que significaría. Si hubiera agarrado la mano de Sarah en ese momento y hubiéramos corrido en dirección opuesta, ¿estaríamos ambas ahora seguras en casa? ¿Estaría Sarah sentada en su cocina con Joyce, quejándose de los deberes? El peso de ese momento, esa simple y mundana observación de un extraño en el bosque, me aplasta. ¿Cómo puede algo tan ordinario convertirse en la línea divisoria entre el antes y el después? ¿Entre la seguridad y el horror?

Añado más palabras debajo de la primera, decidida ahora. Aun así, cada una requiere tanto esfuerzo que me pregunto cómo podré escribir todo lo que necesito.

Olor a cigarrillo + sudor

Los detalles vienen más rápido, fragmentos de memoria que se agudizan mientras escribo lentamente. Casi puedo oler ese hedor de

nuevo: la corriente amarga bajo el humo. Mi nariz se arruga involuntariamente, y Kate lo nota.

—Eso está bien —dice en voz baja—. Tu cuerpo también recuerda. Confía en esas reacciones físicas.

Correa de perro (cuero canela - SIN PERRO)

Ese detalle me había molestado desde el principio, como una astilla bajo mi piel: una correa de perro sin perro. Ahora tiene perfecto sentido. La correa nunca fue para pasear a una mascota. Era su atrezo, su forma de acercarse. El iniciador de conversación perfecto para hacer que dos adolescentes se detuvieran en lugar de alejarse. *¿Habéis visto a mi perro?* El truco más viejo, y caímos en él.

Por supuesto, la correa tenía otro propósito: atar las muñecas de Sarah. La imagen se graba en mi mente. Trato de apartarla. Si pienso demasiado en ello, no podré escribir.

La correa del perro. ¿Cómo pude ser tan estúpida? Esa inconsistencia flotaba en el aire como una señal de advertencia, pero todo lo que escuché fue a un hombre que había perdido a su mascota. Me quedé allí clavada en el sitio, manteniendo una conversación educada sobre un perro inexistente mientras él se posicionaba casualmente entre nosotras y el camino a casa. Porque eso es lo que hacen las buenas chicas. Son serviciales, son educadas, no exageran.

Incluso cuando mis instintos gritaban peligro, los ignoré. Porque era sólo un hombre buscando a su perro, no un monstruo cazando a su presa.

—Movimientos pequeños y controlados —dice Kate mientras mis manos tiemblan—. Igual que los ejercicios de respiración. Tómate tu tiempo.

Finalmente, mis músculos recuerdan lo que mi mente casi ha olvidado. El movimiento familiar de escribir trae consigo otros recuerdos, más nítidos, más claros de lo que habían sido en semanas.

—Céntrate en los detalles —anima Kate—. Cualquier cosa que puedas recordar sobre él. La policía necesitará descripciones, ubicaciones, cronología.

El rotulador chirría contra la pizarra mientras añado detalles, luego borro algunos. ¿Su pelo era oscuro o solo estaba sucio? ¿Cojeaba, o era simplemente su forma de caminar?

Pero algo más concreto, más importante se canaliza a través del bolígrafo hacia la pizarra.

Me llamó Maggie

La expresión de Kate cambia, solo por un momento. Se inclina ligeramente hacia adelante, estudiando el nombre.

—¿Te llamó *Maggie*? —pregunta cuidadosamente—. ¿Constantemente? ¿No solo una vez?

Asiento.

Hace una pequeña anotación en su carpeta, sus movimientos deliberados, controlados. Pero algo ha cambiado en su postura. Hay una nueva tensión en sus hombros que no estaba antes.

—Eso es útil —dice, con tono neutral, pero sus ojos se agudizan —. ¿Qué más?

Venda en los ojos. Atada. Amordazada.

Esta vez, Kate no puede ocultar su reacción. Su respiración se entrecorta, un sonido involuntario apenas audible pero inconfundible en la habitación silenciosa. Veo cómo trabaja su garganta al tragar, y por un segundo, la distancia profesional desaparece. Me mira, realmente me mira, con una mezcla de horror y profunda tristeza.

—Lo siento mucho, Amanda —dice suavemente, y sé que lo dice en serio.

El simple reconocimiento casi me rompe. Gran parte de lo ocurrido parece indecible, pero ver a alguien más registrar el horror lo hace a la vez más real y de alguna manera más soportable. Ya no estoy sola en esta pesadilla. Alguien más también puede verla.

Cuando mi mano empieza a acalambrarse, Kate toca suavemente mi muñeca.

—Prueba los tableros de comunicación por un momento. Dale un descanso a tu mano.

A regañadientes dejo el rotulador y estudio el tablero para la entrevista policial. Después de un momento, señalo FRUSTRADA.

Kate asiente. —Es normal. Tu cerebro trabaja más rápido que tu mano puede escribir. —Toca la pizarra—. La escritura sigue siendo lo más importante. Nos da detalles específicos que los tableros no pueden capturar. Pero usa ambos mañana. Guarda tus fuerzas para los detalles que solo tú puedes proporcionar.

Sonrío, sintiendo la tensión en mi cicatriz, pero no me importa. Ya me gusta esta mujer. Me ha dado una forma de comunicarme, y me ha hecho una promesa.

Mientras apila sus papeles y cierra su bolígrafo, toco urgentemente el tablero de letras.

S

—Lo prometí —dice—. Concéntrate en la entrevista, y haré todo lo posible. —Luego, cambiando de tema, como todos lo hacen, mira mi lista con desapego profesional—. Esto ayudará mañana. Sé que ha sido difícil, pero deberías estar orgullosa de lo que has logrado aquí.

Apila los tableros ordenadamente en mi mesita de noche, la pizarra blanca en la parte superior.

—Intenta descansar un poco. —Se levanta, y una parte de mí quiere levantarse y abrazarla—. Volveré para continuar con tu terapia.

No puedo decir gracias, y los tableros están fuera de mi alcance, así que levanto la mano y le doy un pulgar hacia arriba. Algunas cosas son universalmente comprensibles.

Kate sonríe y devuelve el gesto antes de salir de la habitación.

La puerta se cierra tras ella, dejándome sola con el silencio.

Mañana, vendrá la policía. Me pedirán que reviva todo; querrán que arrastre los recuerdos desde los rincones oscuros de mi mente y los derrame en una pizarra blanca, pieza por pieza agonizante.

Necesito descansar. Necesito estar lista.

Pero mientras me recuesto contra la almohada, mirando al techo, sé que el sueño no vendrá.

Mañana, tengo que contárselo todo.

¿Y si recuerdo algo que no quiero recordar?

CAPÍTULO VEINTE

La mañana trae un tipo de dolor diferente: más agudo, más limpio, como el filo de un cuchillo en lugar de la pulsación sorda de ayer. Me han reducido la medicación otra vez, preparándome para la entrevista con la policía. Cada trago se siente como fragmentos de cristal raspando mi garganta, pero mi mente está más clara de lo que ha estado en semanas. Necesito que siga así.

Puedo oír la voz de Kate diciéndome que debería estar orgullosa de lo que fui capaz de escribir en la pizarra, pero al mirar mis notas ahora, me pregunto si son suficientes.

La lista se burla de mí con sus detalles dispersos:

Chaqueta a cuadros roja (¿chaqueta de caza? ¿estilo leñador?)

Olor a cigarrillo + sudor
Correa de perro (cuero canela - SIN PERRO)
Me llamó Maggie
Venda. Atada. Amordazada.
Camioneta: ¿¿roja/oxidada??
Motor ruidoso
Ruta: árboles golpeando techo, baches luego suave
????? ¿cuánto tiempo condujimos?????
Voz: ¿del norte? No local
Altura: más bajo que Paul

Los signos de interrogación se multiplican por toda la pizarra, cada uno un fracaso. Un detalle que debería recordar pero no puedo. O peor aún, detalles que creo recordar pero de los que no puedo estar segura. ¿Y si les digo algo que no es verdad? ¿Y si los llevo en la dirección equivocada?

Cuanto más pienso en cada detalle, menos segura me siento.

Cierro los ojos, intentando reconstruir el viaje. Pero todo lo que ocurrió después de que me vendara los ojos se difumina, el tiempo estirándose y contrayéndose como una goma elástica. El balanceo rítmico de la camioneta, el crujido de la grava, luego una carretera

más suave. Mis notas dicen *árboles golpeando techo*, pero ¿fue antes o después del giro? ¿Hubo siquiera un giro? Los recuerdos se escabullen cuando intento aferrarme a ellos con demasiada fuerza.

Toda la noche he estado trazando el recorrido en mi cabeza. Si giramos a la derecha al salir del bosque... pero no, ya estaba con los ojos vendados entonces. Si el sol aún estaba alto cuando nos detuvimos... pero no podía ver nada a través de la tela. La venda se deslizó. Vi el rojo de la camioneta, pero ¿vi algo más? No lo sé. Cada detalle parece crucial, pero no puedo confiar en ninguno de ellos. Excepto su voz. Eso lo recuerdo perfectamente; la manera en que dijo *Maggie* como si me conociera. Como si lo hubiera dicho antes.

Cuando mamá aparece en la puerta a las 8:47 de la mañana, ya estoy sentada, preparada. Paul entra detrás de ella como una sombra. Su presencia me da ganas de esconder mis notas, aunque no estoy segura de por qué. Algo en la forma en que mira la pizarra me pone la piel de gallina. No quiero que lo sepa. No quiero compartir mis pesadillas con él. Las cosas escritas en esta pizarra nos pertenecen a mí y a Sarah, a aquella tarde en el bosque.

La policía estará aquí a las nueve. Trece minutos para convencer a mamá de que puedo hacer esto. Trece minutos antes de que tenga que contarles todo sobre aquel día. Sobre lo que nos hizo.

Mamá me aprieta la mano. Su palma está húmeda contra la mía, delatando su propia ansiedad. Ha estado llorando. Puedo notarlo por la ligera hinchazón alrededor de sus ojos, por cómo evita mirarme directamente.

—No tienes que hacer esto hoy —dice, pero hay algo ensayado en ello, como si ella y Paul hubieran practicado esta conversación en el coche—. Si no estás preparada...

Niego con la cabeza, señalando la pizarra con mi mano libre. El movimiento tira de mis puntos, pero lo ignoro. He escrito todo lo que puedo recordar. Todo excepto las partes que sé que romperían el corazón de mamá. Esos detalles los he guardado en mi cabeza, donde solo yo puedo verlos.

Hay cosas que no he escrito. Cosas que no puedo escribir. Cada vez que lo intento, mi mano se congela sobre la pizarra. Los sonidos... los sonidos de Sarah... están encerrados en algún lugar de mi mente, intentando liberarse. Pero tratar de plasmarlos en palabras se siente como traicionarla de alguna manera. Y quizás... quizás si no los escribo, no serán reales.

Paul se mueve para colocarse detrás de mamá, una mano sobre su hombro como siempre. Sus ojos recorren mi escritura desordenada, y resisto el impulso de girar la pizarra.

—'Me llamó Maggie' —lee en voz alta, y algo en su tono me hace estremecer—. ¿Quién es Maggie?

¿Quién *es* Maggie? Solo puedo encogerme de hombros, el movimiento enviando un nuevo dolor a través de mi cuello. Es solo otro detalle, como su chaqueta o la correa del perro. Pero la pregunta de Paul parece quedar suspendida en el aire, más pesada de lo que debería ser. Intercambia una mirada con mamá que hace que se me retuerza el estómago.

—¿Dijo... —Paul se aclara la garganta—. ¿Dijo algo más sobre Maggie?

Niego con la cabeza, señalando los otros detalles de mi lista. La camioneta, lo que recuerdo sobre la ruta, cosas que realmente podrían ayudarles a encontrarlo. Pero Paul sigue mirando fijamente ese nombre, con la cara pálida. Por una vez, parece haberse olvidado de mantener su habitual expresión serena. Sus dedos tamborilean contra la silla de mamá en un irritante tap, tap, tap como si estuviera contando los segundos hasta que algo se rompa.

—¿Sabes lo que significa esto? —sisea Paul al oído de mamá.

Ella le lanza una mirada severa.

—Paul, dejémoslo para la policía. No empieces... —Agita las manos, y él capta su mensaje.

Me gustaría decir que no he pensado en ello. Que no me he preguntado por Maggie. Quién es y por qué me llamó con ese nombre.

Que no me he preguntado si no fuimos las primeras y no seremos las últimas.

Pero fue el nombre de Sarah el que usé con todas mis fuerzas para pronunciar. Debería haberlo escrito por toda esta pizarra. Sarah, Sarah, Sarah.

¿Dónde está Sarah?

Paul sigue mirando el nombre de Maggie como si contuviera todas las respuestas, pero está equivocado. La única respuesta que necesito es la que nadie me dará. He desperdiciado un espacio precioso en detalles que no importan.

Mi mano tiembla mientras presiono el rotulador contra la pizarra una vez más, pero antes de que pueda escribir el nombre de Sarah, hay un golpe en la puerta. La policía está aquí.

Agarro la pizarra con más fuerza, sus bordes clavándose en mis palmas. El olor a tinta del rotulador se mezcla con el antiséptico, haciendo que mi cabeza dé vueltas. Toda la noche he estado preparándome para este momento, obligándome a recordar cosas que quiero olvidar. Ahora que ha llegado, mis notas cuidadosamente escritas parecen los deberes de un niño. Como algo que nunca podría capturar el sabor metálico del miedo, el sonido de Sarah llorando detrás de su mordaza, la sensación de oscuridad cuando él ajustó la venda.

Mis ojos se desvían hacia los tableros de comunicación que Kate dejó en mi mesita de noche. Tarjetas sencillas y coloridas con emociones, opciones de sí/no y frases comunes ordenadamente organizadas. Parecen infantiles comparadas con lo que necesito expresar, como tratar de describir un huracán con un emoji del tiempo.

Mis notas. Mi pizarra. Es todo lo que tengo sin mi voz.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Tres personas entran; el chirrido de sus zapatos sobre el linóleo me pone los dientes de punta. Mi habitación de hospital, que normalmente parece demasiado grande y vacía, de repente se encoge a mi alrededor. Las paredes parecen acercarse con cada nuevo cuerpo que cruza el umbral. Una agente rubia con el pelo recogido severamente hacia atrás, un detective alto que se coloca cerca de la puerta, y una mujer vestida de civil cuya presencia me hace sentir un nudo en la garganta por todo lo que implica.

Casi puedo sentir cómo el oxígeno se reduce mientras se colocan alrededor de mi cama. No hay ningún sitio donde mirar sin encontrarme con los ojos de alguien, ningún lugar donde escapar de su escrutinio. Mi respiración se vuelve superficial mientras las paredes presionan: una manifestación física de la presión que se acumula en mi pecho. Tres desconocidos, tres nuevos testigos de mi trauma.

—¿Amanda? Soy la agente Winters. Soy Melanie. Y este es el detective Barnes —dice la mujer policía. Su voz es suave pero profesional. Las luces fluorescentes se reflejan en su placa, enviando agudos destellos por el techo. Señala a la mujer—. Esta es Suki de Apoyo a Víctimas. Está aquí para ayudar a asegurarse de que te sientas cómoda con todo lo que vamos a hablar.

Apoyo a Víctimas. Las palabras me hacen volver a saborear el cobre. Mis dedos recorren los bordes de la pizarra blanca, siguiendo el mismo patrón una y otra vez, esquina a esquina a esquina, como si al concentrarme lo suficiente en este simple movimiento, no tuviera que pensar en lo que viene después. Estos hechos que he escrito, estos cuidadosos puntos, no les cuentan nada sobre los gritos de Sarah. Nada sobre desangrarme en la tierra mientras él... mientras ella...

Suki se acerca más, creando una barrera cuidadosa entre yo y los policías. La tela de su falda susurra contra la barandilla de la cama

mientras se coloca como un escudo. Su voz baja, suave.

—Estoy aquí únicamente para apoyarte durante este proceso —explica—. Soy independiente de la investigación policial. Mi función es asegurarme de que se cubran tus necesidades: si necesitas un descanso, si algo no está claro, o si en algún momento te sientes abrumada —señala los tableros de comunicación—. Puedes usarlos para indicármelo, y me aseguraré de que los agentes lo entiendan.

Hace una pausa, asegurándose de que la sigo.

—Esta es tu historia, Amanda. Seguimos tu guía. Si necesitas parar en cualquier momento, paramos. Si ciertas preguntas son demasiado difíciles ahora mismo, podemos volver a ellas más tarde. Y si prefieres que tu madre y... —hace un gesto casi imperceptible—. ...tu padre salgan en algún momento, esa decisión también es completamente tuya.

—No es mi padre —quiero decirle, pero no voy a desperdiciar espacio en la pizarra con esas palabras.

Paul se mueve en su silla, el plástico crujiendo. —No tenemos... El padre de Amanda no está en contacto —dice, como si estuviera confesando el secreto de otra persona.

Las palabras se asientan como polvo. La ausencia de mi padre es solo otro hecho de la vida, como el color de mis ojos o la forma en que mi madre toma su café. Pero ahora, con Paul posado en el borde de esa silla de plástico, tratando de llenar un espacio que dejó de doler hace mucho tiempo, todo se siente equivocado.

Si hubiera algún momento para que mi padre apareciera por su familia, seguramente sería ahora.

De todos modos, él no tiene lugar aquí.

Este momento, este horrible y vulnerable momento, debería ser solo para mí y mi madre. Así es como siempre hemos afrontado las cosas. Solo nosotras. La idea de compartir lo que pasó, de dejar que Paul sea testigo de las partes más feas de mi historia, me pone la piel de gallina. Ya va a ser bastante difícil con mi madre aquí, viendo su cara mientras describo lo que hizo el hombre de la chaqueta roja y negra, aunque lo esté escribiendo en lugar de decirlo.

—Antes de comenzar —dice el detective Barnes—, necesitamos explicar cómo funcionará esta entrevista —mira mi pizarra, mis dedos temblorosos, dejando huellas borrosas a lo largo de sus bordes—. Vamos a grabar todo, y necesitaremos fotografiar tus notas. Todo lo que puedas contarnos es importante. Si usas los tableros de comunicación, voy a necesitar que muestres a la cámara lo que estás señalando.

Suena agotador.

Asiento.

Es hora.

El detective Barnes se mueve para cerrar la puerta. El sonido del clic al cerrarse se siente como una llave girando en una cerradura. Como una venda siendo atada. Como el momento en que todo cambió. Las paredes presionan más cerca, blancas y estériles, esperando verdades que no estoy segura de estar lista para contar.

Mi lista de hechos llena la pizarra con una escritura cuidadosa y apretada.

Detalles seguros. Cosas que puedo compartir delante de mi madre y Paul.

La agente Winters estudia mis notas mientras el detective Barnes configura el equipo de grabación. La luz roja parpadea constantemente, esperando. Me concentro en eso en lugar del peso de la presencia de Paul detrás de mi madre, en lugar de la forma en que Suki se ha posicionado como un escudo entre nosotros.

Miro a Suki, captando su mirada, esperando que pueda leer mis pensamientos, sentir mi incomodidad. Esperando que tenga suficiente experiencia para leer mis señales.

Pero es mi madre quien me conoce.

—Paul —dice mi madre de repente, su voz suave pero firme—. ¿Podrías darnos algo de espacio? —Algo pasa entre ellos, alguna conversación silenciosa que no puedo leer—. ¿Quizás podrías traerme un café?

Paul duda, apretando su mano en el hombro de mi madre. —Abby...

—Me quedaré con ella —mi madre levanta la mano, toca la suya —. Estaremos bien.

—Pero tú... —dice él, mirando la curva de su vientre, no su cara.

No fue el estrés, fue la amniocentesis. No fue tu culpa. Intento recordármelo, pero no puedo evitar pensar que todo esto es lo último que mi madre necesita ahora mismo.

Casi muero.

Intento recordármelo. Lo intento.

Pero mi madre está dando palmaditas en el brazo de Paul y dedicándole una sonrisa tan tranquilizadora como puede.

Él me mira y duda. Casi siento como si le importara. Sin embargo, no dice nada. Se dirige hacia la puerta, y el agente alto se aparta para dejarle pasar.

El alivio me golpea con tanta fuerza que casi lloro. Cuando la puerta se cierra tras él, la habitación se siente más grande de alguna manera, como si finalmente pudiera respirar. Pero ahora hay una barrera menos entre yo y los recuerdos que no pude escribir.

Los dedos de mi madre encuentran los míos, cálidos y firmes, uniéndose detrás de la espalda de Suki como en una reunión secreta.

Gracias, pienso*. Gracias por escucharme, incluso cuando no puedo hablar.*

La mujer, Winters, se sienta en la silla de madera forrada de PVC a la cabecera de mi cama. Su sonrisa se contrae en la redondez de su cara. Me pregunto si tiene que llevar su pelo rubio en esa coleta engominada hacia atrás para el trabajo, y me doy cuenta de que estoy distraída, sin escuchar lo que me está diciendo.

Ya ha dirigido su mirada al hombre más alto que está junto a la puerta. Barnes.

Él asiente hacia mí.

—¿Sigues con nosotros, Amanda? —pregunta con un amable acento norteño.

Abro la boca para responder, y la cierro de nuevo como un pez de colores, asintiendo con la cabeza en su lugar. Siento la garganta seca, áspera, como si hubiera tragado arena.

Debo estar mejorando si estoy lo suficientemente bien para esto.

La mujer lo intenta de nuevo, inclinándose hacia delante en la silla crujiente. El movimiento hace que el recubrimiento de PVC chirríe incómodamente contra su uniforme.

—Solo necesitamos hacerle unas preguntas, ¿de acuerdo? —Utiliza ese tipo especial de amabilidad policial: palabras suaves estiradas sobre acero. El tipo que reservan para las víctimas. Cada sílaba cuidadosa me pone la piel de gallina, como dedos caminando por mi columna.

—Podemos parar en cualquier momento si te sientes demasiado incómoda —añade, como si estuviera leyendo de un manual.

Me pregunto a qué tipo de incomodidad se refiere. El fuego crudo en mi cuello, o la manera en que mi mente se aparta de ciertos recuerdos como los dedos de una estufa caliente. El dolor físico tiene medidas, escalas, pequeñas gráficas ordenadas con caras numeradas. Pero, ¿cómo se mide el otro tipo? Ese que te hace querer escapar de tu propia piel cuando recuerdas.

Sonrío, o intento hacerlo, y mis dedos rozan fantasmalmente el vendaje que cubre la herida en mi garganta.

El detective Barnes se acerca a mi pizarra, entornando los ojos ante mi escritura irregular. Su bolígrafo se detiene sobre su libreta mientras lee cada línea, asintiendo ocasionalmente.

—Buenos instintos —dice la agente Winters, señalando la lista con su bolígrafo—. Detalles como estos ayudan. —Gira la pizarra, revelando su lado en blanco—. Pero necesitamos empezar desde el principio. El 16 de marzo. ¿Puedes escribir sobre esa tarde?

La manera en que lo dice suena como una pregunta en un examen de historia. Algo que sucedió hace mucho tiempo del que quiere que intente recordar los detalles. Y realmente, así es exactamente como se siente. Como tratar de recordar algo que leí en un libro de texto, excepto que los recuerdos son afilados como

navajas y arden detrás de mis ojos. Aquella tarde en el bosque, no sé cuánto tiempo hace de eso. El tiempo ha perdido todo significado aquí en el hospital. No sé cuánto tiempo estuve inconsciente, ni cuántas veces he oscilado entre la conciencia y la inconsciencia desde entonces. Estaba allí, y ahora estoy aquí.

El rotulador se siente pesado en mi mano. Es extraño cómo algo tan pequeño puede pesar tanto de repente. Detrás de mí, la luz roja de la cámara parpadea constantemente, grabando cada letra temblorosa que formo.

Castigo escribo, con letras tambaleantes. Tengo que parar, ajustar mi agarre. El esfuerzo de mantener mi brazo levantado hace que mis músculos tiemblen.

Nunca le conté a mamá sobre el castigo. Entonces parecía algo enorme, un secreto terrible que guardar. Ahora parece absurdo que me preocupara por ello. Como preocuparse por un corte de papel mientras te desangras. La miro, pero todo lo que veo en su rostro es preocupación pura, labios apretados mientras me ve luchar con el rotulador.

Aquel día parece que le sucedió a otra persona. A alguna otra Amanda que pensaba que un castigo era lo peor que podía pasarle. Alguna versión inocente de mí que no sabía cuán rápidamente todo podía cambiar.

Quisiera decirle a esa otra Amanda —la que está sentada cumpliendo el castigo— que corra directamente a casa. Que no tome el camino largo. Que deje los jacintos donde crecieron. Pero ya no existe, esa chica que pensaba que un castigo merecía sus lágrimas. Ha desaparecido tan completamente como las flores que dejamos esparcidas en la tierra.

La voz de la agente Winters es firme y profesional. —¿Y después de eso?

Tomé el camino largo a casa.

Mi brazo se siente como plomo, pero los recuerdos fluyen con una precisión aterradora. La agente Winters espera, su paciencia ensayada me pone la piel de gallina.

Cada palabra que escribo podría ser utilizada después —en los tribunales, en los periódicos, por personas que buscan entender por qué sucedió. Buscando a alguien a quien culpar. Pero no hay espacio para explicarlo todo, ni fuerza para defender nuestras decisiones. Solo hay lugar para los hechos que podrían ayudarles a encontrarlo.

La imagen destella: su acercamiento a través de los jacintos. Correa de perro. Sin perro.

Intento convertir las imágenes en palabras.

Paramos por flores.

Tengo que hacer una pausa, dejando caer el rotulador en mi regazo. Mi cuello palpita al ritmo de mi pulso, y puedo sentir el sudor que se forma en mi línea del cabello a pesar del frío de la habitación del hospital. La siguiente parte... Cada músculo de mi cuerpo se tensa, recordando.

—Lo estás haciendo muy bien —dice la agente Winters con esa voz cuidadosa—. Tómate tu tiempo.

Levanto el rotulador de nuevo, mis dedos temblando tanto que tengo que usar ambas manos para estabilizarlo. Los jacintos. El aroma de la tierra primaveral. El sonido de sus pasos.

Señalo las notas que escribí con Kate.

Correa de perro (cuero marrón claro - SIN PERRO)

Luego escribo: Se acercó a nosotras

Las letras están desordenadas ahora, inclinándose a través de la pizarra. Mi pecho se siente oprimido, como si el aire fuera demasiado espeso para respirar. Puedo olerlo de nuevo —esa mezcla de cigarrillos y ropa sin lavar. Saborear el metal del miedo en mi boca.

Hago una pausa de nuevo, el rotulador flotando sobre la pizarra. La siguiente parte... la siguiente parte es donde todo cambió. Donde nuestra tarde normal se convirtió en algo completamente distinto. La cámara sigue parpadeando, esperando palabras que no estoy segura de poder escribir.

—Tómate tu tiempo —dice la agente Winters, pero su bolígrafo está preparado, listo.

Preguntó si habíamos visto su-

El rotulador resbala, dejando un tachón negro a través de la pizarra. Mi mano tiembla demasiado ahora. La habitación se inclina ligeramente, y siento que mamá se acerca más a la cama.

—Quizás deberíamos tomar un descanso —dice ella, pero yo niego con la cabeza. Si paro ahora, puede que no sea capaz de empezar de nuevo.

—Lo estás haciendo genial, Mandy —dice Barnes, y me estremezco. Nadie me llama así.

—¿Puedes decirnos aproximadamente a qué hora lo viste por primera vez? —pregunta la agente Winters, mirando sus notas.

Bajo el rotulador, tratando de reconstruirlo. El castigo terminó a las 4:30. Recuerdo haber mirado el reloj. Luego el paseo, las flores... Todo lo que vino después se siente estirado y distorsionado, como si el tiempo hubiera dejado de funcionar correctamente.

Winters me entrega el tablero de comunicación con números.

Recuerdo que tengo que mostrar todo a la cámara, y eso me hace sentir aún más paranoica sobre equivocarme en algo.

Primero, señalo donde escribí Castigo y luego muevo mi dedo para indicar 4:30.

—¿Saliste del castigo a las cuatro y media? —aclara la agente Winters, y yo asiento.

¿Cuánto tiempo estuvimos caminando? ¿Cuánto tiempo pasamos recogiendo flores? En mi memoria, la luz del sol se desvanecía, las sombras se alargaban, pero no puedo precisar exactamente cuándo...

—Tómate tu tiempo —dice el detective Barnes—. Incluso una estimación aproximada ayuda.

Mi mano vacila, insegura. La luz estaba disminuyendo, pero no estaba oscuro. Tarde pero no anochecer. Señalo las 5:15 y luego mi dedo golpea el signo de interrogación.

No estoy segura. Es lo mejor que tengo.

—Eso sigue siendo útil —asiente la agente Winters, escribiendo algo—. ¿Y saliste del colegio inmediatamente después del castigo?

Algo se me atraganta en el pecho. No, no fuimos directamente. Primero pasamos por el baño. Sarah se estaba arreglando el pelo. Un momento tan normal. Un día tan normal.

El recuerdo me golpea con una fuerza inesperada: Sarah inclinándose hacia el espejo, colocándose mechones de pelo detrás de la oreja, riéndose de algo que yo había dicho. Su reflejo junto al mío, ambas ajenas a lo que nos esperaba. Ese último momento perfecto antes de que todo cambiara.

Todos esos pensamientos se resumen en un solo gesto de mi dedo sobre el tablero:

No.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Incluso con mi escritura dolorosamente lenta, no tardo mucho en llenar una cara de la pizarra. La agente Winters la levanta con cuidado, inclinándola hacia el ojo rojo de la cámara. Algo en ver mis palabras temblorosas capturadas así, convirtiéndose en pruebas, hace que mi estómago se encoja.

El detective Barnes me entrega una pizarra nueva, limpiándola con un pañuelo antes de colocarla en mi regazo. La superficie blanca y vacía parece extenderse infinitamente, esperando ser llenada con más detalles que no estoy segura de poder afrontar. Más recuerdos de los que no estoy segura de poder fiarme.

—Lo está haciendo muy bien —dice la agente Winters—. ¿Lista para continuar con la descripción? Use los tableros de comunicación tanto como quiera, pero escriba lo que pueda.

El detective Barnes examina cuidadosamente la primera pizarra, estudiando la lista que hice con Kate. —Vamos a repasar lo que ha escrito sobre él. Chaqueta a cuadros roja, ¿estilo cazador o leñador?

Algunos detalles están grabados en mi memoria con terrible claridad. Como el olor de su chaqueta a cigarrillos rancios y algo más, algo peor. Pero su cara... ¿Llegué a ver bien su cara antes de la venda?

No hay nada en el tablero de comunicación para esto.

Señalo donde escribí Leñador y luego, en la nueva pizarra, escribo Gruesa + afelpada**.**

—Muy bien —me anima la agente Winters—. ¿Y qué hay de su cara? ¿Color de pelo? ¿Ojos?

Mi mano se congela sobre la pizarra. Intento imaginármelo, verlo con claridad, pero el recuerdo sigue cambiando como humo. Lo único que realmente recuerdo es la sonrisa torcida cuando se acercó a nosotras por primera vez, la forma en que mostró justo los suficientes dientes para que se me erizara la piel.

El tablero de comunicación con su silueta humana genérica no me sirve de nada. De nada en absoluto.

Barba incipiente oscura, consigo escribir. Cara roja - ¿¿quemada por el viento??

Pero, ¿era quemadura por el viento o algo más? Todo lo anterior a la venda se siente como una serie de instantáneas. Sus botas en la hierba, la correa de cuero en su mano, esa terrible sonrisa. Pero juntarlas en una imagen completa...

—¿Altura? —sugiere Barnes, comprobando mi lista original—. ¿Ha escrito "más bajo que Paul"?

Miro los tableros de comunicación otra vez. No pienso en pies y pulgadas; pienso en términos de personas que conozco. Mi mano tiembla mientras intento explicar: ¿¿quizás altura de mamá??

La agente Winters se inclina hacia adelante. —Mencionaste su voz en tus notas originales: "¿Del norte? ¿No local?"

El sonido de él vuelve a inundarme: ese extraño acento que no encajaba exactamente en ningún sitio. ¿O era la forma en que expresaba las cosas?

¿Falso? escribo, las letras inclinándose con urgencia. Ni siquiera sé por qué pienso eso. ¿Por qué me resultó inusual su voz? No tengo respuestas. Solo sé que había algo extraño en su forma de hablar.

Mi mano tiembla más fuerte ahora, pero necesito que entiendan.

Tranquilo. Sin emoción. Incluso cuando... Me detengo. El recuerdo golpea como un martillo sobre cristal. Los terribles sonidos rítmicos, los gritos de Sarah bajo su mordaza, su respiración. Mi pecho se contrae mientras la habitación del hospital comienza a desvanecerse por los bordes.

El rotulador se desliza de mi mano.

Puedo oírlo de nuevo: ese sonido húmedo y pesado de carne contra carne. Los forcejeos de Sarah haciéndose más débiles. Mi sangre pulsando hacia el suelo mientras él... mientras él...

Me obligo a alcanzar el rotulador, mi visión ya comenzando a estrecharse. Necesitan saberlo. Necesitan entenderlo.

Mis ojos se dirigen a las notas que escribí con Kate.

—Mmmmph —digo, tapándome la boca con la mano para detener mi impulso reflejo de hablar.

Maggie. Señalo la pizarra.

Me llamó Maggie.

Casi puedo oír su voz en mi cabeza: *No necesitas ver esto, Maggie.*

No puedo respirar. No puedo concentrarme.

El detective Barnes y la agente Winters intercambian una mirada que no puedo descifrar. Barnes se inclina ligeramente hacia adelante.

—¿Te llamó Maggie? —repite, con tono neutral pero ojos agudos con nueva atención—. ¿No Amanda?

Asiento frenéticamente, clavando mi dedo en las palabras otra vez. Esto importa. No sé por qué, pero sé que importa.

—¿Te preguntó tu nombre? —Barnes no me mira; ya está mirando el tablero de comunicación.

No.

La agente Winters se inclina sobre su bloc de notas. —¿Fue solo una vez o te llamó así repetidamente?

Alcanzo la pizarra de nuevo, con la mano temblando mientras escribo: Siempre Maggie.

El rostro de Barnes no cambia, pero veo algo cambiar en su postura: una tensión sutil, una nueva alerta.

—¿Parecía confundido? —pregunta con cuidado—. ¿Como si te estuviera confundiendo con alguien? ¿O parecía saber exactamente con quién estaba hablando?

La pregunta toca algo. Un recuerdo emerge: la certeza en su voz cuando dijo ese nombre. Como si estuviera hablando con alguien a quien conocía bien. Alguien con quien había hablado muchas veces antes.

La conocía, escribo, las letras grandes e irregulares. No confundido. Como si yo fuera ella.

La agente Winters está escribiendo rápidamente ahora, su bolígrafo rasgando a través de la página. Barnes mira a Suki, que ha

permanecido observando en silencio durante toda la entrevista. Algo pasa entre ellos, una mirada cargada de preocupación profesional que no puedo interpretar.

—¿Dijo algo más sobre Maggie? —pregunta Barnes—. ¿Algo que pueda indicarnos quién es?

Cierro los ojos, superando el muro de miedo para recordar sus palabras exactas. Una frase vuelve con terrible claridad. Abro los ojos y obligo a mi mano temblorosa a escribir:

Es otra vez ese momento, Maggie.

El silencio que sigue es absoluto. Incluso los monitores parecen callarse por un momento mientras todos miran lo que he escrito.

La agente Winters rompe el silencio primero. —Otra vez —dice suavemente—. Implica repetición.

—Un patrón —coincide Barnes, su voz cuidadosa, controlada, pero puedo oír la tensión debajo.

Algo está sucediendo aquí: algo más allá de mi comprensión. El ambiente en la habitación ha cambiado, cargado de una nueva urgencia.

Suki se mueve ligeramente hacia adelante en su silla mientras intercambia una mirada con los detectives. No me pierdo la sutil ampliación de sus ojos, la forma en que su mano se tensa sobre su cuaderno. Rápidamente se compone, volviendo su atención hacia mí con una calma deliberada.

Barnes se gira ligeramente, ya alcanzando su radio. Aunque está hablando hacia la puerta, capto fragmentos de lo que dice: "...nueva pista... posible serie... comprobar personas desaparecidas..."

Serie. La palabra cae como una piedra en mi estómago.

Winters todavía me está observando, su expresión profesionalmente en blanco pero sus ojos ardiendo con intensidad.

—Amanda, esta es una información extremadamente útil. Necesitamos investigar este nombre de inmediato.

Serie.Serie.

La palabra acaba de filtrarse en mi estúpida cabeza.

¿Asesino en serie? ¿*Mató* a Sarah?

Agarro la pizarra nuevamente, mi desesperación dándome un último impulso de fuerza. ¿SARAH? escribo, las letras temblorosas pero claras. Señalo el signo de interrogación una y otra vez.

Mi mensaje es claro: les he dado algo importante. Ahora díganme sobre Sarah.

¿Dónde Está Sarah?

Mi mano apenas coopera para estas últimas palabras.

Las luces fluorescentes se vuelven borrosas mientras el pánico sube por mi garganta.

—¿Amanda? —la voz de mamá parece muy lejana—. Creo que es suficiente por hoy.

La agente Winters ya está de pie, haciendo señas a alguien en el pasillo. —Traigan a la enfermera —dice bruscamente, su calma profesional finalmente quebrándose.

Soy consciente del movimiento a mi alrededor: enfermeras entrando apresuradamente, la mano de mamá agarrando la mía. Pero estoy atrapada en ese momento, en esos sonidos, en mi fracaso por ayudar a Sarah.

—Respiraciones profundas —alguien está diciendo, pero todo lo que puedo oír es el último gemido de Sarah antes de que se quedara en silencio.

Mientras la habitación se desvanece a mi alrededor, lo único que puedo ver es su nombre garabateado en la pizarra.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Cuando despierto, mamá sigue aquí, sentada en el borde de la cama. Al principio, creo que significa que no he estado inconsciente mucho tiempo, pero las cortinas están echadas ahora, y en lugar de la luz de la mañana, veo la oscuridad filtrándose por las rendijas.

¿Dónde está la policía? ¿Les dije suficiente? El recuerdo de la pizarra, mi escritura temblorosa convirtiéndose en evidencia, parece distante e irreal. ¿Sirvió de algo?

—Amanda —dice mamá, al ver mis ojos abiertos. Mira hacia la puerta y luego se levanta para cerrarla con deliberado cuidado. El suave clic del pestillo suena ominoso.

—Hay algo que necesito decirte —dice, y mi mente inmediatamente piensa en el bebé.

Después de todo —la sangre, el hospital, las acusaciones de Paul — debe haberlo perdido. Y Dios me ayude, por un terrible momento, espero que así sea. Porque si eso es lo que necesita decirme, si eso es lo peor que ha pasado...

Tengo que dejar de pensar en esas cosas.

Me odio por desear una tragedia para mi hermano nonato, por estar dispuesta a cambiar su vida por la respuesta que desesperadamente necesito.

Los ojos de mamá siguen desviándose hacia la puerta, como si estuviera a punto de compartir un secreto prohibido. Como si alguien pudiera detenerla si lo supiera.

—Cariño, lo siento mucho —su voz se quiebra—. Quería decírtelo cuando despertaste por primera vez. No quería mentirte. Quiero decir, no he mentido, pero... —Su pierna está rebotando, un movimiento nervioso e incontrolado. Creo que ni siquiera se da cuenta—. Dijeron que podría retrasar tu recuperación. Tú... casi moriste. Pensé que estaba haciendo lo correcto, pero...

Sé lo que mamá va a decir. Lo he sabido desde que desperté sola en esta habitación. Desde que nadie respondía a mis preguntas. Desde el extraño comentario de Paul sobre que "están haciendo todo lo posible". El conocimiento se asienta como hielo en mi pecho: Sarah está muerta. Él la mató después de creer que me había matado a mí. Después de que yo yaciera allí, inútil, desangrándome mientras él...

—Amanda —la voz de mamá interrumpe mis pensamientos en espiral—. Sarah sigue desaparecida.

Las palabras no tienen sentido al principio. ¿Desaparecida? ¿No muerta?

Desaparecida significa viva. Desaparecida significa esperanza. Desaparecida significa...

Desaparecida significa que está ahí fuera.

Con él.

—¡Neeeugh! —No. La palabra sale desgarrada de mi garganta, rasgando el tejido dañado. Un fuego explota en mi cuello, pero no puedo parar—. Nnn... —Algo caliente y metálico sube por mi garganta mientras intento forzar más palabras, mi cuerpo en guerra consigo mismo: la necesidad de hablar luchando contra la imposibilidad física de hacerlo.

—¡Amanda, para! —las manos de mamá revolotean sobre mis hombros mientras me atraganto y jadeo—. ¡Vas a dañarte la garganta!

Pero ¿cómo puedo quedarme callada? ¿Cómo puedo simplemente yacer aquí en esta habitación limpia y blanca mientras Sarah está desaparecida? ¿Mientras él la tiene?

Mamá me atrae contra su pecho, un gesto que es tanto consuelo como contención. Su corazón late contra mi oído mientras me mantiene quieta.

—Por eso la policía necesitaba hablar contigo con tanta urgencia —susurra en mi pelo—. Han estado esperando seis semanas a que despertaras y te recuperaras lo suficiente para hablar con ellos, con

la esperanza de que pudieras recordar algo que les ayudara a encontrarla.

Seis semanas. Las palabras resuenan en mi cabeza mientras intento reconstruir cómo llegué aquí. Cómo me encontraron. Los recuerdos se detienen en la sangre empapando la tierra, en sus dedos comprobando mi pulso, en él alejándose. Todo lo que viene después es oscuridad.

No podría haberla dejado allí. No lo habría hecho. Incluso desangrándome, incluso muriendo, nunca habría dejado atrás a Sarah.

¿O sí?

Mi corazón se acelera mientras intento recordar. ¿Alguien me encontró? ¿Logré conseguir ayuda? La idea de que podría haberme salvado a mí misma mientras dejaba a Sarah con él me enferma físicamente.

—Tuviste una suerte increíble —dice mamá en voz baja, sin notar la ironía—. Una pareja que volvía a casa se equivocó de camino y te encontró en esa carretera secundaria. No esperaron a una ambulancia, te llevaron directamente al hospital. Te trajeron aquí a las 9:13 y estabas en el quirófano antes de las nueve y media. La policía... registraron por todas partes, pero no había rastro de Sarah.

¿Cómo llegué a la carretera? Lo último que recuerdo es estar tumbada en la tierra, sintiendo cómo se me escapaba la vida. ¿Me movió él? ¿De alguna manera Sarah...? Las posibilidades giran en mi mente, cada una peor que la anterior.

¿Tuve suerte?

¿De verdad la tuve?

Necesito recordar. Necesito comprender cómo escapé mientras Sarah no. Pero los recuerdos no vienen, solo fragmentos de sensaciones.

Mi corazón late desbocado, pero necesito decirles más. Necesito recordar algo más que pueda ayudar a encontrarla. Busco a tientas sobre la manta, buscando un rotulador, una pizarra, cualquier cosa para escribir.

—Cariño, por favor —dice mamá, alcanzando mis manos—. La policía está siguiendo todas las pistas. Van a encontrarla.

Pero lo único en lo que puedo pensar es en Sarah, sola con él en algún lugar, probablemente preguntándose por qué nunca intenté salvarla.

Me imagino a Joyce sentada en la habitación de Sarah, tocando la ropa de su hija, esperando noticias.

¿Habrá seguido haciendo tortitas estas últimas seis semanas, poniendo un plato en el sitio de Sarah?

¿Me odiará por haber regresado cuando Sarah no lo hizo?

¿Acaso he regresado yo todavía?

El pensamiento de Joyce rompe algo en mí. Intento hablar, ignorando el fuego en mi garganta. Necesito decirle a mamá que la llame, que le diga que lo siento, que lo intenté, que cambiaría de lugar si pudiera. Pero todo lo que sale es un sonido húmedo y ahogado que hace que el rostro de mamá se arrugue.

Sé que tengo que mantener la calma, a pesar de cómo me siento. Si pienso en ella ahí fuera, perderé el control, lo sé. No puedo hacer eso delante de mamá. Yo no tuve la culpa de su hemorragia anterior, pero ¿ahora? Todo este estrés no puede ser bueno para ella y el bebé. En vez de eso, me concentro en la pared detrás de la cabeza de mamá, contando las pequeñas grietas en el yeso. Si miro su cara, si veo el dolor allí, me romperé. Y no puedo romperme. No todavía. No mientras ella está aquí, observándome como si pudiera quebrarme.

Treinta y siete grietas. Empiezo a contar de nuevo.

Mi garganta arde con lágrimas no derramadas, con gritos que no puedo expresar. Pero mantengo mi rostro cuidadosamente inexpresivo, mis manos firmes en mi regazo. Mamá necesita que esté bien. Necesita creer que puedo manejar esto.

No puedo.

Realmente no puedo.

Ha estado hablando durante veinte minutos, llenando el silencio con explicaciones cuidadosas. Grupos de búsqueda. Investigaciones

policiales. Callejones sin salida. Cada palabra es un cuchillo, pero no dejo que vea mi sangrar.

—Están haciendo todo lo que pueden —dice por tercera vez—. Siguen buscando.

Asiento, como si fuera solo otra conversación. Como si mi mejor amiga no estuviera desaparecida. Como si de alguna manera no me hubiera puesto a salvo mientras la dejaba atrás. Con él.

El pensamiento hace que la bilis suba por mi garganta. ¿Cómo llegué a esa carretera? ¿Por qué no puedo recordarlo?

¿Qué clase de persona sobrevive pero no puede recordar cómo? ¿Qué clase de amiga se va sin saber si...

No. Concéntrate en las grietas. Treinta y siete. Treinta y ocho. La pintura se está pelando en una esquina.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que miré el papel pintado amoratado de mi habitación?

—¿Amanda? —la voz de mamá se quiebra—. Por favor, mírame.

No puedo. Si encuentro su mirada, verá todo lo que estoy conteniendo. La culpa. El horror. El peso aplastante de seis semanas perdidas mientras Sarah estaba ahí fuera en alguna parte, esperando una ayuda que nunca llegó.

En lugar de eso, alcanzo su mano, la aprieto suavemente. Estoy bien, miente el gesto. Estoy manejando esto. No te preocupes.

Respiro lenta y cuidadosamente, hasta que el monitor de frecuencia cardíaca se estabiliza. He tenido práctica ocultando el dolor estas últimas semanas. Fisioterapia. Cuidado de heridas. Cada pequeña agonía cuidadosamente enmascarada para que mamá no se preocupara más de lo que ya lo hace.

Pero este dolor es diferente. Esta verdad es una cicatriz que no puedo ocultar.

Paul aparece en la puerta alrededor de las ocho, su rostro demacrado por la preocupación. Consigue sonreír en mi dirección antes de dirigirse a mamá.

—Abby —dice suavemente—. Necesitas descansar. Piensa en el bebé.

La mano de mamá se tensa sobre la mía. —No puedo dejarla. Ahora no.

Pero veo el agotamiento en la inclinación de sus hombros, en la forma en que sigue moviéndose en la dura silla del hospital. Ha estado aquí desde la mañana, y debajo de su vestido suelto, mi hermano crece más pesado día a día. Por una vez, Paul tiene razón.

Aprieto sus dedos y luego deliberadamente la suelto. El gesto me agota, pero consigo un pequeño asentimiento.

Ve. Está bien.

Me mantengo entera, me muestro fuerte para ella como Sarah siempre se mantuvo fuerte para mí.

—Volveremos a primera hora —promete Paul, ayudando a mamá a ponerse de pie. La delicadeza en su toque, la forma en que sostiene su peso... Odio que esté siendo amable. Odio que esté haciendo lo que es mejor para ella. Odio no poder odiarlo, no completamente, no cuando se está asegurando de que ella se cuide a sí misma cuando yo no puedo.

La puerta se cierra tras ellos y algo dentro de mí se hace añicos.

Seis semanas.

El pensamiento me golpea como un golpe físico ahora que no tengo que ser fuerte para mamá. Mi pecho se agita mientras trato de tragar aire, cada respiración atrapándose en los destrozos de mi garganta.

Nos llevó donde nadie podía oírnos gritar. E incluso ahora, semanas después, el silencio nos mantiene a ambas: a Sarah, dondequiera que esté, y a mí, aquí. Mi voz atrapada en mi garganta dañada.

Quería silenciarnos. Quería llevarnos donde nadie pudiera oírnos.

Necesito encontrar mi voz, y necesito hacerlo pronto.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

El folleto de logopedia que Kate me dejó reposa sobre la mesilla, sus ejercicios burlándose de mí con su metódica lentitud. Al igual que todos han estado fingiendo no mencionar el nombre de Sarah, el folleto pretende que la recuperación puede llevar semanas, no días.

Él nos quería silenciadas. Pero yo no lo estaré. Ya no más. Sarah necesita mi voz.

Y voy a hacerme oír.

Tengo que hacerlo, porque aún no es demasiado tarde para ayudarla.

Mis manos tiemblan mientras abro las páginas impecables. Los primeros ejercicios son simples: colocación de la lengua, control de la respiración, tarareo. Cosas que Kate insiste en que deben dominarse antes de intentar hablar realmente.

Pero el dolor ya no importa. Nada importa excepto encontrar mi voz.

Recorro la lista con el dedo, pasando por una mancha de café, hasta la primera instrucción. Ejercicios de respiración. Controla tu respiración. Construye fuerza.

Incorporarme en la cama envía puñaladas a través de mi cuello, pero las ignoro. Me concentro en respirar como describe la hoja. Inspirar por la nariz, lenta y constantemente. Mantener. Espirar por la boca. Otra vez.

Mi garganta protesta con cada exhalación controlada. La herida puede haberse curado por fuera, pero por dentro todo se siente en carne viva, dañado. Mal.

Como yo. Dañada. Mal. El tipo de amiga que de alguna manera se salvó a sí misma y dejó a Sarah atrás.

No. Aparto ese pensamiento. Inspira. Mantén. Espira.

La enfermera de noche asoma la cabeza, y cierro los ojos, finjo dormir hasta que se va. Tan pronto como sus pasos se desvanecen, empiezo de nuevo.

La respiración se convierte en tarareo. Pequeños sonidos que vibran a través del tejido dañado. Cada intento se siente como tragar vidrio, pero sigo adelante. Tengo que seguir adelante.

En algún lugar, Sarah está esperando.

Las horas se difuminan mientras trabajo en los ejercicios. Mi cuello late al ritmo de mi pulso.

Pero lentamente, algo cambia. El tarareo se vuelve más claro. Más fuerte.

Toco el vendaje de mi garganta, sintiendo la vibración bajo mis dedos. Sonido. Mi sonido. Atrapado como un pájaro en una jaula. Solo tengo que aprender a abrir la puerta.

El cielo fuera de mi ventana cambia de negro a gris mientras se acerca el amanecer. Mi cuerpo duele por estar sentada, por concentrarme, por luchar contra seis semanas de silencio. Pero cuando abro la boca de nuevo, solo emerge un gruñido estrangulado.

—Hhh.

El sonido apenas está ahí, más aliento que voz. Estaba apuntando a "help" (ayuda), pero ni siquiera se acerca. Solo este intento fallido me deja exhausta, mi garganta ardiendo como si hubiera tragado fuego. Lágrimas de frustración me pican en los ojos. Intento tragarlas, lo que solo empeora el dolor.

Decidida, lo intento de nuevo.

—Fuh.

Otro susurro, más débil que el primero. Ni siquiera reconocible como un intento de palabra.

Ayuda a encontrar...

Cierro los ojos, imaginando la cara de Sarah. Su nombre se forma en mi mente, desesperado por salir al mundo.

—Ssss.

Nada más que un silbido de aire. Mi garganta se cierra. Mi pecho se contrae.

Lo intento de nuevo, tensando todos los músculos de mi cuello. —Ssss.

Esta vez, ni siquiera emerge un silbido. Es como si mi cuerpo luchara contra sí mismo: la mente dispuesta pero la carne negándose. Mi mano vuela a mi cuello, sintiendo el pulso frenético bajo el vendaje.

Golpeo el colchón con el puño, las lágrimas ahora fluyendo libremente por mi cara. Los sonidos en mi garganta no se parecen en nada a palabras. Son ruidos guturales, animales, de rabia e impotencia. Quiero gritar el nombre de Sarah, pedir ayuda, pero todo lo que sale son estos patéticos sonidos rotos que no significan nada para nadie.

Lo peor es darme cuenta de que Kate y los médicos tenían razón. La ciencia médica gana de nuevo: mis cuerdas vocales dañadas no sanarán simplemente porque yo lo desee, porque las necesite. Mi cuerpo sigue su propio calendario obstinado, independientemente de mi determinación o desesperación. Semanas, no días. El enfoque lento y metódico del folleto no me estaba tratando con condescendencia; me estaba diciendo la verdad que no quería oír.

Mi cuerpo no está listo, no importa lo desesperadamente que mi mente necesite esto.

La noche pasa en una niebla de intentos fútiles y creciente frustración. Por la mañana, la luz del sol se filtra a través de las persianas, iluminando el folleto inútil ahora arrugado a mi lado. Debo haberme quedado dormida eventualmente porque el sonido de las bandejas del desayuno traqueteando en el pasillo me sobresalta y me despierta.

Las rondas de enfermeras van y vienen. El médico revisa mis vendajes, frunciendo el ceño ante el enrojecimiento alrededor de mi garganta pero sin decir nada al respecto. Finjo que no he pasado la noche forzando mis cuerdas vocales.

Es casi las once cuando suena un golpe en la puerta.

Kate entra, llevando su carpeta de ejercicios y una taza de lo que huele a té de menta. Su mirada abarca mis sábanas arrugadas, las ojeras bajo mis ojos, el arrugado folleto de logopedia a mi lado.

—Te has estado esforzando demasiado —dice, no una pregunta sino una afirmación. Pone el té en mi mesita de noche—. Traje esto para mí, pero quizás es mejor que lo tomes tú.

Alcanzo la pizarra, pero Kate ya está colocando los tableros de comunicación en mi regazo. Viene preparada para nuestra sesión de seguimiento.

—Quería comprobar cómo te sientes después de la entrevista con la policía —dice, organizando los tableros ordenadamente—. ¿Te sirvió de algo nuestra práctica?

Mi dedo golpea MALO, luego FRUSTRANTE, la fuerza de mi señalamiento haciendo que el tablero plastificado rebote sobre la manta.

—No me sorprende —dice Kate, acercando una silla—. Esas entrevistas son difíciles incluso cuando puedes hablar. —Sus ojos escanean mi rostro, captando la tensión, el agotamiento—. Has estado despierta toda la noche, ¿verdad?

Asiento, luego toco NECESITO enfáticamente antes de señalar mi garganta.

—¿Necesitas hablar? —traduce Kate, su voz suave pero profesional.

Mi dedo flota sobre el tablero de comunicación, luego señala VOZ, luego QUIERO, luego URGENTE.

Kate asiente. —Lo sé. Y vamos a trabajar en eso. —Abre su carpeta, revelando nuevos ejercicios—. Pero la técnica adecuada es crucial. Muéstrame lo que has estado practicando.

Demuestro el ejercicio de respiración del folleto, inhalando lentamente por la nariz, aguantando, luego exhalando por la boca. Kate observa atentamente, entrecerrando ligeramente los ojos.

—Estás tensando los músculos del cuello —dice—. Eso está poniendo tensión en el tejido que está sanando. —Ajusta suavemente mi postura, sus manos frescas contra mis hombros—. Así. Deja que la respiración venga de tu diafragma, no de tu garganta.

Sigo su guía, sintiendo la sutil diferencia. La siguiente respiración resulta más fácil, con menos dolor.

—Puedo ver que has estado intentando los ejercicios de respiración —dice, observando cómo mi pecho sube y baja—. Pero me preocupa que estés esforzándote demasiado. ¿Has intentado hablar realmente?

Dudo, luego asiento. No tiene sentido fingir. Necesito la ayuda de Kate.

Su expresión se vuelve seria. —Amanda, entiendo lo mucho que deseas comunicarte, pero tus cuerdas vocales han sufrido un trauma severo. Forzar el habla demasiado pronto podría causar daño permanente. —Hace una nota en su carpeta—. Necesitamos centrarnos exclusivamente en la respiración y el fortalecimiento muscular durante al menos otra semana antes de intentar cualquier sonido.

Mi cara debe mostrar mi consternación porque la expresión de Kate se suaviza.

—Sé que no es lo que quieres oír —dice, su comportamiento profesional firme pero amable—. Pero apresurar este proceso no ayudará a Sarah. Necesitas que tu voz sane adecuadamente para que puedas proporcionar un testimonio claro más adelante.

La implicación me golpea fuerte: no solo hablar con la policía, sino eventualmente testificar. En el juzgado. Enfrentarme a él de nuevo. La idea de estar en la misma habitación con él, de tener que mirar su cara mientras describo lo que nos hizo, lo que todavía podría estar haciéndole a Sarah...

La mano de Kate encuentra la mía, anclándome de nuevo al presente.

—Paso a paso —dice en voz baja, reconociendo mi miedo sin nombrarlo—. Ahora mismo, tu único trabajo es sanar.

Ella hace una demostración, y yo la sigo, produciendo un suave tarareo que vibra a través de mi garganta dañada. Duele menos de lo que esperaba, y Kate asiente aprobadoramente.

No es suficiente. Necesito decirle más a la policía.

Mi dedo apuñala AYUDAR, luego POLICÍA.

—Quieres ayudar a la policía con más información —traduce Kate—. Y piensas que hablar sería más rápido que escribir o usar los tableros.

Asiento enfáticamente, pero con suavidad.

Kate suspira, colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Amanda, te prometo que haré todo lo posible para ayudarte a recuperar tu voz. Pero va a llevar tiempo. —Duda, luego añade—: Y mientras tanto, tu comunicación escrita sigue siendo valiosa. La policía les dijo a las enfermeras que proporcionaste varios detalles importantes ayer.

Mis dedos se curvan alrededor del borde del tablero de comunicación, la frustración aumentando de nuevo.

—He oído que volverán mañana —continúa Kate—. Para hacer más preguntas.

Toco SÍ y señalo mi boca. Necesito hablar.

—Lo entiendo —dice Kate—. Pero tu voz no estará lista para mañana. Los tableros y la pizarra te seguirán ayudando a comunicar lo que sabes. —Hace una pausa, observándome atentamente—. ¿Hay algo específico que no hayas podido decirles todavía? ¿Algo que solo tu voz pueda expresar?

Dudo, luego toco INSEGURO en la tarjeta de entrevista antes de escribir olor en la pizarra. Cada intercambio es un delicado acto de equilibrio: encontrar la forma menos dolorosa, menos frustrante de hacerme entender.

—¿Recuerdas olores? —pregunta Kate, inclinándose ligeramente hacia adelante—. ¿De aquella noche?

Mi mano tiembla mientras escribo: La camioneta olía a aceite y cigarrillos y

Me detengo.

No estaba segura en ese momento.

Cierro los ojos como si eso pudiera ayudarme a recordar con más claridad.

Huevos

No tiene sentido, e inmediatamente me siento estúpida por escribirlo. Lo borro, pero inmediatamente vuelvo a escribir.

Huevos podridos

Kate lee las palabras en silencio, su comportamiento profesional resbalando solo por un momento. —¿Olías a huevos? —Suena genuinamente sorprendida—. ¿Y estás segura de que no era tu atacante? ¿Como una ventosidad?

Está sonriendo, como si fuera una broma, pero no puedo animarme a acompañarla.

La expresión de Kate cambia cuando ve lo seria que estoy. —De acuerdo —dice—. Deberíamos pasar eso a la policía. —Toma la pizarra suavemente—. ¿Puedo tomar una foto de esto para compartirlo con ellos antes de la entrevista de mañana?

Asiento.

Mis palabras fluyen más fácilmente en el tablero ahora.

Kate saca su teléfono y toma la foto. Todo lo que escribo es evidencia. Todo lo que señalo en los tableros de comunicación. Todo podría ayudarles a encontrar a Sarah.

Me guía a través de varios ejercicios más, cada uno cuidadosamente diseñado para fortalecer sin forzar. Al final de la sesión, mi garganta duele, pero de una manera diferente: la quemadura productiva de músculos siendo reentrenados en lugar del dolor crudo del tejido dañado.

—Estás progresando —dice Kate mientras recoge sus materiales —. Mucho más rápido de lo que esperaba, en realidad. Pero por favor, no intentes hablar durante la entrevista de mañana. Concéntrate en los ejercicios de respiración y lengua, no en la vocalización.

Alcanzó la pizarra, incapaz de ocultar mi frustración: ¿Cuándo podré hablar?

Kate vuelve a sentarse, su expresión pensativa. —Puedo ver lo determinada que estás, y eso te va a servir bien en la recuperación. —Se inclina ligeramente hacia adelante—. La buena noticia es que tu estoma ya está comenzando a cerrarse. Dentro de una semana más o menos, una vez que haya sanado más, deberías poder formar

algunas palabras. No muchas al principio, quizás solo dos o tres críticas, pero es un comienzo.

Mis ojos se ensanchan, la esperanza creciendo en mi pecho.

—Por eso te pido que esperes solo un poco más —continúa, su voz suave pero firme—. Esforzarte demasiado ahora podría dañar el tejido en curación y retrasarte semanas. Pero si te concentras en estos ejercicios y le das a tu cuerpo esos pocos días extra... —Sonríe —. Podrías sorprendernos a ambas con lo rápido que progresas después de eso.

Considero esto, la promesa del habla real, aunque limitada, al alcance si solo puedo ser paciente un poco más.

—Entonces, ¿qué dices? —pregunta Kate—. ¿Puedes trabajar conmigo en esto? ¿Solo centrarte en fortalecer sin forzar durante los próximos días?

Asiento lentamente, una promesa silenciosa; vale la pena esperar si significa hacerlo bien.

—Bien —dice, poniéndose de pie—. Volveré mañana. ¿Y Amanda? Creo en tu voz. Está volviendo. Solo necesitamos recibirla adecuadamente.

Mientras se va, siento algo que no he sentido en semanas: no solo determinación, sino auténtica esperanza. Mi voz no se ha ido para siempre. Solo está esperando, sanando, acumulando fuerza para cuando más la necesite.

CAPÍTULO VEINTICINCO

El reloj de la pared marca las 8:15. Cuarenta y cinco minutos hasta que la policía regrese con preguntas que no puedo responder y expectativas que no puedo cumplir. Cuarenta y cinco minutos para prepararme para otra ronda de señalar tableros y escribir frases parciales mientras Sarah sigue desaparecida.

La puerta se abre y, por un momento, me tenso pensando que la policía ha llegado temprano. Pero es mamá, que trae una pequeña bolsa de viaje y flores frescas, ya colocadas en un jarrón.

—Buenos días, cariño —dice, con voz deliberadamente animada. Coloca las flores en el alféizar, no son campanillas azules, gracias a Dios, y se acerca al lado de mi cama—. Te he traído unos pijamas limpios y tu cepillo del pelo.

Alcanzo la pizarra blanca de mi mesita de noche.

¿Trabajo? escribo.

—No te preocupes por eso —dice, quitando importancia a mi preocupación mientras deshace la bolsa—. El colegio está siendo muy comprensivo. Tengo todo el tiempo que necesite.

Policía viene, escribo, las letras más afiladas de lo que pretendía.

—Lo sé —dice mamá, sentándose a mi lado en la cama—. Por eso estoy aquí. El médico pensó que podría ayudar si estuviera presente durante tu entrevista otra vez. —Me aprieta la mano—. Y de todas formas quería estar aquí. No podía dejarte pasar por esto sola.

Necesitan encontrarla, escribo, con la mano temblando ligeramente.

—Lo sé —repite mamá, con voz más suave ahora—. Y tú les estás ayudando a hacerlo. Pero también necesitas cuidarte.

Niego con la cabeza, sintiendo cómo crece mi frustración. ¿Cómo puedo explicar que no hay tiempo para cuidarme, no hay tiempo para sanar lentamente? La imagen de Sarah, con los ojos vendados,

atada, en silencio, no abandona mi mente. Ella no me dejaría atrás, ni por un segundo. Y de alguna manera, yo la dejé a ella.

Este pensamiento me hace alcanzar otra vez la pizarra blanca, pero antes de que pueda escribir algo, alguien llama a la puerta.

—Serán ellos —dice mamá, apretándome la mano antes de levantarse.

La puerta se abre y aparece Suki, del Apoyo a Víctimas, la mujer callada que observó la entrevista de ayer sin decir mucho. Hoy, sin que la policía esté presente aún, tengo tiempo de notar detalles que no vi antes: treinta y pocos, pelo oscuro recogido en un moño práctico, ojos que cargan con el peso de demasiadas historias como la mía. Viste una rebeca beige y pantalones oscuros, profesional pero accesible, con un bolso mensajero de cuero cruzado sobre su cuerpo.

—¿Señora Gray? —dice, extendiendo su mano hacia mi madre—. Soy Suki Patel de Apoyo a Víctimas. Nos conocimos brevemente ayer, pero no tuve la oportunidad de hablar con usted. —Se gira hacia mí con una pequeña sonrisa—. Hola de nuevo, Amanda.

Asiento, todavía sin saber qué pensar de su presencia. ¿Soy una víctima? ¿Es por eso que necesito apoyo a víctimas? Claro que lo soy, técnicamente, pero no quiero sentirme así. Hay tantas connotaciones negativas en esa palabra. No quiero esa etiqueta.

—Siento no haber podido hacer más ayer —continúa Suki, acomodándose en la silla junto a mi cama sin esperar invitación—. Las primeras entrevistas pueden ser abrumadoras, y quizás debería haber intervenido más. Hoy será diferente.

No puedo evitar preguntarme si la entrevista fue abrumadora para *ella*, si por eso no fue más expresiva.

—No tienes que escribir todo —dice Suki, notando que alcanzo la pizarra blanca—. Para preguntas de sí o no, simplemente asiente o niega con la cabeza. Guarda tu energía para cuando realmente necesites expresar algo complejo. Recuerda usar los tableros de comunicación tanto como sea posible también.

Hay algo reconfortante en su manera directa de hablar. No me mira como si estuviera rota, no usa ese tono cuidadoso que todos los demás usan. Ayer estuvo casi en silencio; hoy empiezo a entender por qué es buena en su trabajo.

—Debería habértelo explicado mejor —dice, con una nota de disculpa en su voz—. Es difícil cuando no puedo conocer a las personas antes de que llegue la policía. Mi trabajo es apoyarte durante la entrevista. Si necesitas un descanso, me lo dices, golpeas el costado de la cama, levantas la mano, lo que te funcione. Si sientes que es demasiado, intervendré. Tú tienes el control aquí, Amanda.

Las palabras suenan huecas. No he tenido el control de nada desde el momento en que él apareció en el bosque, pero agradezco el gesto. *Control* es mejor palabra que *víctima*.

Mira brevemente a mamá antes de volverse hacia mí. —Normalmente me reúno con las víctimas también fuera de las entrevistas policiales. Solo para ver cómo están, ayudar con asuntos prácticos, responder preguntas sobre el proceso de investigación. —Su tono sigue siendo objetivo—. Me gustaría venir a verte mañana, si te parece bien. Solo nosotras, sin policía.

Asiento, algo sorprendida. No me había dado cuenta de que el apoyo a víctimas se extendía más allá de estas entrevistas formales.

—Bien —dice con una pequeña sonrisa—. Lo organizaremos antes de que me vaya hoy.

Mamá observa desde los pies de la cama, con una expresión mezcla de preocupación y alivio. Creo que está contenta de que haya alguien más que me guíe a través de esto, alguien que no esté emocionalmente involucrada como ella.

Otro golpe en la puerta, y esta vez sí es la policía. La agente Winters entra primero, su pelo rubio recogido en la misma coleta severa que ayer. Asiente hacia mí, luego hacia mamá, después hacia Suki.

—Buenos días, Suki —dice.

Me pregunto con qué frecuencia trabajan juntas, a cuántas personas han visitado en camas de hospital.

El detective Barnes le sigue, llevando una carpeta delgada y la grabadora de vídeo. Detrás viene otra agente, una mujer de unos treinta años con pelo cobrizo. Sus ojos, aunque profesionales, muestran cierta intensidad mientras me estudia.

—Amanda —dice Winters—, esta es la detective Reid de Delitos Graves. Se especializa en casos como el tuyo.

La detective Reid da un paso adelante. —Sé que esto es difícil —dice, con voz más suave de lo que esperaba—. Pero el tiempo es crucial en casos de personas desaparecidas, incluso después de varias semanas.

Soy una víctima. Soy un caso. Me pregunto qué otras palabras tienen para encasillarme. Me gustaba más cuando solo era una hija y una mejor amiga. No hay ningún lugar en mi tablero de comunicación que diga: "Dejad de tratarme como si estuviera rota".

Barnes instala la grabadora mientras Winters coloca sillas en semicírculo alrededor de mi cama. La formalidad me pone nerviosa, como si se estuvieran preparando para una representación en lugar de una entrevista. El traje de Reid está impecablemente planchado, pero tiene una mancha de café en la manga que no ha notado. Me pregunto si ha estado despierta toda la noche, mirando expedientes de otras chicas que desaparecieron.

Otras Sarahs.

Otras Maggies.

—Antes de empezar —interviene Suki—, quiero dejar claro que Amanda puede tomarse descansos en cualquier momento. Y que si una pregunta es demasiado difícil, podemos volver a ella más tarde.

Ya ha pasado por esto conmigo y con mamá, así que sé que lo dice para beneficio de los agentes, para asegurarse de que recuerden mis necesidades.

Reid asiente. —Por supuesto. Nuestra prioridad es encontrar al hombre que os hizo daño a ti y a Sarah Fairchild. Entiendo que tu madre te ha dicho que sigue desaparecida. Estamos haciendo todo lo posible para traerla de vuelta a casa.

No puedo saber por su forma de decirlo si está aliviada de que el gran secreto ahora esté revelado, o si mamá me contó más de lo que debía. De cualquier manera, el nombre de Sarah me provoca una descarga eléctrica. Oírlo en voz alta la hace real, hace que la urgencia sea real.

—Empecemos con lo que recuerdas sobre el lugar —dice Reid, sacando una libreta. Sin charla trivial, sin introducciones suaves. Directamente al grano. Me sorprendo apreciando su franqueza: no anda con rodeos, no me trata como si fuera de cristal. Está aquí para obtener respuestas y encontrar a Sarah. Es extrañamente reconfortante.

Alcanzo la pizarra blanca, agarrando el rotulador con fuerza. Mi mano tiembla ligeramente, en parte por debilidad, en parte por determinación. Cada letra me cuesta un esfuerzo que envía un dolor sordo que se irradia por mi brazo, pero sigo adelante. Sarah haría lo mismo por mí.

Recogiendo campanillas

Mamá interrumpe.

—Hay un bosque cerca de donde vivimos. Está en el camino de las chicas desde el colegio, o una de las rutas que pueden tomar —dice—. Joyce, la madre de Sarah, solía llevarlas allí.

Solía.

Las palabras escuecen como alcohol en una herida abierta. Parece tan fácil para la gente hablar de Sarah en pasado ahora, como si ya hubieran renunciado a encontrarla con vida. Como si esas seis semanas ya lo hubieran decidido todo.

Asiento y señalo a mamá como si estuviéramos jugando al juego de las películas.

—¿Quizás podría mostrarnos dónde está? —le dice la agente Winters a mamá.

—Saca el mapa —le indica Reid, sin apartar los ojos de mí.

Winters desbloquea su tableta con eficiencia practicada. El resplandor azul ilumina su rostro mientras navega hasta un mapa detallado de la zona. Vislumbro chinchetas de colores, zonas

sombreadas y lo que parecen marcadores cronológicos que se extienden desde un punto central.

Mamá se inclina, clavando su dedo en el mapa de la misma manera que yo golpeo los tableros de comunicación.

—Ahí —dice—. Esta zona arbolada limita con el embalse detrás del colegio. Hay un sendero que atraviesa hasta nuestro barrio.

Observo cómo los ojos de Reid siguen la ubicación, calculando mentalmente algo. Mientras tanto, Winters hace zoom, luego se aleja, observando el terreno circundante. Puedo ver carreteras, edificios, el embalse; lugares que he conocido toda mi vida, ahora transformados en un mapa de escena del crimen.

Reid me mira expectante. —¿Qué ocurrió después de que entrasteis en el bosque?

Respiro hondo. Mis dedos ya duelen por agarrar el rotulador con demasiada fuerza, pero tengo que intentarlo. Necesitan saberlo todo.

Nos llevó

Suki nota mi esfuerzo, se inclina ligeramente hacia delante. —Tómate tu tiempo —susurra.

en camioneta

Mi muñeca se acalambra, pero sigo adelante. Tengo que compartir con ellos todo lo que puedo recordar, cada detalle que podría ayudar a encontrar a Sarah. Señalo la lista que hice con Kate.

Venda en ojos. Atadas. Amordazadas.

Ruta: árboles golpeando techo, baches luego suave

Intento recordar las cosas que quería memorizar. Las cosas que pensé que, si sobrevivía, ayudarían a *ellos* a encontrarlo. Ahora estoy aquí con *ellos*, y nada de eso ayuda. Nada de eso es suficiente para encontrar a Sarah.

El sudor perla mi frente por la concentración y el esfuerzo físico. Mamá emite un pequeño sonido de preocupación, pero lo ignoro.

Sacadas fuera.

Sobre hierba.

Luego nada.

Presiono la última palabra, reuniendo apenas la fuerza suficiente para subrayar nada dos veces. Este es el vacío que nadie parece entender. No sé cómo llegué de ahí a la carretera. No recuerdo nada después de que nos sacó de la camioneta hasta que desperté aquí en el hospital.

Excepto lo que él hizo.

Eso lo recuerdo.

Recuerdo.

Mi brazo cae pesadamente sobre la cama, los dedos aún aferrados al rotulador. El esfuerzo me deja momentáneamente sin aliento, pero me obligo a mirar a los ojos de Reid. Necesito que entienda lo importante que es esto. Lo suficientemente importante como para que supere el dolor y el agotamiento para comunicarlo.

—El vacío en tu memoria es normal con el trauma —dice Reid, reconociendo tanto mi frustración como mi determinación—. Estamos trabajando con lo que tenemos. Estos detalles sobre los cambios en la superficie de la carretera y los árboles golpeando el techo son realmente bastante útiles.

Barnes se acerca a Winters, quien le entrega la tableta. Después de unos toques, la gira hacia mí. El mapa se ha expandido, mostrando un área más grande con varias marcas y anotaciones.

—Hemos estado construyendo un perfil geográfico —explica, su voz deslizándose hacia la cadencia profesional de alguien acostumbrado a informar a colegas—. Basado en dónde fueron vistas tú y Sarah por última vez, teniendo en cuenta las redes de carreteras, el terreno, la accesibilidad en vehículo.

Winters señala una carretera que no reconozco en la pantalla. —Te encontraron aquí —dice. La ubicación está marcada con una pequeña X roja y la anotación "AG encontrada inconsciente". No Amanda. Ni siquiera mis iniciales completas. Solo AG: un caso, una víctima, conocida solo por letras impersonales en un mapa.

Creo que prefería cuando era invisible.

—El radio de búsqueda ha cubierto esta área —continúa, indicando un gran círculo sombreado con esa X roja en su centro. El

círculo abarca kilómetros de campo, innumerables carreteras, granjas, edificios. La enormidad de todo ello hace que mi pecho se tense. Sarah podría estar en cualquier lugar de ese vasto espacio. O más allá.

—Basándonos en la línea temporal, desde cuando informaste que encontrasteis al agresor hasta cuando te encontraron, hemos calculado la distancia máxima que podría haber recorrido contigo —Barnes traza un círculo más amplio con su dedo—. Asumiendo velocidades normales en estas carreteras.

Miro fijamente la tableta, deseando que mi memoria se agudice, que me dé algo concreto. El movimiento de la camioneta, los giros, el tiempo que tomó, cualquier cosa que pueda reducir esta área de búsqueda imposible. Pero todo lo que tengo son fragmentos: el olor a cigarrillos y ese extraño olor a huevo. El sonido de los árboles raspando el techo. La sensación de grava, luego carretera lisa.

Agua, escribo de repente, el recuerdo surgiendo de la nada. Oí agua.

Reid se inclina hacia delante, con una nueva intensidad en su expresión. —¿Qué tipo de agua? ¿Océano? ¿Río? ¿Un pequeño arroyo?

Cierro los ojos, esforzándome por capturar el recuerdo fugaz. No olas. No el torrente de un gran río. Algo más pequeño, más constante.

¿Riachuelo? ¿Arroyo? escribo, añadiendo un signo de interrogación porque no puedo estar segura. El sonido había sido distante, ruido de fondo mientras yo yacía sangrando sobre la tierra.

Barnes inmediatamente se vuelve hacia el mapa, trazando líneas azules con la punta del dedo. —Hay varios sistemas de arroyos en esta región —dice—. Si hacemos una referencia cruzada con áreas boscosas aisladas...

Veo un destello de algo parecido a la esperanza en su evaluación metódica. Es un pequeño detalle, quizás insignificante, pero es algo que pueden usar. Algo que podría ayudar a reducir la búsqueda.

—Amanda —dice Reid, su voz más suave ahora—, sé que esto es agotador, pero lo estás haciendo extremadamente bien. Estos detalles nos están ayudando a construir una imagen.

Miro fijamente el mapa, las extensas áreas aún sin marcar, sin explorar. En algún lugar de ese páramo, Sarah podría estar esperando.

O atrapada. O enterrada.

El pensamiento araña mi pecho, apretándose como un torno alrededor de mis costillas. Mis dedos tiemblan alrededor del rotulador, mi pulso retumbando en mis oídos. ¿Y si ella sigue con él? ¿Y si sigue viva, todavía soportando...

Trago con dificultad, con náuseas retorciéndose en mi estómago. Mi cuerpo recuerda demasiado: el peso de él moviéndose, los sonidos, los gritos.

Cierro los ojos con fuerza, pero las imágenes no se van. Seis semanas. Si ella todavía está ahí fuera, si todavía respira, ha sido su prisionera durante seis largas e interminables semanas.

Y yo he estado tumbada en una cama de hospital.

El pensamiento hace que mis manos se crispen, las uñas clavándose en mi palma. No puedo derrumbarme ahora. No cuando ella todavía está ahí fuera.

Me obligo a respirar, a afianzar mi agarre.

El pensamiento me da fuerzas para levantar el rotulador de nuevo.

Encontradla, escribo, con las letras temblorosas. No es un detalle, no es una pista. Solo una súplica desesperada.

Barnes encuentra mi mirada, su distanciamiento profesional deslizándose por un momento. —Lo estamos intentando —dice—. Cada día, lo estamos intentando.

La habitación queda en silencio excepto por el pitido constante de los monitores. Mi cabeza palpita con esfuerzo y emoción, con recuerdos que he estado luchando por suprimir y que ahora deliberadamente traigo a la superficie. El sonido del agua. La venda

apretada contra mi cara. El movimiento de la camioneta debajo de mí. Cada detalle se siente vital y desesperadamente inadecuado a la vez.

Reid mira sus notas, luego vuelve a mirarme. —Amanda, tu logopeda mencionó que recordaste otro detalle sensorial. ¿Algo sobre un olor?

Todavía estoy temblando por los pensamientos que no abandonan mi cabeza, pero sé que tengo que concentrarme.

En camioneta. Fuerte.

—¿Podría haber sido el hombre? —pregunta Barnes—. ¿Su olor corporal o aliento?

Muevo suavemente la cabeza de lado a lado con énfasis.

Diferente. Huevo podrido.

Él tenía mal olor, eso es algo que no puedo olvidar, pero no del tipo a huevo. Esto era algo completamente distinto. Ineludible, distintivo, casi industrial.

Añado a la pizarra una palabra de incertidumbre.

¿Químico?

Observo cómo los agentes absorben la palabra, el peso de la misma cambiando el aire de la habitación. Químico. Permanece en la pizarra como una pregunta sin respuesta, algo justo fuera de alcance.

Winters termina su nota, su mirada pasando entre Barnes y Reid. Algo sobre este detalle ha tocado una fibra sensible, pero nadie lo dice en voz alta. Todavía no.

Agarro el rotulador con más fuerza, el pulso latiendo en las puntas de mis dedos. No es mucho, solo un olor, una vaga impresión enterrada bajo el miedo, la sangre y el dolor. Pero es algo. Un hilo en la oscuridad.

Y si puedo seguir tirando, tal vez, solo tal vez, nos conducirá hasta Sarah.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Me esfuerzo por levantar el rotulador otra vez, decidida a continuar. El plástico se siente imposiblemente pesado en mis dedos temblorosos. La pizarra blanca se tambalea sobre mi regazo.

Más, escribo, la única palabra exigiendo toda mi concentración. Pregúntame más.

El mundo se inclina, pero lucho por mantenerme presente, por mantenerme concentrada. Por Sarah.

—¿Amanda? —La voz de mamá parece venir desde muy lejos.

El rotulador se escurre de mis dedos y rueda por la manta. Intento alcanzarlo, pero mi brazo no coopera. La habitación se inclina ligeramente y las caras que me rodean se vuelven borrosas.

—Necesita un descanso —dice Suki con firmeza, ya levantándose de su silla—. Diez minutos, como mínimo.

—Pero... —comienza Barnes.

—Diez minutos —repite Suki, su cortesía profesional enmascarando lo que claramente es una exigencia innegociable—. Se está esforzando demasiado.

Reid mira su reloj y asiente. —Tomaremos quince. Beberemos algo, estiraremos las piernas. —Me mira, su expresión suavizándose ligeramente—. Tómate tu tiempo, Amanda. Continuaremos cuando estés lista.

Los agentes salen, sus voces desvaneciéndose por el pasillo. Solo quedan mamá y Suki.

—Aquí tienes —dice mamá, acercándome a los labios un vaso de agua con una pajita—. Sorbos pequeños.

El agua se siente como el cielo en mi garganta irritada. No me había dado cuenta de lo seca que tenía la boca por el esfuerzo de concentración. Suki me ayuda a cambiar de posición, ajustando las almohadas detrás de mi espalda.

—Lo estás haciendo increíblemente bien —dice en voz baja—. Pero tienes que dosificarte. Esto no es una carrera de velocidad.

Pero se siente como una. Cada segundo que pasa es otro segundo que Sarah está ahí fuera con él. Otro segundo de lo que sea que le está haciendo.

Como si leyera mis pensamientos, Suki añade: —Sé que quiere contarles todo de una vez. Pero su cuerpo tiene limitaciones ahora mismo que necesita respetar.

Tiene razón, por supuesto. Mis manos todavía tiemblan de fatiga, mi cuello palpita donde el vendaje cubre el tejido en proceso de curación. Pero necesito que sepan sobre Maggie. Sobre la forma en que me habló como si yo fuera otra persona completamente distinta. Alguien a quien conocía.

—Céntrate solo en un detalle cada vez —aconseja Suki—. No intentes escribirlo todo a la vez.

Los detectives regresan después de su breve conferencia en el pasillo. Han cambiado de estrategia. Puedo verlo en su postura, en la forma en que Reid toma la silla principal mientras Barnes coloca la grabadora más cerca de mi cama. Mi garganta arde con palabras que no puedo pronunciar, preguntas que no contestarán. La pizarra blanca se siente más pesada en mi regazo, ya manchada con mis desesperados intentos de comunicarme.

Suki me ofrece un pequeño gesto de ánimo. —Solo unas pocas preguntas más —dice en voz baja—. Lo estás haciendo muy bien.

Reid se inclina hacia delante, su expresión más concentrada que antes. Algo ha cambiado. Algo que dije ha captado su atención.

—Amanda —comienza—, lo que nos has contado hasta ahora es muy útil. Hay algo más que necesito preguntarte, sin embargo. Quiero volver a algo específico. Mencionaste ayer que te llamó "Maggie". Hemos comprobado ese nombre en nuestras bases de datos: personas desaparecidas, antecedentes penales, incluso matrículas escolares en un radio de ciento sesenta kilómetros. Nada coincide con la cronología o las circunstancias.

La miro fijamente, sintiendo cómo la ira arde bajo mi piel. Todavía no me creen. Después de todo, después del cuchillo y la sangre y los gritos de Sarah, todavía piensan que podría haberlo imaginado, confundido.

Real, escribo, el rotulador deslizándose por la pizarra con la fuerza de mi emoción. La única palabra destaca sobre la superficie blanca, mi mano temblando mientras la subrayo dos veces.

Suki se inclina ligeramente hacia delante. —Amanda es muy clara sobre este detalle —dice, con voz tranquila pero firme—. Y un lenguaje tan específico es significativo.

—No lo estamos descartando —dice Reid, aunque su tono sugiere lo contrario—. Pero necesitamos más información. ¿Dijo algo más sobre Maggie? ¿Algo que pudiera darnos un marco temporal, una ubicación, cualquier cosa?

Mis dedos se agarrotan alrededor del rotulador. He estado escribiendo demasiado tiempo, mis músculos no están acostumbrados a un esfuerzo tan sostenido después de semanas de inconsciencia. Pero me obligo a continuar. Por Sarah. Siempre por Sarah.

Cierro los ojos, tratando de recordar sus palabras exactas a través de la neblina del terror y el dolor. La mayoría de lo que dijo se confunde, pero algunas frases destacan con terrible claridad. Cuando abro los ojos, las palabras salen lenta y dolorosamente:

No necesitas ver esto Maggie

El esfuerzo me cuesta. El rotulador resbala en mi palma sudorosa. Lo estabilizo con ambas manos para añadir:

Lo dijo como rutina

Reid lee esto e intercambia una mirada con Barnes.

—Eso sugiere un patrón —dice en voz baja—. Una especie de ritual.

—O una relación —añade Barnes.

La palabra me hace estremecer. Relación. Como si pudiera haber algo humano entre un depredador y su presa.

Reid se inclina hacia delante, sus ojos estrechándose con una intensidad recién descubierta. —Amanda, este detalle de Maggie.

Podría ser la clave que nos faltaba. —Intercambia una mirada significativa con Barnes—. Los delincuentes en serie a menudo desarrollan fijaciones, patrones que repiten.

Barnes acerca su silla. —Necesitamos todo lo que puedas recordar sobre cómo dijo ese nombre. ¿Fue con enfado? ¿Con afecto? ¿Parecía confundido cuando no respondías a él?

Las preguntas vienen más rápido ahora; su anterior cautela ha sido reemplazada por una urgencia apenas contenida. Forcejeo con el rotulador, mi mano agarrotada luchando por seguir el ritmo.

No confundido, escribo. Seguro. Como si yo fuera ella.

Reid asiente, tomando notas rápidamente. —¿Dijo "Maggie" como si hablara con alguien familiar? ¿Alguien a quien conocía bien?

Cierro los ojos, obligándome a volver a ese momento: la venda apretada contra mi cara, el olor a tierra y sangre, su voz sobre mí. El recuerdo hace que mi corazón se acelere.

La conocía, consigo escribir.

Mi brazo tiembla de agotamiento, pero continúo. Si Maggie es la clave para encontrar a Sarah, tengo que darles todo lo que pueda.

Dijo "Es la hora otra vez, Maggie", escribo, las palabras saliendo más lentamente ahora, el rotulador dejando líneas irregulares mientras mis fuerzas fallan.

Esto capta toda la atención de Reid. —Eso es extremadamente útil —dice, pareciendo genuinamente emocionada.

Mamá se mueve en su silla a mi lado. Puedo sentir su tensión, su miedo por mí, pero también algo más. Creo que podría ser esperanza.

Los detectives están hablando entre ellos, hablando casi en clave.

—Perfil de victimología... elementos de firma... agrupación geográfica.

El lenguaje técnico me envuelve, sus voces desvaneciéndose mientras el agotamiento reclama más de mi atención. Mis párpados se vuelven pesados, la pizarra blanca deslizándose ligeramente sobre mi regazo.

—Creo que es suficiente —dice Suki, interrumpiendo la discusión de los detectives—. Tienen lo que necesitan por ahora.

Reid parece querer discutir, pero Barnes asiente en señal de acuerdo. —Continuaremos cuando hayas tenido tiempo de descansar —dice, recogiendo sus notas—. Hay mucho con lo que trabajar aquí.

La positividad en su voz debería ser reconfortante, pero hay algo en ella que suena hueco. Están depositando todas sus esperanzas en encontrar una conexión con alguien que podría haber desaparecido hace años, mientras Sarah lleva seis semanas desaparecida.

Maggie podría estar muerta hace tiempo, o no haber sido real nunca. Un fantasma de otra chica, o un nombre que él inventó solo para retorcer más el cuchillo. O tal vez fue la que estuvo antes que yo. Tal vez yacía en la tierra como yo lo hice, pensando que era la última, sin saber que alguien más vendría después.

Un sabor amargo sube por mi garganta. Están buscando sombras mientras Sarah está ahí fuera en algún lugar. Carne y sangre, esperando. Resistiendo.

Los veo marcharse, la frustración ardiendo bajo mi agotamiento. No les dije suficiente. No pude decirles suficiente. Mi garganta duele con palabras atrapadas dentro, detalles importantes que no puedo articular a través de esta escritura dolorosamente lenta.

Cuando se han ido, mamá exhala pesadamente, sus hombros hundiéndose. —Lo has hecho muy bien —dice, pero su voz se quiebra con las palabras—. Tan valiente.

Alcanzo la pizarra otra vez, necesitando que ella entienda lo que no pude decirle a la policía.

Están equivocados, escribo, mis letras temblorosas pero decididas.

Mamá frunce el ceño, inclinándose más cerca. —¿Equivocados en qué, cariño?

Sarah no secuestrada por Maggie. Secuestrada por estar conmigo.

La realización se ha ido formando lentamente: la forma en que la trataba, las cosas que le hizo. Ella fue un daño colateral. Lugar equivocado, momento equivocado, amiga equivocada.

Culpa mía.

Las lágrimas arden tras mis ojos mientras lucho por explicarle esto a mamá, por hacerle entender que la policía está buscando en la dirección equivocada. Siento que están cazando a Maggie en lugar de buscar a Sarah.

Mi mano tiembla tan mal ahora que las palabras apenas son legibles.

Necesito recordar más. Necesito ayudarles a encontrarla.

—Amanda —dice mamá suavemente, quitándome el rotulador de la mano—. Necesitas descansar. No puedes ayudar a Sarah si te desplomas.

Quiero discutir, insistir en que cada minuto cuenta, pero mi cuerpo me traiciona. Mis párpados se vuelven más pesados, el dolor en mi garganta más agudo. El monitor a mi lado emite pitidos con ritmo constante, marcando minutos que no puedo permitirme perder.

Hay un golpe seco en la puerta y Paul está en el umbral, su expresión indescifrable.

—¿Cómo ha ido? —le pregunta a mamá, sus ojos dirigiéndose brevemente a mí antes de posarse en ella.

—Tienen nuevas pistas —dice, levantándose rígidamente de su silla. Su mano descansa protectoramente sobre su vientre hinchado —. Amanda les dio información sobre Maggie. Parecían muy interesados.

Algo cambia en el rostro de Paul: un destello de reconocimiento, rápidamente suprimido.

—Maggie —repite, el nombre cuidadoso en su lengua—. El nombre que escribiste en la pizarra. ¿Quién es ella?

Intento alcanzar la pizarra blanca, pero se escapa de mi agarre y cae al suelo con estrépito. Paul la recoge, sus ojos escaneando mi desesperado garabato.

—El atacante llamó a Amanda con ese nombre —explica mamá cuando yo no puedo—. La policía cree que podría haberla confundido con otra persona. Alguien de antes.

El ceño de Paul se frunce. —¿Y se están centrando en encontrar a esta tal Maggie? ¿Cuando Sarah lleva semanas desaparecida?

El filo en su voz me sorprende. Paul nunca ha mostrado mucho interés por Sarah, o por mí, para el caso. Su repentina preocupación parece fuera de lugar.

—Piensan que podría llevarles hasta Sarah —dice mamá, pero su tono sugiere que comparte su escepticismo.

Paul me devuelve la pizarra, su expresión indescifrable. —Esperemos que tengan razón. —Se vuelve hacia mamá—. ¿Lista para irnos? Tú también necesitas descansar.

Mientras mamá se pone la chaqueta, Paul se acerca a la cama, bajando la voz para que solo yo pueda oírle. —Estos detectives, están siguiendo el protocolo, haciendo todo según el manual. —Sus ojos se encuentran con los míos, inesperadamente intensos—. Pero los libros no siempre tienen las respuestas correctas.

Lo miro fijamente, sin estar segura de lo que está tratando de decirme.

Antes de que pueda responder, se endereza, recuperando su habitual comportamiento distante. —Volveremos a primera hora mañana —me dice, su mano posándose en la parte baja de la espalda de mamá, guiándola hacia la puerta.

Mientras se marchan, capto un fragmento de su conversación susurrada.

—...este asunto de Maggie... —está diciendo Paul—. La policía no está...

La puerta se cierra, cortando sus palabras. Me quedo sola con la dura luz fluorescente, y la pizarra blanca todavía aferrada en mis manos temblorosas.

Las preguntas se arremolinan mientras el agotamiento me vence. Mi último pensamiento consciente es para Sarah. Sola, asustada, esperando que alguien la encuentre. Y para Maggie, quienquiera que sea, la chica sombra cuyo nombre podría ser la clave de todo.

O la distracción que le cuesta la vida a Sarah.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Han pasado tres días desde la entrevista. Tres días de espera, observación, incertidumbre. La habitación del hospital parece más pequeña cada día, con las paredes acercándose cada hora que pasa sin respuestas. Mi mente da vueltas a las mismas preguntas en un bucle interminable, un carrusel de ansiedad del que no puedo escapar: ¿Les dije suficiente? ¿La encontrarán?

¿Sigue siquiera viva?

Y siempre, siempre: ¿Dónde está Sarah? ¿Quién es Maggie?

Estos pensamientos me provocan una oleada de náuseas cada vez que aparecen, pero no puedo evitar que vengan. Mis manos tiemblan ligeramente mientras aliso la manta sobre mi regazo, buscando cualquier distracción del peso aplastante de no saber.

Cada mañana, despierto con el impulso de forzar palabras a través de mi garganta dañada; de exigir respuestas, de gritar el nombre de Sarah, de expresar las preguntas que arden dentro de mí. Y cada mañana, me trago esos impulsos, amargos como una medicina. Kate viene a visitarme todos los días, y estoy cumpliendo mi palabra con ella. Me muerdo la lengua, literalmente a veces, el dolor físico es una distracción del dolor más profundo del silencio. Estoy acumulando días de contención, ahorrando para cuando mi voz pueda realmente ayudar a encontrar a Sarah.

Suki vino ayer, como prometió. Su visita fue diferente a la de los demás: sin gráficos que revisar, sin ejercicios que completar, sin miradas preocupadas cuando creía que no la estaba observando. Trajo actualizaciones sobre la investigación, aunque fueron frustradamente vagas.

—Están siguiendo pistas —me dijo, sentada en el borde de la silla para visitantes—. El olor químico fue útil. Están investigando lugares donde se procesan compuestos de azufre: instalaciones industriales, plantas abandonadas, ese tipo de cosas.

Puede que les haya dado información útil.

Principalmente, Suki simplemente se sentó conmigo, explicando procesos, respondiendo preguntas, ocasionalmente rompiendo el silencio con historias sobre su perro rescatado. No intentó arreglarme ni apresurar mi recuperación. Simplemente estaba allí, una presencia constante en medio del caos, recordándome que más allá de estas paredes del hospital, la gente sigue buscando a Sarah.

Entre ella, Kate, David y las enfermeras que van rotando, estoy empezando a formar todo un grupo aquí. Un conjunto de profesionales centrados en reconstruirme, pieza a pieza rota.

Hoy, Mamá llega justo después del almuerzo, trayendo ropa limpia y un cuaderno que encontró en mi habitación. Está trabajando media jornada, y yo me beneficio de ello.

De todos mis visitantes, los médicos, las enfermeras, los especialistas, la policía, Mamá sigue siendo mi constante, mi ancla al mundo fuera de estas paredes. Sus visitas diarias dan estructura a las interminables horas de hospital, algo que anticipar más allá de las rondas de medicación y las sesiones de terapia. Cuando atraviesa esa puerta, no soy solo una paciente o una víctima o un caso. Soy su hija, alguien que existe más allá de esta habitación estéril y del trauma que me trajo aquí.

—Pensé que podrías querer esto —dice, colocando el cuaderno de espiral en mi mesita de noche—. Para escribir cosas cuando no quieras usar la pizarra.

La familiar cubierta azul hace que algo se me atasque en el pecho: es el cuaderno que Sarah me regaló por mi cumpleaños el año pasado. Solo había escrito en las primeras páginas, principalmente pensamientos aleatorios y quejas sobre Paul que no quería decir en voz alta. Ahora, la visión de este trae una oleada de recuerdos: la letra de Sarah en la cubierta interior, su insistencia en que debería usarlo para '*documentar nuestra eventual dominación mundial*'.

Mamá malinterpreta mi expresión. —Si no lo quieres...

Niego rápidamente con la cabeza, tomando el cuaderno.

Gracias, escribo en la pizarra. Luego, después de un momento de duda: ¿Dónde está Paul?

—Trabajando —dice, acomodándose en la silla de visitantes.

Debería haber sabido esto, pero el tiempo parece tan fluido cuando estás acostada en una cama de hospital.

Siete semanas ya. Casi ocho.

La mano de Mamá se mueve automáticamente hacia su creciente barriga y sé que eso también es algo de lo que he perdido la noción.

—También volveré en taxi —dice—. Así que puedo quedarme todo el tiempo que quieras. Él tiene algunos recados que hacer después de terminar, así que...

Como no necesitaba saber eso, solo puedo suponer que me lo está diciendo porque no está contenta al respecto. No hay mucho que pueda decir cuando no puedo hablar, pero desaparecer durante horas parece ser lo suyo ahora.

¿Cuántas semanas?

Escribo en la pizarra, y señalo su barriga, tratando de concentrarme en algo más positivo, algo que realmente quiero saber.

—Oh —dice—. Casi seis meses ya. Bueno, veinticuatro semanas. Siento que te hayas perdido esto.

Le doy una sonrisa con los labios apretados. Yo también lo siento.

—Probablemente no debería estar contándote esto —dice, mirando automáticamente para ver si la puerta está cerrada—, pero el Dr. Miles dice que están planeando trasladarte al Centro de Rehabilitación Oakwood pronto. Es el siguiente paso en tu proceso de recuperación, y está mucho más cerca de casa. Están buscando trasladarte en un par de semanas.

Oakwood.

La palabra se queda suspendida entre nosotras como una promesa o una amenaza. No estoy segura de cuál.

Oakwood.

He escuchado suficientes conversaciones entre enfermeras para saber lo que significa: camas reales en lugar de estas mecánicas de hospital con sus controles manuales y barandillas de seguridad,

gimnasios de terapia en lugar de equipos médicos, pacientes con ropa deportiva en lugar de batas de hospital. Un lugar donde se espera que la gente mejore, progrese, eventualmente se marche.

Oakwood.

El gran edificio de ladrillo con sus jardines cuidados, a solo quince minutos de nuestra casa. La palabra debería evocar progreso, pero una punzada de ansiedad me atraviesa. Estar más cerca de casa significa estar más cerca de mi habitación con su papel pintado color moratón. Más cerca de Paul en la mesa de la cena. Más cerca del sendero que conduce al bosque, donde todo cambió.

Oakwood.

Trago saliva con dificultad.

¿Estoy realmente preparada para esto?

He perdido semanas en una neblina de sedación y rutinas hospitalarias. No recuerdo haber llegado aquí, ¿y ahora esperan que me vaya? Se siente demasiado repentino, demasiado pronto. Como dar un paso desde un borde antes de haber aprendido a mantenerme en pie.

Si no fuera por la fecha garabateada en la parte superior del gráfico de mi pared, no tendría ni idea de que estamos entrando en la segunda semana de mayo.

Ni siquiera puedo hablar todavía. ¿Cómo se supone que voy a enfrentar el mundo exterior cuando no puedo hacer algo tan simple como hablar?

—Podemos tomárnoslo con calma —dice Mamá, leyendo mi expresión—. Tienen un excelente programa de terapia de habla, y tendrás más independencia allí.

Independencia. Como si mi vida ya no hubiera sido destrozada. Como si pudiera volver a vivir una vida adolescente normal.

Una parte de mí quiere quedarse aquí, con David y Kate y la seguridad de estas cuatro paredes clínicas blancas. Otra parte, la mayor, quiere volver atrás en el tiempo, antes de todo esto. Sé que ninguna de estas cosas puede suceder.

Mamá se queda una hora, llenando el silencio con suave charla sobre los vecinos, reparaciones de la casa y sus preparativos para el bebé. Por mucho que la noticia no me entusiasmara inicialmente, al verla hablar animadamente sobre mi hermano ahora, viéndola crecer semana a semana, viendo cómo la idea se convierte en realidad, me estoy involucrando.

Y a pesar de la ausencia de Paul, ha estado ahí para Mamá. Se ha mantenido a distancia de mí, pero no sé, algo en su forma de ser recientemente. Siento que finalmente está de mi lado. No debería hacer falta algo como esto, pero algo así nunca debería ocurrir de todos modos.

Mi atención vuelve bruscamente a lo que Mamá está diciendo cuando escucho un nombre familiar.

—Vi a Oliver Fairchild. El hermano de Sarah.

Como si no supiera quién es.

—Preguntó si te estabas recuperando bien —Mamá no me mira mientras lo dice.

Se detiene ahí, y siento el peso de todo lo que no me está contando sobre su conversación. Estoy aquí en el hospital, mientras Sarah está desaparecida. La dejé, la abandoné.

Agarro la pizarra: ¿Cómo está Joyce?

Mamá duda. —Dijo que está... sobrellevándolo. Todos lo están. A su manera. —Juguetea con su manga—. Realmente no sé cómo ayudarla.

Lo no dicho flota entre nosotras: la hija de Joyce sigue desaparecida mientras que la de Mamá se está recuperando. ¿Qué consuelo podría ofrecer Mamá? ¿Qué palabras no sonarían vacías o, peor aún, privilegiadas en su buena fortuna?

Hago una pausa, pensando en lo que quiero preguntar. ¿Es lo correcto?

¿Podría visitarme? escribo, las letras temblorosas por la urgencia.

—Amanda —comienza Mamá, con voz suave pero de advertencia —. No sé si eso es una buena idea ahora mismo. Para ninguna de las dos.

Pero algo dentro de mí, una certeza que no puedo explicar, me dice que ver a Joyce no es solo algo que quiero; es algo que necesito. La sensación pulsa a través de mí como un segundo latido del corazón, insistente e imposible de ignorar.

Por favor inténtalo, escribo, subrayando las palabras dos veces.

Mamá suspira, pero asiente. —Lo intentaré. Pero Amanda... prepárate para que diga que no. Puede que no esté lista.

Aparto la mirada, parpadeando rápidamente contra las repentinas lágrimas. Yo tampoco lo estoy, si soy sincera. Pero lo que sigue corriendo por mi mente es lo último que recuerdo antes de que la oscuridad me llevara: los gritos ahogados de Sarah silenciándose. Sus sonidos de lucha deteniéndose repentinamente.

Flotar en el limbo, sin saber, es su propio tipo de tortura.

Y no puedo quitarme la sensación de que Joyce y yo somos las únicas dos personas que realmente entendemos cómo esa incertidumbre te desgarra desde dentro, momento a momento agónico.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Después de que mamá se marcha, abro el cuaderno y empiezo a escribir todo lo que recuerdo del ataque. No la versión edulcorada que di a la policía, editada por la presencia de mi madre. La versión real, con cada brutal detalle que mi mente ha conservado.

La correa del perro. La venda en los ojos. El movimiento del camión.

Luego las partes que más he intentado olvidar: Los sonidos que hacía Sarah mientras la agredía. La forma en que sus forcejeos se debilitaban. Su voz calmada y sin emociones llamándome Maggie mientras yo yacía sangrando en el suelo.

—No necesitas ver esto, Maggie.

—Es la hora otra vez, Maggie.

Escribo sus palabras exactas, y luego las miro fijamente hasta que se vuelven borrosas ante mis ojos. Hay algo importante aquí. Algo en la forma en que hablaba, como si hubiera dicho estas mismas frases muchas veces antes. Como si Maggie fuera alguien que las había escuchado repetidamente. Alguien que sabía lo que significaban.

Alguien que él pensaba que era yo.

Me duele la mano, pero sigo a pesar de la molestia. Dibujo una línea temporal en una página nueva, marcando lo que sé con certeza:

- Castigo en el colegio (16:30)
- Recogiendo campanillas en el bosque (17:15 - 17:30?)
- Empieza
- Trayecto en camión (¿cuánto duró?)
- La peor parte
- Abandonada en la carretera (ingreso a las 21:13)

El intervalo entre el ataque y mi ingreso en el hospital abarca entre tres y cuatro horas, dependiendo de cuánto tardó aquella pareja en traerme aquí. Tiempo durante el cual, en algún momento,

Sarah permaneció con él, y yo de alguna manera acabé a kilómetros de distancia. Tiempo del que no puedo dar cuenta y que la policía necesita desesperadamente comprender.

Un golpe en la puerta interrumpe mis pensamientos. Cierro rápidamente el cuaderno y lo deslizo bajo mi almohada.

La Dra. Miles entra, con un portapapeles en la mano y las gafas de lectura en la punta de la nariz.

—Buenas tardes, Amanda. He oído que has estado haciendo un progreso excelente.

Ella es mucho mejor juez que yo, así que acepto el cumplido con una pequeña sonrisa.

—He estado revisando tu caso con el equipo de rehabilitación —continúa, acercándose a mi cama—. Ha habido una mejora significativa en la cicatrización de tus heridas, y tus signos vitales han estado estables durante más de una semana. Tu logopeda dice que has estado trabajando duro mientras sigues sus instrucciones.

Mi sonrisa quiere desvanecerse. ¿La última frase fue una indirecta sobre mis intentos anteriores de vocalizar, como Kate siempre dice?

—Te hemos conseguido que te muevas ahora, y necesitas estar de pie, caminando con confianza por ese pasillo pronto.

Parece un esfuerzo excesivo. Apenas he logrado llegar al baño con ayuda. Mis piernas nunca fueron muy aficionadas a moverse y después de seis semanas de pereza mientras mi cuerpo decidía vivir o morir, tuvieron unas vacaciones prolongadas.

Observo su rostro; la Dra. Miles nunca ha sido de charlas triviales. Gracias a mamá, sé hacia dónde va esto. Oakwood.

—Vamos a desconectarte de esta monitorización. Y... estoy segura de que tu madre debe haberte mencionado que estamos considerando trasladarte al Centro de Rehabilitación Oakwood. Está más cerca de casa, pero seguirás recibiendo todo el apoyo que recibes actualmente. —Hace una nota en su portapapeles—. ¿Cómo te sientes respecto a eso?

Apoyo.

La fisioterapia.

La terapia ocupacional.

La logopedia.

La *terapia* terapia.

Debería conseguir una tarjeta para sellar: reúne cinco, gana un premio. Bingo de terapias.

Cojo la pizarra: ¿Estoy lista?

Asiente, aunque detecto un atisbo de reserva en sus ojos. —Físicamente, sí. Pero también hay factores psicológicos que considerar. —Se sienta en la silla de visitas, su postura suavizándose ligeramente—. Regresar a un lugar más cercano a donde ocurrió el trauma a veces puede desencadenar respuestas inesperadas.

Entiendo lo que está diciendo. Oakwood está más cerca del bosque donde él nos encontró. Más cerca de los espacios que Sarah y yo compartíamos. Más cerca de enfrentarme a una versión de mi vida que ya no existe.

—Nos aseguraremos de que la transición se maneje con cuidado, con apoyo psicológico fácilmente disponible. —Me estudia por un momento—. Amanda, sé que quieres descubrir qué le pasó a tu amiga.

Mi corazón se detiene, esperando lo que viene a continuación.

—Quiero que sepas que centrarse intensamente en la investigación es una respuesta común al tipo de trauma que has experimentado. —Parece que está intentando con todas sus fuerzas mostrar esa actitud cercana que lamentablemente le falta—. Pero concentrarte en lo que está haciendo la policía, obsesionarte con cosas que no puedes controlar... Puede interferir con el proceso de recuperación.

La miro fijamente, el calor aumentando en mis mejillas. Por supuesto que estoy centrada en la investigación. Sarah sigue desaparecida. Maggie sigue siendo un misterio. Y en algún lugar, él sigue libre.

—No estoy sugiriendo que te distancies completamente —añade la Dra. Miles, leyendo mi expresión—. Solo que te permitas espacio

para procesar tu propia experiencia junto con tu preocupación por tu amiga.

Pero no puedo separar esas cosas. Mi experiencia y la de Sarah están entrelazadas, unidas por lo que él nos hizo aquel día. Por lo que todavía le está haciendo a ella, dondequiera que esté.

Cojo el rotulador, con la mano temblorosa: Tengo que ayudar a encontrarla.

La Dra. Miles no discute, pero su suspiro está lleno de la misma suave desestimación que he escuchado de todos. La tranquila seguridad de que ellos saben mejor. Que mi papel ahora es sentarme y recuperarme. Esperar.

—Lo entiendo. Solo prométeme que también estarás atenta a tu propia recuperación. —Se levanta, metiendo el portapapeles bajo el brazo—. Programaremos el traslado a Oakwood para el 22, dentro de un par de semanas. El equipo de allí es excelente, y ya están preparando tu llegada.

El 22.

Dos semanas más de espera. Dos semanas más en las que me dirán que me centre en mí misma mientras Sarah sigue ahí fuera: sola, asustada o algo peor.

La Dra. Miles ofrece una última sonrisa educada, una de esas expresiones practicadas y profesionales que no significan nada. Luego se gira y se va, la puerta cerrándose tras ella.

El día siguiente está lleno de logopedia y suaves paseos por la planta. Con las vías fuera y los monitores retirados, puedo moverme ahora. Tanto como mi cuerpo recuerda cómo hacerlo, en todo caso.

Debería sentirme más libre. Debería sentirme más esperanzada. Pero la libertad es una ilusión cuando Sarah sigue desaparecida. Cada paso que doy por mi habitación solo me recuerda la distancia que hay ahora entre nosotras.

Mi cuerpo se cura mientras mi mente permanece atrapada en aquel momento. Los médicos dicen que estoy haciendo un progreso notable, pero no entienden que recuperar mi voz no significará nada si no puedo usarla para traerla a casa.

Paul deja a mamá exactamente a las cinco en punto. Observo desde mi ventana cómo le dice algo, su mano permaneciendo en el hombro de ella antes de volver a su coche. En lugar de alejarse, se queda sentado, con el teléfono en la oreja, con expresión intensa. No mira hacia arriba. No parece darse cuenta de que podría estar observándolo.

Después de unos minutos, pone el coche en marcha y se aleja del aparcamiento del hospital. No en dirección a casa; girando en dirección opuesta.

Otro "*recado*".

Mamá llega con una bolsa de ropa y artículos de aseo, su sonrisa brillante pero frágil.

—Pensé que te gustaría salir de los pijamas ahora que estás levantándote un poco más —dice.

Saco mis viejos vaqueros, una sudadera suave, las zapatillas desgastadas que tengo desde siempre. Ropa normal. La ropa de una chica normal. No los camisones de hospital en los que he estado viviendo desde que desperté, o los nuevos pijamas que mamá trajo que todavía tenían las etiquetas de precio.

—¿Necesitas ayuda para ponértelos? —pregunta.

Niego con la cabeza, ya abrazando la sudadera contra mi pecho como un escudo. Esta ropa es de antes. Antes del ataque, antes del hospital, antes de que todo cambiara. Solo sujetarla me hace sentir como si estuviera a caballo entre dos versiones diferentes de mi vida.

No tener los monitores conectados a mí va a hacer que vestirme sea mucho más fácil.

¿Adónde va Paul? escribo en la pizarra.

Mamá parpadea, sorprendida por la pregunta. —Oh, tiene unos asuntos en la ciudad. Evaluaciones de empleados o algo así. —Se ocupa organizando mis artículos de aseo en la mesita de noche, sin mirarme a los ojos—. Dijo que volvería a recogerme alrededor de las siete. —Me mira buscando una reacción—. Puedo quedarme más tiempo... —ofrece, dejando la frase en el aire.

Niego con la cabeza. No.

Sea lo que sea que esté haciendo Paul, mamá o no lo sabe o no quiere decírmelo. Y ahora mismo, tengo preocupaciones más urgentes.

Luego vuelvo a mirar la pizarra blanca.

¿Alguna novedad? escribo, lo que se ha convertido en mi pregunta habitual. Mamá sabe exactamente lo que estoy preguntando.

—Nada definitivo —se sienta en el borde de la cama, su mano moviéndose automáticamente hacia su vientre cada vez más abultado—. El detective Barnes llamó esta mañana, pero solo para saber cómo estabas. Dijo que todavía no hay nada que informar.

Si lo hubiera habido, estoy segura de que mamá habría empezado por ahí nada más entrar.

—Ah, y hablé con Joyce —añade mamá, con un tono artificialmente casual.

Levanto la cabeza de golpe. Golpeo la pizarra con urgencia: ¿Y?

—Dijo que intentaría venir mañana. A la hora de comer. —Mamá se cruza de brazos, para descruzarlos casi inmediatamente, como si no supiera qué hacer con sus manos—. Amanda, ella... no lo está pasando bien. Solo quiero que estés preparada.

La advertencia me produce un escalofrío. No lo está pasando bien. ¿Qué significa eso cuando tu hija lleva desaparecida casi ocho semanas? Por supuesto que Joyce no lo está pasando bien. Ninguno de nosotros lo está.

Pero necesito verla. Necesito hablar con ella. Aunque la conversación rompa algo dentro de ambas.

Gracias por preguntarle, escribo.

—¿Quieres que venga con ella? —pregunta mamá con timidez.

Niego con la cabeza y espero que sea suficiente. Esto es entre Joyce y yo.

Mamá abre la boca para hablar, y vuelvo a negar con la cabeza. Asiente y cambia de tema, llenando la habitación con charla intrascendente sobre cosas que no significan nada.

Escucho a medias, asintiendo en los momentos adecuados. Mi mente está en otro lugar: en la inminente visita de Joyce, en los misteriosos recados de Paul, en la cuadrícula de búsqueda que me mostró el detective Barnes. En los sueños que he tenido sobre Sarah y Maggie, ambas llamándome a través de una oscuridad que no puedo penetrar.

—¿Amanda? —la voz de mamá interrumpe mis pensamientos—. ¿Has oído lo que he dicho?

Parpadeo, centrándome en su cara preocupada. Niego con la cabeza.

—Te preguntaba si querías que te llevara algo a Oakwood cuando te trasladen.

La idea de salir del hospital es a la vez liberadora y aterradora. Oakwood es un paso hacia la normalidad, pero también un recordatorio de lo lejos que aún tengo que llegar.

Fotos, escribo después de un momento. Las de mi escritorio.

Mamá asiente, comprendiendo.

—Las traeré. —Mira su reloj—. El fisioterapeuta mencionó que has estado haciendo tus ejercicios para caminar en el pasillo. Es un buen progreso.

Asiento. Ahora paso más tiempo de pie. Pequeños pasos. De la cama a la puerta. De la puerta al puesto de enfermería. Cada uno un poco más fácil. Un poco más fuerte.

Estuve en cuidados intensivos. Casi muero. Durante seis semanas, estuve inmóvil, medicada, volteada por enfermeras como si ni siquiera estuviera allí. Solo lo sé porque David me lo contó.

Las últimas semanas, me han permitido desconectarme de los monitores, solo por un minuto cada vez, para arrastrarme hasta el baño con ayuda. Piernas perezosas, como dije. Piernas que olvidaron cómo llevarme.

Están aprendiendo de nuevo.

Y ahora, sin los cables del monitoreo constante que me mantenían inmóvil, puedo elegir por mí misma cuándo levantarme e

intentar recordarles más.

¿Quieres caminar en la habitación? sugiero en la pizarra, necesitando moverme después de estar tanto tiempo quieta.

—¿Estás segura? ¿No necesitas descansar?

Con cuidado, balanceo las piernas por el borde de la cama. Me levanto lentamente, todavía consciente del mareo que a veces viene con los movimientos bruscos.

Mamá se queda cerca mientras doy unos cuantos pasos cautelosos, con las manos medio levantadas como para atraparme si tropiezo. No lo hago. Mi equilibrio ha mejorado drásticamente, mis piernas se fortalecen gracias a la pura determinación y los ejercicios que practico cuando nadie me está mirando.

Completamos dos lentos recorridos por mi habitación, mamá charlando sobre nada en particular mientras yo me concentro en mis pasos. Mi mano toca la pared todo el tiempo. No soy lo suficientemente estable, aún no.

Para la segunda vuelta, estoy más segura, menos vacilante. Mi cuerpo está recordando lentamente cómo se siente moverse con propósito.

—Lo estás haciendo increíblemente bien —dice mamá, y por una vez el estímulo no parece condescendiente. Es simplemente la verdad. Lo estoy haciendo bien, mejor de lo que nadie esperaba. Cada paso, cada pequeña victoria me acerca a las respuestas que necesito desesperadamente.

Me acomodo de nuevo en la cama, ligeramente sin aliento pero satisfecha con el esfuerzo. Mamá ajusta mis almohadas, con movimientos automáticos, maternales.

Nos quedamos sentadas en silencio, y de alguna manera se siente como un privilegio. Ya no hay monitores pitando. No hay terapeutas, ni enfermeras, ni policía; solo nosotras dos, juntas.

—No te lo he dicho antes —empieza mamá de repente—, pero estoy... es tan bueno verte mejorar. Pensé... pensé que te iba a perder. Cuando te trajeron aquí.

Sé que me está contando esto ahora, no antes, porque finalmente estoy sanando físicamente. Antes, con el tubo traqueal, los monitores, los medicamentos, era una forma en una cama. Ahora, estoy empezando a sentirme como una versión de mí misma. No la persona que era, pero algo parecido.

No estoy segura de que vuelva a ser la persona que fui, pero no le digo eso a mamá.

Presiono mi mano contra mi pecho, con los dedos curvándose ligeramente contra la delgada tela de mi bata de hospital. Luego, lentamente, la extiendo hacia mamá: un movimiento silencioso y deliberado que dice todo lo que no puedo.

Se le corta la respiración. Por un momento parpadea con fuerza, conteniendo las lágrimas. Luego asiente, presionando una mano contra su propio pecho.

—Yo también te quiero —susurra.

Es suficiente para quebrarla y hacer que las lágrimas fluyan.

Nos abrazamos, y no quiero que la calidez entre nosotras se detenga nunca.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

A la mañana siguiente, mientras Kate deja a un lado las tarjetas de comunicación con las que hemos estado trabajando, hace una pausa para mirarme.

—Pareces distraída hoy —dice—. ¿Va todo bien?

Alcanzo la pizarra: La madre de Sarah viene de visita**.**

—Ah. —La comprensión suaviza su rostro—. Debe ser difícil prepararse para eso.

No sé qué decir, escribo, palabras inadecuadas para el torbellino de emociones que se agita dentro de mí.

Kate lo considera, inclinando ligeramente la cabeza. —Sabes, a veces en situaciones donde las palabras parecen imposibles, simplemente estar presente es suficiente. —Se detiene—. Y Amanda, recuerda que no eres responsable de gestionar su dolor junto al tuyo.

Nunca se me había ocurrido esa idea. Desde que desperté en esta cama de hospital, he llevado el peso de lo que le sucedió a Sarah como una piedra en el pecho: pesada, fría, inamovible. La idea de que no soy de algún modo responsable del dolor de Joyce me parece incorrecta.

—Vamos a probar algo diferente hoy —sugiere Kate, percibiendo mi lucha—. Trabajemos en sonidos de expresión emocional. A menudo son más fáciles de producir que el habla formal, especialmente cuando estamos abrumados. Estamos muy cerca de poder intentar algunas palabras, pero quizás hoy estos sonidos te ayuden.

Me muestra con ruidos que transmiten simpatía, comprensión, angustia. El tipo de vocalizaciones primitivas que existían antes del lenguaje, que trascienden las palabras. Sigo su ejemplo, sorprendida por lo natural que se siente dejar que se deslicen a través de mis dañadas cuerdas vocales. No duelen como lo hacía intentar formar palabras.

Para cuando Kate se marcha, he dominado un pequeño repertorio de sonidos expresivos: no exactamente habla, pero comunicación, al fin y al cabo. Una pequeña arma contra el silencio que me han impuesto.

—Lo has hecho bien hoy —dice, recogiendo sus materiales—. Y Amanda, pase lo que pase con Joyce, sé amable contigo misma después.

Las palabras resuenan en mi mente después de que se haya ido. Ser amable conmigo misma. Es difícil cuando todo lo que puedo hacer es culparme.

Justo antes del mediodía, David entra para una revisión rutinaria. Sus movimientos son eficientes como siempre mientras toma mi presión arterial y temperatura, pero hoy hay un cuidado en él que no había notado antes.

—Todo se ve bien —dice, anotando las lecturas en su gráfico—. Han pasado tres días desde que retiramos los monitores, y tus signos vitales se han mantenido estables. Ahora solo comprobamos dos veces por turno.

Asiento, agradecida por la mayor libertad. No más cables, no más pitidos constantes. Pequeñas victorias.

—Entiendo que la señora Fairchild viene hoy de visita —añade, con voz neutral—. La Dra. Miles me pidió que comprobara si te gustaría tener a alguien presente. Como apoyo.

Niego con la cabeza inmediatamente. Lo que sea que ocurra entre Joyce y yo debe suceder sin público.

—De acuerdo. —Guarda el termómetro—. Estaré en la estación de enfermería si necesitas algo. Solo pulsa el botón de llamada.

Cuando se da la vuelta para irse, le agarro la manga. Cuando me mira, articulo con los labios: "Gracias".

Su expresión se suaviza momentáneamente, y puedo ver que está conmovido. Aunque no pueda emitir el sonido con el movimiento todavía, él lo entiende.

—De nada —sonríe.

David apenas se ha ido cinco minutos cuando suena un golpe en mi puerta. No necesito un monitor a mi lado para saber que mi pulso se está disparando.

La puerta se abre, y Joyce Fairchild entra en mi habitación.

Mi primer pensamiento es que mamá no estaba exagerando. Joyce no lo está pasando bien.

La mujer que está ante mí tiene poco parecido con la madre cálida y capaz que recuerdo. Su ropa cuelga suelta sobre su cuerpo, como si hubiera ido desapareciendo gradualmente dentro de ella. La piel bajo sus ojos está sombreada de un púrpura oscuro, su pelo, normalmente tan pulcro, recogido en una coleta apresurada que no disimula su estado sin lavar.

Pero son sus ojos los que me cortan la respiración. Son del mismo azul claro que los de Sarah pero alterados de algún modo, como si cualquier luz que una vez los animó se hubiera extinguido. Me recuerda tanto a su hija, mi mejor amiga. Siento que mi garganta se cierra por el reconocimiento.

—Amanda —dice, y su voz también ha cambiado: más áspera, como algo que se ha desgastado por el uso constante—. Te ves mejor de lo que esperaba.

Alcanzo la pizarra, con manos temblorosas.

Gracias por venir.

Avanza más hacia la habitación pero no se sienta. En su lugar, permanece a los pies de mi cama, una mano agarrando la barandilla tan fuertemente que sus nudillos se blanquean.

—Abby dijo que querías verme. —Su voz está cuidadosamente controlada, pero oigo el temblor bajo ella.

Mi garganta se contrae, no por el daño físico sino por el peso de lo que necesito decirle. ¿Qué derecho tengo a añadir a su sufrimiento? Pero ¿qué derecho tengo a ocultar la verdad?

Quiero ayudar a encontrarla, escribo.

La expresión de Joyce no cambia, pero algo se modifica en su postura. Hay un sutil enderezamiento de su columna, como si mis palabras hubieran tocado algo vital.

—La policía dice que no recuerdas mucho —comenta—. Después de que fuiste... —Se detiene, buscando una palabra—. Después de lo que pasó.

Niego con la cabeza, frustrada por las limitaciones de la pizarra, por lo clínica que se ve mi escritura comparada con la tormenta de emociones que hay detrás.

Tomo aire y me armo de valor. Estoy acostumbrada a escribir una o dos palabras, pero esto requiere más. Más energía física para mantener el bolígrafo firme y más energía emocional mientras escribo las palabras que he estado manteniendo ocultas.

Recuerdo todo hasta que me desmayé, escribo.

Joyce emite un pequeño sonido, un gemido tan suave que podría haber sido el viento. Se tambalea ligeramente, y por un momento terrible, pienso que podría desplomarse. Pero se estabiliza contra la barandilla de la cama, su agarre de nudillos blancos como único signo de su angustia.

—Dime todo lo que recuerdas —dice, apenas en un susurro—. Necesito saberlo.

Trago con dificultad, mi garganta dañada luchando contra una inundación de emociones. He intentado prepararme para este momento, intentado encontrar palabras que no la destrocen por completo. Pero no hay palabras suaves para lo que le sucedió a Sarah.

Dudo, con el rotulador suspendido sobre la pizarra. La verdad es que ni siquiera estaba segura de lo que pasó. Estaba con los ojos vendados, la cara presionada contra la tierra. Escuché sonidos: las luchas amortiguadas de Sarah, sus gruñidos, su voz. Interpretarlos significa admitir cuánto no sé, cuánto solo creo que pasó.

Empiezo a pensar en los sonidos que escuché, y mi mente se nubla. Es como una foto que se revela a la inversa, solo que esta vez son mis recuerdos los que se desvanecen.

Tenía los ojos vendados, escribo primero. Luego, lentamente, Creo que la agredió.

Agresión no es la palabra, y lo sé. Sacudo la cabeza, flexiono los dedos, dejando caer el bolígrafo sobre la sábana donde la punta toca el algodón y comienza a sangrar en una mancha negra.

La palabra real, la palabra verdadera, arde en mi mente, pero mi mano no puede formar las letras. Mis dedos tiemblan mientras recojo el rotulador de nuevo, pero cuando lo presiono contra la pizarra, solo consigo escribir una V antes de que mi mano se congele por completo.

¿No puedo escribir la palabra porque no estoy completamente segura, o no puedo escribirla porque no puedo enfrentarla?

No puedo afrontar lo que le ocurrió, y no puedo afrontar que no pude evitarlo.

No lo evité.

Borro furiosamente la única letra con la palma de mi mano e intento de nuevo: No estoy 100% segura. Pero los sonidos...

Joyce lee las palabras, su rostro impasible como piedra. Cuando levanta la mirada, no hay lágrimas en sus ojos, solo un terrible y crudo miedo que está intentando desesperadamente controlar.

—¿Él...? —Se detiene, incapaz de formular completamente la pregunta. Sus dedos se aferran a la barandilla de la cama hasta que sus nudillos se vuelven blancos—. ¿Le hizo daño... *de esa manera*?

Entiendo lo que me está preguntando. La cuestión que no puede expresar completamente refleja mi propia incapacidad para escribir la palabra. Logro asentir ligeramente, sintiendo náuseas por la confirmación que le estoy dando.

Creo que sí, escribo, y es lo mejor que puedo ofrecerle.

Joyce contiene la respiración. Por un momento, parece derrumbarse, como si la hubieran golpeado físicamente. Luego se endereza, su mandíbula tensándose con un visible esfuerzo de voluntad.

—He tenido pesadillas —susurra—. Sobre lo que podría haber... lo que él podría haberle hecho. Lo que podría estar haciéndole. —Aprieta los labios, luchando por mantener la compostura. Reconozco su dolor—. Una parte de mí esperaba que solo me estuviera torturando con las peores posibilidades.

Ni siquiera me permito pensar en ello. De alguna manera, ella es mucho más fuerte que yo. Aun así, tengo que decirle que no está sola. Mi mano tiembla mientras escribo:

Yo también las tengo.

Se lleva la mano a la boca con un movimiento brusco y rápido. Quizás este encuentro no ha sido buena idea para ninguna de las dos.

Lo siento, escribo, las palabras dolorosamente inadecuadas.

—No —dice Joyce con firmeza—. No te disculpes. No conmigo. —Suelta su agarre de la barandilla de la cama, dejando caer las manos flácidamente a los costados—. Nada de esto es culpa tuya, Amanda.

¿Pero acaso no lo es? Si no hubiera sugerido recoger campanillas, si hubiera corrido cuando lo vi por primera vez, si hubiera logrado luchar con más fuerza, gritar más fuerte.

Si no la hubiera dejado allí.

—Pero Sarah tampoco te culparía. —Toma un respiro profundo e inestable—. Te quería, ¿sabes? Siempre decía que eras la hermana que nunca tuvo.

Esas palabras rompen algo en mí: una presa que he estado construyendo desde que desperté en esta cama de hospital. Las lágrimas brotan por mis mejillas, ardientes e implacables. No intento secarlas. No intento ocultarlas.

Joyce se mueve alrededor de la cama para ponerse junto a mí. Tras un momento de vacilación, extiende la mano, acariciando mi mejilla con su mano fría. El contacto es tan suave, tan maternal, que se me escapa un sollozo. Un sonido crudo que parece hacer eco en la habitación estéril.

—Necesito preguntarte algo —dice, con la voz más firme ahora —. Algo importante.

La miro a través de las lágrimas, asintiendo.

—¿Crees que sigue viva?

La pregunta flota en el aire entre nosotras, cargada con todas sus implicaciones. Joyce no está pidiendo consuelo o falsas esperanzas. Está pidiendo la verdad, lo mejor que pueda ofrecerle.

Cierro los ojos, obligándome a recordar aquellos últimos momentos.

Cuando abro los ojos de nuevo, tomo la pizarra blanca y escribo lo que creo, con todo mi corazón, que es cierto:

No lo sé. Pero estaba luchando. No dejaría de luchar.

Me cuesta todo lo que tengo escribir esas palabras, y luego me dejo caer sobre las almohadas.

La expresión de Joyce cambia: algo entre orgullo y una emoción más pesada. Quizás es el peso de saber cuán valiente tuvo que ser su hija. O quizás es solo otro tipo de dolor.

—Gracias por decírmelo —dice—. La policía... intentan protegernos de los detalles. Como si saberlo pudiera ser de alguna manera peor que imaginarlo.

Tiene razón. Lo he visto en la cara de mi propia madre cuando me mira: las preguntas que teme hacer, las respuestas que teme escuchar.

Joyce se sienta en el borde de mi cama, un movimiento tan inesperado que me encuentro desplazándome para hacerle sitio. Durante un largo momento, nos sentamos en silencio, unidas por nuestra preocupación compartida, nuestro amor compartido.

Entonces Joyce habla de nuevo, su voz cambiada de alguna manera: más dura, más enfocada. —La policía cree que han reducido la zona de búsqueda. ¿Algo sobre un olor químico que recordaste?

Asiento, sorprendida de que conozca este detalle.

Se detiene, traga saliva. —Necesitamos traerla a casa.

Lo entiendo completamente. No saber es insoportable.

Quiero ayudar, escribo.

—Estás ayudando —dice Joyce con firmeza—. Todo lo que recuerdas, cada detalle que les das, todo eso reduce la búsqueda.

Pero no es suficiente. Ni de lejos suficiente. Si tan solo pudiera recordar cómo llegué desde aquel lugar en el bosque hasta la carretera donde me encontraron. Si tan solo pudiera recordar algo de esas horas que faltan.

Nos sentamos juntas durante lo que parece mucho tiempo, a veces hablando, a veces no. Joyce me habla sobre el grupo de apoyo al que se ha unido: padres de niños desaparecidos, unidos por el peor tipo de experiencia compartida. Yo escribo sobre mi próximo traslado a Oakwood, sobre la terapia del habla que me devolverá la voz. Uso los sonidos que Kate me enseñó, pero estoy tan acostumbrada a la pizarra que ahora dependo de ella.

Ninguna de las dos menciona a Sarah en presente. Ninguna de las dos puede soportarlo.

Cuando Joyce finalmente se levanta para irse, siento la pérdida de su presencia como un escalofrío físico. Es la conexión más cercana que tengo ahora con Sarah, la única persona que realmente entiende el peso de su ausencia.

—Vendré a verte a Oakwood —dice, ajustando su bolso en el hombro—. Si te parece bien.

Asiento con entusiasmo, sintiendo una oleada de alivio. No me había atrevido a esperar que quisiera verme de nuevo.

—¿Y Amanda? —Se detiene en la puerta—. Gracias. Por ser sincera conmigo. Por no... —Hace un gesto vago—. Por no intentar proteger mis sentimientos con mentiras.

CAPÍTULO TREINTA

Después de que Joyce se haya marchado, me acurruco de lado mientras el agotamiento me inunda en oleadas. El desgaste emocional de la mañana me ha dejado vacía, exhausta. Pero hay algo más también: una extraña sensación de ligereza, como si compartir el peso de la verdad lo hubiera hecho de alguna manera más llevadero.

Finalmente, alcanzo el cuaderno, todavía escondido bajo mi almohada. Mis dedos recorren el espiral, enganchándose en una vuelta suelta de alambre. Me permito leer la letra de Sarah en la cubierta interior.

Para Amanda - para llenar con todas nuestras aventuras, pasadas y futuras. Alguien tiene que documentar nuestra eventual dominación mundial. Amigas por siempre significa que ¡algún día podré leer esto! Con todo mi cariño, Sarah

La tinta azul está ligeramente descolorida, pero su letra redondeada es inconfundible, las palabras ahora cargando un peso que nunca debieron soportar. Esa suposición casual de un futuro compartido parece tan ingenua.

Tengo que obligarme a recordar que tengo dieciséis años. Se supone que debo ser desesperadamente ingenua, ¿no?

Ya no.

Giro hacia una página en blanco y me obligo a escribir todo lo que puedo recordar de la visita de Joyce. No solo lo que dijo, sino cómo se veía: más delgada, con la piel cenicienta, sus ojos atormentados por la misma pregunta que me mantiene despierta por las noches.

¿Sigue Sarah con vida?

No escribo mi respuesta. No soporto verla en blanco y negro, ni siquiera en estas páginas privadas. En su lugar, escribo:

Joyce merece saber la verdad.

Mi mano tiembla sobre la página. La verdad real. ¿Acaso sé yo misma cuál es? Recuerdo sonidos. Sensaciones. La textura de la tierra contra mi cara mientras me desangraba. Los gritos amortiguados de Sarah. Pero aún falta tanto. Tanto sigue oculto detrás de esa oscura cortina que cayó cuando me cortó la garganta.

Mis pensamientos se ven interrumpidos por un suave golpe en la puerta. Cierro el cuaderno, deslizándolo de vuelta bajo mi almohada justo cuando David entra con la ronda de medicación de la tarde.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta, colocando un pequeño vaso de papel con pastillas en mi mesita. Sus ojos me examinan, profesionales y evaluadores—. No debe haber sido una conversación fácil.

Me esfuerzo por sentarme, ignorando la punzada de dolor en mi cuello. Muevo la mano en un gesto de "más o menos".

David asiente, revisando mi historial. —La Dra. Miles está preocupada por que te centres demasiado en Sarah y no lo suficiente en tu propia recuperación —. Me mira, su expresión suavizándose ligeramente—. Yo... pensé que ver a Joyce podría ayudarte, sin embargo.

Considero mentir, decir que sí, ayudó, todo está bien, pero algo en la presencia constante de David me detiene. Nunca ha endulzado nada sobre mi condición. Nunca me ha tratado como si pudiera romperme.

Me encojo de hombros y alcanzo la pizarra.

Necesita respuestas que no puedo darle.

Hago una pausa y luego debajo escribo:

Y yo necesito respuestas que nadie tiene.

David ajusta algo en mi historial. —La recuperación no es lineal — dice finalmente—. No solo la recuperación física, sino también la otra. Algunos días sentirás que avanzas. Otros días... —Se encoge de hombros—. Otros días, es suficiente con mantenerse a flote.

Pienso en Joyce, que de alguna manera consigue seguir respirando a pesar del peso aplastante de la ausencia de Sarah. Pienso en cómo todavía se aferra a la esperanza, por frágil que sea.

Quiero recuperarme más rápido, escribo, subrayando 'más rápido' dos veces.

—Lo sé —los ojos de David se encuentran brevemente con los míos—. Todos los que han pasado por un trauma quieren eso. Pero forzar demasiado puede hacerte retroceder.

Alcanzo el vaso de agua junto a mi cama, tragando mis pastillas bajo su mirada atenta.

Oakwood pronto.

—Pronto, sí —David hace una última anotación en mi historial—. Tu herida está cicatrizando mejor de lo esperado. La terapia del habla va bien. Físicamente, estás adelantada a lo previsto.

¿Mentalmente? pregunto. Escribo la palabra y señalo mi cabeza, haciendo círculos con el dedo.

—Ese no es mi departamento. Pero si quieres mi observación, eres una chica dura.

Me deja con esas palabras, sus zapatos chirriando suavemente en el linóleo mientras se dirige a su siguiente paciente. Ser dura no se siente como un cumplido. Se siente como algo que me han impuesto.

La tarde se extiende por delante, larga y vacía. Debería descansar antes de mi sesión de terapia vespertina, pero dormir parece imposible, con los pensamientos de Joyce y Sarah llenando mi cabeza. En cambio, me obligo a salir de la cama, probando mis piernas. Están más firmes que la semana pasada, aunque todavía no del todo fiables. Algunos días logro ir al baño y volver sin agarrarme a nada. Otros días tambaleo como un cervatillo recién nacido.

No es suficiente. No me estoy recuperando lo bastante rápido.

Me quedo de pie en medio de la habitación, respirando con más dificultad de la que debería. La debilidad en mi cuerpo se siente como una traición. Mientras estoy aquí aprendiendo a caminar de nuevo, Sarah está... ¿dónde? ¿Qué le está pasando mientras yo me arrastro por mi habitación de hospital como una anciana?

Mis piernas tiemblan, pero me obligo a seguir de pie. Camino hasta la puerta, hasta la pared del fondo, hasta la ventana, hasta la cama, y repito. Estoy corriendo vueltas. Estoy caminando a paso de tortuga.

No te agarres a nada.

No seas tan débil.

No pares ahora.

Un minuto más. Luego otro. Mis músculos arden con el esfuerzo, pero doy la bienvenida al dolor. Es algo que puedo controlar, algo que puedo superar.

Cuando mi visión comienza a nublarse por los bordes, finalmente me permito hundirme en el borde de la cama. Demasiado, demasiado pronto. Lo sé, pero no puedo evitarlo. Cada minuto que paso en este estado debilitado se siente como tiempo robado a Sarah.

A continuación, pruebo los ejercicios de respiración que Kate me enseñó, forzando el aire profundamente en mis pulmones a pesar de la tensión del tejido cicatricial. Luego, cuidadosamente, comienzo los movimientos de lengua diseñados para fortalecer los músculos dañados durante la intubación. Los ejercicios son tediosos, repetitivos, pero los realizo con una intensidad concentrada que me sorprende incluso a mí.

Recupérate más rápido. Recupérate más rápido.

El mantra se repite en mi cabeza con cada respiración controlada, cada movimiento cuidadoso. Para cuando termino toda la serie de ejercicios, el sudor perla mi línea del cabello y mi garganta duele por el esfuerzo. Pero siento algo cercano a la satisfacción. Progreso. Pequeño, incremental, pero real.

Cuando mamá llega, estoy sentada en una silla junto a la ventana. La sorpresa de no encontrarme en la cama la hace sonreír mientras entra en mi habitación.

—¡Mírate! —exclama, dejando su bolso. Lleva su ropa de profesora: una blusa sencilla y una rebeca que se estira ligeramente

sobre su creciente barriga de embarazada—. ¿Cuánto tiempo llevas sentada así?

Levanto un dedo.

—¿Una hora? ¡Eso es genial, Amanda!

No debería sentirse como un logro, estar sentada en una silla como un ser humano normal, pero lo es. Quiero que mamá me vea sanar. Ella no tiene que pasar por lo que Joyce está sufriendo. No estoy perdida, pero creo que a veces, aunque he estado justo ahí, mamá ha pensado que lo estaba.

Mamá acerca la otra silla, acomodándose con los movimientos cuidadosos de una mujer que se está acostumbrando a su cambiante centro de gravedad.

—¿Cómo fue con Joyce? —pregunta, estudiando mi cara—. He estado pensando en vosotras dos durante todo el día.

Miro por la ventana, observando a un par de pájaros persiguiéndose en el pálido cielo azul.

Voy a necesitar la pizarra para esto.

Mis palabras de antes, cuando se lo expliqué a David, siguen ahí.

Necesita respuestas que no puedo darle.

Y yo necesito respuestas que nadie tiene.

—Ya has tenido esta conversación antes —sonríe a medias—. ¿Kate? —Niego con la cabeza—. ¿David? —Le doy un pulgar hacia arriba. Mi círculo de amigos es pequeño, y son mis cuidadores, no mis amigos.

La voz de mamá es suave. —Sé que debe haber sido difícil para las dos, pero espero que consiguieras lo que querías.

¿Lo conseguí?

Quizás solo necesitaba esa conexión. Esa otra persona que podría acercarse a comprender el dolor. Quizás ella también. Quizás por eso aceptó la visita.

¿Sigue Sarah con vida? escribo.

Me refería a que esto es lo que Joyce me preguntó, pero mamá no lo interpreta de esa manera.

Mamá toma mi mano, sus dedos cálidos contra los míos perpetuamente fríos. —La policía está ahí fuera buscando. Están haciendo todo lo que pueden, y lo que les has contado debe estar ayudando.

¿Y qué pasa con lo que no les he contado?

¿Qué hay de las cosas que no puedo recordar?

¿Qué hay de las cosas de las que ni siquiera estoy segura?

Asiento, sin confiar en mi capacidad para hablar. Mamá no insiste más, percibiendo quizás que he alcanzado mi límite de conversaciones difíciles por hoy.

En su lugar, sus ojos recorren la pizarra y señala donde escribí Quiero recuperarme más rápido.

—Yo también quiero eso —dice—. Pero Amanda, la recuperación lleva tiempo.

No hay suficiente tiempo, escribo. Sarah no tiene tiempo.

Los ojos de mamá se llenan de lágrimas, e inmediatamente me arrepiento de mis palabras. Lo último que quiero es causarle más dolor. Ya ha pasado por tanto por mi culpa.

Lo siento

—No —dice mamá—. No necesitas disculparte. Te entiendo, cariño. De verdad. —Toma un respiro para calmarse—. Pero exigirte demasiado no ayudará a Sarah. Necesitas estar bien para ser útil.

La verdad pragmática de sus palabras me llega al alma. Sé que tiene razón, pero saberlo no hace que la espera sea más fácil.

Aun así, asiento y tomo mi turno para alejarme de los temas de los que no podemos hablar.

Oakwood pronto, escribo, forzando una sonrisa.

Algo en mi expresión debe delatar mis sentimientos, porque mamá se inclina hacia delante, con semblante serio.

—Amanda, hay un terapeuta en Oakwood que se especializa en ayudar a personas que han pasado por cosas terribles. —Su voz tiembla al pronunciar esas dos últimas palabras, y apenas puedo soportar mirarla—. La Dra. Miles dice que es importante que hables con alguien sobre... sobre todo lo que pasó. O, ya sabes...

Hace un gesto hacia los tableros de comunicación y la pizarra como si la palabra *hablar* fuera una metedura de pata.

La idea hace que mi estómago se contraiga. La idea de contarle a un extraño sobre los gritos de Sarah, sobre mi fracaso para ayudarla, me parece imposible. Ya sea que vaya a pronunciar las palabras, escribirlas o hacer un dibujito acogedor como he visto hacer a los pacientes traumatizados en las películas.

Pacientes traumatizados como yo.

Pero miro la cara de mamá y pienso que quizás sea necesario. Quizás sea parte de recuperarme más rápido.

Lo intentaré, escribo, y lo digo en serio.

Intentaré cualquier cosa que pueda ayudarme a fortalecerme lo suficiente para encontrar a Sarah.

Todavía estoy sentada junto a la ventana cuando Suki llega más tarde, sus zapatos prácticos silenciosos contra el suelo. He estado observando cómo cambia el color del cielo a medida que se acerca la tarde, siguiendo el cambio gradual del azul al rosa polvoriento y al púrpura profundo que indica que la noche está llegando.

Me recuerda al papel pintado de mi habitación en casa, y me pregunto cuánto tiempo pasará antes de que vuelva a verlo.

—¿Amanda? —La voz de Suki es suave, cuidando de no sobresaltarme—. ¿Es buen momento?

Me vuelvo de la ventana para encontrarla de pie en la puerta, con su omnipresente bolso de bandolera cruzado sobre su cuerpo.

Asiento con la cabeza, señalando la silla que mamá dejó vacante.

Suki sonríe ligeramente mientras se acomoda en la silla.

—Solo estoy aquí para ver cómo estás. —Me estudia por un momento—. He oído que Joyce Fairchild ha venido hoy.

Estoy a punto de asentir de nuevo, pero siento que necesito darle una respuesta más completa.

Alcanzo la pizarra y señalo las palabras que ya he usado para David y para mamá. Quizás debería tener mi propio conjunto de

tableros de comunicación con palabras y frases que tengo que repetir constantemente, preguntas que sigo haciendo.

En realidad no es una mala idea.

Los ojos de Suki han recorrido la pizarra y frunce levemente los labios ante lo último que escribí: ¿Sigue viva Sarah?

No se estremece, no aparta la mirada. Solo asiente una vez, reconociendo el terrible peso de la pregunta que tenemos delante en blanco y negro.

—Ambas debéis desear desesperadamente la respuesta a esta pregunta —dice—. Están haciendo todo lo posible por encontrarla.

Es todo lo que sigo escuchando. Inclino la cabeza y levanto el bolígrafo.

¿Y Maggie?

Un destello de preocupación aparece en los ojos de Suki. —Están siguiendo todas las pistas viables, incluido intentar identificar a Maggie.

Es una respuesta profesional, cuidadosamente formulada para no revelar nada mientras suena informativa. He escuchado suficientes para reconocer el patrón.

—Pero aún no han encontrado nada —Suki mantiene mi mirada firmemente—. Lo que puedo decirte es que tu testimonio sobre Maggie se tomó muy en serio. El detective Barnes tiene equipos investigando múltiples ángulos.

¿No saben nada?

—Significa exactamente lo que he dicho. Están explorando múltiples posibilidades. —Suki es paciente con mis preguntas, y lo agradezco.

¿Como cuáles?

—Como si Maggie es otra víctima. O alguien de su pasado. O alguien con quien está obsesionado por otras razones. —Suki hace una pausa—. Están siendo minuciosos, Amanda. Es todo lo que puedo decir por ahora.

Es frustrante, pero es algo. Más de lo que tenía antes.

He pasado tanto tiempo pensando en esas mismas cosas.

Obsesionándome, seguro que diría la Dra. Miles.

Quiero ayudar

Suki no descarta inmediatamente la idea, lo que me sorprende. En su lugar, la considera, con la cabeza ligeramente inclinada.

—Tu principal objetivo aquí, y en Oakwood, debería ser tu recuperación —dice finalmente—. Pero los detectives necesitarán verte de nuevo. Queda un largo camino por recorrer, sea cual sea...

Se detiene, y sé que iba a decir sea cual sea el desenlace. Si Sarah está muerta o viva. Si Maggie es real o alguien que él inventó.

Todo lo que puedo hacer es asentir e intentar reprimir esa sensación de malestar que quiere apoderarse de mi cuerpo.

Cuando Suki se levanta para marcharse, siento algo cercano al arrepentimiento. De forma extraña, mis conversaciones con ella son de las más normales que he tenido desde que desperté en el hospital. Sin evasivas cuidadosas de temas difíciles. Sin miradas de lástima. Solo información directa y evaluaciones realistas.

—Te veré en Oakwood —promete, colgándose el bolso—. Tengo previsto estar allí cuando llegues. Para ayudarte con la transición.

Asiento, agradecida por la continuidad que representa.

Hazme saber CUALQUIER novedad

—Te contaré lo que pueda —dice, y le creo.

Después de que se haya ido, vuelvo a mi cama, decidida a practicar los ejercicios de habla que Kate me dio una vez más antes de dormir. Cada movimiento, cada sonido es una lucha, pero supero la incomodidad, concentrándome en el objetivo. Si no puedo formar palabras cuando llegue a Oakwood, ¿cómo convenceré al terapeuta, a la policía, a cualquiera, de que soy lo suficientemente fuerte para ayudar a encontrar a Sarah? Faltan seis días. ¿Cuánto me falta para poder hablar?

Para cuando la enfermera de noche trae mi medicación para dormir, mi garganta late, pero he completado toda la hoja de

ejercicios dos veces. No es suficiente, nunca parece suficiente, pero es un progreso.

Saco mi cuaderno una última vez antes de dormir, pasando a una página limpia. He estado registrando mi progreso cada día, siguiendo las mejoras en movilidad, habla y fuerza. Esta noche, añado una nueva columna: Objetivos.

Debajo, escribo:

Caminar todo el pasillo sin detenerme para el viernes.

Decir una frase completa antes de Oakwood.

Conseguir fuerza suficiente para ducharme de pie.

Preparar preguntas para la primera sesión con el terapeuta de Oakwood.

Encontrar a Sarah.

Me quedo mirando el último punto durante un largo momento. No encaja con los otros: objetivos prácticos y medibles de recuperación. Es algo más grande. Más difícil.

Pero lo dejo ahí de todos modos. Porque al final, nada más importa si no puedo conseguir ese objetivo final.

Por fin siento que algo parecido al control regresa. No sobre lo que ocurrió, eso nunca, sino sobre lo que ocurre después. Sobre cómo seguir adelante desde aquí.

Cierro los ojos, obligándome a respirar uniformemente. A descansar. A sanar.

Por Sarah.

Por Maggie.

Por mí misma.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Me despierto y encuentro mi cuaderno todavía junto a mí en la cama, donde me había quedado dormida con él. El bolígrafo ha rodado hasta el pliegue de mi codo, dejando una mancha de tinta en las sábanas del hospital. La última anotación de anoche me mira fijamente, la página ligeramente deformada por el calor de mi cuerpo acurrucado protectoramente a su alrededor mientras dormía. Mi letra cuenta su propia historia a través de la página, comenzando con las letras cuidadosas y medidas de alguien que intenta tomar el control, y gradualmente volviéndose más inclinadas, más desesperadas, más agotadas a medida que enumeraba mis objetivos. Como si mi determinación estuviera luchando contra las limitaciones de mi cuerpo debilitado.

Cinco objetivos. Cinco días hasta Oakwood. No espero lograr uno cada día, pero cualquier día sería estupendo para el último.

Encontrar a Sarah.

Esas nueve letras contienen todo mi propósito, la razón por la que me esfuerzo en cada ejercicio, en cada dolorosa sesión de terapia. No solo un objetivo, sino una promesa.

Recorro con el dedo el segundo objetivo de mi lista: Pronunciar una frase completa antes de Oakwood.

Durante nuestra última sesión, Kate dijo que estábamos «muy cerca de poder intentar algunas palabras». He seguido religiosamente los ejercicios de Kate, siguiendo sus instrucciones con una precisión que habría sorprendido a la antigua Amanda. Aquella que se apresuraba con los deberes, que tomaba atajos en los trabajos, que pensaba que la paciencia era algo que les ocurría a otras personas.

Lo que podría haberla sorprendido más es que he hecho lo que me dijeron. He estado esperando. Siguiendo instrucciones. Midiendo el progreso no en palabras sino en pequeñas victorias: menos dolor

al tragar, tarareo más claro, respiración más fuerte. La paciente obediente, por una vez.

Esta nueva Amanda, la que casi murió en una carretera rural con la garganta cortada, entiende la espera. Entiende que el progreso viene en susurros, no en gritos.

Estoy sumida en la reflexión cuando David llega con su bandeja de medicamentos, su eficiencia habitual suavizada por el indicio de una sonrisa.

—Buenos días —dice, dejando un pequeño vaso de papel con pastillas y un vaso de agua—. ¿Ha dormido bien?

Hago un gesto ambiguo con la mano. Las ojeras bajo mis ojos probablemente responden a su pregunta mejor que cualquier gesto. Anoche, volvió la pesadilla recurrente: Sarah llamando mi nombre mientras yo no podía responder, no podía moverme. Me desperté jadeando, con la sensación fantasma de la venda todavía apretada contra mi cara, las sábanas enredadas alrededor de mis muñecas de una manera que me envió frenéticamente arañando en busca de libertad.

David revisa mi historial, haciendo una rápida anotación antes de mirar el cuaderno junto a mí. —¿Escribiendo en el diario otra vez? Eso es bueno. Ayuda a procesar las cosas.

Alcanzo mi pizarra, el rotulador chirría contra la superficie lisa:

Voy a preguntar si puedo intentar hablar hoy.

Sus cejas se elevan ligeramente. —Eso sería un gran paso. ¿Has estado progresando bien con los ejercicios?

Asiento enfáticamente, escribiendo de nuevo: Ella dijo que estamos cerca.

—Eso es genial —dice David, mientras me entrega las pastillas.

Puedo sentir que no quiere darme demasiadas esperanzas. Él estaba aquí cuando intenté hablar por primera vez, demasiado pronto.

Esto es diferente.

Hoy podría ser el día.

La expresión de David se mantiene cuidadosamente neutral, pero capto un destello de optimismo compartido que es demasiado profesional para expresar. —Buena suerte —dice simplemente, recogiendo su bandeja—. Estaré por aquí si necesitas algo después de tu sesión.

Cuando se marcha, cierro el diario y comienzo mi rutina matutina de ejercicios. Respiración diafragmática. Inhalar por la nariz, expandiendo el vientre en lugar del pecho, exhalar por los labios ligeramente separados. El tejido cicatricial tira con cada exhalación, pero no tan agudamente como antes.

Después, movilidad de la lengua: la punta hacia el techo de la boca, de lado a lado, estiramiento suave. Mi lengua se siente torpe, poco usada, pero receptiva. Sigue el tarareo, empezando bajo, manteniendo durante cinco conteos, progresando gradualmente más alto hasta que siento el primer indicio de tensión, y entonces me detengo. La vibración contra el tejido en curación es un recordatorio del daño, pero también de la fuerza que se reconstruye debajo.

Miro el reloj. Kate llegará en treinta minutos. Mi corazón aletea, un colibrí atrapado detrás de mis costillas. ¿Y si dice que no? ¿Y si la curación no está lo suficientemente avanzada? ¿Y si he hecho mal los ejercicios?

Y peor aún: ¿y si dice que sí, y fracaso?

Aprieto los puños, respirando a través de la ola de ansiedad. Cinco días hasta Oakwood. Cinco días para encontrar mi voz, para ser más que una pizarra y un dedo que señala, para hablar por mí misma y por Sarah.

El pensamiento de Sarah me tranquiliza. Mi impaciencia no es solo egoísmo; es urgencia. Cada día sin respuestas es otro día que ella está desaparecida. Otro día con él.

Antes de que venga Kate, voy a levantarme, ir al baño con las piernas que estoy entrenando para que me lleven de nuevo. Voy a cepillarme el pelo, limpiarme los dientes, todas las cosas simples que di por sentadas toda mi vida hasta que ya no pude hacerlas.

Como hablar.

¿Quién imagina que algo tan esencial puede ser arrancado?

¿Quién imagina que el camino de regreso a casa desde el colegio va a cambiar su vida para siempre?

Treinta minutos después, estoy sentada en la silla. Vestida, limpia y tan confiada como puedo mostrarme. Cuando Kate entra, su expresión cálida pero profesional mientras coloca su carpeta de ejercicios sobre la mesa, estoy segura de que ya sabe que voy en serio.

—Buenos días, Amanda —dice, sus ojos recorriéndome con evaluación clínica—. ¿Cómo nos sentimos hoy?

Alcanzo la pizarra: Bien. Ejercicios hechos.

Asiente, complacida. —Excelente. ¿Te importa si miro tu garganta hoy?

Levanto la barbilla, exponiendo la herida en curación a su examen. Sus manos están frescas y seguras mientras palpa suavemente alrededor de la cicatriz, comprobando si hay hinchazón o sensibilidad excesiva. Su tacto es diferente al de los médicos, más en sintonía con las respuestas sutiles, observando cómo me estremezco o me relajo.

Algo es diferente en su actitud hoy. Una cierta concentración, una atención que hace que mi pulso se acelere. Está considerando algo, sopesando posibilidades.

—El sitio del estoma está cerrando bien —dice finalmente, retrocediendo—. Y la inflamación general ha disminuido significativamente. —Inclina ligeramente la cabeza—. ¿Has sentido algún dolor agudo durante los ejercicios de tarareo? ¿Alguna sensación de ardor?

Niego con la cabeza, apenas atreviéndome a respirar.

Kate recupera su archivo, hojeando páginas de notas: mi historia, mi progreso, su evaluación de días pasados. Observo su rostro en busca de pistas, de cualquier indicio de lo que viene después.

Cierra el archivo y me mira directamente a los ojos. —Creo que estamos listos para probar una sola palabra hoy.

El mundo parece detenerse. Un zumbido llena mis oídos y, por un momento, no estoy segura de si la he escuchado correctamente. Ni siquiera tuve que preguntar.

Una palabra. Hoy. Ahora.

Parpadeo con fuerza, esperando que retire la declaración, que diga que es demasiado pronto, que me diga que siga esperando.

No lo hace.

En cambio, se sienta en la silla a mi lado.

—Esto no es como cuando lo intentaste por tu cuenta —dice, suave pero firme—. Lo haremos con la técnica adecuada, con control. Y pararemos inmediatamente si hay algún dolor agudo. ¿Entiendes?

Asiento vigorosamente, apenas capaz de contener las emociones que surgen a través de mí. Mis manos tiemblan.

Una palabra. Solo una. Pero lo es todo.

—Empecemos con la respiración —instruye Kate, demostrando la respiración diafragmática adecuada—. Profunda por la nariz, lenta y controlada. Siente cómo se expande tu vientre, no tu pecho.

Sigo su ejemplo, concentrándome en la subida y bajada de mi abdomen en lugar del retumbar de mi corazón.

—Ahora, piensa en la palabra que quieres decir —continúa—. Fórmala en tu mente. Siente su forma en tu boca sin hacer ningún sonido.

Solo hay una palabra que quiero, necesito, decir. He estado practicándola en silencio durante semanas, mis labios y mi lengua formando su forma durante noches de insomnio. Sarah. La 'S' como un susurro, lengua detrás de los dientes. El suave 'ah' en el medio. El suave 'rah' terminando con los labios abiertos.

—Mantén la garganta relajada —guía Kate, observándome atentamente—. El aire debe fluir fácilmente. No lo fuerces.

Asiento, concentrándome en mantener los músculos del cuello relajados. La tensión solo tensará el tejido en curación.

—Cuando estés lista, toma una respiración profunda y deja que el sonido salga naturalmente con la exhalación. —La voz de Kate es tranquila, estabilizadora—. Recuerda, estamos apuntando a un volumen de susurro. Sin tensión.

Cierro los ojos, reuniéndome para este momento. Ocho semanas de silencio. Ocho semanas de Sarah desaparecida mientras yo yacía sanando en una cama de hospital.

Inhalo. El vientre se expande.

Siento la palabra formándose: Sarah.

Exhalo suavemente, dejando que el aire pase a través de las cuerdas vocales.

—Sss...

El primer sonido emerge. No una 'S' apropiada, sino una aproximación jadeante. El dolor se inflama, caliente e inmediato, pero diferente de antes. No la agonía desgarradora de mis intentos anteriores, sino la quemadura de músculos en desuso despertando.

Kate asiente animándome, sus ojos atentos a mi garganta. —Eso es. Respiración controlada. Inténtalo de nuevo.

¿Qué me diría Sarah ahora? Ella estaría aquí a mi lado. Me diría que puedo hacerlo.

—Sss... —El sonido vuelve, más claro esta vez—. ...aaa...

La vocal duele más, requiere más aire, más vibración de tejido sensible. Las lágrimas brotan de mis ojos, pero sigo adelante.

—...rrr...

La consonante se engancha, áspera e irregular. Puedo sentir la tensión acumulándose, el impulso de empujar más fuerte en guerra con las instrucciones de Kate de mantener el control.

Kate observa atentamente, su mano flotando cerca de mi brazo, lista para detenerme si es necesario. —Un intento más —dice en voz baja—. Recuerda: aire suave y continuo.

Cierro los ojos, colocando las yemas de mis dedos contra mi garganta donde una vez estuvo el vendaje, sintiendo la línea elevada de la cicatriz debajo. Dentro de esa cicatriz, dentro de ese tejido

dañado, está mi voz. Mi verdad. Mi poder para ayudar a encontrar a Sarah.

Respiración profunda.

—Sarah.

Emerge como un susurro ronco, la sílaba final apenas audible, pero inconfundible. Una palabra completa. Su nombre.

Mi garganta arde, pero las lágrimas que caen por mis mejillas no son de dolor. Es la liberación de algo que he estado conteniendo desde que desperté en esta cama de hospital: un aliento que no podía exhalar completamente, un grito que no podía expresar, un nombre que no podía llamar.

La primera palabra que he pronunciado desde aquella noche. La palabra que he estado sosteniendo en el fondo de mi estómago, enrollada como una serpiente esperando atacar.

Kate espera, dándome espacio para procesar, para respirar.

—Sarah —digo de nuevo, la palabra más fuerte ahora aunque todavía apenas por encima de un susurro.

El comportamiento profesional de Kate se suaviza en una sonrisa genuina. —Eso es extraordinario, Amanda —dice, su voz espesa con la emoción que normalmente mantiene controlada—. Eso es mucho mejor de lo que yo...

Pero entonces no puedo oír lo que dice porque estoy sollozando tan fuerte que mi pecho se agita, mi visión se nubla.

He encontrado una palabra. La palabra más importante.

Se sintió como una canción saliendo de mi boca. Se sintió como una oración. Se sintió como

Quiero decir más, mucho más. Sobre Sarah, sobre Maggie, sobre lo que nos hizo en esos bosques. Pero mi garganta ya está doliendo por esta pequeña victoria, mis cuerdas vocales protestando por su repentino despertar.

—Paremos aquí por hoy —dice Kate, notando mi instinto de continuar—. Un éxito es suficiente. Necesitamos construir gradualmente, no empujar demasiado lejos a la vez.

Tiene razón, lo sé. Pero habiendo probado el habla de nuevo, el silencio se siente más pesado que antes.

Alcanzo la pizarra: ¿Cuándo puedo probar más?

—Mañana —dice.

¿Una frase completa antes de Oakwood? escribo.

Kate asiente. —Creo que ahora es un objetivo realista.

Después de que se va, me siento en la habitación silenciosa, con las yemas de los dedos aún descansando contra mi garganta. Todavía puedo sentirlo: la vibración, la forma del nombre de Sarah en mi boca, el poder de ser escuchada.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Mañana me voy a Oakwood. Mis maletas están medio hechas, pero es suficiente. Mamá me ayudará con el resto. Tengo cosas que hacer.

Doy veintisiete pasos por el pasillo del hospital sin apoyarme en nadie. La fisioterapeuta camina a mi lado, con una carpeta en la mano, pero no me toca. No lo necesita.

Estoy caminando por mi cuenta.

El pasillo se extiende ante mí, las luces fluorescentes marcan mi progreso en charcos regulares de luminosidad. Cada paso se siente como una pequeña rebelión contra lo que él intentó hacerme. Intentó silenciarme cortándome la garganta. Intentó acabar conmigo. Pero sigo aquí. Sigo caminando. Sigo respirando. Y mañana, saldré de aquí por mi propio pie.

Kate dice que estoy haciendo un progreso sin precedentes. La Dra. Miles parece sorprendida cada vez que revisa mis informes. David simplemente me observa con esa mirada cuidadosa y evaluadora, ocasionalmente asintiendo como si confirmara algo que ya sospechaba.

Nadie sabe que me he estado esforzando hasta el límite cada noche. Nadie sabe que cada paso, cada palabra, es por Sarah. Para encontrar a Sarah. Para ayudar a Sarah. Para compensar el hecho de que, de alguna manera, yo escapé mientras ella no.

Pero hoy, al llegar al final del pasillo, paso veintisiete, me permito un momento de pura alegría egoísta. Yo hice esto. Mi cuerpo hizo esto. Después de todo, estoy caminando. Respirando. Viviendo.

Me giro hacia el puesto de enfermería, con una sonrisa extendiéndose por mi rostro. La primera sonrisa real que puedo recordar desde antes de aquel día en el bosque.

—*Probemos algo* —le digo a mi fisioterapeuta, Emily. Las palabras son suaves y débiles, pero claras.

Emily parpadea, sorprendida tanto por mi claridad como por mi iniciativa. —¿Qué quieres probar?

Miro el pasillo que se extiende frente a mí. Otra frase está más allá de mis capacidades por ahora. Quiero volver por mi cuenta. Sin nadie a mi lado.

Señalo hacia adelante y levanto la mano en señal de alto, indicando que quiero que se quede donde está.

Ella duda, sopesando el protocolo frente al progreso. —Estaré justo detrás de ti —me advierte, pero puedo ver que va a dejarme intentarlo.

Asiento y tomo una respiración profunda.

Luego comienzo el viaje de regreso. Un paso. Dos pasos. Tres. El suelo de linóleo está frío y liso bajo mis finos calcetines de hospital. Mi reflejo se desliza por la superficie pulida: una chica que se fortalece con cada paso. Mis piernas ya no tiemblan. Mi respiración se mantiene estable. Seis pasos. Siete. Ocho.

Una enfermera que pasa sonríe, el reconocimiento ilumina su rostro. —Muy bien, Amanda —dice, y siento una extraña ligereza en el pecho. Como si tal vez el mundo no fuera solo oscuridad y miedo. Como si tal vez hubiera algo al otro lado de todo esto.

A mitad de camino de vuelta a mi habitación, me doy cuenta de que ya no estoy contando los pasos. Simplemente estoy... caminando. Casi como una persona normal. Casi como la Amanda de antes. Cada paso se siente más natural que el anterior.

Cuando llego a mi puerta, un viaje que me habría agotado hace solo unos días, me giro hacia Emily y digo: *—¿Un poco más?*

Sin embargo, estoy ligeramente sin aliento, y mis palabras son etéreas.

Emily se ríe, anotando en su carpeta. —No nos pasemos. Pero tienes razón, absolutamente podrías. —Sacude la cabeza, impresionada—. Eres determinada. Eso te lo reconozco.

Determinada ni siquiera empieza a describirlo.

De vuelta en mi habitación, me siento en la cama, no sin aliento, no agotada, solo agradablemente consciente de haber usado músculos

que habían estado inactivos demasiado tiempo. A través de la ventana, puedo ver árboles que empiezan a florecer en el jardín del hospital. Mayo está plenamente aquí, el mundo renovándose en desafío a toda la fealdad que contiene.

Se supone que debo descansar antes de mi sesión final de logopedia con Kate, pero estoy demasiado llena de energía, demasiado viva con posibilidades. Espero que el logopeda que me asignen en Oakwood sea al menos la mitad de bueno de lo que ha sido Kate. Voy a echarla de menos.

En lugar de descansar, cojo mi cuaderno y lo abro en una página nueva.

He estado haciendo listas. Recuerdos de aquel día. Preguntas sobre Maggie. Descripciones de su voz, sus manos, la camioneta, todo lo que puedo recordar que podría ayudar a encontrar a Sarah. Pero hoy escribo algo diferente.

He caminado. Por mi cuenta. Y he hablado con claridad.

Tacho los elementos de mi lista y miro los otros. Ya me las arreglé para ducharme sin la silla de plástico, así que quedan dos objetivos más por alcanzar. Ninguno de ellos parece fácil.

Preparar preguntas para la primera sesión con el terapeuta de Oakwood.

Encontrar a Sarah.

—¿Amanda?

Levanto la mirada para ver a Kate en la puerta, con su bolsa de terapia colgada al hombro. Ha llegado temprano, o yo he perdido la noción del tiempo.

—Te ves alegre —dice, dejando su bolsa—. ¿Buena sesión con tu fisioterapeuta?

Cierro el cuaderno, una sonrisa extendiéndose por mi cara. Una sonrisa real, no la cuidadosa aproximación que he estado ofreciendo durante semanas. —Todo el camino —digo, señalando el pasillo detrás de ella.

Las palabras salen claramente, cada una distinta. No perfecta, todavía hay una aspereza, un enganche en ciertas sílabas, pero mucho más fuerte que ayer.

Las cejas de Kate se levantan sorprendidas. —Y estás hablando mucho más claramente hoy.

—Gracias —digo.

Kate acerca una silla y se sienta a mi lado, su habitual carpeta ausente de manera conspicua. —Amanda —dice suavemente—, la recuperación no es una carrera. Pero... —Sacude la cabeza, impresionada—. Tu progreso es extraordinario. El cuerpo humano tiene una increíble capacidad para sanar cuando la mente está decidida.

—Lo está —le digo.

—Bueno, ya que claramente has estado trabajando horas extra, veamos exactamente dónde estamos hoy —Saca de su bolsa los materiales de evaluación.

Durante los siguientes treinta minutos, me esfuerzo en cada ejercicio que Kate me da. Los sonidos consonánticos que me causaban problemas ayer ahora fluyen suavemente. Las palabras con las que tropezaba salen con naturalidad. Mi voz todavía no suena exactamente como yo. Hay una nueva textura en ella, ligeramente más baja, ligeramente más áspera, pero se está fortaleciendo minuto a minuto.

—Esto es... —Kate revisa sus notas, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Amanda, has comprimido unas tres semanas de progreso esperado en unos pocos días. Sin arriesgarte a dañarte. Has sentado las bases con los ejercicios. Deberías estar muy orgullosa.

—Mejorando más rápido —digo, incapaz de contener mi felicidad. Todavía elijo mis palabras con economía, pero las estoy eligiendo. Las estoy pronunciando.

Kate deja su cuaderno. —A este ritmo, hablarás completamente normal, o tu nueva normalidad, en cuestión de semanas después de tu traslado a Oakwood. Pero no te apresures demasiado, ¿vale? Sé amable contigo misma.

He oído esas palabras antes, y asiento. Pero de alguna manera, siento que mejorar más rápido es ser amable conmigo misma. Hacer

progreso físico y mejorar mi habla me hace sentir menos como una víctima y más como una versión de mí misma.

Mi nueva normalidad, tiene razón.

—Necesito mejorar —digo simplemente.

Es una frase completa.

Es la verdad.

Kate asiente, comprendiendo más de lo que estoy diciendo. —Bueno, sin duda vas por buen camino —recoge sus materiales, mientras nuestra sesión llega a su fin—. ¿Mañana a la misma hora?

Sonrío. —Tengo planes —respiro. ¿Ha sido esa mi primera broma en dos meses?

—Voy a echarte de menos, Amanda —dice—. Si no te importa, quizás me pase a ver cómo te va por allí.

No puedo evitar sonreír ampliamente, aunque cualquier sonrisa más grande que una normal todavía hace que me duela la cicatriz del cuello.

—Por favor —respondo.

Extiende la mano para estrechar la mía, y yo ofrezco mis brazos para un abrazo en su lugar. He hecho mucho trabajo por mi cuenta, pero Kate ha sido increíble manteniéndome en el camino correcto y avanzando en la dirección adecuada.

Yo también voy a echarla de menos.

Después de que Kate se marcha, permanezco sentada en el borde de mi cama, con una extraña energía recorriéndome. Por primera vez desde que desperté en este hospital, siento algo parecido a la esperanza. No solo por encontrar a Sarah, sino por mí misma. Por un futuro más allá de estas paredes. Más allá del terror de aquella noche.

Alcanzo el cuaderno de nuevo y contemplo las palabras, formándoseme un nudo en la garganta que no tiene nada que ver con mi lesión. Hoy, puedo comenzar a imaginar una vida después de esto. No la misma vida, nunca eso, pero algo por lo que vale la pena luchar, sin embargo.

Cuando llega la bandeja del almuerzo, la enfermera parece sorprendida de encontrarme erguida, alerta, casi radiante en comparación con mi habitual conservación cuidadosa de energía.

—Alguien está teniendo un buen día —observa, colocando la bandeja en la mesita de noche.

—Es cierto —coincido. Es difícil creer que pueda ser positiva, a pesar de todo, pero mi positividad, mi creencia de que puedo mejorar, es necesaria. Tengo que estar mejor para poder ayudar a Sarah.

Después del almuerzo, abro la bolsa de lona medio empacada que mamá trajo la semana pasada. Añado el cuaderno a mi bolsa, guardándolo cuidadosamente entre capas de ropa. Cada detalle que he escrito vendrá conmigo a Oakwood: el sonido del motor del camión, la sensación de la venda en los ojos, el agua en la distancia.

Más cerca de donde nos llevaron. Más cerca, quizás, de donde Sarah todavía está esperando ser encontrada.

Mientras espero a que llegue mamá, repaso la lista final de alta que me dejó el Dr. Miles. El hospital se encargará de organizar la variedad de medicamentos que debo llevar a Oakwood. Las citas ya están programadas con mis nuevos terapeutas allí. Hay un mapa de las instalaciones con mi habitación marcada en azul. Mi propia habitación. No una habitación de hospital, sino algo más cercano a lo normal. Un paso hacia lo que sea que la vida parezca después de todo esto. Me han dado un folleto con algunas fotos, y se ve exactamente como me lo imaginaba: un hospital que intenta no parecer un hospital.

La cama es de un tipo de madera brillante que no parece real, y el escritorio y la mesa son tan básicos que estoy bastante segura de que tienen exactamente las mismas unidades en cada habitación de cada centro de rehabilitación, no solo en Oakwood. La moqueta es azul, las paredes son beige, y la vista desde mi habitación no da al bosque.

Respiro hondo, me tranquilizo y meto el folleto en la bolsa.

Luego practico levantarme y sentarme con suavidad, sin usar las manos como apoyo. Arriba, abajo. Arriba, abajo. Mañana cuando llegue el transporte de Oakwood, quiero salir de aquí por mi propio pie. Sin silla de ruedas. Sin el brazo de apoyo de la enfermera. Solo yo, de pie sobre mis propios pies, enfrentando lo que venga después.

Unas voces en el pasillo llaman mi atención: los tonos familiares de mamá mezclados con otros que no puedo identificar de inmediato. Debe haberse encontrado con personal del hospital en su camino.

Me muevo hacia la puerta, lista para sorprenderla con mi nueva movilidad, mi dicción más clara. Lista para ver su cara iluminarse con la misma esperanza que estoy sintiendo.

Pero cuando abro la puerta, las voces se silencian. Mamá está de pie en el pasillo, con la cara pálida y los ojos enrojecidos. A su lado está el detective Barnes, su expresión cuidadosamente neutral de esa manera que significa malas noticias. Y junto a él, Suki, aferrándose a su omnipresente bolso como un escudo.

Algo frío me recorre la columna vertebral.

—¿Mamá? —Mi voz, tan clara hace solo unos momentos, se quiebra en la única sílaba.

El rostro de mamá se desmorona al oír mi voz.

—Oh, Amanda —susurra, y alarga la mano hacia la mía.

Retrocedo, alejándome de lo que sea que hayan venido a decirme.

—No —digo, aunque todavía no sé qué estoy rechazando. Solo que no lo quiero. No puedo aceptarlo. No hoy. No cuando acabo de empezar a sentirme como yo misma de nuevo.

Barnes da un paso adelante, su voz medida pero firme.

—Amanda, ¿por qué no entramos y nos sentamos?

Pero no me muevo. No puedo moverme. Mis piernas, tan firmes hace solo unos minutos, ahora siento como si pudieran ceder bajo mi peso.

—Dímelo —exijo, mi voz una ronca aproximación de la claridad que había logrado antes.

—Por favor —dice mamá—. Siéntate, cariño.

Es la forma en que lo dice lo que me hace obedecer. La forma en que tiembla. La forma en que sus manos se agarran tan fuertemente frente a ella que sus nudillos se blanquean. Me subo a la cama, acercando las rodillas al pecho.

Ella sabe lo que viene, pero no lo dice.

Barnes lo hace.

—Amanda, lamento mucho decirte que hemos encontrado a Sarah.

Por un respiro, un latido del corazón, la esperanza surge a través de mí, salvaje y desesperada. La han encontrado.

Aunque ya lo sé.

Lo sé por la forma en que todos me miran como si estuviera a punto de hacerme pedazos.

Lo supe tan pronto como llegaron, sin avisar, en masa.

El mundo se inclina bruscamente. Mi mano libre encuentra el marco de la cama, agarrándolo para apoyarme.

—Lo siento mucho —dice Suki, y su voz vacila.

Barnes se acerca más, sus manos firmes, su presencia sólida.

—Sé que esto es increíblemente difícil...

—No —digo de nuevo, con más fuerza esta vez—. No, eso no es... estáis equivocados. Están equivocados.

Las palabras son demasiado para mí.

Mamá da un paso hacia mí, con lágrimas corriendo libremente por su cara ahora.

—Cariño —comienza, pero la interrumpo.

—¡No! —La palabra sale desgarrada de mi garganta, un grito que envía un dolor punzante a través de mi herida en curación.

Barnes se acerca más, sus manos firmes, listo para atraparme si me caigo de la cama.

—¡Es un error! —insisto, retrocediendo más hacia mi habitación, alejándome de sus caras comprensivas, su terrible certeza—. ¡Es un error!

Pero lo sé.

Siempre lo he sabido.

Sarah no escapó. Sarah nunca iba a escapar. No después de lo que oí esa noche. No después de lo que él le hizo.

No después de lo que me hizo.

Mi respiración se vuelve entrecortada y jadeante, y desearía tener otra vez el tubo de traqueotomía para que lo hiciera por mí. Desearía estar medicada, no tener que escuchar esto.

Levanto la mirada hacia los ojos tristes pero firmes de Barnes.

—¿Dónde? —pregunto, como si importara. Débilmente, con la energía abandonándome tan repentinamente como llegó—. ¿Dónde la han encontrado?

Estas no son las frases que quería pronunciar.

No es para esto para lo que quería mi voz.

No es justo.

—Cerca de la antigua planta de procesamiento químico Marshall —dice con suavidad—. A veinticinco kilómetros de donde os secuestraron a las dos.

Mi estómago se retuerce.

—Amanda, no la habríamos encontrado sin ti.

Las palabras me golpean más fuerte de lo que esperaba.

—Ese olor a azufre que describiste. Eso, junto con el sonido del agua que oíste, nos condujo al lugar. El arroyo Marshall pasa por allí. —Hace una pausa, dándome un momento para procesarlo—. Tus recuerdos nos pusieron en la pista correcta.

Me aferro con más fuerza al marco de la cama. Debería sentirme aliviada. Ayudé. Les di algo útil.

Entonces, ¿por qué siento que es culpa mía?

El arroyo. El agua que escuché aquella noche. La mantuvo cerca de donde nos atacó. Todo este tiempo, Sarah estuvo allí, a solo

veinticinco kilómetros del claro, mientras yo yacía en esta cama de hospital, curándome demasiado lentamente.

—¿Cómo? —La pregunta me desgarra la garganta.

El detective duda, mirando a mamá.

—Dímelo —insisto.

—El forense aún está determinando la causa exacta de la muerte —dice Barnes con cautela—. Debido al tiempo que ha pasado... la mayor parte de las pruebas forenses se han visto comprometidas. Hay muchas cosas que no podemos saber con certeza.

El significado me inunda.

Debido al tiempo que ha pasado.

Han sido semanas, entonces. Tal vez esa misma noche.

Quizás cuando me encontraron en la carretera, sangrando pero viva, Sarah ya se había ido.

Solo puedo imaginar lo peor.

Sarah, sola y asustada, sufriendo hasta el final.

Un sonido escapa de mí. No un sollozo ni un grito, sino algo más primario. Un lamento agudo que parece venir de algún lugar profundo en mi interior, un lugar intacto después de semanas de cuidadosa terapia y recuperación.

Mamá me rodea con sus brazos, atrayéndome hacia ella. Sus lágrimas caen sobre mi pelo mientras me mece como a una niña.

—Lo siento —susurra, una y otra vez—. Lo siento muchísimo.

Pero su consuelo no puede alcanzarme. Estoy cayendo por el espacio, desconectada de todo lo que creía saber. De la esperanza que había estado creciendo dentro de mí durante todo el día. Del futuro que acababa de empezar a imaginar.

Sarah se ha ido.

Sarah se ha ido desde el principio.

Toda mi determinación, todo mi progreso, todos mis intentos desesperados por recuperarme lo suficientemente rápido para ayudar a encontrarla. Nada de eso importó. Llegué demasiado tarde desde el principio.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

—Amanda, llevamos cuarenta minutos sentadas aquí, y has dicho exactamente doce palabras.

Me quedo mirando el patrón geométrico de la alfombra, contando los diamantes azules que forman filas imperfectas por toda la consulta de la Dra. Harriet Craig. Cuarenta y dos diamantes desde la puerta hasta la ventana. Veintisiete desde su escritorio hasta el sofá donde estoy sentada. Su voz es suave pero firme, el mismo tono que ha usado durante las últimas ocho semanas.

Ocho semanas en Oakwood.

Ocho semanas mirando diferentes paredes, diferentes alfombras, diferentes rostros preocupados.

Cinco semanas desde el funeral de Sarah.

—Amanda, he notado que hablas menos de lo que podrías —continúa la Dra. Craig—. Tu logopeda me dice que físicamente eres capaz de hablar más de lo que lo has estado haciendo. Me pregunto si hay algo más que te lo impide.

Levanto brevemente la mirada para encontrarme con la suya, luego vuelvo a contar diamantes. La Dra. Craig probablemente tiene unos cuarenta años, con pelo negro corto que enmarca su rostro en una pulcra media melena. Lleva maquillaje mínimo y joyas sencillas; hoy son pequeños pendientes de perlas y un reloj plateado. Nada ostentoso. Nada que distraiga. Todo en ella está precisamente calibrado para crear un ambiente de calma y concentración.

Lo odio.

Odio la serenidad calculada de su consulta, con sus elegantes paisajes de acuarela y plantas estratégicamente colocadas.

Odio la forma en que me observa con paciente expectación.

Pero sobre todo, odio estar aquí, realizando ejercicios que ya no tienen ningún propósito.

Cada técnica de respiración, cada frase cuidadosamente construida, cada paso por el pasillo sin que me fallen las piernas.

Todo eso estaba destinado a ayudarme a fortalecerme lo suficiente para encontrar a Sarah. Para salvarla. Para traerla a casa. Eso era lo único que importaba, la única razón para superar el dolor, el miedo y el agotador trabajo de recuperación.

Pero Sarah ya no está. Nunca ha estado. Todas esas semanas luchando por mejorar, forzando palabras a través de mi garganta dañada, diciéndome a mí misma que cada pequeña victoria me acercaba más a encontrarla. Todo fue en vano. Ya estaba muerta mientras yo yacía en una cama de hospital, soñando con rescatarla. Mientras los médicos me curaban y los terapeutas me devolvían a la vida, Sarah yacía fría bajo tierra, fuera del alcance de cualquier ayuda.

Entonces, ¿cuál es el sentido de todo esto ahora? Los ejercicios de respiración. Las estrategias de afrontamiento. Los hitos sin sentido.

Eran peldaños para encontrar a Sarah, y ahora no conducen a ninguna parte.

—¿Preferirías escribir hoy? —pregunta, deslizando un bloc de notas hacia mí.

—No. —Trece palabras ahora. Mi voz todavía mantiene esa cualidad áspera, como papel de lija sobre piedra, pero ya no duele. No físicamente, al menos.

La Dra. Craig espera, su quietud una especie de presión. Se le da bien esto, el silencio estratégico que extrae palabras de pacientes reticentes. Normalmente, yo soy la primera en ceder. Hoy, respondo a su quietud con la mía propia.

Después de lo que parece una eternidad, suspira quedamente. —Amanda, comprendo que la muerte de Sarah ha cambiado tu perspectiva sobre la recuperación. El propósito que tenías antes ha desaparecido. Es una pérdida devastadora que se suma a una experiencia ya traumática.

Me estremezco al oír el nombre de Sarah. Dos meses no son suficientes para atenuar ese dolor particular.

Quizás sea psíquica además de psicóloga. Puede simplemente leer mi mente, anotar cualquier pensamiento roto que encuentre allí,

y ambas podemos dejar de fingir que esto está ayudando.

Podría pasar directamente a los diagnósticos, las etiquetas, las pulcras cajitas donde archivarme. Traumatizada. Dañada. Superviviente sin razón para sobrevivir.

—Pero negarte a participar en la terapia no está honrando su memoria —la Dra. Craig no cede—. No te está ayudando a procesar lo que ocurrió. Y desde luego no está ayudando a atrapar al hombre que os hizo esto a las dos.

Mis dedos se clavan en el material blando del sofá. Sabe exactamente qué botones pulsar. En nuestras primeras sesiones, cuando aún estaba conmocionada por el funeral, todavía entumecida por el shock, le había contado cómo no podía entender por qué yo había sobrevivido y Sarah no. Lo injusto que parecía. Lo culpable que me sentía, aunque lógicamente sabía que no era mi culpa.

—Estoy cansada —digo. Quince palabras ahora.

—Lo sé. —La voz de la Dra. Craig se suaviza ligeramente—. El duelo es agotador. El trauma es agotador. La recuperación es agotadora. Pero llevas dos meses en Oakwood, y estamos avanzando muy lentamente.

Levanto los ojos para encontrarme con los suyos de nuevo, esta vez durante más tiempo. —¿Y qué?

La Dra. Craig mantiene mi mirada. —Pues que la trayectoria de recuperación que proyectamos inicialmente se ha estancado. Tu terapia física progresa, pero psicológicamente, estás atascada.

—Quizás esta sea quien soy ahora. —Dieciocho, diecinueve, hasta veinticinco palabras. Voy lanzada.

—No. —La Dra. Craig niega con firmeza—. Esta no eres tú. Es quien el trauma te ha hecho temporalmente. Hay una diferencia.

Aparto la mirada, centrándome en la ventana detrás de su escritorio. Los terrenos del Centro de Rehabilitación Oakwood se extienden con una perfección cuidadosamente paisajística: céspedes bien cuidados, arbustos floridos, senderos sinuosos donde los pacientes practican caminar de nuevo, hablar de nuevo, vivir de nuevo. Desde el despacho de la Dra. Craig en el segundo piso,

puedo ver justo el borde del bosque que delimita la propiedad por el este.

Bosque. Mi pecho se oprime, la garganta se me contrae. Me obligo a desviar la mirada.

—La policía ha preguntado por entrevistarte de nuevo —dice la Dra. Craig con naturalidad, demasiada naturalidad—. Tienen nueva información que quieren comentar contigo.

Esto capta mi atención a pesar de mí misma. —¿Qué información?

—No tengo esos detalles. —Toma nota en su bloc—. Pero el detective Barnes solicitó específicamente hablar contigo. Le dije que necesitaría evaluar si estás preparada para ese tipo de conversación.

—¿Y lo estoy? —La pregunta sale más cortante de lo que pretendía.

—¿Lo estás? —responde la Dra. Craig—. Una entrevista requeriría compromiso, Amanda. Participación activa. Comunicación verbal. Sería difícil.

—Puedo manejar lo difícil. —Veintinueve palabras ahora. No, espera, treinta. He perdido la cuenta.

—¿Puedes? —Se inclina ligeramente hacia delante—. Porque por lo que he observado durante las últimas ocho semanas, has estado evitando lo *difícil*. Has estado siguiendo los movimientos en la terapia física, asistiendo a tus sesiones aquí pero apenas participando, manteniendo las interacciones con otros residentes al mínimo.

Cada observación cae como una pequeña bofetada. Cierto, todo ello, pero sigue siendo doloroso de escuchar.

—Eso no es justo —digo, con la voz entrecortada—. Hablo con Ellie.

Ellie, mi única amiga en Oakwood. Diecisiete años, recuperándose de una lesión cerebral traumática tras un accidente de coche. No presiona, no hace preguntas. No me mira con ojos compasivos.

Simplemente se sienta conmigo a veces, compartiendo un silencio que no se siente como si me ahogara.

—Sí, lo haces —reconoce la Dra. Craig—. Lo que me dice que eres capaz de más conexión de la que te estás permitiendo.

Tiro de un hilo suelto en mi manga. La ropa que mamá trajo de casa me queda holgada ahora. No he estado comiendo lo suficiente. Otro fracaso que añadir a la lista.

—Amanda —la voz de la Dra. Craig se suaviza aún más—, cuando llegaste a Oakwood, todavía estabas en shock por lo de Sarah. Nadie esperaba que te lanzaras a la terapia entonces. Pero han pasado dos meses, y has construido muros en lugar de puentes.

Cierro los ojos, de repente cansada de una manera que va más allá de lo físico. Recuerdo los primeros días después del funeral: el entumecimiento, la desconexión, como si me estuviera observando a mí misma desde una gran distancia. Recuerdo el rostro preocupado de mamá, los torpes intentos de consuelo de Paul. Joyce, con los ojos vacíos y disminuida, cogiéndome la mano junto a la tumba.

—No sé cómo hacer esto —susurro, la confesión se me escapa antes de poder contenerla. Treinta y siete palabras ahora—. No sé cómo mejorar cuando ella no puede.

La Dra. Craig no responde inmediatamente, dando espacio a las palabras para que existan entre nosotras. Cuando finalmente habla, su voz tiene una cualidad diferente: menos clínica, más humana.

—La recuperación no es una traición, Amanda. Sarah no querría verte atascada en este lugar intermedio.

—Usted no la conocía —digo, un destello de ira cortando la niebla—. No sabe lo que ella querría.

—Tienes razón, no la conocía —admite la Dra. Craig—. Pero sé algo sobre los supervivientes. Y sé que honrar a quienes hemos perdido raramente significa sacrificar nuestras propias vidas.

—No estoy... —empiezo a protestar. Pero ¿no es exactamente eso lo que he estado haciendo? No vivir, solo existir. Seguir los movimientos sin propósito ni dirección.

—La policía cree que tu testimonio todavía podría ayudar en la investigación —dice la Dra. Craig después de un momento—. La información que proporcionaste antes, sobre el olor químico, sobre que te llamara Maggie. Ha llevado a nuevas pistas.

Maggie. El nombre me golpea como agua fría. Quizás porque es la única parte de aquella noche que todavía se siente como un misterio.

—¿Qué han encontrado?

La Dra. Craig sacude la cabeza. —No dispongo de esos detalles. Pero si quieres averiguarlo, tendrás que estar preparada para esa conversación. —Mira el reloj—. Nuestro tiempo casi ha terminado por hoy. Para la próxima sesión, me gustaría que pensaras en cómo podría ser la recuperación si la separas de Sarah.

Frunzo el ceño. —¿Qué significa eso?

—Significa encontrar una razón para sanar que no tenga que ver con ella. Algo solo para ti. —Cierra su cuaderno—. Hablaremos de ello mañana.

Mientras me levanto para irme, con las piernas más firmes que hace semanas, la voz más fuerte, pero el espíritu aún roto, la Dra. Craig añade: —¿Y Amanda? Has pronunciado casi ochenta palabras hoy. No es mucho, pero es más que en la última sesión. Eso es progreso, quieras reconocerlo o no.

No respondo. No le digo que yo también he estado contando.

Fuera de su despacho, el pasillo se extiende largo y luminoso, con ventanas que alternan con puertas de otras oficinas, otras salas de terapia. Mi habitación está en el ala este, a cinco minutos caminando desde aquí. He memorizado la distribución de Oakwood igual que una vez memoricé el patrón del papel pintado color moratón de mi habitación en casa. Cartografiar espacios se ha convertido en un hábito, una forma de sentir control en un mundo incontrolable.

—¿Amanda?

Me giro y veo a Ellie apoyada contra la pared, claramente esperándome. Se ha recogido sus rizos oscuros en una coleta

despeinada que no intenta ocultar la cicatriz aún en proceso de curación que recorre su sien izquierda. Hay algo inquietante y a la vez admirable en cómo muestra su trauma tan abiertamente. Mientras tanto, yo he estado coleccionando bufandas. Tengo quince ahora, de varios patrones y materiales; no son mi estilo, pero necesito algo para cubrir la cicatriz de quince centímetros que él dejó en mi cuello.

Ellie sonríe, una expresión ligeramente asimétrica debido al daño nervioso en un lado de su cara.

—Hola —digo—. No tenías que esperarme.

—La terapia de grupo terminó antes. —Se encoge de hombros—. Pensé que podríamos volver juntas.

Ellie no habla de sus sesiones de terapia, y yo no hablo de las mías. Es nuestro acuerdo tácito: existimos solo en tiempo presente, sin pasado, sin futuro. Solo ahora, solo aquí.

Caminamos en un silencio agradable por el pasillo, pasando junto a las altas ventanas que dan a los jardines. Es julio ahora, pleno verano. El mundo estalla de color y vida fuera de estos muros.

La semana que viene habría sido el cumpleaños de Sarah. Nunca llegó a los diecisiete. Cuando yo los cumplí, una semana después de su funeral, no sentí ganas de celebrarlo.

—¿Estás bien? —pregunta Ellie, notando mi expresión.

—Solo pensando —respondo.

Asiente, sin presionar más.

Hacemos esto. Pensamos. Hay mucho en qué pensar, y mucho que evitar pensar.

Ellie intenta cambiar de tema.

—Han puesto el programa para la noche de cine. Alguna cosa de superhéroes.

—No tengo muchas ganas —digo automáticamente, la misma respuesta que he dado a cada invitación durante las últimas ocho semanas.

—Sí, lo imaginaba. —Ellie suena resignada pero no sorprendida —. La oferta sigue en pie, de todos modos.

Llegamos a la bifurcación del pasillo donde nuestros caminos se separan. Su habitación está en el ala oeste, frente a la sala común donde los residentes a veces se reúnen por las tardes. He evitado esas reuniones. Prefiero estar sola en mi habitación.

—Gracias —digo, sintiéndolo de verdad. La tranquila compañía de Ellie ha sido lo único que hace que Oakwood sea soportable.

Me hace un pequeño gesto con la mano y gira a la izquierda mientras yo continúo a la derecha, siguiendo sola por el pasillo que lleva a mi habitación. Cada puerta que paso pertenece a alguien más que trabaja en su propia recuperación: de infartos, accidentes, violencia. Todos estamos rotos de diferentes maneras, todos intentando encontrar nuestro camino de vuelta a alguna versión de la normalidad.

Mi habitación en Oakwood es más agradable que la del hospital: una cama individual con una colcha azul, un pequeño escritorio bajo la ventana, una cómoda para mi ropa y un baño privado que no tengo que compartir. Las paredes están pintadas de un beige suave en lugar del blanco institucional. Hay suficientes toques personales para que parezca menos transitorio: fotos de casa, libros en la mesita de noche, la manta que mamá trajo de mi dormitorio.

Pero sigue sin ser mi hogar. Sigue sin ser donde debería estar.

Me siento en el borde de la cama, mirando la foto enmarcada de Sarah y yo que mamá colocó en mi mesita cuando llegué. Estamos riendo, con las cabezas inclinadas la una hacia la otra, su brazo sobre mis hombros. Fue tomada el verano pasado, antes de que todo cambiara. Antes del bosque y el cuchillo y la oscuridad.

Cojo el marco, trazando la cara de Sarah con la punta del dedo. Se ve tan viva, tan presente, su sonrisa lo suficientemente brillante como para iluminar los rincones más oscuros. ¿Cómo puede alguien tan vital simplemente desaparecer? ¿Cómo puede el mundo seguir girando sin ella en él?

—¿Amanda?

Es Deborah, una de las enfermeras de mi planta. No es exactamente como David del hospital, pero hay una firmeza similar en ella que hace la transición un poco más fácil.

—Tiene visita.

Frunzo el ceño. Es temprano para mamá y Paul. Mamá no empezará su baja por maternidad hasta finales de semana, cuando la escuela cierre por verano. Podría haber terminado hace semanas, pero con todo el tiempo que se tomó cuando yo estaba primero... Justo después del...

Con todo el tiempo que perdió, no quería dejar la escuela con falta de personal al final del curso. Y con el bebé que no nacerá hasta finales de agosto, insistió en que podía aguantar hasta las vacaciones de verano.

Aun así vienen todas las tardes. Los dos, aunque Paul a veces solo deja a mamá en la entrada. Cuando entra, se mantiene al margen de las conversaciones, con las manos en los bolsillos, mirando por la habitación como si buscara una vía de escape. Después de todos estos meses, todavía no sabe cómo hablar conmigo, y yo todavía no sé cómo permitírselo.

Me pregunto por los "y si" con más frecuencia estos días. Si nada de esto hubiera ocurrido. Si Sarah y yo hubiéramos ido directamente a casa aquella tarde. Si nunca hubiera pasado semanas con un tubo respirando por mí, aprendiendo a comunicarme de nuevo. Si las cosas hubieran sido diferentes, ¿Paul y yo nos habríamos entendido a estas alturas? ¿Habríamos encontrado algún terreno común, algún lenguaje que no se sintiera como si estuviéramos traduciendo de diferentes lenguas maternas? ¿O siempre estuvimos destinados a ser satélites incómodos orbitando el mundo de mamá, conectados pero sin llegar a tocarnos?

La ironía no se me escapa. He pasado meses centrada en recuperar mi voz, en hacerme oír y entender. Sin embargo, aquí estamos, Paul y yo, perfectamente capaces de hablar pero comunicándonos con encogimientos de hombros y miradas esquivas, con frases que se desvanecen en el silencio.

Joyce es mi única otra visitante. Ha venido un puñado de veces. Estoy segura de que verme sigue siendo difícil para ella, un recordatorio de lo que ha perdido mientras yo sobreviví. Cada vez que atraviesa esa puerta, la veo armarse de valor, veo cómo sus ojos se detienen en cualquier bufanda que lleve envuelta alrededor de la garganta antes de encontrar mi rostro. Aun así, viene, y lo agradezco. Lo espero con ilusión de una manera que me sorprende, esta conexión forjada en el peor tipo de experiencia compartida.

Una vez vino Oliver con ella, pero no creo que fuera útil para ninguno de nosotros. Se quedó en la puerta, con las manos metidas profundamente en los bolsillos, mirando a todas partes menos a mí. Está pasándolo muy mal. Podía verlo en las ojeras bajo sus ojos, en las uñas mordidas, en cómo se estremeció cuando su madre me tocó la mano.

Pero todos lo estamos. Luchando. Sobreviviendo. Encontrando nuestro camino en un mundo que parece exactamente igual que antes pero no lo es. No para ninguno de nosotros.

Entonces, ¿quién de mis inesperados visitantes será hoy?

—¿Quién es? —pregunto, volviendo a colocar la foto en la mesita de noche.

—El detective Barnes y otro agente —dice Deborah—. Y Suki. Están en la sala de visitas. La Dra. Craig ha aprobado la reunión.

Mi ritmo cardíaco se acelera. ¿Lo ha aprobado? ¿Después de nuestra conversación de antes? ¿Después de decirme que no me estaba implicando lo suficiente?

—Les diré que necesitas un minuto —continúa Deborah cuando no respondo inmediatamente.

—Espera —digo, poniéndome de pie. La decisión se forma mientras hablo—. Iré ahora.

Deborah parece sorprendida pero asiente, retrocediendo para dejarme pasar.

Me veo a mí misma en el pequeño espejo de mi pared: con ojos hundidos pero firmes, el pelo recogido hacia atrás. Mi bufanda se ha deslizado ligeramente, revelando solo un indicio del tejido elevado

debajo, y rápidamente la ajusto más arriba alrededor de mi cuello. Parezco alguien que podría manejar cualquier noticia que esté esperando. Espero serlo.

Siguiéndola por el pasillo, mi mente repasa posibilidades, cada una más urgente que la anterior. Mi pulso se acelera con cada paso, la sangre retumbando en mis oídos como olas del océano.

¿Qué nueva información podrían tener?

¿Ha habido otro ataque?

¿Lo han encontrado, al hombre que le arrebató todo a Sarah y casi me destruye a mí?

Por primera vez desde que supe de la muerte de Sarah, siento que algo rompe el entumecimiento protector con el que me he envuelto. La sensación es casi dolorosa: una emoción aguda e insistente que atraviesa el tejido cicatricial que creía permanente. Me lleva un momento identificar el sentimiento mientras se extiende por mi pecho, brillante y peligroso.

Esperanza.

Y detrás de ella, como una sombra que se alarga con el sol de la tarde, miedo. Porque la esperanza es lo que más duele cuando te la arrebatan. Esperanza es lo que tenía antes de que me dijeran que Sarah se había ido.

Pero sigo caminando. Un pie delante del otro, hacia lo que sea que me espera en la sala de visitas. Hacia cualquier verdad que me hayan traído hoy.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

La sala de estar está diseñada para dar sensación de comodidad e informalidad: sillones mullidos, mesas de café con revistas apiladas, plantas en macetas en rincones soleados. Han acordonado la zona para mi reunión con la policía hoy, lo que le quita ese ambiente hogareño. Aun así, la sala tiene un ambiente diferente al entorno austero del hospital donde hablé por última vez con el detective Barnes.

Barnes está sentado cerca de la ventana, con una postura tensa a pesar del entorno. Se levanta ligeramente para estrecharme la mano cuando llego. Con él están la detective Reid de Delitos Graves, a quien conocí en la planta, y Suki de Atención a Víctimas, a quien he visto cada par de semanas desde que me mudé aquí.

Suki ha estado supervisando mi progreso, pero siempre sin actualizaciones sobre el caso. Nuestras sesiones han desarrollado un ritmo: preguntas cuidadosas, respuestas medidas, garantías de que la investigación está "en curso". Palabras vacías que han llegado a significar que no está pasando nada. Semana tras semana, el tiempo suspendido en el limbo de no saber. Pero hoy es diferente. La policía no organizaría esta reunión formal, no grabaría nuestra conversación, si algo no hubiera cambiado.

—Amanda —dice Barnes, con auténtica calidez en su saludo—. Voy a colocar la grabadora aquí en la mesa para registrar nuestra conversación, si le parece bien. Gracias por acceder a vernos.

En realidad no he accedido a nada, pero no le corrijo. En su lugar, tomo asiento en un sillón, colocándome de manera que pueda ver tanto a los detectives como la puerta. Es una grabadora de voz digital, esta vez, no un dispositivo de vídeo. En cierto modo, es una señal de cómo han cambiado las cosas. Aun así, llevo la mano a mi bufanda para asegurarme de que todo está bien cubierto.

—Recuerda a la detective Reid —continúa Barnes, señalando a la pelirroja.

—Es bueno verla, Amanda —dice la detective Reid, con voz más suave de lo que recordaba—. ¿Cómo va progresando su recuperación?

—Estoy bien —digo automáticamente. Se ha convertido en mi respuesta predeterminada para todo.

Barnes se aclara la garganta y va directo al grano—. Tenemos algo específico que nos gustaría que viera.

Mi pulso se acelera mientras Barnes alcanza algo junto a su silla y coloca una bolsa de pruebas sellada sobre la mesa de café que nos separa. El plástico cruje mientras la posiciona cuidadosamente. Es opaca, más grande que una bolsa de la compra, más pequeña que una bolsa de basura. Mi mente ya está trabajando a toda velocidad, intentando adivinar qué hay dentro.

Algo enfermizo dentro de mí piensa que es un animal muerto. Un perro, quizás un zorro. No sé por qué mi mente va por ahí, y espero por encima de todo estar equivocada. Es algo irracional de imaginar e intento tranquilizarme.

Suki debe reconocer la conmoción en mi rostro porque pone su mano sobre mi brazo.

—Está bien —dice, aunque no puede leer mi mente y ver las tontas ideas que me preocupan.

Darle las gracias es todo lo que puedo hacer.

Reid se está poniendo cómoda, así que me preparo para una sesión larga, o quizás muy seria.

Mis ojos permanecen fijos en la bolsa, mi corazón golpeando contra mis costillas. Lo que sea que esté dentro se conecta con mi agresión, con la muerte de Sarah, con la misteriosa Maggie. No puedo apartar la mirada, no puedo concentrarme en nada más mientras ese paquete sellado se sienta entre nosotros como una bomba esperando detonar.

Reid me devuelve a la habitación con las siguientes dos palabras que pronuncia.

—El cuerpo de Sarah fue encontrado en los terrenos de la antigua planta de Procesamiento Químico Marshall, como sabe, una instalación que ha estado abandonada durante unos cinco años. Ese olor a sulfuro que describió es consistente con los químicos que solían procesar allí.

El cuerpo de Sarah.

Todo dentro de mí se bloquea. Mi visión se estrecha. La habitación, las voces, el crujido de la bolsa de pruebas, todo se desvanece. Dos palabras. Solo dos palabras, y de repente ya no es Sarah. Es una pieza de evidencia. Un nombre en un informe. Algo para ser catalogado, examinado.

Jadeo, aunque he sabido durante semanas que se ha ido. Algo en escuchar a Reid decirlo de manera tan objetiva hace que todo sea repentina y brutalmente real otra vez. El peso de ello presiona mi pecho, y por un momento no puedo respirar, no puedo pensar, no puedo hacer nada más que sentir el aplastante dolor con el que he estado aprendiendo a vivir.

Solo puedo concentrarme en el paquete frente a mí.

—¿Qué hay en la bolsa? —pregunto, mi voz más firme de lo que esperaba.

Reid y Barnes intercambian una mirada, y luego Reid se inclina ligeramente hacia delante.

—Hemos descubierto que algunos antiguos empleados de Marshall Chemical se trasladaron a una nueva empresa cuando la planta cerró. Estamos centrando nuestra investigación en ese grupo. Necesitamos recopilar todas las pruebas posibles para respaldar nuestra operación. Como parte de la investigación, hemos incautado varios camiones de la nueva fábrica. Dado que las huellas de neumáticos en la escena podrían coincidir con el tipo de camiones utilizados allí, estamos realizando un examen forense en todos ellos para descartarlos. O confirmarlos.

—Y en el proceso —dice Barnes—, creemos que hemos recuperado una chaqueta como la que describió.

Reid continúa—. Roja a cuadros, estilo leñador. Necesitamos que confirme si es la misma antes de proceder con las pruebas forenses.

Mi estómago da un vuelco. La chaqueta. Su chaqueta. La que llevaba cuando nos atrajo. La que veo en cada pesadilla.

Barnes habla con cuidado—. Una vez que la analicemos, es posible que no podamos recuperar todo. Algunos procesos forenses, como los tratamientos químicos para ADN por contacto, pueden degradar las pruebas de rastros. Por eso importa su confirmación.

—¿Amanda? —la voz de Suki me trae de vuelta otra vez—. ¿Está bien con esto? ¿Necesita un descanso?

—No —digo rápidamente—. Estoy bien. Muéstremelo.

Barnes asiente. Alcanza una bolsa que no había notado antes y saca un par de guantes negro mate. Se los coloca con un chasquido, abre un pequeño paquete estéril y saca una hoja crujiente de papel forense, extendiéndola cuidadosamente sobre la mesa. Solo entonces corta el sello de la bolsa de pruebas.

—Debo advertirle que la hemos preservado exactamente como la encontramos, lo que significa...

No termina el pensamiento. En su lugar, agarra el borde de la chaqueta con pinzas y la desliza hacia fuera. El olor golpea al instante. Una ola de cigarrillos rancios, sudor agrio y ese mismo hedor a huevo que había descrito. Todo está ahí, enroscándose en el aire, pesado e inconfundible.

Es repulsivo y cautivador al mismo tiempo.

De repente, no estoy en la sala de visitas de Oakwood. Estoy de pie entre campanillas, escuchando la voz de Sarah a mi lado, viendo ese destello de rojo y negro entre los árboles.

—¿Amanda? —dice Suki, con voz temblorosa—. ¿Necesita un momento?

Me obligo a concentrarme, a respirar por la boca en lugar de por la nariz.

—Estoy bien —logro decir, pero mi voz me traiciona, quebrándose en la segunda palabra.

La chaqueta está entre nosotros. Cuadros rojos y negros, gastada en los codos, exactamente como la recordaba. Mis ojos recorren la tela, confirmando cada detalle que les había dado. El cuello está ligeramente deshilachado. Los puños están manchados más oscuros que el resto.

Entonces noto algo que no había recordado hasta este momento: el bolsillo derecho está rasgado a lo largo de la costura, reparado torpemente con hilo negro grueso. Un detalle que nunca mencioné porque no lo había registrado conscientemente.

—Ese bolsillo —digo suavemente, señalando con un dedo tembloroso—. Estaba roto. Arreglado con hilo negro. Ahora lo recuerdo.

Barnes se inclina hacia delante, su expresión agudizándose—. Nunca mencionó ese detalle en sus declaraciones.

—Acabo de recordarlo —admito—. Pero al verlo...

Reid está tomando notas, su bolígrafo moviéndose rápidamente por su bloc, aunque están grabando todo lo que digo—. Este tipo de detalle específico es extremadamente útil, Amanda. ¿Hay algo más sobre la chaqueta que le llame la atención ahora?

Me obligo a mirar con más cuidado, luchando contra el olor que sigue amenazando con arrastrarme de vuelta a ese día. El olor que es a la vez repulsivo y cautivador en su certeza.

—Esta es su chaqueta —digo, las palabras resonando con una finalidad que puedo sentir en mis huesos—. Lo sé.

—Teníamos dudas porque... —Barnes hace una pausa, como si hubiera algo que pudiera decir que me hiciera sentir peor—. ...no hay rastros de su sangre. A pesar de la herida en su cuello, que habría creado, eh, una gran liberación, potencialmente directamente en dirección al atacante.

Mi respiración se entrecorta en mi garganta y estoy de nuevo allí con sangre burbujeando en mi vía respiratoria.

—Él...

Me detengo.

Nunca lo he dicho.

¿Puedo decírselo ahora?

¿Puedo finalmente pronunciar la palabra?

—Él...

Miro a Suki, y ella sostiene mi mano cuidadosamente.

—Creo que se quitó parte de su ropa. Creo que él...

Mi mano se extiende en un movimiento extraño e instintivo. Estoy buscando la pizarra blanca que no he tenido durante semanas.

Estoy buscando una manera de escribir la palabra que no quiero decir.

Los ojos de Barnes se encuentran con los míos.

—¿Si pudiera contarnos...? —dice ella.

—La violó.

Por fin lo digo, pero no se siente como un alivio. Se siente como una traición.

Ella nunca pudo elegir si alguien sabría lo que le pasó.

Siento la boca sucia.

Reid y Barnes se miran de nuevo, algo cambia en sus expresiones. Veo cómo lo asimilan. Esta nueva información, este detalle del que nunca estuve segura, pero que temía que fuera cierto.

Pero en este momento, algo encaja. Lo sé. No solo lo sospecho. No solo lo temo. Lo sé. La verdad ha estado ahí todo el tiempo, enterrada bajo mi propia negación.

Suki me aprieta la mano.

—Amanda —dice Barnes con cuidado—, esto es muy importante. Dado el estado de los restos de Sarah cuando los encontramos,

después de tantas semanas a la intemperie... no pudimos determinar esto a partir de las pruebas físicas.

La palabra *restos* me provoca arcadas, y Suki se acerca más a mí. Me la había imaginado tumbada en su ataúd, exactamente igual que cuando estaba viva. Oír a Barnes decir '*el cuerpo de Sarah*' ya era bastante malo. Esta palabra me deja destrozada.

Sé que se ha ido.

Sé que está muerta.

Pero esa es solo otra palabra que no quiero decir.

Entonces la comprensión me golpea en la cara. Todo este tiempo, he tenido miedo de decir que la violó, miedo de hacerlo real. *Oí* esos sonidos, esos terribles gritos ahogados, pero una parte de mí esperaba que me equivocara. Que quizás no fuera lo que pensaba. Que había malinterpretado lo que estaba sucediendo en esos momentos antes de perder el conocimiento.

No quería creerlo, igual que no quiero creer que está muerta.

Pero ahora lo entiendo: si no digo esta verdad, nadie sabrá nunca lo que le pasó a Sarah. Su cuerpo no puede decírselo. Solo yo puedo.

Le hago un pequeño gesto afirmativo a Suki, mostrando que quiero continuar.

—¿Oíste cómo la violaba? —pregunta Reid en voz baja—. ¿Durante el ataque?

Asiento, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre mis hombros. Mi testimonio es todo lo que le queda a Sarah ahora. Mi voz es su única oportunidad de obtener justicia.

Lo que no podía contarles. La verdad más oscura que he guardado. Sarah merece que lo sepan, aunque decirlo se sienta como reabrir una herida.

—Pero entonces, ¿no tenéis su ADN? De la... de Sarah... —no puedo terminar la frase. Las palabras se me atascan en la garganta.

La expresión de Barnes se suaviza ligeramente.

—Después de semanas a la intemperie, cualquier ADN estaba demasiado degradado para ser útil. La lluvia, el calor y la actividad

animal descompusieron cualquier cosa que pudiéramos haber recuperado.

Actividad animal.

La habitación se inclina. Mi estómago da un vuelco violento, y por un segundo, creo que voy a vomitar. Mis oídos empiezan a zumbar, ahogando el murmullo de la conversación.

No Sarah. No su cuerpo. No su piel, sus manos, su cara.

Cierro los ojos con fuerza, pero las imágenes llegan de todos modos: restos dispersos, arañados, arrastrados por la tierra, abandonados allí como si no fueran nada.

No era nada. Era Sarah. Era mi mejor amiga.

Un jadeo agudo sale de mi garganta. Suki presiona su mano fría contra la mía, devolviéndome a la realidad. Me obligo a respirar.

Y todo este tiempo, había asumido que la ciencia proporcionaría las respuestas, que hablaría por Sarah cuando yo no pudiera.

Cuando finalmente abro los ojos, Barnes me observa con cuidado. Su voz es más suave cuando habla de nuevo.

—Por eso tu testimonio sobre lo que oíste es tan crucial. Y por qué esta chaqueta... —hace un gesto hacia la bolsa de pruebas— ...podría ser nuestra mejor pista.

Reid añade: —Ahora que la has identificado positivamente, la enviaremos directamente al laboratorio. Si recuperamos ADN, el tuyo, el de Sarah o el de él, será la conexión forense más directa que lo vincule con el ataque.

Mira a Barnes, que asiente. —En cualquier caso, estamos construyendo un caso sólido. Las huellas de los neumáticos, tu testimonio y la huella dactilar parcial que recuperamos de la correa del perro: todo encaja.

—La huella estaba degradada, así que ha llevado tiempo procesarla, pero nos estamos acercando. Si podemos extraer suficientes puntos de datos, fortalecerá nuestro caso contra él —dice Barnes.

Miro fijamente la chaqueta, con el estómago revuelto. Podrían encontrar ADN. Podrían no encontrarlo. De cualquier manera, mis

palabras, mis recuerdos, podrían ser la evidencia más fuerte que tienen.

—Y tu testimonio sobre la agresión sexual es particularmente importante —añade Barnes en voz baja—. Sin eso, no habríamos sabido qué tipos de pruebas o patrones buscar.

Frunzo el ceño, tratando de entender. —¿Entonces, sabéis quién es, y os estáis "acercando"?

Barnes duda solo por un momento antes de responder. —Necesitamos que este caso sea completamente sólido.

Hay algo en la forma en que lo dice: cuidadoso, medido. Como si ya lo supiera pero no estuviera listo para contármelo todavía.

Una nueva determinación fluye a través de mí, cortando la niebla que me ha rodeado desde el funeral de Sarah. Ya no solo estoy sobreviviendo. Estoy luchando.

—¿Qué más necesitáis de mí?

Reid exhala, midiendo sus palabras. —Necesitaremos una declaración más detallada, si hay algo que no nos hayas podido contar previamente.

No es que no quisiera. Es que no podía.

Hasta ahora.

Están cerca. Más cerca de lo que me daba cuenta.

Todas estas semanas, he estado a la deriva, perdida en el dolor y la culpa, mientras la investigación seguía avanzando sin mí. Pero ahora lo veo. Ahora lo entiendo.

Barnes me observa. —Todavía estamos procesando pruebas —dice, con voz medida pero segura—. Pero tu ayuda ha sido invaluable.

—Es posible que necesitemos que mires algunas imágenes, posiblemente para una rueda de reconocimiento fotográfico —dice Reid, con tono cuidadoso—. Si seguimos adelante con ello, traeremos las fotografías aquí, para que puedas revisarlas en un entorno controlado. No tendrías que ir a la comisaría, y absolutamente no tendrías que verlo en persona.

La mano de Suki encuentra mi brazo de nuevo, devolviéndome a tierra. Me alegro de que esté aquí. Me alegro de poder hablar con ella sobre lo que está por venir.

Asiento, enderezando los hombros. —Haré lo que necesitéis.

La voz de Reid se suaviza. —Amanda, entendemos que esto es difícil. Has pasado por un trauma inimaginable, y todavía te estás recuperando. No queremos empujarte más allá de lo que estés preparada.

Levanto la barbilla. —Estoy preparada.

Y lo digo en serio.

Lo digo con la misma fuerza con la que escribí esas palabras en la pizarra, pero ahora, soy más fuerte.

—Necesito hacer esto. —Mi voz no vacila—. Por Sarah.

Después de que se marchan, permanezco en la sala de visitas, mirando por la ventana los jardines cuidados. El olor de esa chaqueta persiste en mis fosas nasales, una presencia fantasmal que no puedo quitarme de encima. Pero en lugar de arrastrarme de vuelta a un recuerdo traumático, ahora alimenta algo diferente.

Están cerca de atraparlo. Cerca de asegurarse de que nunca vuelva a hacer daño a nadie más de la forma en que dañó a Sarah. De la forma en que me hizo daño a mí.

Siento un renovado sentido de propósito. Una determinación que se siente casi extraña después de semanas de simplemente existir.

No tengo ilusiones sobre lo que viene a continuación. Sé que no será fácil. Pero lo haré.

Por Sarah.

Por mí misma.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Después de perderse la entrevista con la policía, mamá insistió en estar aquí para mi próxima sesión de terapia. Sé que se siente culpable por tomarse tiempo libre del trabajo, pero tenía cita con la matrona esta mañana, así que se organizó para venir directamente después.

—Todo va bien —dice con una sonrisa—. Seis semanas más y todo parece perfecto. Últimos días de trabajo y luego estaré oficialmente de baja por maternidad.

Seis semanas. No parece mucho tiempo en absoluto. Para entonces, estará trayendo a casa a mi hermanito, adaptándose a la vida con él. Me pregunto si yo también estaré en casa, o si seguiré aquí, atrapada en el limbo mientras la vida continúa sin mí.

Me he perdido todo su embarazo, primero en el hospital, luego aquí.

Él me quitó eso, igual que me quitó a Sarah.

No es frecuente que mamá venga conmigo a terapia, pero no me importa demasiado. Hoy, en realidad, estoy agradecida. Una parte de mí piensa que quizás podría ayudarle tanto como me ayuda a mí. Quizás más.

—Has estado más implicada estos últimos días —dice la Dra. Craig, inclinándose ligeramente en su silla—. Desde que los detectives trajeron esa chaqueta. Y después de que por fin pudiste verbalizar lo que le pasó a Sarah.

Me tenso inmediatamente, mis hombros elevándose hacia las orejas. Incluso ahora, puedo sentir la vergüenza y la culpa invadirme al recordar haber dicho esas palabras en voz alta. Violación. Por fin lo he dicho.

—¿Cómo te sentiste —pregunta la Dra. Craig con suavidad— al hablar sobre la agresión sexual después de guardártelo por tanto

tiempo?

Cuento los rombos azules en la alfombra. No puedo mirarla. Ahora no. Mamá se mueve incómodamente a mi lado.

—Como si la estuviera traicionando —digo finalmente, con voz apenas audible—. Como si estuviera compartiendo algo privado que ella nunca pudo elegir.

Me cuesta mucho esfuerzo hablar, y no por mi lesión.

—Algo que le pertenecía a ella. —Mis palabras son casi inaudibles.

Tiro del pañuelo de lunares que elegí para hoy, sintiendo el roce de la gasa entre mis dedos.

La Dra. Craig asiente lentamente. —Y sin embargo, también fue algo que tú presenciaste: algo que te traumatizó a ti también.

—No fue lo mismo —insisto—. Le ocurrió a ella, no a mí. Y yo solo oí... ni siquiera estaba segura.

Pero lo estaba, ¿verdad? Siempre lo supe.

—Presenciar violencia contra alguien a quien amas crea su propio trauma —dice la Dra. Craig, imperturbable—. Especialmente cuando te sentiste impotente para detenerlo.

Trago saliva con fuerza contra el nudo que se forma en mi garganta. —Debería haber hecho algo.

—Amanda —dice mamá suavemente, encontrando mi mano—. Estabas herida. Sangrando.

—Pero ser capaz de decirlo ahora —redirige suavemente la Dra. Craig—, de nombrar lo que ocurrió. ¿Ha cambiado algo para ti?

Considero esto, sorprendida al descubrir que sí ha cambiado. —Se siente... menos como un secreto. Más como una prueba. —Hago una pausa y añado—: Pero aún me siento culpable por decirlo.

Me muevo en el sofá de su despacho, consciente de mi madre a mi lado. La Dra. Craig hace una pausa, percibiendo que tengo más que decir.

—Supongo que sí ha cambiado —admito. Hablar todavía no me resulta fácil, pero las palabras fluyen mejor que hace una semana—. Ayudar con la investigación se siente como... hacer algo.

—¿A diferencia de *solo* curarte? —pregunta la Dra. Craig. Hace comillas en el aire alrededor de la palabra '*solo*'.

Asiento. —Curarse se siente pasivo. Como si estuviera esperando a que pase el tiempo. —Miro a mamá—. Pero identificar esa chaqueta se sintió como si realmente estuviera marcando la diferencia.

—Lo estás haciendo —dice mamá suavemente—. Los detectives dijeron que tu ayuda ha sido invaluable.

La Dra. Craig hace una anotación en su bloc. —Eso es un cambio significativo de perspectiva, Amanda. Verte a ti misma como una participante activa en lugar de solo una víctima.

La palabra '*víctima*' todavía me hace estremecer. La odio, cómo me reduce, me define por lo que me ocurrió. Pero la Dra. Craig ha estado intentando ayudarme a recuperar la narrativa, a ver la supervivencia como un proceso activo en lugar de un estado pasivo.

—Lo quiero en prisión —digo simplemente—. Por Sarah. Por su familia.

Mamá alarga la mano y aprieta la mía. Sus ojos brillan por las lágrimas contenidas.

—Joyce llamó ayer —le dice a la Dra. Craig—. Está... bueno, todo lo bien que se puede esperar. Pregunta por Amanda cada vez.

La Dra. Craig asiente. —¿Y cómo se siente respecto a la implicación de Amanda en la investigación? —le pregunta a mamá—. Como madre, debe despertar emociones complicadas.

Mamá respira hondo. —Estoy orgullosa de su fortaleza —dice—. Pero aterrorizada por lo que le cuesta. Cada vez que tiene que revivir eso... —Se detiene, incapaz de terminar.

—Necesito hacer esto —le digo, apretándole la mano—. Soy la única que puede.

—Lo sé —susurra—. Eso es lo que me asusta.

Hay un momento de silencio mientras la Dra. Craig observa nuestra interacción. Ha estado catalogando estos momentos de conexión, señalándolos como evidencia de curación. No solo la mía, sino la de nuestra familia.

—¿Y qué hay de Paul? —pregunta la Dra. Craig—. ¿Cómo está llevando el proceso de recuperación de Amanda?

Mamá aparta brevemente la mirada. —Ha sido... comprensivo. Distante últimamente, pero es su manera de ser. Siempre haciendo recados, manteniéndose ocupado.

No puedo evitar el pequeño resoplido que se me escapa. Mamá me lanza una mirada pero no me contradice. Es lo más cerca que hemos estado de reconocer el elefante en la habitación; Paul nunca ha sabido cómo tratarme, especialmente ahora.

—Estamos trabajando en ello —dice finalmente mamá—. Lo está intentando, a su manera.

La Dra. Craig asiente, haciendo otra anotación. —Apoyar a alguien durante la recuperación de un trauma puede ser difícil para los familiares. A menudo no saben qué decir o hacer.

—Podría empezar por estar presente —murmuro.

Por mucho que me gustaría quejarme de Paul, no puedo evitar recordar que mi propio padre no ha dado la cara durante todo esto.

—Amanda —dice mamá, pero no hay verdadera reprimenda en su tono.

La Dra. Craig mira su reloj. —Nuestro tiempo casi se ha acabado, pero quiero reconocer el progreso que estás haciendo, Amanda. Tu disposición a comprometerte, tanto con la terapia como con la investigación, muestra una resiliencia notable.

No me siento resiliente. Siento que me mantengo unida con cinta adhesiva e hilo. Pero asiento de todos modos, aceptando el cumplido porque parece importante para la Dra. Craig que lo haga.

Al salir de su despacho, mamá me toca el brazo. —¿Comemos hoy en la zona común? —pregunta, esperanzada pero casual—. ¿Antes de que me vaya?

Es algo pequeño, pero sé lo que realmente está preguntando. Cada comida que tomo fuera de mi habitación es una pequeña victoria a sus ojos. Un paso hacia algo que se asemeja a la normalidad.

—Claro —digo—. ¿Por qué no?

La zona común de Oakwood parece más una cafetería elegante que un comedor institucional. Mesas de varios tamaños dispersas por una sala con ventanales altos que dan a los jardines. A esta hora, está medio llena. Principalmente residentes y familiares de visita. La clientela del almuerzo.

Ellie saluda con la mano desde una mesa junto a la ventana cuando entramos. Dudo solo brevemente antes de dirigir a mamá en esa dirección.

—Hola —dice Ellie mientras nos acercamos. Hoy también lleva el pelo recogido. Por un momento deseo poder ser más como ella—. Tú debes ser la madre de Amanda.

—Abby —dice mamá, estrechando la mano de Ellie—. Encantada de conocerte. Amanda te ha mencionado.

—Todo mentiras —dice Ellie con una sonrisa—. Excepto la parte sobre que soy devastadoramente encantadora. Eso es cien por cien exacto.

A pesar de todo, me encuentro sonriendo. Ellie tiene una manera de atravesar la oscuridad sin descartarla. Ella entiende. No lo que me pasó a mí, específicamente, pero lo que es tener tu vida partida en dos por un solo evento. Antes y después.

Recogemos nuestras bandejas de comida, sopa y sándwiches, nada especial, y nos acomodamos en la mesa. Mamá le hace a Ellie preguntas educadas sobre su recuperación, su familia. Conversación normal que se siente a la vez extraña y reconfortante.

—Así que —dice Ellie, volviéndose hacia mí después de un rato—. Pareces diferente hoy. Menos... zombi.

—Ellie —comienza mamá, pero la detengo con un gesto.

—Está bien. Tiene razón. —Tomo un sorbo de agua—. He estado ayudando a la policía con la investigación.

Las cejas de Ellie se disparan hacia arriba. —¿En serio? Eso es intenso.

—Trajeron pruebas para que las identificara —explico—. Una chaqueta que le pertenecía a él. —Solo decirlo en voz alta hace que se me tense la garganta, y tengo el impulso de llevarme la mano al pañuelo, pero sigo adelante. Al menos puedo intentar ser más como Ellie—. Eso ayudó a reducir sus sospechosos.

—Eso es realmente valiente —dice Ellie simplemente.

—O realmente estúpido —replico.

—No —dice firmemente—. Valiente. Hay una diferencia.

Antes de que pueda responder, un miembro del personal se acerca a nuestra mesa. —¿Amanda? Se requiere tu presencia en la sala de visitas. Los detectives Barnes y Reid están aquí para verte.

Mi pulso se acelera. —¿Ahora?

—Sí. Dicen que es importante.

Mamá y yo intercambiamos una mirada. No esperábamos que volvieran tan pronto después de la identificación de la chaqueta. Algo debe haber pasado.

—Iremos enseguida —dice mamá, ya levantándose—. Gracias.

Ellie me hace un gesto de ánimo cuando nos vamos. —Hazme saber si necesitas algo —nos grita.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

La sala de visitas ha sido despejada de nuevo para nuestra reunión. Siento como si se estuviera convirtiendo en mi suite personal. Barnes y Reid están esperando, junto con Suki, quien me dedica una pequeña sonrisa cuando entramos.

—Gracias por venir tan rápido —dice Barnes, indicándonos que nos sentemos—. Necesitamos su ayuda con algo importante para la investigación. Me temo que no podía esperar.

No podía esperar.

Esas palabras envían a mi mente a considerar todas las posibilidades. Me hundo en un sillón, de repente muy consciente de mi respiración, de la forma en que mis manos automáticamente buscan la bufanda alrededor de mi cuello.

Mamá toma asiento a mi lado, con expresión tensa. Suki se mueve deliberadamente, posicionándose a mi otro lado en lugar de frente a mí. El sutil cambio en su elección habitual de asiento no escapa a mi atención.

—Antes de comenzar —dice Suki, con voz calmada—, quiero recordarle que podemos llevar esta conversación al ritmo que usted necesite, Amanda. Si en algún momento quiere que hagamos una pausa, o si necesita un descanso, solo indíquemelo —coloca una botella de agua en la pequeña mesa a mi alcance—. Cualquier reacción que tenga hoy es completamente normal.

Algo en su cuidadosa preparación hace que mi corazón lata más rápido. Se me seca la boca.

—¿Qué ocurre? ¿Han encontrado algo?

Barnes y Reid intercambian una mirada. Luego Barnes se gira hacia mí, con una expresión cuidadosamente controlada pero incapaz de ocultar completamente su entusiasmo.

—Hemos tenido un avance significativo —dice—. Su identificación de la chaqueta, combinada con el olor químico que describió,

confirmó que estábamos buscando en el lugar correcto.

Reid se inclina ligeramente hacia delante. —Le contamos que recuperamos una huella parcial de la correa del perro encontrada con Sarah. Nuestro equipo forense finalmente ha logrado extraer suficientes puntos utilizables. Suficientes para relacionarla con uno de los hombres que hemos estado investigando.

Se me corta la respiración. Esto es. Después de todas estas semanas, una evidencia física real que confirma que el hombre que sospechaban es quien lo hizo. El que lastimó a Sarah. El que casi me mata.

—Lo que necesitamos de usted hoy —continúa Barnes—, es que mire algunas fotografías. Nos gustaría que nos dijera si reconoce al hombre que la atacó a usted y a Sarah.

La habitación parece inclinarse ligeramente, luego se endereza, como un barco en una tormenta. Mi visión se estrecha, enfocándose en el rostro de Barnes.

La mano de Suki descansa suavemente sobre mi antebrazo. —Respire profundamente, Amanda —murmura—. Inhale por la nariz, exhale por la boca.

Sigo sus instrucciones automáticamente, la simple técnica sirviéndome de ancla cuando siento que podría flotar lejos por la conmoción.

—Nos gustaría que mirara una rueda de reconocimiento de seis hombres —dice Reid, sacando una carpeta de su maletín—. La persona que la atacó puede o no estar entre estas fotografías. Tómese su tiempo y no se sienta presionada a hacer una identificación si no está segura.

Mamá frota su pulgar sobre mis nudillos. —¿Te sientes capaz de hacer esto? —pregunta en voz baja.

Asiento, de repente incapaz de hablar. Después de todas estas semanas de pesadillas, finalmente podría ver su rostro otra vez. Deliberadamente esta vez, no en fragmentos de memoria traumática.

Reid abre la carpeta y coloca seis fotografías sobre la mesa frente a mí. Seis hombres, similares en edad y apariencia general, todos con la misma expresión neutral mirando a la cámara.

Mis ojos se desplazan mecánicamente por ellas. El primero. No. El segundo. No. El tercero.

Mi corazón se detiene.

Ahí está. La cara rojiza con barba incipiente, los ojos pálidos que me miraron con tal vacío. Su rostro está grabado en mi memoria.

Mi dedo tiembla mientras señalo la tercera fotografía.

—Es él.

Barnes y Reid intercambian una mirada.

—¿Qué nivel de confianza tiene de que este es el mismo hombre? —pregunta Barnes.

—Cien por cien —digo, con voz más firme de lo que me siento.

Reid toma nota, su bolígrafo rasgando su libreta. —Gracias, Amanda. Esto es increíblemente útil.

—¿Qué ocurre ahora? —pregunta Mamá, con voz ligeramente temblorosa.

Miro fijamente la fotografía, el rostro que me ha atormentado durante meses. Parece tan ordinario. No un monstruo, solo un hombre. ¿Cómo puede alguien capaz de tal crueldad parecer tan normal?

—Su identificación es una pieza importante de evidencia —explica Barnes—. Pero necesitamos más antes de poder realizar una detención. Estamos acelerando los resultados de ADN de la chaqueta que identificó. Una vez que tengamos una coincidencia, será suficiente para seguir adelante.

Reid vacila. —Hay algo más. Hemos registrado la casa del sospechoso.

Mi mente gira, captando un detalle que casi pasé por alto. —¿Ya registraron su casa? ¿Mientras él sigue... ahí fuera? —El pensamiento me produce escalofríos—. ¿Y si descubre que van tras él?

—Fue un registro limitado —aclara Barnes—. No tiene idea de que sospechamos de él. Los agentes realizaron vigilancia mientras un pequeño equipo ejecutaba la orden cuando él estaba en el trabajo.

—¿Limitado? —repito, con el pulso acelerándose.

Reid asiente. —En esta etapa, no podemos realizar un registro completo de su hogar sin una confirmación forense más sólida, pero podemos incautar elementos específicos relacionados con el caso.

La voz de Barnes baja. —Y lo hicimos.

Saca de su maletín una bolsa de pruebas. Dentro hay lo que parece ser una fotografía en un simple marco de madera.

—Encontramos esto en su dormitorio —dice Barnes, con los ojos fijos en mi rostro—. Parece ser una fotografía suya, Amanda.

Una ola fría se estrella sobre mí. Mi respiración se corta en mi garganta. —¿Qué?

Barnes saca cuidadosamente la fotografía de la bolsa de pruebas, sosteniéndola por los bordes. La coloca en la mesa de café entre nosotros.

—Esto podría ser significativo para establecer el móvil —dice Reid en voz baja—. La tenía expuesta prominentemente sobre su mesita de noche. Creemos que podría explicar por qué la eligió específicamente a usted.

Me inclino hacia delante, con el corazón acelerado. Mis dedos instintivamente buscan mi cicatriz, trazando su longitud a través de mi bufanda. La fotografía muestra a una adolescente con cabello castaño claro y piel pálida. Está de pie frente a lo que parece un lago o embalse, sonriendo torpemente a la cámara. Lleva una camiseta azul lisa y vaqueros, con los brazos cruzados con timidez sobre el pecho.

Miro fijamente la imagen, incapaz de dar sentido a lo que estoy viendo. Es como mirarme en un espejo, pero algo no está del todo bien. El escenario no me resulta familiar. La ropa no es mía. La chica tiene mi cara, mi coloración, mi constitución, pero algo no encaja, como verse a uno mismo en un sueño.

Nunca he posado para esta fotografía.

—No... —comienzo, pero las palabras mueren en mi garganta.

Mi mente corre, tratando desesperadamente de ubicar cuándo podría haberse tomado esto, dónde podría haberse tomado. Pero no hay nada. Ningún recuerdo, ningún reconocimiento, solo una inquietante sensación de extrañeza que me pone la piel de gallina.

—¿Cuándo se tomó esto? —pregunta Barnes suavemente—. ¿Lo recuerda?

Antes de que pueda responder, Mamá toma la fotografía, sus movimientos rígidos por la tensión. Sus manos tiemblan visiblemente mientras la levanta para mirarla más de cerca. La estudia intensamente, su expresión transformándose de confusión a algo más, algo que habría hecho que los monitores del hospital se volvieran locos si estuvieran conectados a mí en este momento.

El tiempo parece ralentizarse mientras observo su rostro. Conozco cada mínimo cambio en sus expresiones, los he catalogado toda mi vida. Esta, esta de ojos abiertos y rostro pálido por la conmoción, es una que rara vez he visto. Mi pulso retumba en mis oídos, ahogando todo excepto el sonido de mi propia respiración entrecortada.

—¿Señora Gray? —pregunta Reid—. ¿Reconoce cuándo podría haberse tomado esto?

La habitación queda en silencio mientras Mamá continúa mirando la fotografía. Cuando finalmente levanta la mirada, su rostro está pálido, sus ojos abiertos por la conmoción.

Mira de la fotografía a mí y de vuelta, como confirmando algo increíble.

—Esta no es Amanda —dice.

Los detectives intercambian miradas confusas.

—¿Está segura? —pregunta Barnes—. El parecido es...

—Esta no es mi hija —repite Mamá, con voz más firme ahora, llena de una certeza absoluta que silencia a todos en la habitación.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Las palabras '*Esta no es mi hija*' quedan suspendidas en el aire, tan definitivas que parecen alterar la atmósfera de la habitación.

Barnes y Reid intercambian miradas desconcertadas.

—Señora Gray —dice Barnes con cautela—, el parecido es extraordinario.

—Soy su madre —dice mamá con voz firme—. Creo que lo sabría.

—Detective —dice Suki, con voz tranquila pero firme—, debemos tomar en serio la identificación de la señora Gray. Creo que necesitamos explorar qué significa esto para la investigación, si la fotografía es de otra persona completamente distinta.

Vuelvo a mirar fijamente la fotografía.

—*Tiene que* ser ella —susurro—. Maggie.

Los ojos de Suki se encuentran con los míos con clara comprensión.

—El nombre por el que te llamó —dice, no como pregunta sino como confirmación.

Asiento con la cabeza, incapaz de apartar la mirada de la fotografía. La chica del embalse, sonriendo torpemente, con los brazos cruzados, se parece tanto a mí que resulta inquietante. Se parece tanto a mí que un asesino nos confundió.

Un pensamiento horrible se forma en mi mente, uno que apenas puedo atreverme a expresar.

—¿Está... creéis que ella también está muerta? —pregunto, con voz apenas audible.

Suki se inclina hacia delante ante esto, su postura alerta, pero permanece en silencio, dejando que los detectives aborden la pregunta mientras vigila cuidadosamente mi reacción.

Barnes se mueve incómodo.

—No lo sabemos, Amanda. No hay ninguna denuncia de persona desaparecida que coincida con su descripción, lo cual es inusual pero no imposible en determinadas circunstancias.

—Hemos estado investigando cualquier registro de alguien llamada Margaret o Maggie desde que mencionaste el nombre por primera vez —añade Reid, tomando nota en su cuaderno—. No hay personas desaparecidas y, hasta ahora, no hemos encontrado registros de una hija, sobrina o cualquier familiar o asociada femenina en los antecedentes del sospechoso.

—¿Qué queréis decir? —pregunta mamá, apartando finalmente la mirada de la fotografía—. ¿No hay nadie con ese nombre que esté desaparecido? De entre todas las personas que desaparecen...

Barnes niega con la cabeza.

—Nadie que encaje en el perfil. Y hemos hecho una comprobación exhaustiva de los antecedentes del sospechoso. Nunca se casó según los documentos públicos. No figura ningún hijo en ninguna capacidad oficial.

—Si esta chica es Maggie, es una pista —dice Reid, golpeando la fotografía con su bolígrafo—. Entrevistaremos a los vecinos, compañeros de trabajo, cualquiera que pudiera haber conocido al sospechoso personalmente en lugar de solo sobre el papel. Y podemos usar la imagen para ayudarnos a buscar en las bases de datos. Incluso con una fotografía más antigua, los sistemas modernos pueden tener en cuenta el envejecimiento y seguir identificando posibles coincidencias en las bases de datos de carnés de conducir y pasaportes.

Mi mente lucha por procesar esta información. La chica de la foto es real. Existió, estuvo junto a ese embalse, sonrió para esa cámara. Pero de alguna manera, no ha dejado rastro en ningún sistema al que la policía pueda acceder.

—¿El embalse? —pregunto—. ¿No podríais...?

Me pregunto si he visto demasiadas series policíacas. En la televisión, introducirían la fotografía en un ordenador y este les diría

exactamente dónde y cuándo se tomó. La vida real, al parecer, es mucho más complicada.

—Existe esa posibilidad. Ciertamente seguiremos esa línea de investigación ahora que sabemos que la persona de la fotografía no eres tú.

—Esto cambia el perfil del caso —dice Reid, devolviendo la fotografía a su bolsa de pruebas—. Inicialmente creíamos que la referencia a '*Maggie*' podría haber sido a una víctima anterior, o posiblemente una fijación del pasado del sospechoso. Ahora tenemos pruebas de una persona real que se parece notablemente a Amanda.

—Lo que sugiere que su ataque contra ti no fue aleatorio —añade Barnes, con expresión grave—. Es posible que fueras un objetivo, Amanda, debido a tu parecido con esta chica.

El conocimiento se asienta sobre mí como un peso físico. Todo este tiempo he creído que simplemente estábamos en el lugar equivocado en el momento equivocado. Que Sarah y yo tuvimos la terrible mala suerte de cruzarnos con un depredador. Pero si Barnes tiene razón, si fui un objetivo específico...

Suki me observa con atención, claramente notando el cambio en mi respiración mientras proceso esta revelación. No habla, pero su presencia es firme, me da estabilidad: un recordatorio silencioso de que no estoy sola con esta nueva y aterradora información. Mamá me agarra con más fuerza.

—¿Y Sarah? —pregunto, con voz apenas audible—. ¿Ella solo... estaba en medio?

Barnes y Reid intercambian otra mirada, y puedo decir que ya han considerado esta posibilidad.

—No podríamos decir eso con seguridad —dice Reid suavemente —. Pero necesitamos encontrar a esta chica.

—¿Cómo cambia esto las cosas? —pregunta mamá.

—Continuaremos construyendo nuestro caso —explica Barnes—. Tan pronto como obtengamos los resultados del ADN de la

chaqueta, sabremos si podemos proceder a una detención.

—Y estaremos investigando esta nueva pista —interviene Reid—. Intentando identificar a la chica de la fotografía y determinar su relación con el sospechoso.

—Si recuerdas algo más sobre lo que dijo respecto a Maggie, cualquier cosa, por favor háznnoslo saber —añade Barnes, mirándome directamente—. Incluso pequeños detalles podrían ayudarnos a entender esta conexión.

Asiento, aunque no puedo pensar en nada más allá de lo que ya les he dicho: cómo me llamó Maggie, cómo me habló como si fuera alguien que él conocía.

—Deberíamos volver —dice Suki, hablando por primera vez desde la revelación de mamá—. Amanda ha tenido mucho que procesar hoy.

Los detectives se levantan. Barnes asegura cuidadosamente la bolsa de pruebas que contiene la fotografía.

—Os mantendremos informados de cualquier novedad —promete.

Sin siquiera pensarlo, suelto:

—¿Podría tener una copia de la foto?

La petición pilla a todos desprevenidos. Barnes se queda paralizado, con las manos aún en la bolsa de pruebas. Reid y Suki intercambian una mirada que no puedo interpretar del todo.

—Lo siento, pero eso no es posible —dice Barnes, adoptando ese tono formal de policía—. Es una prueba en una investigación criminal activa.

—Lo sé, pero... —vacilo, de repente insegura de por qué lo he pedido. ¿Por qué necesito ver de nuevo la cara de esta chica? ¿Esta desconocida que se parece tanto a mí, pero no soy yo?—. Solo pensé que podría ayudarme a recordar algo. Sobre lo que dijo aquella noche.

La expresión de mamá está entre la preocupación y la confusión.

—Amanda. Quizás sea mejor si no...

—En realidad —interviene Suki, con voz mesurada—, deberíamos consultar con la Dra. Craig antes de tomar esa decisión. —Se gira hacia mí—. Tu psicóloga estaría en la mejor posición para determinar si tener acceso a la imagen sería beneficioso o potencialmente perjudicial para tu proceso de recuperación.

Barnes asiente, pareciendo aliviado por el protocolo sugerido.

—Eso tiene sentido. Hablaremos con la Dra. Craig y seguiremos su recomendación profesional.

—Si ella lo aprueba —añade Reid—, podemos proporcionar una copia controlada con la documentación apropiada. —Su expresión es comprensiva pero profesional—. Entendemos tu interés, Amanda, pero debemos asegurarnos de que no estamos comprometiendo ni la investigación ni tu bienestar.

Quiero discutir, insistir, pero no puedo formar las palabras. Por supuesto que tendrían que consultar a mi psicóloga. Por supuesto que hay protocolos. Aun así, la decepción se asienta pesadamente en mi pecho.

—Te haremos saber lo que diga la Dra. Craig —promete Suki, sus ojos encontrándose con los míos con comprensión—. Si ella lo aprueba, nos encargaremos de que recibas una copia.

Asiento, tratando de ocultar mi frustración.

—Gracias.

Barnes mira su reloj.

—Deberíamos irnos. Gracias a las dos por vuestro tiempo hoy. —Me mira directamente—. Intenta no darle demasiadas vueltas a esto, Amanda. Déjanos manejar la investigación a nosotros.

Después de que se van, mamá y yo nos quedamos sentadas en silencio durante un largo momento. La sala de visitas parece cavernosa ahora, demasiado grande para solo nosotras dos.

—¿Estás bien? —pregunta mamá finalmente.

—No lo sé —admito—. Todo es tan...

—Abrumador —completa ella.

—Sí.

Mira por la ventana, con expresión distante.

—Lo han atrapado —dice, casi para sí misma—. Después de todo este tiempo, realmente lo han atrapado.

—O al menos casi lo tienen —digo yo.

Mamá asiente. —Y gracias a ti. Identificaste su chaqueta. Les contaste sobre... lo que le pasó a Sarah. —Se vuelve hacia mí, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas—. Estoy tan orgullosa de ti, Amanda. Tan orgullosa de tu fortaleza.

Pero no me siento fuerte. Me siento confundida, desorientada. La narrativa que había construido sobre aquella noche ha cambiado, dejándome a la deriva. No fui solo una víctima aleatoria. Él vio algo en mí, un parecido con esta misteriosa Maggie, que le hizo fijarse en mí.

Y por eso, Sarah está muerta.

Mamá duda, luego pregunta en voz baja: —¿Cómo te sentiste? ¿Al ver su cara de nuevo?

Inhalo bruscamente, mis dedos apretándose alrededor de la tela de mi bufanda. No respondo de inmediato. Quiero decirle la verdad, pero no quiero destrozar esa frágil sensación de alivio a la que se está aferrando.

¿Cómo me sentí?

Como si mi estómago se diera la vuelta. Como si la habitación se encogiera y expandiera al mismo tiempo. Como si estuviera de nuevo allí, con sus manos sobre mí, su respiración en mi oído. Como si Sarah siguiera gritando. Como si la sangre aún brotara del corte en mi garganta.

Trago saliva con dificultad.

—Fue como mirar una pesadilla que nunca terminó —digo finalmente—. Él sigue ahí fuera, respirando, caminando como una persona normal. Después de todo lo que hizo.

Mamá asiente lentamente, pero veo cómo sus manos se cierran en puños sobre su regazo.

—Odio que todavía tenga este control sobre ti —dice, con la voz tensa.

Dejo escapar un suspiro amargo. —No lo tiene. Ya no. —No sé si eso es cierto. Pero lo digo de todos modos.

—Creo que necesito acostarme —le digo.

Mamá parece preocupada. —Por supuesto. ¿Quieres que me quede?

—No, está bien. Deberías irte a casa. Descansar. —Hago un gesto vago hacia su barriga de embarazada—. Ya sabes, por él.

Ella duda, claramente dividida entre quedarse conmigo o cuidar de sí misma. —Volveré mañana —promete.

Asiento de nuevo, aunque mi mente ya está dando vueltas con preguntas sobre la chica de la fotografía. ¿Quién es? ¿Dónde está ahora? Y ¿por qué, de todas las personas del mundo, se parece tanto a mí?

De vuelta en mi habitación, me tumbo en la cama, mirando al techo. El yeso blanco no ofrece respuestas, por más que busque en su blanca extensión. Fuera de mi ventana, está cayendo el atardecer, proyectando largas sombras a través de los terrenos de Oakwood. En otra vida, mi vida anterior, podría haber estado en casa ahora, terminando los deberes, discutiendo con mamá sobre qué ver en la tele, ignorando deliberadamente a Paul.

En cambio, estoy aquí, tratando de entender una fotografía de una chica que comparte mi rostro pero no mi identidad. Tratando de no pensar en la fotografía del hombre que asesinó a Sarah.

Un suave golpe en mi puerta interrumpe mis pensamientos.

—Adelante —llamo, esperando a una enfermera con mi medicación vespertina.

En cambio, Ellie asoma la cabeza por la puerta, con expresión incierta. —Hola —dice—. Pensé en comprobar si estás bien.

Me incorporo apoyándome en los codos. —Define "bien".

Ella se desliza dentro, cerrando la puerta tras de sí. —Tan mal, ¿eh?

—Tuve que identificarlo —digo—. Al hombre que... que mató a Sarah.

Los ojos de Ellie se agrandan. —Joder —murmura, acercándose para sentarse en el borde de mi cama—. Eso es... vaya.

—Sí. Era una rueda de reconocimiento fotográfico, pero... creo que lo van a detener pronto.

—¿Cómo te sientes al respecto?

Lo considero. —¿Aliviada? ¿Asustada? No lo sé. —Suspiro, dejándome caer contra la almohada—. Es complicado.

—Me lo imagino —dice Ellie. No insiste en detalles, no hace las preguntas que la mayoría haría. Es lo que más aprecio de ella. Entiende que algunas experiencias desafían cualquier explicación simple.

Nos sentamos en un cómodo silencio durante un rato, mientras la habitación va oscureciéndose gradualmente a nuestro alrededor.

—Deberías encender una luz —dice Ellie finalmente.

—Probablemente.

Ninguna de las dos se mueve.

—Encontraron una fotografía —digo de repente—. En su casa. De una chica que se parece exactamente a mí.

Ellie se gira para mirarme, con expresión de creciente interés. —¿Qué quieres decir con *exactamente* como tú?

—Como... podría ser mi gemela. Mi madre tuvo que decirles que no era yo.

—Eso da muy mal rollo —dice Ellie—. ¿Quién es?

—Esa es la cuestión. No lo saben. La policía no ha encontrado ningún registro sobre ella. Pero durante el ataque, él me llamó por otro nombre. Maggie.

Ellie permanece callada un momento, asimilando esto. —¿Crees que es ella? ¿Y que fue a por ti porque te pareces a esta otra chica? —dice finalmente—. Eso... eso cambia las cosas, ¿no?

—Todo —coincido—. Todo este tiempo, pensé que solo fue mala suerte. Lugar equivocado, momento equivocado. Pero ahora...

—Ahora formas parte de algo más grande —termina Ellie por mí —. Algo que aún no comprendes.

Asiento, agradecida de que lo entienda sin que tenga que explicar más.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta.

—¿Qué puedo hacer? La policía está investigando. Ellos averiguarán quién es, cuál es su conexión con él.

Ellie asiente, pero hay un escepticismo en su expresión que refleja mis propios sentimientos. El misterio de Maggie se siente personal de una manera que no puedo articular del todo, como si su identidad estuviera de algún modo ligada a la mía, su historia entretejida con la mía propia.

—Solo ten cuidado —dice Ellie—. Todo esto suena... complicado.

—Complicado —repito. La palabra es tan inadecuada que casi me hace reír—. Sí, supongo que lo es.

Cuando Ellie se va, finalmente enciendo la lámpara junto a mi cama. La cálida luz empuja la oscuridad, pero no hace nada para disipar la sombra de preguntas que se cierne sobre mí. Alcanzo el cuaderno que me dio Sarah, pasando las páginas de entradas anteriores: recuerdos fragmentados, observaciones de terapia, detalles sobre la investigación.

En una página nueva, escribo un solo nombre:

Maggie.

Luego me quedo mirándolo, como si las letras pudieran reorganizarse en respuestas si las observo con suficiente atención. Pero permanecen obstinadamente inalteradas, un nombre sin rostro, o más bien, un rostro sin historia.

En algún lugar ahí fuera hay, o hubo, una chica que se parece a mí. Una chica cuya existencia cambió el curso de mi vida de la

manera más horrible posible. Una chica cuya identidad sigue siendo un misterio a pesar de estar capturada en una fotografía.

Cierro el cuaderno, de repente demasiado cansada para seguir pensando. Mañana traerá nueva información, nuevas preguntas, quizás incluso respuestas. Por ahora, todo lo que puedo hacer es intentar dormir, sabiendo que el hombre que nos hizo daño a Sarah y a mí finalmente está bajo custodia.

Pero mientras me voy quedando dormida, la imagen de la chica junto al embalse me sigue hasta mis sueños: un reflejo en el espejo que no es del todo correcto, una versión de mí misma que nunca existió, un misterio esperando ser resuelto.

No pude salvar a Sarah, pero quizás Maggie sigue ahí fuera. Quizás pueda ayudarla.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Tres días después, estoy sentada frente a la Dra. Craig en nuestra sesión habitual de terapia. Ha estado diferente desde que identifiqué al sospechoso: más centrada, más directa en sus preguntas. Menos dispuesta a permitir que me refugie en el silencio.

—He hablado con los detectives Barnes y Reid —dice, dejando su bloc de notas a un lado. Su tono es cuidadosamente neutral, pero puedo sentir algo bajo él—. Me contaron sobre la fotografía.

Mi pulso se acelera. —¿Y?

—Y me pidieron mi opinión profesional sobre si proporcionarte una copia ayudaría o dificultaría tu recuperación —me estudia con ojos tranquilos pero vigilantes—. ¿Qué crees que debería responderles?

Es un movimiento típico de la Dra. Craig: devolverme la pregunta, hacerme articular mis pensamientos en lugar de simplemente decirme los suyos.

Respiro hondo. —Creo... creo que entender lo que pasó es parte de mejorar. Y entender por qué me eligió significa entender quién es Maggie —dudo—. Si esta chica... si la chica de la fotografía es Maggie... necesito saberlo.

La Dra. Craig asiente, sin estar de acuerdo ni en desacuerdo. —¿Y por qué necesitas la fotografía física para eso?

—Porque... —lucho por explicar algo que ni yo misma entiendo completamente—. Porque necesito mirarla de verdad. Ver si hay algo ahí, algo más allá del parecido físico.

La Dra. Craig golpea ligeramente su bolígrafo contra su bloc.

—Amanda, identificaste al sospechoso, pero apenas has hablado de él desde entonces. Viste su cara de nuevo después de todo este tiempo, pero no me has contado cómo te hizo sentir eso. En cambio, tu atención se ha centrado en la chica de la fotografía. ¿Por qué crees que es así?

Me pongo tensa. —Porque ella es importante.

—¿Más importante que el hombre que te atacó? —Su voz es suave pero firme, un tirón constante hacia algo que no quiero nombrar.

Un dolor profundo se enrolla en mi estómago. No quiero hablar de él. No quiero pensar en su cara, su voz, su aliento caliente contra mi piel.

Pensar en Maggie es más fácil. No duele de la misma manera.

La Dra. Craig me observa, esperando. —¿Cómo crees que te ayudará la foto?

—No lo sé —susurro.

—Amanda, a veces los supervivientes de un trauma se obsesionan con ciertos detalles porque les ayuda a sentir que controlan lo que sucedió —dice la Dra. Craig, con voz uniforme—. Intentar entender cada pieza del rompecabezas puede ser una forma de evitar la realidad de que algunas cosas quizás nunca tengan sentido del todo. Como intentar encontrar a una chica en una fotografía. O intentar encontrar una razón por la que tú sobreviviste y Sarah no.

El impacto de sus palabras es instantáneo, como pisar fuera del bordillo y no encontrar nada bajo mis pies.

—Pero necesito entender —digo, agarrando la foto con más fuerza—. Si pudiera averiguar quién es ella, entonces quizás... quizás todo tendría más sentido.

—O quizás Maggie te proporciona una distracción de las partes que parecen demasiado dolorosas para afrontar —me observa atentamente—. La culpa de sobrevivir cuando Sarah no lo hizo. Las preguntas que no tienen respuesta —hace una pausa, dejando que sus palabras calen—. Quizás nunca sepas quién es ella. Lo último que quiero es que te concentres en esto en lugar de en tu recuperación. Lo estás haciendo tan bien. Esto podría hacerte retroceder.

Aparto la mirada, incapaz de encontrarme con sus ojos mientras la verdad se instala sobre mí. Es más fácil obsesionarse con la cara

de una desconocida que enfrentarse al peso de ser la única que logró salir con vida.

Es como el Dr. Miles otra vez.

Va a decir que no.

—Sin embargo —continúa—, en este caso, creo que podría haber un valor terapéutico en permitirte procesar esta conexión a tu propio ritmo —alcanza su cajón del escritorio y saca un sobre de manila—. Por eso les dije a los detectives que apoyo tu petición, con algunas condiciones.

El alivio me inunda cuando lo coloca en la mesa entre nosotras.

—La detective Reid dejó esto ayer —explica la Dra. Craig—. Me pidió que enfatizara que esta es una copia proporcionada únicamente para tu proceso de recuperación personal. No debería ser compartida ni distribuida de ninguna manera.

Asiento, apenas escuchándola mientras mis ojos se fijan en el sobre. —Entiendo.

—Me gustaría que la miráramos juntas —dice la Dra. Craig—. Para que pueda ayudarte a procesar tus reacciones.

Una parte de mí quiere agarrarla y salir corriendo. Examinarla sola en mi habitación, donde nadie pueda ver las emociones que pudiera desencadenar. Pero me contengo, sabiendo que la Dra. Craig está ofreciendo algo valioso: un espacio seguro para enfrentar lo que sea que esta fotografía pueda despertar.

—De acuerdo —acepto.

Desliza el sobre por el escritorio. Mis manos tiemblan ligeramente mientras lo abro y saco la fotografía brillante.

Y ahí está ella otra vez. La chica del embalse. La que-no-soy-yo.

Cuando los detectives me la mostraron, solo pude echar un vistazo antes de que la declaración de mamá de que esta no era yo lo cambiara todo.

Ahora, puedo estudiarla de verdad.

Su pelo cae de la misma forma que solía caer el mío, antes de todo. Pero sus ojos están espaciados de manera diferente: más separados, de alguna manera más vulnerables. Su mandíbula es más

afilada que la mía. No se nota a primera vista, pero si miras realmente, puedes decir que somos ligeramente diferentes. Su postura es similar a la mía, brazos cruzados protectoramente sobre su pecho, pero hay algo en la disposición de sus hombros que habla de una especie de cautela.

Quizás yo también tengo eso, ahora.

Tengo una mano sobre su fotografía, y la otra jugando con los pliegues del pañuelo alrededor de mi cuello.

—¿Qué ves? —pregunta la Dra. Craig en voz baja.

—Se parece a mí, pero... —trazo el contorno de la cara de la chica con mi dedo, con cuidado de no manchar la foto—. No soy yo.

—No, no eres tú —coincide la Dra. Craig—. Es su propia persona, con su propia historia.

—Una historia conectada a la mía de alguna manera —murmuro —. A través de él.

Dirijo mi atención al fondo, el lago o embalse que se extiende detrás de ella. La orilla es rocosa, con densos árboles visibles en la ribera opuesta. La iluminación sugiere que es media tarde, con el sol reflejándose en la superficie del agua. Hay algo en el borde de la imagen, justo fuera de plano, pero no puedo distinguir qué es. ¿Una señal, quizás? ¿Algo de madera? Entrecierro los ojos, pero no me ayuda a ver mejor. Quiero alejar la imagen, ver más, pero es una fotografía antigua, real, tangible, no una imagen digital en una pantalla.

—¿Reconoces el lugar? —pregunta la Dra. Craig, notando hacia dónde se ha desplazado mi atención.

—No. Quizás. No lo sé —frunzo el ceño—. Hay una docena de lagos como este en un radio de ochenta kilómetros.

Mientras continúo estudiando la foto, me impacta la expresión de la chica. No es exactamente una sonrisa, más bien como si estuviera tolerando la fotografía en lugar de disfrutarla. Hay una distancia en sus ojos que resuena en mí a un nivel que no puedo articular.

—Parece triste —digo finalmente.

—¿Eso crees? —pregunta la Dra. Craig, sin confirmar ni negar mi interpretación.

—O quizás no exactamente triste. Solo... resignada. Como si no estuviera posando por elección propia.

La Dra. Craig hace una pequeña anotación en su bloc. —La fotografía nos dice que existió, pero no mucho más. No su relación con tu atacante, ni lo que podría haberle pasado.

—Pero ella era importante para él —digo—. Lo suficientemente importante como para guardar su foto junto a su cama. Lo suficientemente importante como para que, cuando me vio a mí, la viera a ella. Tiene que ser Maggie. Tiene que serlo.

—Importante, sí —coincide la Dra. Craig—. Y eso proporciona a los investigadores una pista crucial. Intentarán averiguar si se trata de Maggie, eso seguro.

—Y dónde está, si todavía...

No termino la frase. En su lugar, vuelvo a meter la foto en el sobre, de repente agotada. El breve examen me ha dejado sin fuerzas de una manera que no esperaba. Pero bajo el cansancio hay algo más. Una sensación de propósito que no había sentido desde que señalé la fotografía número tres.

—¿Puedo quedarme con esto ahora? —pregunto.

La Dra. Craig me observa durante un largo momento, luego asiente. —Sí. Pero me gustaría que controlases cuánto tiempo pasas con ella. No debería convertirse en una obsesión, Amanda.

Asiento, pero ambas sabemos que miento.

Me obsesionaré con esto. Lo necesito.

Porque si puedo averiguar quién es Maggie, quizás finalmente entienda por qué ocurrió todo esto.

Y si entiendo por qué, quizás pueda hacer las paces con el hecho de que ocurrió.

La Dra. Craig echa un vistazo a su calendario antes de que me vaya. —Antes de que te marches, Amanda, quería mencionarte que

empezaremos a planificar el alta la semana que viene. Has alcanzado la mayoría de tus objetivos de recuperación física, y tu habla ha mejorado notablemente.

Las palabras me pillan desprevenida. —¿Te refieres a... volver a casa?

—Esa es la idea. Te pasaríamos a terapia ambulatoria. Seguirías viéndome dos veces por semana, pero vivirías en casa. —Estudia mi reacción con atención—. ¿Cómo te sientes respecto a eso?

No estoy segura de cómo me siento. Una parte de mí anhela la familiaridad de mi propia habitación, mis propias cosas. Pero Oakwood se ha convertido en una especie de santuario: estructurado, seguro, alejado del mundo donde Sarah murió, y yo casi lo hice.

—No lo sé —admito—. Con todo lo que está pasando... esperando noticias sobre la detención, la foto...

La Dra. Craig asiente. —Es mucho que procesar. Y eso es exactamente lo que discutiremos en nuestra sesión de planificación. No te enviaremos a casa hasta que estés preparada, Amanda. Pero es algo en lo que deberías empezar a pensar.

Asiento, de repente abrumada por la perspectiva de volver a la vida normal, sea lo que sea lo *normal* ahora.

Volver a casa significa enfrentarme al papel pintado de color moratón de mi habitación, a los bosques al final de nuestra calle, a los torpes intentos de Paul por conectar.

—Vale —digo finalmente—. Lo pensaré.

De vuelta en mi habitación, saco el cuaderno que Sarah me dio. Las páginas están arrugadas ahora, llenas de mi apretada caligrafía: recuerdos, preguntas, fragmentos de sueños que podrían ser reales o imaginarios. Paso por todo ello hasta la lista que hice hace semanas, poco después de llegar a Oakwood.

OBJETIVOS, dice el encabezamiento en cuidadas letras mayúsculas.

Los fui marcando uno a uno a medida que los completaba:

✓ Recorrer todo el pasillo sin parar antes del viernes.

✓ Pronunciar una frase completa antes de Oakwood.

✓ Desarrollar suficiente fuerza para ducharme de pie.

✓ Preparar preguntas para la primera sesión con el terapeuta de Oakwood.

Encontrar a Sarah.

Mi mano se detiene sobre ese último punto sin marcar. Encontrar a Sarah. El único objetivo que nunca podré lograr. La encontramos, sí, pero no de la manera que quería decir cuando escribí esas palabras. No viva. No esperando ser rescatada.

Trazo con el dedo su nombre, sintiendo la hendidura en la página por la fuerza con la que había presionado el bolígrafo. No puedo obligarme a tacharlo. No soporto poner una pulcra marca de verificación junto a él como con los otros, como si su muerte fuera algo que tachar de una lista de tareas.

En su lugar, cojo mi bolígrafo y añado una nueva línea debajo:

Encontrar a Maggie.

Observo la fotografía de nuevo, captando cada detalle. La postura incómoda de la chica. El embalse extendiéndose tras ella. El parecido entre nosotras es innegable. Podría ser mi hermana, mi prima, quizás incluso mi gemela. Pero mamá tiene razón. No soy yo. Las diferencias son sutiles pero inconfundibles. Sus ojos, su mandíbula, la forma de su boca. Todo ligeramente diferente de lo mío. Y sin embargo, lo suficientemente similar como para que un asesino pudiera verme y pensar que yo era ella.

Debería estar pensando en *él*. En el hombre que señalé en una rueda de reconocimiento, el hombre al que la policía está esperando para inculpar. En los resultados de ADN que podrían demostrar, sin lugar a dudas, que él es el responsable de la muerte de Sarah. Que él es quien me lo arrebató todo.

Pero no lo estoy.

En cambio, solo puedo pensar en *ella*.

La chica de la fotografía. La chica que podría ser Maggie. La chica que no conozco, pero que siento como una pieza que falta en mi

historia.

¿Por qué?

¿Por qué me parece más importante que el hombre que me hizo daño? ¿Por qué mirar fijamente su rostro se siente más urgente que saber si él estará encerrado para siempre?

Pensar en él significa pensar en lo que pasó. La sangre. El peso de sus manos. El momento en que mi vida se dividió en un antes y un después.

Pero Maggie sigue siendo un misterio. Un rompecabezas. Es algo que todavía puedo resolver.

Quizás encontrarla podría dar sentido a lo que ocurrió. Tal vez entender por qué me escogió como objetivo, por qué me llamó por su nombre, hará que lo absurdo tenga sentido.

Mientras me deslizo hacia el sueño, no es a *él* a quien veo detrás de mis párpados cerrados, es a ella.

Maggie. La chica con mi cara, de pie junto a un embalse, esperando a que alguien la salve.

Deslizo la foto entre las páginas del cuaderno, cerrándolo con cuidado antes de guardarlo bajo mi almohada.

La policía está esperando los resultados del ADN.

Yo estoy esperando mis propias respuestas.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Volver a casa. Esas palabras han estado rondando mi mente desde que el Dr. Craig mencionó ayer el plan de alta. Volver a casa, a mi papel pintado color moratón, al silencio que flota entre mamá y Paul, a una casa demasiado cercana al bosque donde todo cambió.

La idea de dejar Oakwood me revuelve el estómago. No porque me encante estar aquí, con la rutina institucional, la comida insípida, las voces medidas, sino porque es seguro. Predecible. Aquí, nadie espera que sea la Amanda de antes. Solo conocen esta versión de mí: la que se sobresalta con los movimientos repentinos, la que tira de la bufanda alrededor de su cuello cuando está nerviosa, la que habla con frases medidas como dosis de medicamento.

No tengo tiempo para recrearme en mis pensamientos, ya que hay un golpe seco en la puerta.

Ya lo reconozco, igual que solía saber quién estaba a punto de entrar en mi habitación cuando estaba en el hospital. David y Kate se convirtieron en una parte tan importante de mi vida allí, y ahora son solo partes de mi pasado. Ahora estarán ayudando a otros pacientes, y no puedo evitar preguntarme si siquiera me dedican un pensamiento pasajero. ¿Será lo mismo cuando me vaya de aquí? ¿Ellie también me olvidará?

—Adelante —digo en voz alta, mi voz más fuerte ahora que hace una semana. Ya no es un susurro ronco, solo una ligera aspereza en los bordes.

Ellie asoma la cabeza, ya vestida para la terapia física con pantalones holgados y una descolorida sudadera universitaria.

—Buenos días, solecito. Tienen tostadas francesas en la cafetería. Las buenas de verdad, no ese desastre empapado de la semana pasada.

Fuerzo una sonrisa.

—Gracias. Cogeré algo más tarde.

Algo cambia en su expresión; hay una sutil tensión alrededor de sus ojos. Entra completamente en la habitación, cerrando la puerta tras ella.

—Vale, ¿qué te pasa? Has estado rara desde ayer. Y no rara como suele ser Amanda. Extra rara.

—No me pasa nada —digo, soltando la mentira automáticamente —. Solo estoy cansada.

Ellie cruza los brazos, su cicatriz reflejando la luz mientras inclina la cabeza.

—Una mierda.

—¿Qué?

—Me has oído. Una mierda. —Se deja caer en la silla junto a la ventana—. Me has estado evitando desde tu sesión de terapia con Craig. ¿Pasó algo? ¿Es por la detención?

Aparto la mirada, concentrándome en un punto de la pared.

—El Dr. Craig mencionó el plan de alta.

—Ah. —Una sola sílaba cargada de comprensión—. Da miedo volver a casa, ¿eh?

—No tengo miedo —espeto, las palabras salen más bruscas de lo que pretendía.

—Claro que no. —Ellie no pica el anzuelo—. Igual que yo no tenía miedo cuando me dijeron que podía empezar a hacer visitas nocturnas con mi familia. Solo lloré, ¿cuánto?, ¿tres horas seguidas?

La miro, sorprendida.

—¿Lloraste?

—Como un bebé. Me encerré en el baño para que mis padres no me oyeran. Las instituciones son un asco, pero son seguras. Predecibles. La casa es...

—Ya no es lo mismo —termino por ella.

—Sí. —Ofrece una pequeña sonrisa—. Además, ya sabes, entonces tienes que averiguar quién eres ahora. Cómo es tu nueva normalidad.

Normal.

Todo el mundo sigue usando esa palabra, como si alguna vez pudiera volver a ser normal. Como si existiera una versión de mí que no vio morir a su mejor amiga, que no sintió la sangre pulsando desde su propia garganta hacia la tierra, que no escuchó su propio nombre reemplazado por el de una extraña mientras se moría.

—No estoy segura de querer descubrir cómo es la normalidad ahora —admito.

Ellie asiente, sin sorprenderse.

—Sí, bueno, bienvenida al club. No tenemos chaquetas, pero el equipaje emocional es gratis.

Debería reírme, o al menos sonreír. Es lo que ella quiere, lo que espera. Pero algo en mí se ha vuelto frío, distante. Puedo sentir cómo me alejo de ella, tapiando las pequeñas aberturas que había permitido en nuestra amistad.

Ella seguirá aquí después de que me vaya. Seguirá recorriendo los mismos pasillos, comiendo en el mismo comedor, viendo a los mismos terapeutas. Y yo estaré... ¿dónde? De vuelta a casa, intentando ser alguien que ya no estoy segura de poder ser, mientras Ellie continúa el lento trabajo de reconstruirse a sí misma aquí en Oakwood.

Se siente como un abandono. Como si la estuviera dejando atrás, igual que de alguna manera dejé atrás a Sarah.

—Debería irme —digo, sin mirarla a los ojos. No se me ocurre una mentira lo suficientemente rápido para darle.

Ellie se pone de pie, reconociendo la despedida. —Vale. Bueno, las torrijas probablemente se acabarán pronto, así que... —deja la frase en el aire, incómoda de una forma en que nunca había estado conmigo antes—. ¿Nos vemos luego?

Asiento, pero sé que debo parecer indecisa.

En la puerta, se detiene. —¿Sabes? Lo bueno de no ser normal nunca más es que puedes decidir cómo será tu nueva normalidad. Es algo liberador, de una manera jodida.

Después se va, dejándome con un vacío en el pecho que no tiene nada que ver con el hambre.

Me siento en mi cama, mirando la pared vacía, sintiendo la ausencia que ha dejado como algo físico. Otra despedida, otra persona que se aleja. Otro recordatorio de que por mucho que intente conectar, ahora siempre hay distancia. Siempre hay una brecha entre yo y todo lo demás.

No sé cuánto tiempo me quedo ahí sentada, vacía y sola, antes de que otro golpe, más suave esta vez, vacilante, suene en mi puerta.

—Adelante —digo automáticamente, ajustándome la bufanda más arriba alrededor del cuello.

Mamá asoma la cabeza, con expresión tensa.

—Amanda, cariño —entra y cierra la puerta parcialmente tras ella —. Necesito que te mantengas tranquila, ¿vale?

Mi corazón inmediatamente se acelera. Nada te pone menos tranquila que alguien diciéndote que te mantengas tranquila.

—¿Qué pasa? ¿Es el bebé?

Ya casi es la fecha prevista. Seguramente nada puede ir mal ahora. Por favor, eso no.

—No, no —dice rápidamente—. El bebé está bien. Es solo que... la policía está aquí. El detective Barnes. Dice que tienen novedades sobre el caso.

Me incorporo. —¿Qué novedades?

—No lo sé exactamente —no me mira a los ojos—. Han pedido hablar contigo directamente. Paul me ha traído en coche cuando llamaron.

Mi mente recorre las posibilidades: Han encontrado más pruebas. Han perdido las pruebas que tenían. Necesitan que mire más fotografías. Han encontrado a Maggie.

Pero ya lo sé.

Ya sé lo que ha pasado.

—¿Estás bien con verlos? —pregunta mamá, estudiando mi cara —. Puedo decirles que vuelvan más tarde si no te sientes con

fuerzas.

—No —digo con firmeza—. Quiero verlos. Ahora.

Mamá asiente, aunque puedo ver que está preocupada. Abre más la puerta y hace un gesto a alguien en el pasillo.

El detective Barnes entra.

—Amanda —dice Barnes con un gesto de cabeza—. Espero que no te importe la visita inesperada. Suki está...

Mientras dice su nombre, mi amiga de Apoyo a Víctimas entra apresuradamente en la habitación.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

—Tenemos novedades —dice Barnes—. Novedades importantes.

Acerca la silla de mi escritorio y se sienta frente a mí. —Los resultados del ADN de la chaqueta ya han llegado.

Se me corta la respiración. —¿Y?

—Tenemos una coincidencia —dice, con voz firme pero con ojos brillantes de victoria—. Es él.

—¿Habéis encontrado el ADN de Sarah? —pregunto.

La cara de Barnes cambia entonces, suavizándose desde la satisfacción profesional hacia algo más personal.

—Encontramos *tu* ADN en la chaqueta, Amanda. No era exactamente lo que esperábamos, pero estaba allí. Y es suficiente. Demuestra que estuviste con él esa noche, que fue él quien os atacó a ti y a Sarah. Lo sitúa en la escena, conectándolo directamente con lo sucedido de una manera que no puede explicar.

—No lo entiendo. Nunca toqué su chaqueta...

Me detengo, recordando la venda, cómo se subió. Cómo mi cara presionó contra su pecho cuando me llevaba sobre su hombro hasta la camioneta.

¿La sangre de mi cuello habría empapado la tela?

—¿Mi sangre?

No.

No la llevaba puesta entonces, ¿verdad?

Cuando el cuchillo cortó mi cuello y me robó la voz.

No había sangre en la chaqueta que identifiqué.

—No —Barnes niega con la cabeza—. No era sangre.

—No entiendo —digo.

—Lágrimas, Amanda. Estabas llorando. Tus lágrimas empaparon su chaqueta cuando te llevaba.

—¿Mis... lágrimas? —Las palabras no tienen sentido al principio. De todas las pruebas que podrían haber encontrado, sangre, piel bajo las uñas, cabello, mis lágrimas parecen tan insignificantes. Tan débiles.

—Las lágrimas contienen células epiteliales —explica Barnes, con un tono más clínico, más firme—. Son células microscópicas que se desprenden de la superficie de tu ojo. Cuando lloras, estas células portan tu firma de ADN única, y se transfirieron a su chaqueta. El tejido las absorbió y las preservó, como una cápsula del tiempo de evidencia que él nunca pensó en destruir.

—Tuvo cuidado de no mancharse con tu sangre —añade Suki en voz baja—. Pero no consideró tus lágrimas.

La revelación me golpea. Me había sentido tan impotente, tan completamente a su merced. Con los ojos vendados, amordazada, atadas las muñecas, incapaz de salvar a Sarah o a mí misma. Mis lágrimas habían parecido el símbolo definitivo de mi impotencia en ese momento.

Pero no lo eran.

Eran evidencia. Eran poder. Eran lo que finalmente lo condenaría.

—Tus lágrimas te situaron con él, definitivamente —continúa Barnes—. Combinado con tu identificación tanto de la chaqueta como del sospechoso, más la huella parcial de la correa del perro, es un caso hermético. No se va a librar de esto, Amanda. No después de lo que os hizo a ti y a Sarah.

Hay un rugido en mis oídos, la sangre corriendo por mi cuerpo en grandes oleadas. Soy vagamente consciente de la mano de Suki todavía sosteniendo la mía, de Barnes observando mi cara atentamente.

—¿Cómo? —finalmente consigo decir—. Después de todo este tiempo, ¿cómo mis lágrimas seguían... seguían allí?

—Supongo que nunca la lavó después de aquella noche, simplemente la tiró en esa camioneta. Solo han pasado unos meses, así que el ADN seguía siendo viable a pesar de cierta degradación —dice Barnes.

Niego con la cabeza, recordando el hedor que se aferraba a él esa noche. —No me sorprende que no la lavara. El hombre apestaba a sudor cuando nos atacó —Me abrazo a mí misma—. Probablemente pensó que estaba siendo cuidadoso. No manchó de sangre la chaqueta, así que pensó que estaba a salvo.

Suki asiente. —Así es como suelen ser atrapados. Son cuidadosos con las evidencias obvias, sangre, huellas dactilares, pero pasan por alto cosas como lágrimas, células de piel, fibras. Incluso dejar las marcas de neumáticos fue un descuido.

No quiero pensar en él sacando esa chaqueta de nuevo, usándola otra vez, la tela donde mis lágrimas se habían empapado presionada contra su cuerpo mientras seguía con su vida como si nada hubiera pasado. Como si no hubiera destruido la vida de Sarah y casi terminado con la mía.

—Pensó que fue muy cuidadoso —susurro—. Creyó que me lo había quitado todo. Mi mejor amiga. Mi voz. Mi sensación de seguridad. —Mis dedos rozan mi bufanda, la cicatriz debajo—. Pero se le pasó esto por alto. Se le pasaron por alto mis lágrimas.

—Nunca las consideró como prueba —dice Suki suavemente—. Nunca pensó que tu vulnerabilidad podría ser fortaleza.

—¿Podéis detenerlo ahora? —Las palabras salen en un susurro.

—Ya lo hemos hecho —asiente Barnes—. Lo trajimos hace dos horas.

Todo dentro de mí se queda inmóvil. El hombre que mató a Sarah, que me cortó la garganta y me dejó morir, que persigue cada una de mis pesadillas. Está bajo custodia.

Lo han capturado.

La mano de Suki encuentra la mía, apretándola suavemente.

Levanto la mirada hacia Barnes, de repente desesperada por saber más. —¿Irá a prisión? ¿Durante cuánto tiempo? ¿Tendré que testificar?

—Vayamos paso a paso —dice Barnes, con voz amable pero firme—. Ahora mismo, estamos construyendo el caso más sólido posible. Con las pruebas de ADN y tu testimonio, se enfrenta a cadena perpetua sin libertad condicional. En cuanto a testificar, esa es una conversación para otro día. Hoy, solo quería que supieras que lo tenemos. Y que fue gracias a ti.

Barnes se pone de pie. —Debería volver a comisaría. Hay mucho papeleo cuando detenemos a alguien con cargos tan graves. Pero quería que lo supieras. Nos ayudaste a atraparlo, Amanda. Deberías estar orgullosa de eso.

Orgullosa. La palabra se asienta de forma extraña en mi pecho. ¿Estoy orgullosa? No lo sé. Aliviada, ciertamente. Reivindicada, tal vez. Pero orgullosa implica que hice algo heroico, algo valiente. Lo único que hice fue llorar. Lo único que hice fue sobrevivir.

—¿Y qué hay de Maggie? —pregunto de repente—. ¿Han averiguado quién es? ¿La tiene él también?

Una sombra cruza el rostro de Barnes. —Todavía estamos investigando esa línea. No está hablando, pero estamos registrando su casa más a fondo ahora que lo tenemos bajo custodia. Si hay algo que encontrar sobre Maggie, lo encontraremos. La investigación no termina solo porque hayamos realizado la detención.

Asiento, incapaz de formar más palabras debido a la opresión en mi garganta.

Suki se levanta. —Me quedaré un rato, si te parece bien, Amanda.

—Sí —logro decir—. Eso... eso estaría bien.

Después de que Barnes se marcha, mi habitación cae en un espeso silencio. Las palabras del detective flotan en el aire, casi visibles: *Lo atrapamos. Fue gracias a ti. Tus lágrimas.*

Mamá se sienta en mi cama, su rostro una mezcla complicada de alivio y preocupación. Una mano descansa protectoramente sobre su vientre, la otra busca la mía, apretándola suavemente.

—Amanda —susurra, su voz cargada de emoción—. Lo han atrapado.

—Debería sentirme mejor —susurro—. Aliviada. Feliz. Algo. Pero solo me siento... vacía.

Mamá sonríe con tristeza. —Eso es... eso es normal, creo. Después de todo lo que has pasado.

Suki asiente. —Es normal. Cuando los supervivientes finalmente reciben la noticia de una detención, a veces no les aporta el cierre o el alivio que esperaban. Es solo un paso más en un camino muy largo.

—¿Qué ocurre ahora? —pregunto, con voz más firme.

—Ahora habrá procesos legales —explica Suki—. Lectura de cargos, audiencia para fianza, aunque con estos cargos, no obtendrá fianza. Eventualmente, un juicio. A menos que se declare culpable.

—¿Lo hará? —pregunto—. ¿Podría hacerlo?

Porque sé que realmente, esto aún no ha terminado.

No hasta que haya dado mi testimonio.

No hasta que haya sido condenado.

La expresión de Suki se vuelve más cautelosa.

—Es imposible predecirlo. Algunos lo hacen para evitar un juicio. Otros luchan en cada paso del camino, incluso con pruebas abrumadoras.

Mamá vuelve a apretar mi mano. —Pase lo que pase, estaremos contigo durante todo el proceso. No tienes que enfrentarte a nada de esto sola.

—¿Y Maggie? —pregunto, volviendo a la cuestión que le planteé a Barnes—. ¿Qué hay de encontrarla?

—La investigación continúa —dice Suki—. Ahora que lo tienen bajo custodia, pueden registrar más a fondo. Buscarán registros,

correspondencia, cualquier cosa que pueda conducir a su identidad o paradero.

—¿Crees que está viva? —La pregunta brota de mí con una urgencia que me sorprende incluso a mí misma.

Suki vacila.

—Sinceramente, no lo sé, Amanda.

—Él pensó que yo era ella. Me llamó por su nombre mientras él... —Me detengo, incapaz de terminar la frase—. Encontrarla es importante.

—Por supuesto que lo es —dice mamá—. Si es importante para ti, es importante para nosotros. Quizás deberíamos centrarnos en las buenas noticias. En seguir adelante.

—¿Adelante hacia qué? —pregunto—. ¿Volver a casa? ¿Fingir ser normal otra vez?

Mamá se estremece como si la hubiera abofeteado. Inmediatamente me arrepiento de mi tono, aunque no de mis palabras.

—Lo siento —digo—. Es que... no sé cómo sentirme respecto a nada de esto.

—No pasa nada —dice mamá, buscando mi mano de nuevo—. No tienes que saberlo todavía.

Sus dedos están cálidos contra los míos, y de repente me doy cuenta de que ella también ha estado cargando con esto: el miedo, la culpa, la espera impotente de noticias. Por primera vez en meses, la miro de verdad: las nuevas arrugas alrededor de sus ojos, la tensión que lleva en los hombros, la forma cuidadosa en que me observa, como si temiera que pudiera romperme.

—Joyce debería saberlo —digo de repente—. Lo del arresto. ¿Alguien se lo ha dicho?

—La detective Reid y una de las otras trabajadoras de Apoyo a Víctimas, la señora que ha estado con los señores Fairchild, están con la familia ahora —dice Suki.

Intento imaginar a Joyce recibiendo la noticia. ¿Le traerá consuelo? ¿O solo le recordará todo lo que ha perdido? Sarah nunca podrá volver a casa como lo hice yo. No hay centro de rehabilitación para los muertos.

—Voy a dejaros un tiempo a solas para que asimiléis lo que ha ocurrido —dice Suki, levantándose—. Puedo volver mañana si quieres hablar más.

—Gracias —digo, y lo digo en serio—. Me gustaría.

Después de que Suki se marcha, mamá se acerca para sentarse más cerca en la cama, y apoyo mi cabeza en su hombro como solía hacer cuando era pequeña. No arregla nada. No responde a las preguntas que aún giran dentro de mí. Pero por ahora, en este momento, es suficiente.

Mis lágrimas lo atraparon. Mi humanidad, lo mismo que intentó quitarme, es lo que lo hizo caer.

Y en algún lugar ahí fuera, Maggie está esperando a ser encontrada. Estoy segura de ello. Lo que aún no sé es si está esperando un rescate, o si, como Sarah, solo espera justicia.

De cualquier manera, voy a encontrarla.

CAPÍTULO CUARENTA

La mañana después de que lo detienen, me despierto antes del amanecer, con la mente extrañamente tranquila. Me quedo tumbada en la penumbra, mirando al techo, esperando la oleada de alivio, de triunfo, de reivindicación. Algún tsunami emocional que marque el cambio sísmico en mi realidad.

Está bajo custodia. Tras los barrotes.

Gracias a mis lágrimas.

El pensamiento se repite como un titular de noticias a través de mi conciencia, objetivo pero distante. De alguna manera, esperaba sentirme diferente hoy. Más ligera. Más libre. En cambio, me siento vacía, como si algo vital hubiera sido extraído, dejando un espacio hueco donde antes había un propósito.

Me pregunto qué estarán diciendo de él en las noticias, si están mostrando su cara, imprimiendo su nombre, y me doy cuenta de que nunca le pregunté a Barnes cómo se llamaba. No parecía importar.

No importa.

Es el hombre que me dejó morir.

El hombre que me llamó Maggie.

El hombre que mató a Sarah.

Y entonces pienso en Joyce, y cómo estará asimilando la noticia. Saber que lo tienen no traerá a Sarah de vuelta. Nada lo hará. Todo lo que podemos tener ahora es justicia. Pero incluso la justicia parece una promesa vacía: un premio de consolación cuando el verdadero premio, Sarah, viva, está para siempre fuera de nuestro alcance.

La baja por maternidad de mamá ya ha comenzado. Sé que no quería irse a casa ayer, después de escuchar la noticia de la detención. Fue demasiado para ella, y ni hablar de mí. No puedo

creer que haya logrado sobrellevar este embarazo tan bien con todo lo que ha pasado.

Y pensar que Paul dijo que yo la estresaba hace unos meses.

Así es como se hace *realmente*.

Casi sonrío para mis adentros.

Las cosas han cambiado.

Todo ha cambiado.

Y ahora, casi es hora de que vuelva a casa.

¿Me resulta más fácil saber que él no estará ahí fuera? ¿Saber que ahora está bajo custodia?

Todavía no lo sé.

Lo que sí sé es que esto no ha terminado. Todavía tendré que testificar en el juicio. Todavía tendré que revivir aquella noche. Todavía quiero encontrar a Maggie.

Cuando mamá llega, hablamos de todo excepto de las cosas que más importan.

Jugueteo con una pluma que sobresale del algodón que cubre mi almohada. Pincho la punta afilada contra mi dedo, simplemente porque sí.

Los ojos de mamá se entrecierran y frunce los labios en señal de desaprobación.

—¿Has...? —Sea lo que sea que iba a preguntar, cambia de opinión.

—Sí —respondo de todos modos.

—¿Has estado pensando en...?

Asiento.

Sé que debe estar en su mente, pero no sabe cómo hablar de ello. No tiene el enfoque profesional de Suzi, ni la naturaleza inquisitiva de la Dra. Harriet Craig. Es mi madre, me quiere, y a veces eso hace que hablar sea imposible.

—Sé que lo han cogido ahora —digo—. Pero todo el mundo habla de volver a la normalidad. Volver al colegio. Volver a casa.

Como si se supusiera que simplemente debo retomar donde lo dejé. Pero esa chica se ha ido, mamá. La Amanda de antes murió en ese bosque. No va a volver.

No sé de dónde salen, y no puedo detener las palabras que brotan. Como la sangre que brotaba de mi cuello sobre la tierra, son imparables.

Los ojos de mamá se llenan de lágrimas. —Lo sé, cariño. De verdad. Solo... quiero ayudarte a avanzar. A encontrar tu camino hacia lo que venga después.

—¿Y si no hay un '*después*'? ¿Y si esto es todo? —Señalo mi propio cuerpo: la cicatriz cubierta, el cuerpo demasiado delgado, las sombras bajo mis ojos—. ¿Y si esto es todo lo que me toca ser ahora?

—No digas eso. —Su voz se quiebra—. Por favor, no digas eso.

El silencio que sigue está cargado de todas las cosas que no sabemos cómo decirnos. ¿Cómo le dices a tu madre que ya no sabes quién eres? ¿Que a veces no estás segura de querer descubrirlo? ¿Que te sientes como un fantasma rondando los bordes de tu propia vida?

—Lo siento —digo finalmente—. Es solo que... no quiero que esperes demasiado. No quiero decepcionarte cuando no pueda ser quien era antes.

—Oh, Amanda. —Se inclina hacia delante, cogiendo mis manos entre las suyas—. Nunca podrías decepcionarme. Solo estoy agradecida de que estés viva. De que estés aquí. Todo lo demás puede esperar hasta que estés lista.

Quiero creerle. Quiero confiar en la sinceridad de sus ojos, en la suave presión de sus dedos contra los míos. Pero hay una distancia entre nosotras ahora que antes no existía. Un abismo lleno de cosas que ella no puede entender y yo no puedo explicar.

—Estar en casa significa que estarás cuando tenga al bebé —sonríe mamá, intentando cambiar de tema.

—¿Sabes si definitivamente es un niño? —pregunto, agradecida por el tema más seguro.

—La ecografía fue bastante clara. —Sonríe, recuperando ese brillo maternal—. Paul ya está hablando de fútbol y acampadas.

—¿Dónde está hoy? —pregunto, notando su ausencia—. ¿Otro recado misterioso?

La sonrisa de mamá se tensa ligeramente. —Vendrá a recogerme más tarde. Ha estado ocupado últimamente. El trabajo y algunas otras cosas.

—¿Cosas como no visitarme?

Suspira. —Amanda, por favor. Lo está intentando. A su manera.

—¿Lo está? Porque desde mi punto de vista, parece estar haciendo todo lo posible para evitar estar aquí.

—Eso no es justo.

—¿No es así? —Sé que debería parar, que debería dejarlo estar, pero algo en mí no puede—. Apenas ha venido. Siempre tiene alguna excusa, algún *recado*, algún motivo por el que no puede venir. Igual que papá. Venga ya, casi me muero. Estoy pasando por un montón de mierda y papá ni siquiera se ha puesto en contacto.

En cuanto las palabras salen de mi boca, me arrepiento. Mamá se estremece como si la hubiera abofeteado.

—Paul no se parece en nada a tu padre —dice, con la voz repentinamente dura—. Tu padre nos abandonó. Paul está aquí. Está construyendo una habitación para el bebé. Está planificando nuestro futuro. Solo está... *lidiando* con todo esto.

—Mientras tú has estado afrontando todo esto sola.

—No he estado sola —protesta débilmente—. Te tengo a ti.

La ironía de esa afirmación, que se esté apoyando en mí, su hija traumatizada, en busca de apoyo, es tan dolorosa que casi me río.

En lugar de ello, le aprieto la mano.

—Está bien. De todas formas, yo no soy su responsabilidad.

—Amanda...

—No, en serio. Está bien. —Fuerzo una sonrisa—. Cuéntame más sobre los planes para el bebé. ¿Ya habéis elegido un nombre?

Durante la siguiente hora, hablamos de temas más seguros; la rutinaria danza conversacional de una madre e hija fingiendo que todo va bien. Cuando su móvil suena, lo mira con un pequeño suspiro.

—Será Paul. Dijo que pasaría a recogerme de camino a casa.

—¿Va a entrar esta vez?

—Amanda. —Su voz tiene un tono de advertencia—. Por favor.

Teclea en su móvil y estoy bastante segura de que le está diciendo que espere en el coche. Realmente no estoy segura de querer verle. Solo quiero la idea de que le importo. Aun así, no me apetece volver a tener la discusión.

Se levanta, alisándose el vestido con manos que no están del todo firmes.

—Necesito ir al baño antes de que llegue. Vuelvo enseguida.

Después de que se escabulle a mi cuarto de baño, espero, con un dolor de cabeza formándose detrás de mis ojos. Debería sentirme culpable por presionarla, por añadir estrés que no necesita en su estado. Pero lo único en lo que puedo pensar es en Paul, desapareciendo cuando las cosas se ponen difíciles, dejando a mamá para que se enfrente a todo sola mientras él se va a hacer lo que sea que haga.

Igual que mi padre.

Busco bajo mi almohada el cuaderno, necesitando mirar la foto de Maggie otra vez. Su rostro me da estabilidad de alguna manera, me recuerda que hay un propósito más allá de todo esto.

Estoy tan concentrada en la fotografía que no oigo abrirse la puerta. No me doy cuenta de que no estoy sola hasta que una sombra cae sobre la cama.

—¿Amanda? ¿Dónde está...

Paul se detiene a mitad de frase, con los ojos fijos en la foto que tengo en las manos. Algo cambia en su expresión, un cambio sutil que podría haber pasado por alto si no hubiera estado observando con tanta atención. Reconocimiento, seguido rápidamente por confusión.

—¿Qué es eso? —pregunta, con voz despreocupada pero postura repentinamente tensa.

Deslizo la foto dentro del cuaderno, un movimiento instintivo.

—Nada.

—No parece nada. —Da un paso más cerca, y resisto el impulso de retroceder—. ¿Puedo verlo?

—No.

Sus cejas se elevan ante la brusquedad de mi negativa. —Solo estaba preguntando.

—Y yo solo estoy diciendo que no.

Nos miramos fijamente, el aire entre nosotros cargado de desconfianza mutua. Esta es la conversación más larga que hemos tenido en semanas, posiblemente nunca.

—¿Dónde está tu madre? —dice finalmente—. Deberíamos irnos pronto. El tráfico va a estar fatal con las obras en Wells Road.

No respondo. No tengo nada que decirle. Pero sus ojos se desvían hacia el cuaderno que aún tengo agarrado en las manos.

—¿Cuándo estuviste en Lacey Point? —pregunta, como si fuera una cuestión casual.

Mi corazón da un vuelco.

—¿Qué?

—En esa foto. —Señala el libro que contiene la imagen—. Estuviste en Lacey Point, ¿verdad? —Frunce el ceño mientras se inclina más cerca—. ¿Cuándo fuiste allí? No es precisamente fácil de encontrar.

Lo dice como si fuera una acusación, como si hubiera estado en un lugar donde no debería estar.

—Nunca he estado allí —digo, con una voz que suena extraña, distante.

Saco la foto, intentando que mi mano no tiemble, y se la muestro.

Si él cree saber dónde está esto, podría ayudarme... podría ayudar a *la policía* a encontrar a Maggie.

He dejado de considerar cualquier otra posibilidad.

Para mí, definitivamente la chica es ella.

Maggie.

Paul entrecierra los ojos mientras estudia la foto con más cuidado, luego mi cara, y otra vez la foto.

—Esa... ¿no eres tú? —Intenta coger la fotografía, pero la acerco más a mi pecho.

—No —digo con firmeza—. Y no puedes tenerla.

Debería estar agradecido de que siquiera le permita verla.

Paul se endereza, con algo ilegible brillando en sus ojos.

—Se parece exactamente a ti. Y eso es definitivamente Lacey Point. La mayoría de la gente ni siquiera sabe que existe. Está completamente aislado, escondido en el lado más alejado del embalse. Ni siquiera hay carreteras adecuadas. Está a media hora de caminata desde el punto de acceso más cercano.

Su mirada es ahora intensa, escrutadora.

—Si no eres tú —continúa—, ¿quién es? ¿Y cómo conseguiste la foto si no estuviste allí? No sé qué pasa contigo, Amanda. Estoy simplemente...

Se detiene, en silencio por un momento.

—No importa —dice.

Niego con la cabeza, incapaz de formar palabras mientras mi mente corre para procesar esta información.

¿Por qué estaría Maggie en un lugar tan remoto que, según Paul, poca gente conoce? ¿Un lugar que él aparentemente visita?

¿Y por qué parece tan inquieto por la existencia de esta fotografía?

Me mira fijamente durante un largo momento y luego añade: —Encontré ese lugar hace dos o tres años, cuando exploraba algunos viejos senderos forestales. He vuelto varias veces desde entonces. Es... pacífico. Privado. —Baja ligeramente la voz—. Ya nadie va allí, no desde que derribaron la casa de botes el año pasado. Apenas se puede ver el borde en la foto ahí.

Es algo que no habría notado si no me lo hubieran señalado. Parece una línea verde en el borde del encuadre. La línea que pensé que era un cartel, quizás.

¿Una *casa de botes*?

Paul estudia la foto con más cuidado. —Eso es definitivamente Lacey Point. La mitad del tejado de esa casa de botes se voló en aquella gran tormenta de hace dos inviernos. Luego el condado la condenó y la derribó unos ocho meses después.

Está hablando por hablar, llenando el espacio incómodo entre nosotros. Lo que no sabe es que esta vez, realmente estoy pendiente de cada una de sus palabras.

Señala algo más en el fondo.

—Y mira, se puede ver que todavía no habían empezado a talar los árboles para el nuevo proyecto de conservación. Eso ocurrió la primavera pasada.

Hay mucho que asimilar, pero esto lo concreta con precisión. La foto debe haberse tomado después de que la tormenta dañara el tejado, pero antes de que empezaran a retirar los árboles. Eso es un intervalo de solo unos pocos meses, hace menos de dos años.

Ni siquiera puedo distinguir un tejado. Supongo que hay que saber lo que estás buscando para poder verlo. Justo como mamá y yo sabíamos que la chica de pie a su lado no era yo.

—Entonces, ¿esta foto se tomó cuándo? ¿Hace un año y medio? —Mi voz suena extraña incluso a mis propios oídos.

No es una vieja foto de otra vida, sino reciente. Maggie estaba en Lacey Point mientras yo estaba sentada en clase de biología, quejándome de los deberes. Cuando Sarah estaba viva. Cuando todo era normal.

Antes de que Paul pueda responder, mamá sale del baño.

—¿Listos para irnos? —pregunta, mirándonos alternadamente, percibiendo la tensión—. ¿Está todo bien?

—Perfectamente —dice Paul con suavidad—. Solo charlábamos sobre viejos lugares de pesca.

Mamá sonríe, con evidente alivio en su rostro ante este supuesto momento de conexión. —Eso es bonito. Pero deberíamos irnos ya. Le prometí a Joyce que pasaría esta tarde.

Joyce. La madre de Sarah. Otro rayo, otra conexión que no estoy preparada para hacer.

Pero mamá se ha detenido, su rostro congelado. Las palabras de Paul tardaron en calar, pero ahora están firmemente arraigadas.

—¿Lugares de pesca? —pregunta, retrocediendo—. ¿Desde cuándo le interesan a Amanda los lugares de pesca?

Levanto la foto de Maggie.

—Desde que *Maggie* fue fotografiada junto a uno —digo, observando el rostro de Paul en busca de signos de reconocimiento.

—¿Maggie? —pregunta.

Por esto sé que o bien mamá no corre a casa con detalles sobre el caso o que Paul no ha estado prestando atención. Podría ser cualquiera de las dos cosas.

—La policía me la dejó —digo en una conversación récord con Paul—. Estaba... o al menos el original estaba... entre las pertenencias del asesino. Pensaron que era yo.

—Yo también lo pensé —dice Paul—. Podría ser tu hermana. Tu gemela.

—Sí, ya tengo suficiente trauma con el que lidiar, gracias —digo sin sonreír.

Paul mira a mamá y ella entrecierra los ojos.

—¿Qué? —pregunta ella—. ¿No estarás preguntando en serio?

Paul levanta las cejas. —Por supuesto que no. Entonces, ¿la han encontrado?

Mamá realmente no le está dando las actualizaciones de las noticias.

—No —dice mamá.

—La comunidad de pescadores es bastante unida —dice Paul—. Si tu Maggie ha estado por allí, alguien la conocerá.

Tu Maggie.

Mi Maggie.

Nunca la he conocido, pero aun así, siento una conexión más allá de las palabras.

—El inspector Barnes tiene que saber esto —dice mamá de repente, alcanzando su teléfono—. Si reconoces el lugar...

—Por supuesto —accede Paul rápidamente—. Podría ser importante. —Se vuelve hacia mí—. Es una extraña coincidencia, pero quizás les ayude a averiguar quién es ella.

Su respuesta directa me pilla desprevenida. Había esperado... ¿qué? ¿Resistencia? ¿Evasivas? En cambio, parece genuinamente dispuesto a ayudar.

—Mamá tiene razón —digo, observando su rostro con atención—. El inspector Barnes debería saberlo.

Paul asiente.

Por una vez, todos parecemos querer lo mismo. Los tres congelados en este extraño momento de alineación. Mamá, Paul y yo, todos de repente centrados en una fotografía de una chica que se parece a mí pero no lo es. Una chica cuyo nombre conozco pero cuya historia sigue siendo un misterio. Una chica que podría seguir ahí fuera en algún lugar, esperando a ser encontrada.

Cuando mamá alarga la mano para coger su teléfono, me doy cuenta de que, por primera vez desde que desperté en el hospital, siento que algo rompe la insensibilidad: un propósito.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Paul permanece inmóvil a mi lado, con una expresión indescifrable mientras observa los dedos de mamá desplazarse por sus contactos. Esta llamada podría cambiarlo todo: para la investigación, para encontrar a Maggie, para entender por qué él me escogió como objetivo.

Mamá pulsa llamar y se lleva el teléfono a la oreja, mientras su mano libre se mueve instintivamente hacia su vientre en ese gesto protector al que me he acostumbrado a ver. Cuando la detective Barnes contesta, su voz suena firme, decidida.

—¿Detective Barnes? Soy Abby Gray, la madre de Amanda. Creo que podríamos tener información sobre la fotografía que le mostró. La de la chica que creemos que es Maggie.

Sus palabras no pasan desapercibidas para mí.

Ha dicho, 'la chica que *creemos* que es Maggie'.

Mientras habla, Paul se acerca más, con su atención puesta en la foto que todavía sostengo.

—Es extraño —dice, con voz lo suficientemente baja para no interferir con la llamada de mamá—. El parecido es realmente sorprendente.

—Nos preguntábamos si ese era el motivo por el que él... me escogió como objetivo —digo, pero rápidamente cambio de tema—. ¿Crees que podría ser de por aquí? —pregunto.

Paul lo considera. —Es difícil de decir. El embalse Stewart atrae a gente de varios condados. Excursionistas, pescadores, fotógrafos de naturaleza. Pero si ella estaba específicamente en Lacey Point... —hace una pausa, pensando—. Como dije, ese lugar está apartado de las rutas habituales. Tendrías que saber que está allí, o al menos estar dispuesto a explorar más allá de los senderos principales.

No hay nada sospechoso en su actitud, solo alguien intentando ser útil, analizando posibilidades.

La voz de mamá interrumpe nuestra conversación.

—Sí, eso es. Lacey Point en el embalse Stewart. Paul lo reconoció inmediatamente. —Hace una pausa, escuchando—. Sí, él puede... Por supuesto. La esperaremos. —Otra pausa—. Gracias, detective.

Baja el teléfono, girándose hacia Paul. —Quieren que esperemos aquí. Barnes va a enviar un coche a recogerte. Quiere mostrarte más fotografías, ver si reconoces otros lugares.

—Sin problema —dice Paul con naturalidad—. Haré cualquier cosa que pueda ayudar.

—Estarán aquí en veinte minutos. —Mamá me mira, y luego vuelve a mirar a Paul—. Joyce entenderá si llegamos tarde.

Un silencio incómodo se instala en la habitación, pero no por Paul, sino por el peso de lo que esto podría significar. Agarro con fuerza la foto de Maggie, estudiándola de nuevo con una nueva comprensión. El embarcadero que Paul reconoció se ve parcialmente visible detrás de su hombro izquierdo, madera verde desgastada contra el agua más oscura. Solo visible para alguien que sabe que está ahí.

Fue demolido hace un año. Pero en esta foto, parece que definitivamente aún estaba en pie.

—¿Puedo verla otra vez? —pregunta Paul.

Esta vez le entrego la imagen, y él la estudia con genuino interés.

—¿La has visto alguna vez allí? —pregunto—. ¿En el embalse? ¿En Lacey Point?

Paul niega con la cabeza. —No, nunca. —Me devuelve la foto—. No es exactamente un lugar concurrido. La mayoría de las veces que he estado allí, no he visto un alma.

—¿Por qué vas allí? —pregunto, más curiosa que suspicaz ahora.

—Sinceramente? Solo para pensar. Para tener algo de espacio. —Su expresión es abierta, pensativa—. Con todo lo que ha pasado... a veces necesito despejar mi cabeza. Encontrar un lugar tranquilo donde pueda ordenar mis pensamientos. —Mira a mamá—. Ha sido mucho que procesar.

Por primera vez, considero cómo todo esto podría haber afectado a Paul. Apenas había entrado en nuestras vidas cuando la violencia irrumpió en ella. Una nueva relación, un bebé en camino, y de repente la hija de su novia es atacada y casi asesinada. No es de extrañar que haya estado desapareciendo en caminatas solitarias.

—Lo entiendo —digo, sorprendiéndome a mí misma con las palabras.

Paul parece igualmente sorprendido, pero asiente en señal de reconocimiento.

—Quizás esto les ayude a encontrarla —dice, señalando la foto—. A esta Maggie. Si conocer la ubicación les da algo con lo que trabajar.

Veinte minutos. La policía estará aquí en veinte minutos, y Paul les dirá todo lo que sabe sobre Lacey Point. No es mucho, pero es algo. Un punto de partida. Un lugar donde Maggie estuvo una vez, pareciéndose tanto a mí que asusta.

Necesito saber por qué. Por qué estaba allí. Por qué ella era importante para ese hombre. Por qué me vio y pensó en ella.

—Gracias —le digo a Paul, las palabras se sienten extrañas en mi lengua—. Por reconocer el lugar.

Él asiente, y por primera vez desde que lo conozco, no hay incomodidad entre nosotros. Solo un propósito compartido, aunque sea temporal.

Encontrar a Maggie.

La puerta se cierra tras mamá y Paul, dejándome a solas con mis pensamientos acelerados. Mis dedos recorren el borde de la fotografía, siguiendo el contorno del embarcadero visible detrás de su hombro.

El embarcadero. El embalse. Maggie.

Las piezas parece que deberían encajar, pero aún no puedo ver el patrón. Deslizo la foto de vuelta en el cuaderno, guardándola con seguridad bajo mi almohada. Si la miro un segundo más, me volveré loca con preguntas que no puedo responder.

Un golpe en la puerta interrumpe mi espiral de pensamientos.

—Adelante —digo.

Ellie asoma la cabeza, su expresión es una mezcla de curiosidad y preocupación. —Oye. Tu madre y Paul acaban de ser escoltados por alguien que parecía claramente un policía. ¿Debería preocuparme o divertirme?

Casi sonrío. —Divertirte, creo. No los están arrestando, si es lo que quieres decir.

—Ah. —Ellie entra y cierra la puerta tras ella. Sus ojos se entrecierran ligeramente mientras estudia mi cara—. Tienes esa mirada.

—¿Qué mirada?

—Esa en la que tu cerebro va a mil por hora. —Se deja caer en la silla junto a la ventana, recogiendo una pierna bajo ella—. Suéltalo. ¿Qué está pasando en esa cabeza tuya? ¿Qué ocurre con los mayores?

Dudo, pero solo por un momento. Después de excluirla ayer, le debo algo.

—Esa fotografía que la policía encontró entre las pertenencias de mi atacante —digo.

—¿La chica que se parece a ti?

—Sí —me estremezco—. Bueno, resulta que estaba en un lugar llamado Lacey Point. Está junto a un embalse. Paul lo reconoció. Sabía exactamente dónde era.

Ellie silba suavemente. —Eso es... intenso. ¿Significa que podrían encontrarla? ¿A esta chica?

—Quizás. Eso espero. Necesito saber quién es. Si es Maggie. Si está bien.

Hay un momento de silencio antes de que Ellie hable de nuevo, su voz más suave de lo habitual. —Sabes que no es tu trabajo resolver esto, ¿verdad?

La pregunta me pilla desprevenida. —¿Qué?

—Encontrar a esta chica. Resolver el caso. Eso no te corresponde a ti. —Me observa cuidadosamente, como midiendo mi reacción.

—Si no soy yo, ¿entonces quién? —Las palabras salen más a la defensiva de lo que pretendía.

—Um, ¿la policía de verdad? —Ellie levanta una ceja, y su cicatriz se mueve con ella—. ¿Los que tienen placas y laboratorios forenses y salarios?

—Ellos no entienden la conexión —insisto, sentándome más erguida—. No pueden sentirla como yo.

La expresión de Ellie se suaviza. —¿La conexión con esta chica? ¿O la conexión con Sarah?

Se me corta la respiración. —¿Qué quieres decir?

—Solo... me pregunto si estás transfiriendo parte de lo que pasó con Sarah a esta persona, Maggie. Como si tal vez salvándola, compensaras el no haber podido salvar a Sarah.

Las palabras golpean con una fuerza inesperada. Abro la boca para protestar, pero no sale nada. Ellie no presiona, no insiste. Simplemente se sienta ahí, con la preocupación escrita en su rostro.

—No lo entiendes —consigo decir finalmente.

—Probablemente no —acepta con facilidad—. Pero sí sé lo que es sentirse responsable por algo que no podías controlar. —Hace un gesto vago hacia la cicatriz en su sien—. En el accidente de coche, mi novio conducía. Él no lo logró.

La miro fijamente, esta pieza vital de información replanteando todo lo que creía saber sobre Ellie. —No lo sabía.

—No es algo con lo que suelo empezar. —Se encoge de hombros, pero el gesto despreocupado no coincide con la oscuridad que cruza su rostro—. Durante meses, seguía pensando que si hubiera hecho algo diferente, pedirle que redujera la velocidad, sugerido una ruta alternativa, cualquier cosa, él seguiría vivo.

—Lo siento —susurro.

—Sí. Yo también. —Me mira a los ojos—. Pero finalmente me di cuenta de que ninguna cantidad de "y si" iba a cambiar lo que

sucedió. Y ningún intento de salvar a otras personas va a hacer que él vuelva.

El paralelismo no es sutil. Aparto la mirada, fijándola en la ventana más allá de su hombro.

—Esto es diferente. —Mi voz suena diminuta.

—¿Lo es? —pregunta Ellie, pero no espera una respuesta. Se levanta, estirándose—. En fin, debería irme. Tengo fisioterapia en diez minutos. Solo quería asegurarme de que no os estaban arrestando ni nada.

—Gracias —digo, mi mente aún dando vueltas a sus palabras.

En la puerta, se detiene.

—Por lo que vale, creo que es bueno que puedan encontrar a esta tal Maggie. Simplemente no creo que tenga que ser tu cruzada personal.

Entonces se va, dejándome con una semilla de duda que antes no tenía.

La Dra. Craig nota el cambio en mi energía en cuanto entro en su consulta para nuestra sesión de la tarde. Sus ojos siguen mis inquietos movimientos mientras me acomodo en la silla frente a ella, con los dedos tamborileando sobre mis rodillas.

—Ha ocurrido algo —dice.

No es una pregunta.

—Paul reconoció el lugar de la foto de Maggie —las palabras salen atropelladamente—. Es un sitio llamado Lacey Point en el embalse de Stewart. Ahora está con la policía, contándoles lo que sabe.

La Dra. Craig se inclina ligeramente hacia delante, con una expresión cuidadosamente neutral. —Es un avance significativo. ¿Cómo te sientes al respecto?

—Esperanzada. Ansiosa —me obligo a quedarme quieta—. Podría ayudarles a encontrarla.

—¿Y por qué es tan importante para ti? —pregunta con un tono suave pero indagador.

—Porque está conectado con todo —respondo, con frustración colándose en mi voz—. Con lo que le pasó a Sarah. Con lo que me pasó a mí. Tengo que encontrarla. Quiero decir, *ellos* tienen que encontrarla.

—¿Por qué tiene que ser tu responsabilidad? —la pregunta de la Dra. Craig hace eco a la de Ellie, pero con un peso diferente.

—Porque sobreviví por alguna razón —digo, con las palabras surgiendo con sorprendente fuerza—. Porque ella está conectada conmigo de alguna manera. Porque si no la encuentro yo, ¿quién lo hará?

La Dra. Craig no se amedrenta ante mi intensidad. —La policía lo hará. Tienen recursos, experiencia, autoridad que tú no tienes.

—Pero ellos no tienen mi conexión con ella —insisto.

—¿Cuál es exactamente tu conexión con Maggie? —pregunta la Dra. Craig, con voz aún tranquila—. Más allá de un parecido físico y el hecho de que tu agresor te llamara por su nombre. Esta chica de la fotografía, Amanda. Tienes que estar abierta a la posibilidad de que ni siquiera sea Maggie. Lo sabes, ¿verdad?

Abro la boca para responder, luego la cierro. No lo sé. No hay una conexión real, solo la que he creado en mi mente: la que necesito creer que existe para dar sentido a todo lo que ha ocurrido.

¿Y si no es ella?

¿Y si nunca encuentran a Maggie?

¿Y si Maggie nunca existió?

¿Por qué me molesta tanto este pensamiento?

—Amanda —dice la Dra. Craig suavemente—, quiero preguntarte algo difícil. ¿Esto es sobre Maggie o sobre Sarah?

Se me tensa la garganta. —¿Qué quiere decir?

—Me pregunto si estás intentando salvar a Maggie para compensar el no haber salvado a Sarah.

Las palabras me dejan sin aire en los pulmones. Durante un largo momento, no puedo hablar, ni siquiera respirar correctamente. La Dra. Craig espera, su silencio una invitación más que una exigencia.

—No pude salvar a Sarah —susurro finalmente, la admisión cruda y dolorosa—. Me quedé allí mientras él... mientras ella... No pude hacer nada para ayudarla.

—No fue culpa tuya —dice la Dra. Craig con firmeza—. Estabas herida, sangrando. No había nada que pudieras haber hecho de otra manera.

—Pero tenía que haber algo —insisto, con calor acumulándose tras mis ojos—. Alguna forma en que podría haberlo detenido, o avisarle a ella, o...

—Amanda —la voz de la Dra. Craig corta mi espiral—. A veces ocurren cosas terribles que están completamente fuera de nuestro control. Lo que le pasó a Sarah, lo que te pasó a ti. Nada de eso fue culpa tuya.

—Entonces, ¿por qué sobreviví yo? —la pregunta me desgarra la garganta, desesperada y desgarradora—. ¿Por qué estoy yo aquí cuando ella no?

—No tengo una respuesta para eso —admite la Dra. Craig—. Pero sí sé que sobrevivir no conlleva automáticamente la obligación de resolver misterios o corregir injusticias. A veces sobrevivir simplemente significa sanar. Encontrar un camino hacia adelante.

Niego con la cabeza, sin querer aceptar la simplicidad de todo. —Pero Maggie...

—No es tu responsabilidad —concluye la Dra. Craig con suavidad —. La policía la buscará. Investigarán la conexión. Pero tú? Tu única responsabilidad ahora mismo es centrarte en tu propia recuperación.

Reflexiono sobre esto durante un largo momento, y la resistencia dentro de mí cede lentamente a algo más, algo que se siente extrañamente como alivio. La idea de que no tengo que encontrar a Maggie, que no tengo que resolver este misterio, es a la vez aterradora y liberadora.

—¿Y si nunca la encuentran? —pregunto en voz baja.

—Entonces será difícil —reconoce la Dra. Craig—. Las preguntas sin respuesta son difíciles de sobrellevar. Pero aprender a convivir con la incertidumbre, eso también es parte de la sanación.

Cuando salgo de su consulta, mi mente da vueltas con contradicciones. Una parte de mí sigue insistiendo en que encontrar a Maggie es esencial, que es la clave para entender todo lo que ha pasado. Pero otra parte, más silenciosa pero cada vez más fuerte, se pregunta si la Dra. Craig y Ellie podrían tener razón.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

De vuelta en mi habitación, recorro el pequeño espacio entre la cama y la ventana, con mis pensamientos dando vueltas como buitres. Las preguntas de la Dra. Craig resuenan dentro de mi cabeza, cuestionando todo lo que me he dicho a mí misma sobre Maggie, sobre mi papel en encontrarla.

—*¿Se trata de Maggie o se trata de Sarah?*

Ya no lo sé. Las líneas se han difuminado; las conexiones se han enredado hasta que no puedo separar una de la otra. Sarah, a quien no pude salvar. Maggie, a quien de alguna manera necesito encontrar. Ambas reflejando partes de mí misma que apenas puedo reconocer.

Me detengo en la ventana, apoyando mi frente contra el frío cristal. Fuera, las personas se mueven por los senderos: pacientes, personal, visitantes, cada uno cargando con sus propias cargas invisibles. Sus propias preguntas sin respuesta.

El recuerdo de Sarah surge de repente. No de aquella noche, sino de antes. Su sonrisa mientras volvíamos caminando del instituto, su hombro rozando el mío mientras me contaba alguna historia ridícula sobre su hermano. La fácil comodidad de su presencia.

Y luego, sin ser invitado, el otro recuerdo. Los gritos ahogados de Sarah. La impotencia mientras yo yacía sangrando. El terrible silencio que siguió.

—*No pudiste salvar a Sarah. Eso no fue culpa tuya.*

Pero se siente como si fuera mi culpa. Siempre ha sido así. Como si, de alguna manera que todavía no puedo identificar, debería haber hecho más. Haber sido más fuerte. Haber luchado con más ahínco. Y ante la ausencia de esa posibilidad, me he aferrado a lo siguiente mejor: encontrar a Maggie. Salvarla, al menos. Dar sentido a lo que no lo tiene.

—*¿Estás intentando salvar a Maggie para compensar el no haber salvado a Sarah?*

La pregunta se acerca demasiado a una verdad que he estado evitando. Me hundo en el borde de mi cama, repentinamente agotada por el peso de mis propias expectativas. La responsabilidad que he puesto sobre mis hombros se siente aplastante ahora que la he nombrado.

No pude salvar a Sarah. Y la terrible y liberadora verdad es que tampoco puedo salvar a Maggie. Ni siquiera sé si necesita ser salvada. No sé nada de ella más allá de una fotografía y un nombre que ni siquiera es seguro.

Por primera vez desde que supe de la existencia de Maggie, me permito considerar la posibilidad de que encontrarla no sea mi propósito. Que quizás mi supervivencia no venga con esta obligación específica adjunta.

La revelación trae consigo tanto dolor como alivio, entrelazados en un nudo que no estoy segura de cómo desenmarañar.

Un suave golpe en mi puerta interrumpe mis pensamientos en espiral.

—¿Amanda? —llama la voz de mamá—. ¿Podemos pasar?

Podemos. No solo mamá, sino también Paul. El cambio no escapa a mi atención.

—Sí.

La puerta se abre, y mamá entra primero, con una expresión mezcla de agotamiento y entusiasmo apenas contenido. Detrás de ella, Paul entra, sin quedarse en el umbral como hace habitualmente, sino realmente entrando en mi espacio. Se ve inesperadamente agotado, con círculos oscuros bajo los ojos que nunca había notado antes. Hay algo diferente en su presencia, una determinación que ha reemplazado su habitual distancia incómoda.

Durante meses, ha encontrado todas las excusas para evitar mi habitación, mi recuperación, cualquier cosa relacionada con lo que ocurrió. Ahora está aquí voluntariamente, con aspecto de haber librado su propia batalla.

¿Es algún tipo de fascinación macabra por el caso? ¿O finalmente ha encontrado algo útil que hacer, una forma concreta de ayudar

que no requiere hablar de sentimientos o enfrentarse al daño que me hicieron?

—¿Habéis estado con la policía todo este tiempo? —pregunto, dirigiendo la pregunta a ambos, pero encontrándome mirando a Paul.

Él asiente, pasándose una mano por el pelo despeinado, pelo que habitualmente está meticulosamente arreglado, sin un solo mechón fuera de lugar.

—Cuatro horas mirando mapas y fotografías. Nunca pensé que mi obsesión por el senderismo sería útil para algo así.

Mamá se sienta en el borde de mi cama mientras Paul toma la silla junto a la ventana, manteniendo una distancia respetuosa pero sin evitar completamente mi mirada.

—Creen que la foto fue tomada definitivamente en los últimos dos años —dice mamá, su mano moviéndose automáticamente hacia su vientre—. Todo lo que Paul dijo sobre el embarcadero y el claro del bosque les dio un marco temporal específico.

—El técnico forense me mostró cómo pueden analizar los patrones de crecimiento estacional —añade Paul, con un atisbo de genuino interés rompiendo su habitual reserva—. Aparentemente pueden fechar fotos al aire libre con un margen de pocos meses basándose solo en la vegetación.

Me inclino hacia delante. —¿Pueden usar esto para identificarla? ¿Es definitivamente Maggie?

Mamá y Paul intercambian una mirada que no acabo de interpretar.

—No están seguros de nada todavía —dice mamá con cuidado—. Pero están mostrando la foto a todos los relacionados con el embalse: guardabosques, equipos de mantenimiento, incluso visitantes habituales que podrían reconocerla.

Paul se mueve en su silla. —Les di información de contacto de algunos grupos locales de pesca. Puede que haya gente que estuviera por Lacey Point durante el periodo que la policía está investigando.

La imagen de Paul voluntariamente pasando horas con la policía, dibujando mapas y ofreciendo contactos, no encaja con la figura distante que he conocido. Este Paul parece comprometido, involucrado. Es casi como si realmente le importara.

—¿Le han preguntado a *él* sobre la fotografía? —pregunto. Saben a quién me refiero.

Mamá y Paul intercambian una rápida mirada antes de que mamá responda.

—Se la mostraron durante el interrogatorio inicial —dice con cautela—. Barnes nos dijo que tuvo una... fuerte reacción ante ella.

—¿Qué tipo de reacción? —me inclino hacia delante, repentinamente alerta.

Paul se mueve en su silla. —Al parecer se quedó mirándola durante mucho tiempo. No quiso decir ni una palabra sobre ella, pero su lenguaje corporal cambió completamente. Barnes dijo que fue el único momento durante el interrogatorio en que pareció genuinamente alterado.

—¿Pero no dijo nada? —insisto.

—Ni una palabra —confirma Paul—. Están construyendo su caso metódicamente. Barnes dijo que a veces es mejor dejar que un sospechoso se cueza a fuego lento antes de presionar para obtener respuestas.

El calor sube a mi cara, y no sé si estoy más enfadada o frustrada.

—Procedimiento estándar —añade, sorprendiéndome con su conocimiento—. Solo llevan treinta y seis horas con él. Han registrado su casa, pero procesar todas esas pruebas lleva tiempo.

—Lo que Barnes sí dijo es que la fotografía les resulta particularmente interesante ahora, dada su reacción —continúa mamá—. Hicieron un registro inicial de su casa ayer, y hasta ahora no han encontrado ningún objeto personal de Sarah en su posesión.

—O tuyo —añade Paul, y luego aclara su garganta incómodamente—. Lo siento, quiero decir, tampoco encontraron

nada tuyo. Lo cual es inusual para alguien como Matheson.

—¿Matheson? —repito, sintiendo extrañas en mi lengua las sílabas desconocidas.

El nombre queda suspendido en el aire entre nosotros.

Matheson.

El hombre que mató a Sarah. El hombre que intentó matarme.

Nunca había oído su nombre antes.

Ahora tiene un nombre que suena tan ordinario, tan humano. Tres simples sílabas que de repente lo hacen real.

Mi garganta se estrecha inesperadamente. Mis dedos encuentran el camino hacia mi bufanda, presionando contra el tejido cicatricial elevado bajo la tela. Por un momento, escucho su voz de nuevo. '*Es esa hora otra vez, Maggie*'. Siento la hoja contra mi piel, pruebo la sangre llenando mi boca.

Matheson.

Paul se queda inmóvil, sus ojos dirigiéndose hacia mamá, que parece igualmente sobresaltada. —Yo... —comienza, luego se detiene, tragando con dificultad—. Lo siento. Ha estado en todas las noticias desde la rueda de prensa de ayer. No pensé...

—No veo las noticias —digo, mi voz sonando hueca incluso para mis propios oídos—. Nadie me dijo su nombre.

Matheson.

Repito el nombre silenciosamente en mi mente, tratando de hacerlo encajar con la cara que identifiqué, con el hombre que llevaba esa chaqueta de cuadros rojos, que sostenía el cuchillo, que me llamaba Maggie.

Se siente a la vez demasiado mundano y demasiado poderoso: un nombre que podría pertenecer a un profesor o a un vecino, no a un monstruo.

Guardo el nombre; me ocuparé de él más tarde. Ahora mismo, no puedo dejar que me consuma. Ahora mismo, hay que pensar en Maggie. Hay más preguntas que hacer.

—¿Por qué tendría nuestras cosas? —pregunto, desviando deliberadamente la conversación para alejarla de su nombre.

Durante una fracción de segundo, me pregunto qué habría pasado con nuestras mochilas, abandonadas en el claro con las campanillas.

—Bueno, por lo que he visto en esos programas de crímenes reales —empieza Paul—, los delincuentes en serie casi siempre se llevan trofeos de sus víctimas. Si guardaba la fotografía de una víctima junto a su cama, probablemente tendría objetos similares de otras.

Mamá pone los ojos en blanco. —Ves demasiados episodios de Forensic Files, Paul.

—¿Qué? Es relevante —dice a la defensiva, con un ligero rubor subiendo por su cuello.

—Pero ese es el punto —digo, dándome cuenta de algo de repente—. Si es un delincuente en serie, ¿no habrían encontrado más que esta única fotografía? ¿Otros trofeos? ¿Otras víctimas?

—Eso... es un buen punto, la verdad —admite Paul—. Barnes mencionó que les sorprendió no encontrar nada más durante el registro. Ni colecciones ocultas, nada de Sarah o de ti. Solo esta fotografía, expuesta abiertamente. Quizás estén replanteándose todo el caso.

Le lanzo una mirada afilada cuando dice esa última palabra.

Caso.

Todavía me parece una simplificación de algo mucho más grande, mucho más significativo de lo que una palabra de cuatro letras puede transmitir.

—Entonces quizás no sea un asesino en serie —digo, formando el pensamiento mientras hablo—. Quizás esto trate de algo completamente distinto.

Esto.

Si Paul puede simplificar lo que he vivido y lo que le pasó a Sarah, yo también puedo.

—El hecho de que solo tuviera esta fotografía les dice algo importante sobre la relación de la chica con él —dice mamá pensativamente.

De Maggie.

—De todos modos, quizás signifique que la chica de la fotografía no es una víctima —dice mamá, llevando la conversación a un terreno más estable—. Al menos no de la misma manera que...

No termina la frase. No hace falta.

—Entonces, ¿quién es ella? —pregunto, expresando la duda que me ha estado atormentando desde que vi su cara por primera vez—. Si no es una víctima, ¿quién es Maggie para él?

—Es lo que están intentando averiguar —dice Paul—. Barnes cree que esa fotografía es la clave para entenderle. Para entender por qué te eligió específicamente a ti.

—Espero que esté bien —susurro, casi para mí misma.

Paul se inclina hacia delante, con los codos sobre las rodillas. —Volveré mañana para ayudarles a mapear algunas de las zonas más remotas alrededor del embalse. Lugares que no aparecerían en los mapas estándar.

Miro a ambos: mamá, exhausta pero esperanzada, y Paul, torpemente sincero de una manera que nunca había visto antes. Ambos aquí, trayéndome información, incluyéndome.

Pero en lugar de traer más respuestas, solo me han dado más en qué pensar.

¿Y si Sarah y yo fuéramos sus únicas víctimas?

¿Y si fuera por la chica de la fotografía?

¿Y si ella es Maggie?

¿Y si no lo es?

Después de que Paul me cuenta lo de ayudar con los mapas mañana, un pesado silencio cae sobre la habitación. Mamá se mueve incómoda en el borde de mi cama, con una mano apoyando su

espalda baja. Mira a Paul, quien inmediatamente nota su incomodidad.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Solo cansada —dice, frotándose el vientre—. ¿Te importaría traer el coche? No creo que pueda enfrentarme a esa larga caminata hasta el aparcamiento ahora mismo.

Paul vacila, mirándonos como si sintiera que hay algo más detrás de su petición. —Por supuesto —dice después de un momento—. Lo acercaré a la entrada principal.

Se levanta, y por un segundo, creo que podría extender la mano para tocarme el hombro o decir algo más. En cambio, solo asiente torpemente. —Nos vemos mañana, Amanda.

—Sí. Hasta mañana. —Le sonrío, y lo digo en serio. Incluso sintiéndome agotada, confundida y con lo que sea que me haga sentir como si quisiera vomitar, agradezco lo que ha hecho—. Gracias, Paul.

Una vez que la puerta se cierra tras él, mamá se relaja ligeramente.

—Parece diferente —observo.

—Lo está intentando —dice simplemente—. A su manera.

Estoy segura de haberla oído decir eso antes, pero ahora parece más creíble.

Miro mis manos, y el cuaderno escondido bajo mi almohada. El nombre de Matheson da vueltas en mi mente, negándose a asentarse.

—Vi tu reacción cuando Paul mencionó su nombre —dice mamá, observándome atentamente.

No puedo mirarla a los ojos. —Matheson —digo, obligándome a pronunciarlo en voz alta, como si probara cómo se siente en mi boca —. Suena tan... normal.

—Lo sé. —La mano de mamá encuentra la mía—. Eso es lo que lo hace tan difícil, ¿verdad? Los monstruos deberían tener nombres monstruosos.

Recorro el borde de mi pañuelo con las yemas de los dedos. —Todo este tiempo, he estado tan centrada en Maggie. En encontrarla. Como si de alguna manera eso pudiera arreglarlo todo.

Mamá me observa, algo cambiando en su expresión. —¿Sabes? Cuando tu padre nos dejó, hice lo mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Me obsesioné con arreglar los canalones de la casa. —Sonríe con pesar—. De todas las cosas. Llevaban meses goteando, y de repente era lo único en lo que podía pensar. Pasé horas investigando, comparando materiales, llamando a contratistas.

—¿Canalones? —No puedo ocultar mi sorpresa.

—Ridículo, ¿verdad? Pero no podía controlar que él se marchara. No podía controlar cómo te estaba afectando. Así que encontré algo que sí podía controlar. —Me aprieta la mano—. A veces, cuando las cosas grandes son demasiado dolorosas de afrontar, nos fijamos en puzzles más pequeños.

—Esto no es lo mismo —protesto, pero incluso mientras lo digo, escucho lo defensiva que sueno.

—No —concede mamá—. Ella es importante. Es una persona. Pero encontrarla no traerá a Sarah de vuelta. Y no curará lo que él te hizo.

La verdad de sus palabras me golpea con una fuerza inesperada. Durante meses, he estado canalizando todo mi miedo, mi dolor, mi ira en encontrar a Sarah, en encontrar a Maggie, como si hacerlo pudiera de alguna manera deshacer todo lo demás.

—Solo quiero hacer algo —susurro—. Me siento tan... inútil.

—Lo sé, cariño. —La voz de mamá se quiebra—. Pero lo más importante que puedes hacer ahora es sanar. La inspectora Barnes tiene todo un equipo trabajando para encontrar a Maggie. Lo que significa que tú no tienes que hacerlo.

La observo, realmente la veo, por primera vez en meses. Las ojeras bajo sus ojos, la forma cuidadosa en que se mantiene, la mezcla de agotamiento y determinación en cada movimiento. Todo

este tiempo, he estado tan envuelta en mi propio trauma que no he reconocido por completo lo que le ha estado haciendo a ella.

—¿Sabes en quién estaba pensando antes? —digo, sorprendiéndome a mí misma con el pensamiento aleatorio—. En la agente Winters. Esa policía que vino al principio de todo, cuando todavía tenía que usar ese estúpido tablero de comunicación.

Mamá inclina la cabeza. —¿La rubia?

Asiento. —Pensé que iba a ser una parte importante de la investigación. Estuvo allí para esa primera entrevista, tomando todas esas notas, haciendo todas esas preguntas. Luego Barnes y Reid se hicieron cargo, y nunca más la volví a ver.

—Me pregunto qué le pasaría —dice mamá.

—Ese es el punto. Me pregunto si todavía piensa en el caso. Si todavía siente el impulso de involucrarse. Es extraño estar tan metida en algo y luego simplemente... tener que dejarlo ir.

Mamá estudia mi cara, y en sus ojos veo que lo entiende. —Supongo que eso es parte de su trabajo. Saber cuándo dar un paso atrás y dejar que otros se hagan cargo.

—Sí —susurro—. Es solo que... no sé si yo podría hacer eso.

—¿Te refieres a Maggie? —pregunta mamá con suavidad.

Aparto la mirada, atrapada en mi transparencia.

—Con todo ello. La investigación. Encontrar a Maggie. Todo.

—Eso no significa que haya dejado de preocuparse —dice mamá —. Me refiero a la agente Winters.

El paralelismo no se me escapa, y por el tono cauteloso de mamá, a ella tampoco.

Dejamos que la idea flote en la habitación, justo como hace la Dra. Craig en nuestras sesiones.

—¿Cuándo sales de cuentas? —pregunto, cambiando de tema.

—Solo faltan unas semanas. —Una sonrisa suaviza su rostro—. Aunque el médico cree que podría ser antes. Tu hermano ya ha descendido a la posición.

—Quiero estar en casa cuando llegue —digo, mientras la decisión se forma al hablar.

—¿De verdad? —La esperanza ilumina sus ojos—. Pensaba que estabas nerviosa por volver a casa.

—Lo estoy. Pero... —me detengo, intentando encontrar las palabras adecuadas—. No puedo esconderme aquí para siempre. Y quiero estar ahí para ti. Para él.

Los ojos de mamá se llenan de lágrimas. —Oh, Amanda.

—Necesito hacerlo —digo—. Es como saltar al agua fría. Cuanto más espere, más difícil será.

Mamá me rodea con su brazo, atrayéndome hacia ella. —No tienes que resolverlo todo de golpe, ¿sabes? Sanar lleva tiempo.

—Lo sé. —Me apoyo en ella, permitiéndome aceptar el consuelo que me ofrece—. Pero necesito empezar por algún sitio. Y creo que estar en casa, estar contigo y... y con Paul... cuando llegue el bebé. Ahí es donde debo estar.

Ella duda, luego añade: —La detective Barnes prometió llamar si averiguan algo sobre Maggie. No tienes que renunciar a querer saber. Solo quizás dejar que otros sigan buscando por un tiempo.

—Lo intentaré —digo, y lo digo en serio.

El móvil de mamá vibra. —Es Paul. Está esperando fuera. —Se levanta, un poco torpe con su vientre creciente—. ¿Estarás bien?

Asiento, sorprendida al descubrir que no es completamente una mentira. —Sí. Creo que lo estaré.

Después de que mamá se vaya, abro mi cuaderno. No para mirar la fotografía, esta vez; en cambio, paso las páginas, ahora llenas de recuerdos, preguntas, fragmentos de mis intentos por entender lo que pasó aquella noche. Sigo pasando páginas hasta llegar a la lista.

- ✓ Recorrer todo el pasillo sin parar antes del viernes.
- ✓ Pronunciar una frase completa antes de Oakwood.
- ✓ Conseguir suficiente fuerza para ducharme de pie.

✓ Preparar preguntas para la primera sesión con el terapeuta de Oakwood.

Encontrar a Sarah.

Encontrar a Maggie.

Paso un dedo sobre "Encontrar a Sarah". Todavía no puedo tacharla o marcarla como completada. Se siente como una traición, un abandono. Pero Sarah ha sido encontrada. No viva, no como esperaba, pero encontrada, al fin y al cabo.

Debajo, la adición más reciente: "Encontrar a Maggie." Escrita con la misma letra decidida después de ver su fotografía por primera vez. Después de decidir que era mi responsabilidad entender la conexión entre nosotras.

Miro fijamente las dos líneas, estas misiones que me he asignado. Una imposible, otra quizás fuera de mi alcance. Ambas impulsadas por una necesidad desesperada de controlar algo, cualquier cosa, en un mundo que ha demostrado lo poco que realmente controlo.

Lentamente, deliberadamente, cojo mi bolígrafo. Pero en lugar de marcar alguno de los puntos anteriores, añado una nueva línea debajo de ellos:

Encontrarme a mí misma.

Las palabras se ven extrañas en la página, casi vergonzosamente sinceras. Pero se sienten correctas. Verdaderas, de una manera que las otras no lo son. Porque esta es una búsqueda que realmente puedo realizar. Una persona que quizás pueda encontrar de verdad.

Cierro el cuaderno, sintiendo cómo la determinación fluye por mi cuerpo. No es felicidad, ni de lejos. Pero es algo más estable. Más firme.

Me levanto, con la decisión tomada, y salgo de mi habitación para buscar a Ellie. Antes de caminar hacia la puerta, desenrollo la bufanda de alrededor de mi cuello y la dejo caer al suelo.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

El último día en Oakwood llega con esa extraña combinación de anticipación y aprensión que parece marcar cada transición en mi vida ahora. La luz del sol se filtra a través de las persianas entreabiertas, proyectando sombras rayadas por toda mi habitación casi vacía. Mis maletas están hechas, los objetos personales cuidadosamente doblados y guardados.

Estoy a punto de terminar cuando la Dra. Craig llama a la puerta.

—¿Lista para tu última sesión dentro del centro? —pregunta, su presencia tranquila llenando el umbral.

Asiento con la cabeza y la sigo hasta su despacho por última vez.

Hemos pasado innumerables horas en esta habitación, desarmando y reconstruyendo mi comprensión de lo que sucedió aquella noche en el bosque.

—Entonces —dice la Dra. Craig, acomodándose en su silla—, ¿cómo te sientes ante la idea de volver a casa hoy?

—Nerviosa —admito—. Emocionada. Asustada. Todo a la vez.

Sonríe ligeramente. —Eso es normal. Las transiciones son difíciles, especialmente después de un trauma.

—No dejo de pensar en mi habitación en casa —trazo la cicatriz de mi cuello, un hábito que estoy intentando romper—. Todo parecerá igual, pero nada será lo mismo.

—Incluyéndote a ti —señala la Dra. Craig—. No eres la misma Amanda que dejó esa casa hace meses.

Lo considero. —No, no lo soy. No estoy segura de quién soy ahora, pero... estoy lista para descubrirlo.

La Dra. Craig asiente, haciendo una pequeña anotación en su bloc.

—Eso es un progreso significativo. A lo largo de tu recuperación, te has centrado en encontrar a Sarah, y luego en encontrar a Maggie. Ahora estás lista para encontrarte a ti misma.

Es casi como si hubiera estado leyendo mi diario. Tan cerca de la verdad, de hecho, que me pregunto por un breve y paranoico segundo si lo ha hecho.

—Seguiré pensando en ellas —digo, sintiéndome extrañamente a la defensiva—. Seguiré preocupándome por lo que pase con la investigación.

—Por supuesto que lo harás —concuerda la Dra. Craig—. Pero hay una diferencia entre preocuparte por el resultado y hacerlo tu responsabilidad. Entre honrar la memoria de Sarah y ser definida por su pérdida. Entre sentir curiosidad por Maggie y necesitar encontrarla para validar tu propia supervivencia.

Sus palabras se asientan sobre mí, articulando algo que he estado sintiendo pero no podía expresar del todo. —Creo que ahora lo entiendo.

—Por eso estás lista para ir a casa —dice—. No porque hayas olvidado o seguido adelante, sino porque has aprendido a llevarlo de manera diferente.

La sesión continúa con asuntos prácticos: mi horario de terapia ambulatoria, estrategias para afrontar momentos difíciles, señales de advertencia a las que prestar atención. Durante todo este tiempo, siento una creciente certeza de que este es el paso correcto, por aterrador que sea.

—Antes de terminar —dice la Dra. Craig—, ¿hay algo más que quieras comentar? ¿Alguna preocupación sobre la transición a casa?

Dudo, luego saco de mi bolso el cuaderno, abriéndolo en la fotografía de Maggie. —Me he estado preguntando si debería devolver esto a la policía. Si quedarme con ello es... no sé, poco saludable.

La Dra. Craig estudia la foto y después a mí. —¿Tú qué crees? ¿Mirarla sigue provocando los mismos pensamientos obsesivos? ¿La misma necesidad de resolver el misterio?

Lo considero. —No exactamente. Sigo teniendo curiosidad, sigo esperando que la encuentren. Pero ya no siento que sea mi misión.

—Entonces puede que esté bien conservarla —dice—. Como recordatorio de tu viaje, no como una tarea pendiente.

Vuelvo a meter la foto en el cuaderno. —Tiene sentido.

Pero aun así, mis dedos se detienen en la imagen de la chica en Lacey Point. El lugar que Paul reconoció. El lugar en el que he pensado cada vez más a medida que se acercaba mi fecha de alta.

Al terminar nuestra sesión, la Dra. Craig se levanta y extiende su mano. —Has realizado un trabajo extraordinario aquí, Amanda. Recuerda que el progreso no es lineal. Habrá retrocesos, días difíciles. Pero ahora tienes las herramientas para afrontarlos.

Estrecho su mano, de repente abrumada por la formalidad del gesto después de semanas de terapia intensiva. —Gracias. Por todo.

Ella sonríe. —Tú hiciste la parte difícil. Yo solo proporcioné el espacio.

Fuera del despacho de la Dra. Craig, Ellie está esperando, apoyada contra la pared con una naturalidad ensayada que no esconde del todo sus emociones.

—¿Hora de la despedida final? —pregunta, apartándose de la pared.

—No es un adiós —corrijo—. Es un hasta luego.

Caminamos juntas hacia mi habitación, nuestros pasos resonando en el pasillo familiar que una vez parecía interminable pero que ahora se siente casi demasiado corto.

—Lo vas a petarlo ahí fuera —dice Ellie, golpeando mi hombro con el suyo—. No lo olvides, espero informes completos —se detiene en mi puerta—. Y visitas. Muchas visitas.

—Prometido —dudo, y luego añado—: ¿Y me mandarás mensajes? ¿Me dejarás saber cómo te va?

—Obviamente —pone los ojos en blanco, pero puedo ver la emoción debajo—. Alguien tiene que mantenerte al día con los cotilleos de Oakwood.

Nos quedamos allí incómodamente por un momento, sin saber bien cómo despedirnos de alguien que te ha visto en tu momento más vulnerable sin que resulte extraño.

—Oh, por Dios —dice finalmente Ellie, atrayéndome hacia un abrazo rápido e intenso—. Cuídate, Amanda Gray.

Me río, el sonido todavía ligeramente extraño para mis oídos.

—Lo haré. Y tú también.

—Volver a casa no es el final de la historia —dice, su expresión de repente seria—. Es solo el siguiente capítulo.

Las palabras permanecen conmigo después de que haya salido de la habitación. El siguiente capítulo. No el final. Solo el siguiente paso en un viaje más largo.

Cuando mamá llega a recogerme, sus ojos brillan con una mezcla de felicidad y preocupación.

—¿Lista para irnos? —pregunta, alcanzando una de mis bolsas.

Echo un último vistazo a la habitación que ha sido mi santuario y mi prisión durante las últimas diez semanas. La cama donde he mirado al techo durante incontables horas. La ventana desde donde he observado a los demás residentes ir y venir, recorriendo sus propios caminos hacia la recuperación. El pequeño escritorio donde he escrito mis pensamientos, recuerdos, miedos y esperanzas.

—Sí —digo—. Estoy lista.

En el coche, mamá charla sobre los preparativos en casa: el trabajo de Paul en la habitación del bebé, el nuevo sofá en el salón. Detalles normales y mundanos que de alguna manera se sienten preciosos en su cotidianidad.

—Paul quería venir hoy —dice mientras nos alejamos de Oakwood—. Pero pensé... pensé que quizás solo nosotras sería mejor para el primer día en casa. ¿Hice bien?

Pienso en Paul reconociendo Lacey Point, en su disposición para ayudar a la policía, en la posibilidad de que haya estado intentando a su manera torpe todo el tiempo.

—En realidad —digo—, no me habría importado que viniera.

Los ojos de mamá se ensanchan ligeramente antes de volver a la carretera. —¿De verdad? Eso es... eso es bueno oírlo, Amanda.

Al girar hacia nuestra calle, siento que se me oprime el pecho. La familiar hilera de casas, los árboles al borde del vecindario, la forma en que el sol de la tarde tardía se refleja en las ventanas. Todo es exactamente como lo recuerdo y, de alguna manera, completamente diferente.

Mamá entra en el camino de entrada y apaga el motor. Durante un largo momento, ambas nos quedamos en silencio, mirando la casa.

—Hogar, dulce hogar —dice finalmente, con voz suave.

Respiro hondo. —El siguiente capítulo —susurro, haciendo eco de las palabras de Ellie.

Luego abro la puerta del coche y salgo, lista para enfrentar lo que venga después: no como una víctima, no como una salvadora, sino como yo misma.

Quien sea que resulte ser.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

El hogar es exactamente como lo recordaba y a la vez completamente diferente. El pasillo parece más estrecho, los techos más bajos, como si la casa se hubiera encogido durante mi ausencia. O quizás yo he crecido de formas que no tienen nada que ver con el espacio físico.

Paul está de pie en el umbral entre el pasillo y la sala de estar, su incertidumbre refleja la mía.

—Bienvenida a casa —dice, con voz deliberadamente animada.

—Gracias. —Dejo mi bolsa en el suelo, observando los cambios que Mamá mencionó durante el viaje y algunos que no. Sofá nuevo. Disposición diferente de las fotos en la pared. Pequeños ajustes que hacen que lo familiar resulte ligeramente extraño—. Es bueno estar de vuelta.

—Bueno, te dejaré instalarte. Hay lasaña para cenar cuando estés lista —dice. Sigue siendo el mismo Paul torpe de siempre, pero como con todo lo demás, es igual, pero diferente.

—Gracias —repito—. No tenías que... Pero lo agradezco.

Mientras se retira a la cocina, Mamá me mira, su expresión es una mezcla de sorpresa y esperanza.

—Eso ha sido bonito —dice en voz baja.

Me encojo de hombros. —Está intentándolo.

—Sí, lo está haciendo. —Me toca el brazo ligeramente—. Todos lo estamos haciendo.

Arriba, me detengo frente a mi dormitorio, con la mano en el pomo de la puerta. El papel pintado color moratón que perseguía mis pensamientos durante mi viaje me espera al otro lado de esta puerta. Esos remolinos azul-púrpura se han convertido en un símbolo de todo lo que pasó: mi vida antes del ataque, la muerte de Sarah, mi recuperación.

Respiro hondo y abro la puerta.

La habitación que me recibe es irreconocible. Las paredes son ahora de un gris suave y cálido: no institucional, no estéril, sino limpio y tranquilo. Mi mobiliario ha sido reorganizado, la cama ahora está bajo la ventana en lugar de contra la pared donde solía estar. Mis fotos y pósteres han sido cuidadosamente preservados, dispuestos en una nueva configuración que de alguna manera tiene sentido.

—¿Está bien? —pregunta Mamá desde detrás de mí—. Si lo odias, podemos volver a cambiarlo. Solo pensé...

—Es perfecto —digo, sinceramente—. Gracias.

Sonríe, con alivio inundando su rostro. —En realidad, Paul hizo la mayor parte del trabajo. Investigó qué colores se supone que son relajantes. Pasó un fin de semana entero aquí con muestras de pintura.

La revelación me toma por sorpresa. Me imagino a Paul pintando meticulosamente mi habitación, tratando de crear un espacio donde pudiera sentirme segura de nuevo.

—Eso fue... considerado por su parte —logro decir.

—Quiere que esto funcione, Amanda. —La mano de Mamá descansa brevemente sobre su vientre redondeado—. Todo esto. Los cuatro.

Asiento. El nudo en mi garganta se siente como gratitud mezclada con vergüenza por cómo lo he tratado, mezclada con un resentimiento persistente que aún no está listo para disolverse por completo.

—Te dejaré deshacer las maletas —dice Mamá, percibiendo mi sobrecarga emocional—. Tómate tu tiempo. Cenaremos cuando estés lista.

Una vez sola, comienzo el proceso de reclamar el espacio. Deshago la maleta lentamente, deliberadamente, cada objeto es un pequeño trozo de mí misma que vuelve a implantarse aquí. Ropa en la cómoda. Libros en el estante. Mi cuaderno en la mesita de noche.

La vista de mi portátil me hace dudar. Después de un momento de vacilación, lo abro y lo enciendo. Aparece la foto de fondo: Sarah y yo en la playa el verano pasado, riendo a la cámara. Mis dedos se congelan sobre el teclado. Me había olvidado de esta foto, de este momento de lo que parece otra vida.

No puedo soportar mirar; no estoy lista para ese recuerdo particular todavía. Cierro la tapa de golpe y empujo el portátil lejos de mí a través del escritorio. Quería abrir una ventana de búsqueda, ver qué podía leer sobre la investigación, sobre la detención, pero lo más importante para mí, qué podía encontrar sobre Lacey Point.

En su lugar, me quedo sentada aquí, con la mano aún apoyada en la tapa cerrada del portátil, y lo imagino: los hilos, los detectives aficionados, las publicaciones especulativas diseccionando hasta el último detalle. Ya sé lo que estarían diciendo. Lo he visto antes, en otros casos. Cómo la gente construye una línea de tiempo a partir de fragmentos de información. Cómo analizan imágenes granuladas, se aferran a rumores, estudian expedientes de casos.

Estarán discutiendo sobre por qué tomamos ese camino a casa. Si me defendí. Si debería haber sido más precavida. Me compararán con otras víctimas. Me llamarán afortunada o estúpida, quizás ambas. Intercambiarán teorías sobre mi estado mental, como si pudieran extraer la verdad de un puñado de artículos de noticias y especulaciones.

Y me doy cuenta: yo habría hecho lo mismo.

Antes de que esto ocurriera, leía esos hilos. Veía los documentales. Seguía casos como si fueran historias serializadas, como si cada nueva pieza de información fuera un episodio nuevo, llevando a alguna gran resolución. Yo era una de ellos, los obsesivos, los que ampliaban los detalles, los que especulaban y analizaban desde la seguridad de una pantalla.

La realización se asienta en mi estómago como una piedra.

Si fuera cualquier otra persona, si esto le hubiera pasado a otra persona, ya estaría sumergida en los resultados de búsqueda, haciendo clic a través de blogs de crímenes, leyendo cada teoría a medio terminar. Estaría desplazándome por publicaciones de foros,

viendo recapitulaciones granuladas de TikTok con música de fondo ominosa, escuchando a un podcaster diseccionar los detalles como si fuera algún rompecabezas abstracto en lugar de la vida de alguien.

Habría querido saberlo todo.

¿Y ahora? Ahora *necesito* saberlo todo.

No soy mejor que ellos. Lo primero que quería hacer en cuanto llegué a casa fue abrir el portátil y escribir *Lacey Point* en la barra de búsqueda.

Necesito leer lo que se ha escrito, examinar cada detalle, mirarlo desde todos los ángulos, por si acaso me he perdido algo. Algo que pueda dar sentido a lo que pasó. Algo que pueda hacer que se sienta menos absurdo.

Me digo a mí misma que es diferente para mí. Que tengo derecho a esta obsesión. Que lo viví, que sobreviví, que Sarah *no lo hizo*, y que eso me da derecho a escarbar, a analizar, a recoger cada fragmento de información como si pudiera reconstruirla de nuevo. Para poder averiguar dónde está Maggie.

Se supone que debo dejar esto atrás.

Se supone que debo seguir adelante.

Se supone que debo sanar.

Pero todo lo que quiero hacer es jugar al detective en mi propia historia de crimen real.

Quiero hacerlo, y al mismo tiempo ni siquiera puedo mirar esa foto de Sarah y yo, y mucho menos los horrores que me esperan en internet.

No puedo hacer esto. No ahora.

Las paredes pálidas y ajenas de mi habitación se sienten demasiado cercanas, el aire de repente demasiado espeso. Necesito moverme. Necesito hacer algo, cualquier cosa, antes de caer en espiral hasta el fondo.

Me levanto demasiado rápido, mi silla raspando contra el suelo. Mis piernas se sienten inestables, como si hubiera estado sentada en una posición demasiado tiempo, mi cuerpo inseguro de sí mismo. Me muevo hacia el espejo sin pensar, solo para conectarme con la realidad, para demostrar que todavía estoy aquí.

Mi piel parece amarillenta bajo la luz tenue, mis ojos demasiado abiertos, demasiado huecos. Mi pelo, antes peinado sin esfuerzo, está apagado y flácido alrededor de mi cara. La cicatriz a través de mi garganta se ha desvanecido un poco, pero todavía puedo verla, una gruesa línea roja, evidencia de lo cerca que estuve de no volver a casa nunca.

Apoyo mis manos en la cómoda, respiro profundamente. No puedo bajar así.

Estoy en casa. Las cosas deberían estar mejor.

Yo debería estar mejor.

Me obligo a enderezarme, echo los hombros hacia atrás, sacudo mis manos como si pudiera aflojar la tensión enrollada tan firmemente dentro de mí.

Respira.

Me arreglo el jersey, paso los dedos por mi pelo, pellizco mis mejillas para devolverles algo de color. Practico una pequeña sonrisa en el espejo.

Tomo una última respiración para estabilizarme, luego abro la puerta, salgo de mi habitación y empiezo a bajar las escaleras.

Para cuando llego abajo, me he recompuesto cuidadosamente.

O al menos espero parecerlo.

Me detengo en la puerta de la cocina, escuchando el suave tintineo de los platos, el murmullo bajo de las voces de mi madre y Paul. Un sonido normal y doméstico. Un mundo del que formaba parte antes, uno en el que se supone que debo volver a encajar ahora, como si nada hubiera cambiado.

Fuerzo una sonrisa en mi cara, cuadro mis hombros y entro.

La cena transcurre en una extraña mezcla de conversación ordinaria y cuidadosa navegación alrededor de temas difíciles. Paul habla sobre el trabajo en la firma de contabilidad. Mamá habla sobre los planes de parto. Ofrezco fragmentos sobre Oakwood que me siento segura compartiendo: los comentarios sarcásticos de Ellie sobre la comida, la vista desde mi ventana, los libros que leí durante mi estancia.

Temas seguros, justo como he estado acostumbrada durante los últimos meses cuando las conversaciones reales son demasiado difíciles de afrontar.

Las palabras fluyen a mi alrededor, cálidas y familiares, pero me siento desconectada de ellas, como si estuviera viendo la escena desarrollarse desde algún lugar justo más allá de mi propio cuerpo. Comida casera. El zumbido bajo de la televisión en el fondo. El raspar de los cubiertos contra los platos. Debería ser reconfortante. Debería hacerme sentir segura.

Pero el aire aquí es diferente ahora.

Yo soy diferente ahora.

El hogar es el mismo de siempre, pero no encajo dentro de él como solía hacerlo. Las paredes se sienten desniveladas, como si pertenecieran a la vida de otra persona, y yo solo soy una intrusa deslizándome en su asiento en la mesa.

Sigo los movimientos, masticando, tragando, respondiendo cuando es necesario. Pero mi mente está en otro lugar, atascada arriba en mi habitación, en el resplandor de la pantalla del portátil.

Incluso ahora, puedo sentirlo. La atracción. La necesidad roedora e inquieta de saber.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Cuando me despierto a la mañana siguiente, por un momento, no puedo ubicar dónde estoy. Todo parece diferente. Mi cerebro lucha por establecer conexiones. No es el hospital con su blanco clínico. No es Oakwood con su tranquilizador beige poco desafiante.

Casa. Estoy en casa.

Las paredes color moratón ahora son grises, pero estoy en casa.

Dormí intranquila, con sueños llenos de fragmentos que no terminan de conectar: Sarah riendo en una playa; el sonido del agua en algún lugar cercano; una casa de botes que nunca he visto pero que de alguna manera puedo imaginar perfectamente.

La casa está en silencio. Miro mi teléfono: 8:13 de la mañana. Demasiado temprano para que alguien más esté despierto. Es sábado por la mañana; incluso Paul seguirá durmiendo durante una hora más o menos. Hoy no hay trabajo.

Por primera vez en meses, tengo verdadera privacidad. Sin enfermeras, sin controles programados, sin compañeros de habitación al final del pasillo. Solo yo y una casa dormida.

Me deslizo fuera de la cama, me pongo una sudadera y unos vaqueros, me siento en mi escritorio y miro mi portátil. Mi corazón late tan rápido que casi puedo oír el eco fantasma de los monitores del hospital registrando cada latido.

Todo lo que necesito hacer es levantar la tapa.

Pero no puedo.

Tengo tantas preguntas, hay tanto que quiero saber. Podría escribir **Matheson**. Podría escribir **Sarah Fairchild**. Podría escribir mi propio nombre, y estoy segura de que obtendría suficientes resultados como para mantenerme leyendo hasta después de que nazca el bebé.

No puedo enfrentarlo.

No quiero leer respuestas filtradas, informes de noticias, investigaciones amateur. Necesito algo real.

Necesito ver Lacey Point.

Quiero estar donde ella estuvo. Sentir lo que ella sintió.

La idea se forma lentamente, y luego de golpe, floreciendo como uno de esos vídeos a cámara rápida de una flor abriéndose. Tiene perfecto sentido.

Paul conoce el lugar.

Ha estado allí varias veces.

Él podría llevarme.

Saco la fotografía de Maggie, la estudio bajo la luz de la mañana. La casa de botes es apenas visible detrás de su hombro izquierdo, exactamente donde Paul la señaló. Ni siquiera la había notado hasta que él la mencionó. ¿Qué más podría ver si estuviera realmente allí?

Me imagino de pie en ese lugar exacto, mirando el agua, respirando el mismo aire que ella respiró. Quizás entonces entendería por qué él guardó su fotografía. Por qué me vio a mí y pensó en ella. Por qué Sarah tuvo que morir.

Las preguntas dan vueltas, familiares e incesantes como buitres.

Compruebo la hora de nuevo: 8:28 de la mañana. La idea ha echado raíces, y ya estoy calculando cuánto tiempo me llevaría llegar allí. Qué rutas de autobús me acercarían más. Si podría permitirme un viaje compartido para el resto del camino.

Pero incluso mientras hago estrategias, mi ritmo cardíaco se acelera. Transporte público. Desconocidos. Espacios abiertos sin salidas controladas.

Lo más cerca que he estado del mundo exterior desde marzo es el jardín vigilado, cerrado y *seguro* de Oakwood, y ahora estamos entrando en agosto.

La idea de estar en una parada de autobús, expuesta, vulnerable, hace que mis palmas empiecen a sudar.

¿Y si alguien me reconoce de las noticias?

¿Y si se quedan mirando mi cicatriz?

¿Y si entro en pánico a mitad de camino, atrapada en un autobús sin ningún sitio donde escapar?

La opresión en mi pecho se siente demasiado familiar. La última vez que me aventuré en el bosque con Sarah, volví en una

ambulancia, luchando por mi vida. Sarah no volvió en absoluto.

Subirme a un autobús sola de repente parece imposible. Incluso contemplar un viaje compartido con un desconocido hace que mi garganta se cierre.

Nuevos síntomas para discutir con la Dra. Craig cuando vaya a mi primera cita ambulatoria. Ni siquiera son las nueve y ya estamos ampliando mi colección de problemas post-trauma. Fantástico.

Así que no puedo ir sola.

Necesito que Paul me lleve.

No solo porque él sabe dónde está Lacey Point, sino porque aún no estoy preparada para enfrentarme al mundo sola. La comprensión es humillante, pero innegable. A pesar de todo mi progreso, todavía tengo miedo.

Pero no puedo dejar que él vea ese miedo. Mejor abordar esto como un asunto práctico, su conocimiento de la zona, la dificultad de la caminata, que admitir la verdad: que navegar por el mundo sin un amortiguador me aterroriza.

A las 9:15, no puedo esperar más. Oigo movimiento abajo: el ritmo tranquilo de la preparación del desayuno, el suave murmullo de voces. Respiro hondo y me dirijo a la cocina.

—Buenos días —digo, intentando parecer casual y fallando estrepitosamente.

—Te has levantado temprano —dice mamá, sonriendo—. ¿Has dormido bien?

—Bien —miento, sirviéndome una taza de café. La normalidad del momento parece surrealista, como si estuviera actuando en una obra sobre la vida familiar cotidiana—. ¿Cuáles son vuestros planes para hoy?

Paul deja su teléfono. —Pensaba terminar esa estantería para el cuarto del bebé —mira a mamá—. A menos que me necesites para otra cosa.

Me armo de valor. —En realidad, esperaba que pudieras llevarme a un sitio.

Ambos me miran con idénticas expresiones de sorpresa.

—¿Oh? —la voz de mamá es cuidadosamente neutral, pero puedo ver la tensión instantánea en sus hombros.

Solo me ha tenido en casa una noche después de meses preguntándose si sobreviviría, y ya estoy hablando de irme otra vez. El instinto protector cruza su rostro antes de que pueda ocultarlo. Esa misma mirada que tenía en el hospital cuando las enfermeras venían a tomar mis constantes vitales, como si quisiera interponerse entre yo y el mundo entero.

—Quiero ir a Lacey Point.

Las palabras caen con un peso que parece alterar la atmósfera de la habitación. La taza de café de Paul se congela a medio camino de sus labios. La cuchara de mamá golpea contra su cuenco de desayuno.

—¿Qué? —pregunta Paul, dejando su taza lentamente.

—Lacey Point —repito—. Donde se tomó la foto de Maggie. Tú sabes exactamente dónde está. Quiero verlo.

Paul y mamá intercambian una mirada, teniendo una de esas conversaciones silenciosas que siempre me hace sentir excluida.

—Amanda —comienza mamá con cautela—, no estoy segura de que sea buena idea.

—¿Por qué no? —saco la fotografía, alisándola sobre la mesa—. La policía todavía no ha encontrado nada. Pero ¿y si pudiera ver algo que ellos han pasado por alto?

—Si la policía no ha encontrado nada, ¿por qué lo harías tú? —dice mamá, y suena como la primera excusa que le viene a la mente —. Son profesionales, Amanda. Saben lo que hacen. Déjaselo a ellos.

La miro, atónita por el rechazo. —¿Así que debería quedarme aquí sentada sin hacer nada? ¿Después de todo lo que me ha pasado?

Paul me mira con una expresión entre preocupación y miedo.

—No es una caminata fácil —dice, pasando a objeciones prácticas—. Al menos media hora desde el punto de acceso, y eso si sabes adónde vas. Partes del sendero se han cubierto completamente de vegetación desde que demolieron la casa de botes el año pasado.

—Por eso necesito que me lleves —me inclino hacia delante—. Por favor, Paul. Es importante.

—No —lo dice simplemente, definitivamente—. Lo siento, Amanda, pero no.

El rechazo duele más de lo que esperaba. —¿Por qué no?

—Porque está absolutamente fuera de discusión —dice con firmeza—. Apenas llevas veinticuatro horas fuera de rehabilitación. Tus médicos dijeron específicamente que evitaras situaciones estresantes o esfuerzo físico.

—Y porque casi te perdimos una vez —añade mamá, su voz tensa por la emoción—. No voy a dejarte vagar por un bosque aislado donde... —se detiene abruptamente, moviendo protectoramente la mano hacia su vientre.

—Pero ¿no lo veis? —insisto—. La gente podría reconocerme. No como la chica que fue atacada, sino como alguien que se parece exactamente a ella. Si pescadores o excursionistas locales me vieran allí, podría activar su memoria de haber visto a Maggie. Podría ayudar a la investigación.

—Amanda —dice mamá, su voz más firme ahora—, la respuesta es no. Ni hoy, ni mañana, ni la semana que viene. Deja que la policía maneje su investigación. Tú te centras en la recuperación. Eso es todo.

—Solo dices eso porque él lo dice —la acusación sale disparada antes de que pueda detenerla—. Siempre te pones de su parte. Siempre.

El dolor cruza el rostro de mamá. —Eso no es justo.

—¡Nada de esto es justo! —me aparto de la mesa, la silla raspando contra el suelo—. Sarah está muerta. Yo casi muero. Y

todo lo que estoy pidiendo es ver el lugar en esta fotografía. Pero no. Eso es demasiado pedir. No podemos dejar que Amanda haga nada más que sentarse en casa como una buena víctima.

—Ya es suficiente —la voz de Paul es tranquila pero firme—. Esto no se trata de controlarte. Se trata de asegurarnos de que estés a salvo.

—¿A salvo? —me río sin humor—. ¿Dónde estaba toda esta preocupación por mi seguridad antes? ¿Cuando me culpabas por estresar a mamá? ¿Cuando ni siquiera te molestaste en visitarme en el hospital durante semanas?

Paul cierra la boca y me mira fijamente, y por un momento, siento una satisfacción viciosa.

—Amanda, basta —mamá se levanta de la mesa, una mano en la parte baja de su espalda como apoyo—. Esto no ayuda en nada.

—¡Nada ayuda! —las palabras salen desgarradas de mi garganta —. Sarah sigue muerta. Maggie sigue desaparecida. ¡Y yo sigo atrapada aquí, tratando de unir las piezas mientras todos me dicen que simplemente siga adelante!

—Nadie te está diciendo que sigas adelante —dice Paul, su voz firme a pesar de la palidez en su rostro—. Te estamos pidiendo que te centres en sanar.

—¡No puedo sanar sin respuestas! —golpeo la mesa con la mano, haciendo saltar las tazas—. Necesito entender por qué pasó esto. Por qué me eligió a mí. ¡Por qué Sarah tuvo que morir y yo no!

—¿Y crees que ir a Lacey Point te daría esas respuestas? — pregunta Paul, levantándose de su silla, su voz tranquila con preocupación más que con acusación—. Amanda, después de todo lo que has pasado... simplemente no creo que volver a un lugar aislado en el bosque sea lo que necesitas ahora mismo.

La delicadeza con la que lo dice de alguna manera duele más que si lo hubiera dicho con ira. No había hecho la conexión hasta ahora, pero tiene razón. Lacey Point está aislado. En el bosque. Justo como donde murió Sarah.

—Es diferente —insisto, pero mi voz tiembla.

—Quizás —dice Paul, sus ojos encontrándose con los míos con una compasión inesperada—. Pero me preocupa lo que estar allí pueda desencadenar en ti. Los recuerdos, el trauma... No estoy seguro de que valga la pena el riesgo.

—¡No estaría en peligro si estuviera contigo! —contraataco, más bruscamente de lo que merece—. ¡A menos que estés admitiendo que tú tampoco puedes protegerme!

Él se encoge ligeramente, un destello de dolor cruza su rostro, y sé que he tocado un punto sensible.

Bien, pienso, y de inmediato me siento culpable por herirlo deliberadamente.

—¿Por qué no le preguntas a mi psiquiatra si es *bueno para mi recuperación* o no? —replico con sarcasmo—. Ya que ambos parecéis saber qué es lo mejor para mí.

Mamá me mira fijamente, con voz calmada. —¿Y qué crees que diría ella, Amanda?

La pregunta me deja helada. Casi puedo oír la voz de la Dra. Craig.

A veces los supervivientes de trauma se obsesionan con ciertos detalles porque les ayuda a sentirse en control...

Tu única responsabilidad ahora mismo es concentrarte en tu propia recuperación...

Encontrar a Maggie no es tu responsabilidad.

La verdad me deja sin palabras. Los ojos de mamá se llenan de lágrimas, pero no aparta la mirada.

—No voy a llevarte allí —dice Paul de nuevo, con voz más firme ahora—. Fin de la discusión.

—¿Desde cuándo decides tú lo que yo hago? —exijo, con la ira y la frustración a punto de estallar.

Las palabras se forman en mi lengua. '*No eres mi padre*'. Es un tópico adolescente tan obvio que casi me avergüenzo de mí misma por pensarlo.

Pero alguna parte desagradable de mí quiere decirlo de todos modos, quiere ver el dolor en su rostro.

En lugar de eso, simplemente le lanzo una mirada fulminante, dejando que la acusación no expresada quede suspendida en el aire entre nosotros. Él parece escucharla de todos modos, su expresión se cierra, esa cuidadosa máscara volviendo a su sitio. Las lágrimas de mamá se derraman, corriendo silenciosamente por sus mejillas.

—Lo siento, Amanda —dice en voz baja—. No puedo ayudarte con esto.

Paul se levanta y se coloca junto a mamá. Le rodea los hombros con el brazo, consolándola sin dirigirme una sola mirada acusadora.

—Vale —digo finalmente, agarrando la fotografía—. Lo entiendo. Ambos queréis que me quede aquí y sea una buena inválida.

—Amanda... —comienza mamá, pero la interrumpo.

—No os preocupéis, no voy a ir a ninguna parte —digo, y todos escuchamos la amargura en mi voz—. Sé que la idea de que salga de casa os aterroriza a los dos. Dios no permita que intente hacer algo útil.

Las palabras son deliberadamente crueles, y puedo ver que dan en el blanco, aunque solo sean una tapadera para la verdad: que salir de casa también me aterroriza a mí.

Salgo furiosa antes de que alguno de ellos pueda responder, subiendo las escaleras de dos en dos a pesar del tirón en mis piernas. En mi habitación, cierro la puerta de un portazo lo suficientemente fuerte como para hacer temblar los nuevos cuadros en la pared, esos que Paul colocó con tanto cuidado.

Mi respiración sale en bocanadas entrecortadas mientras recorro el pequeño espacio, con los puños apretados.

¿Cómo se atreve?

¿Cómo se atreve a actuar como si me estuviera protegiendo cuando lo único que hace es controlarme?

Me está privando de lo único que podría ayudar a darle sentido a todo esto.

Camino de un lado a otro hasta que me duelen las piernas, hasta que mi ira se consume, dejando solo el agotamiento. Me hundo en el borde de mi cama, con la fotografía todavía aferrada en mi mano.

Quizás tengan razón. Quizás no hay nada que encontrar en Lacey Point. Quizás solo me estoy aferrando a pajas, desesperada por cualquier cosa que pueda dar sentido a lo que no lo tiene.

Pero no puedo quitarme la sensación de que Maggie es la clave de todo: para entender por qué fui un objetivo, por qué Sarah tuvo que morir, por qué sobreviví cuando ella no lo hizo.

Miro fijamente al techo. La pintura gris es impecable, sin una sola veta o burbuja. Esto lo hizo Paul. Pasó horas convirtiendo esta habitación en un refugio donde no tendría que mirar paredes de color morado y recordar.

La realización ablanda algo en mí, pero solo ligeramente. Puede que haya pintado mi habitación, pero sigue sin querer ayudarme.

Cinco meses. Es el tiempo que llevo atrapada en una habitación u otra. Primero el hospital, luego Oakwood, y ahora aquí. Cinco meses de personas diciéndome que descanse, que me recupere, que sea paciente. Cinco meses luchando por encontrar mi voz, solo para que me digan que no la use.

Esto no se siente como progreso en absoluto.

Mientras me voy quedando dormida, pienso en la expresión de Paul cuando casi le digo *que no es mi padre*. El dolor. La resignación. Como si lo hubiera estado esperando desde siempre. Debió de ser así, porque él lo sabía. Sé que lo sabía.

No debería importar. No es mi padre. Es solo el hombre que mi madre eligió, el hombre que está a punto de ser padre de mi hermano.

Pero de alguna manera, sí importa. Y la conciencia de que le he hecho daño, de que pretendía hacerle daño, se asienta en mi pecho como una piedra.

Pienso en Sarah, en Maggie, en todas las preguntas aún sin respuesta. En el bosque, el embalse, el embarcadero que ya no existe.

No puedo seguir atrapada en otra habitación más. No después de todo.

Tengo que hacer algo.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

No sé cuánto tiempo he estado dormida cuando un suave golpe en la puerta me devuelve a la consciencia. La luz de mi habitación ha cambiado, las sombras se extienden por el suelo. Mi teléfono indica que es poco más de mediodía.

—¿Qué? —grito con la voz espesa por el sueño.

—¿Puedo entrar? —Es la voz de Paul.

Me incorporo, frotándome los ojos, de repente consciente de mi aspecto.

Mi mano se dirige a colocar el pañuelo que ya no llevo.

—¿Por qué?

—Quiero hablar contigo —Una pausa—. Por favor, Amanda.

Ese "por favor" me pilla desprevenida. Paul no suplica. Paul ni siquiera pide, la mayoría de las veces. Él ordena, o se retira.

—Vale —digo, balanceando las piernas fuera de la cama—. Está abierto.

La puerta cruje ligeramente mientras la empuja hacia dentro, dudando en el umbral como si no estuviera seguro de si la invitación se extiende más allá de la puerta misma. Las ojeras bajo sus ojos son más oscuras que esta mañana.

—¿Puedo sentarme? —pregunta, señalando la silla junto a mi escritorio.

Me encojo de hombros, intentando parecer indiferente—. Supongo.

Entra con cautela, cerrando la puerta tras él con un suave clic que resulta inquietantemente definitivo. Durante un momento horrible, me pregunto si esto es todo. Si ha venido a decirme que mi arrebato de esta mañana ha sido la gota que colmó el vaso. Que ha dejado de intentarlo. Que mamá necesita centrarse en el bebé y no en su problemática hija.

—No vengo a discutir —dice, como si leyera mis pensamientos. Se acomoda en la silla, con una postura inusualmente tensa. Sus manos descansan sobre sus rodillas, con los nudillos blancos por la tensión.

—¿Entonces a qué has venido? —mantengo mi voz neutra, aunque mi corazón acelera su ritmo.

—Quería explicarte por qué dije que no —Me mira directamente —. Y... —su voz se quiebra mientras continúa—. Quería disculparme.

—¿Disculparte? —La palabra sale más cortante de lo que pretendía—. ¿Por qué?

—Por muchas cosas —Respira hondo—. Empezando por lo que te dije aquel día. Antes... antes del ataque.

El recuerdo emerge: *Esto es lo que pasa cuando la estresas.*

Se me cierra la garganta—. No necesito tus disculpas.

—Quizás no. Pero necesito decirlo —Baja la mirada a sus manos, aún apretadas sobre sus rodillas—. Lo que te dije aquel día fue cruel y falso. La hemorragia de tu madre no tuvo nada que ver contigo. Pero aun así te culpé.

Hace una pausa, tragando con dificultad—. Y luego desapareciste. Y no sabíamos si ibas a volver.

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros, cargadas de una implicación que él no expresa, pero que yo escucho de todos modos: *Y esas podrían haber sido las últimas palabras que te hubiera dicho jamás.*

—No sabía cómo enfrentarme a ti después de eso —continúa—. En el hospital. Cuando estabas recién ingresada, te veía tumbada con ese tubo en la garganta, y lo único en lo que podía pensar era en lo que te había dicho. En cómo te había culpado.

Baja la mirada—. La verdad es que, incluso antes del ataque, yo no estaba... no estaba realmente ahí para ti. No de ninguna manera que importara. Estaba tan centrado en mi relación con tu madre que nunca hice un esfuerzo real por conectar contigo. Me decía a mí mismo que te estaba dando espacio, que no me querías cerca, pero

en realidad, solo estaba evitando el trabajo duro. No estaba preparado para ser ningún tipo de figura paterna. No estaba seguro de querer serlo.

Se aclara la garganta—. Y luego cuando estabas en el hospital, me dije más mentiras. Que me mantenía alejado para no disgustar a tu madre. Para poder centrarme en cosas prácticas: pintar tu habitación, construir muebles para el bebé. Pero fui un cobarde. No sabía cómo decir que lo sentía.

Miro alrededor de la habitación: las paredes que pintó, las fotos que colocó. Durante todos estos meses, había estado intentando disculparse sin palabras, mientras yo luchaba por encontrar las mías. Hay algo casi poético en ello. Yo, aprendiendo a hablar de nuevo, y él, luchando por decir las cosas que importaban. Ambos buscando una voz que funcionara, una forma de ser escuchados.

—Podrías haberlo dicho simplemente —le digo—. Solo decir que lo sentías.

Se ríe, un sonido breve y autodespreciativo—. Lo sé. Parece simple, ¿verdad? Pero seguía pensando en lo cerca que estuviste de... —Se detiene, incapaz de decir la palabra.

—Morir —termino por él—. Puedes decirlo. No es un secreto.

—Cierto —Asiente, con un músculo trabajando en su mandíbula —. Seguía pensando en lo cerca que estuviste de morir. En cómo Sarah no lo consiguió. En cómo tu último recuerdo de mí podría haber sido yo culpándote por algo que no fue tu culpa. Y de alguna manera, decir lo siento parecía... inadecuado.

Por primera vez, me fijo en el enrojecimiento alrededor de sus ojos. ¿Ha estado llorando? Nunca he visto a Paul llorar. Nunca siquiera lo imaginé capaz de ello.

—Así que me evitaste en su lugar —digo, sin estar segura de si estoy acusando o simplemente constatando un hecho.

—Sí —No intenta defenderse.

La honestidad de su respuesta me desarma. Esperaba excusas, justificaciones. No esta cruda admisión de cobardía.

—Cuando conocí a tu madre —continúa después de un momento —, la idea de ser padre me aterrorizaba. Nunca había pensado en tener hijos. Nunca me imaginé en ese papel. Y de repente había esta familia ya formada: una pareja a la que amaba, una hija adolescente con la que no sabía cómo hablar, y un bebé en camino.

Sacude la cabeza, con una sonrisa de arrepentimiento rozando sus labios—. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Todavía no la tengo, la mayor parte del tiempo. Pero sé lo suficiente para reconocer cuando estoy cometiendo el mismo error dos veces. Y enviarte de vuelta a un bosque aislado, a un lugar conectado con el hombre que te hizo daño. Eso sería un error.

Sus palabras tocan una fibra en mí, una que no esperaba que resonara.

—No te estoy pidiendo que seas mi padre —digo en voz baja—. Te estoy pidiendo que me ayudes a entender por qué ocurrió esto.

—Lo sé —Su voz se suaviza—. Pero Amanda, ir a Lacey Point no te dará esas respuestas. No traerá a Sarah de vuelta. No borrará lo que pasó. Solo reabrirá heridas que apenas están empezando a sanar.

—Entonces, ¿se supone que debo hacer qué? ¿Olvidarlo? ¿Fingir que nunca pasó? —Puedo oír el filo volviendo a mi voz, esa ira familiar que se eleva.

—No. En absoluto —Paul se reclina en la silla, su postura aún tensa, pero su expresión se suaviza—. Se supone que debes hacer duelo. Sanar. Eventualmente encontrar una manera de vivir con lo que pasó, aunque nunca tenga sentido. Pero perseguir a Maggie, pensar que si solo ves dónde estuvo ella, de alguna manera desbloquearás algún gran misterio. Eso no es sanar. Es quedarse estancada.

Las palabras me golpean con una fuerza inesperada, haciendo eco de lo que el Dr. Craig intentó decirme. Lo que Ellie intentó decirme. Lo que mamá ha estado tratando de decir todo el tiempo.

—No es tu responsabilidad resolver esto, Amanda —dice Paul con suavidad—. No es tu culpa que Sarah muriera. No es tu culpa que

sobrevivieras. Nada de esto es tu culpa.

Las palabras liberan algo dentro de mí: una presa que he estado construyendo desde aquella noche en el bosque. Desde que desperté en el hospital y supe que Sarah seguía desaparecida. Desde que encontraron su cuerpo y supe que había estado muerta todo el tiempo.

—Pero yo estaba allí —susurro, con la voz quebrándose—. Debería haber hecho algo. Debería haberla ayudado.

—No podías —La voz de Paul es firme—. Estabas herida, sangrando. No había nada que pudieras haber hecho de otra manera.

—No sabes eso —argumento, pero la pelea ha abandonado mis palabras.

—La policía lo sabe. Los médicos lo saben —hace una pausa—. Sarah lo sabría.

La mención de su nombre envía una nueva oleada de dolor sobre mí. Imagino su rostro, no como la vi por última vez, aterrorizada y amordazada, sino sonriendo, riendo, viva.

—La echo de menos —admito, con palabras apenas audibles.

—Lo sé —Paul no intenta ofrecer tópicos o consuelo falso. Simplemente se queda ahí sentado, una presencia estable, permitiéndome el espacio para sentir lo que he estado intentando tan duramente no sentir.

—No es justo —digo, sabiendo lo infantil que suena.

—No. No lo es —asiente sin dudar—. Nada de esto es justo.

Nos quedamos en silencio durante un largo momento, la luz de la tarde proyectando largas sombras a través de la habitación. Por primera vez desde el ataque, siento que algo se afloja en mi pecho, no sanando, todavía no, pero el comienzo de algo parecido. La más tenue posibilidad de que pueda haber un futuro más allá de este momento, de este dolor.

—Tus recuerdos, tus declaraciones. Ayudaron a atrapar al hombre que hizo esto. Encontraron a Sarah. Siguen buscando a

Maggie. Pero no puedes resolver esto sola. Tienes que permitirte sanar.

—¿Cómo? —la pregunta sale pequeña, vulnerable.

—Un día a la vez —dice simplemente—. Dejando que la gente te ayude. No culpándote por cosas que no podías controlar.

Duda y luego añade:

—Y perdonándote por sobrevivir cuando Sarah no lo hizo.

Las palabras golpean el núcleo de lo que he estado cargando: la culpa aplastante de ser la que vivió. La constante y molesta sensación de que debería haber sido yo en lugar de ella.

—No sé si puedo —susurro.

—Puedes —dice con inesperada certeza—. No hoy. Quizás no durante mucho tiempo. Pero eventualmente, encontrarás una manera de vivir con ello. De darle un significado.

—¿Es eso lo que hiciste? —pregunto—. ¿Con la culpa por lo que me dijiste?

Asiente lentamente.

—Lo estoy intentando. Es por eso que pinté tu habitación. Por lo que me quedé despierto noches investigando sobre la recuperación del trauma. Por lo que estoy sentado aquí ahora, finalmente diciendo las cosas que debería haber dicho hace meses.

Estudio su rostro: las líneas alrededor de sus ojos, la tensión en su mandíbula, la torpe sinceridad con la que está tratando de tender un puente sobre el abismo entre nosotros.

—No pretendo reemplazar a tu padre —dice después de un momento—. Sé que no puedo. Pero me importa lo que te pase, Amanda. Quiero ser alguien con quien puedas contar, aunque todavía esté descubriendo cómo hacerlo.

La admisión parece costarle. Su incomodidad con la vulnerabilidad emocional es clara en la forma en que se mueve en su silla, incapaz de mirarme directamente a los ojos.

—Creo que lo estás haciendo bien —digo, sorprendida al descubrir que lo digo en serio—. Mejor que mi padre biológico, de

todos modos.

Un atisbo de sonrisa toca sus labios.

—El listón está bajo.

—Aun así —me encojo de hombros, sintiéndome repentinamente incómoda—. Gracias. Por hablar conmigo. Por disculparte.

—Gracias a ti por escuchar —se levanta, claramente listo para marcharse—. Tu madre está preocupada por ti. Por lo de esta mañana.

—Lo sé. Hablaré con ella. Me disculparé.

Asiente con la cabeza, moviéndose hacia la puerta.

—¿Paul? —le llamo cuando su mano alcanza el pomo.

Se gira.

—¿Sí?

Respiro hondo.

—¿Crees que alguna vez la encontrarán? ¿A Maggie?

Considera la pregunta.

—No lo sé —dice honestamente—. Pero si lo hacen, no será porque te hayas puesto en peligro. Será porque los profesionales que están formados para esto están haciendo su trabajo.

Asiento, aceptando la respuesta aunque parte de mí todavía anhela hacer más, entender más.

—El inspector Barnes dijo que llamaría si hubiera alguna novedad —añade Paul—. Sé que esperar es difícil, pero es la opción más segura ahora mismo.

—Necesito centrarme en recuperar fuerzas —digo, sorprendiéndome a mí misma con cuánto lo digo en serio—. Hay batallas más importantes por delante.

Cuando la puerta se cierra tras él, cojo la fotografía de Maggie por última vez. Su rostro me devuelve la mirada, tan familiar y a la vez tan extraño. Convertí su búsqueda en mi misión, mi propósito. Lo que me mantuvo en pie cuando todo lo demás parecía inútil. Cuando

ya no podía poner toda mi energía en pensar en Sarah y en cómo la había defraudado.

Pero ahora Matheson está bajo custodia. El hombre que me llamó Maggie, que mató a Sarah, que me cortó la garganta y pensó que estaba muerta. Está encerrado, esperando juicio. Y ahí es donde necesito centrar mi atención.

Pienso en lo que se avecina. El juicio. El testimonio. Mirarlo a los ojos y contar al mundo lo que le hizo a Sarah. Lo que intentó hacerme a mí.

Toco mi cicatriz, sintiendo la línea elevada de tejido bajo mis dedos. Mi voz, la que él intentó arrebatarme, será ahora la voz de Sarah. Diré las palabras que ella no puede. Contaré su historia cuando ella ya no pueda contarla por sí misma.

Pero para hacer eso, necesito ser más fuerte de lo que soy ahora. Necesito sanar. No solo físicamente, sino en lo profundo, donde viven las pesadillas. Donde la culpa se enquista. Donde los gritos de Sarah todavía resuenan.

—Estaré lista —susurro, una promesa a mí misma. A Sarah.

Deslizo con cuidado la foto de vuelta a mi cuaderno, mirando el rostro de Maggie una última vez. Sus ojos parecen contener secretos que todavía no estoy preparada para entender. Preguntas que no estoy lista para responder.

—No olvidada —le digo en voz baja—. Solo no ahora.

Con movimientos deliberados, me levanto y cruzo hacia mi estantería, encontrando un espacio entre mi viejo y gastado ejemplar de *Matar a un ruiseñor* y un maltratado *Harry Potter*. Coloco el cuaderno ahí, con el lomo hacia fuera. No abandono la búsqueda, pero la dejo a un lado por algo más inmediato, más vital.

Justicia para Sarah.

Durante meses, he estado buscando respuestas fuera de mí: en la investigación, en el rostro de Maggie, en el misterio de por qué me eligió. Pero quizás lo que más necesito ahora es la fuerza para enfrentarlo en el tribunal. Para mirarlo a los ojos y no quebrarme. Para decir las palabras que ayudarán a encerrarlo para siempre.

Fuera de mi ventana, un coche entra en el camino de entrada: mamá regresando de una rápida compra. Observo cómo Paul se apresura a salir a su encuentro, su mano moviéndose automáticamente para apoyar su espalda mientras ella sale, cargada de bolsas. La ternura del gesto, el cuidado que revela, me habría pasado desapercibido antes de hoy.

En menos de un mes, el bebé estará aquí, nuestra familia cambiará de nuevo. Se acercará la fecha del juicio. Necesitaré prepararme, fortalecerme para lo que viene.

Pero por ahora, en este momento, me centro en lo que tengo delante. Esta casa. Esta familia. El lento trabajo de reunir mi coraje.

De usar la voz que tanto me costó recuperar.

Matheson puede haberme marcado, pero no me ha definido. Se llevó la vida de Sarah, pero no puede llevarse también mi futuro. Y no consigue silenciar a ninguna de las dos.

No como víctima.

No como salvadora.

Solo como Amanda, aprendiendo a llevar tanto mis cicatrices como mi determinación hacia lo que venga después.

Cuando llegue el juicio, estaré lista.

Cuando encuentren a Maggie, si es que la encuentran, también estaré preparada para eso.

Pero primero, necesito sanar.

CUARTA PARTE

OCHO MESES DESPUÉS

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

—Lo está haciendo otra vez —digo, apoyándome en el marco de la puerta de la cocina—. Simplemente sentado ahí, mirándote como si hubieras colgado la luna.

Paul levanta la mirada desde donde está acunando a mi hermano de siete meses, con esa expresión que es una mezcla única de agotamiento y asombro que parece permanente desde la llegada de Thomas. —¿Qué puedo decir? El niño tiene excelente gusto.

Los observo, este cuadro de padre e hijo que antes me habría llenado de resentimiento, pero que ahora se siente como un pequeño milagro de la vida cotidiana. Los deditos regordetes de Thomas alcanzan la nariz de Paul, su gorjeo deleitado llenando la cocina con una ligereza imposible.

Ocho meses desde que volví de Oakwood.

Ocho meses de reconstrucción, de sesiones de terapia con el Dr. Craig que me ayudan a procesar los fragmentos del trauma sin revivirlos, de pesadillas que ahora vienen con menos frecuencia.

Ocho meses aprendiendo a existir en esta nueva versión de nuestra familia: mamá, Paul, Thomas y yo. Los cuatro, encontrando nuestro camino hacia algo que se siente cada vez más como normal.

—¿Quieres sostenerlo mientras termino la cena? —pregunta Paul, ya levantándose.

Asiento, aceptando el cálido peso de mi hermano contra mi pecho. Thomas inmediatamente agarra un puñado de mi pelo, su agarre sorprendentemente fuerte para alguien tan pequeño.

—Ay, T —murmuro, desenredando suavemente sus dedos—. Ya hemos hablado de esto. El pelo no es un juguete.

Me responde con un parpadeo solemne, para luego alcanzar mi collar: el pequeño colgante de plata que Ellie me regaló por Navidad.

Todavía nos escribimos casi a diario. Ella volverá a casa a tiempo completo el próximo mes, pasando a terapia ambulatoria como hice yo. Tenemos planes para encontrarnos en la cafetería a medio

camino entre nuestras casas. Territorio neutral para dos personas que aún están aprendiendo a existir en el mundo fuera de las paredes institucionales.

Estoy deseando tener una amiga con quien hablar que no sea del instituto, donde he vuelto a tiempo parcial para terminar mis cursos. Allí todos se esfuerzan demasiado, o tratándome como si fuera de cristal o fingiendo que no ha pasado nada. Al menos Ellie lo entiende.

—Tiene tu determinación —observa Paul, removiendo algo en la estufa que huele prometedoramente al curry que mamá y yo adoramos—. Una vez que decide que quiere algo, ya está.

—Pobre niño —digo, pero sin mordacidad. Solo la suave autodepreciación que se ha vuelto posible a medida que he hecho las paces con partes de mí que antes odiaba.

—Le servirá bien —rebate Paul—. La determinación te trajo hasta aquí. —Hace un gesto vago, abarcando la cocina, la casa, la vida que hemos reconstruido con piezas rotas.

Tiene razón, aunque todavía estoy aprendiendo a aceptar cumplidos sin estremecerme. La determinación me ayuda a superar los días en que la cicatriz de mi cuello parece arder, cuando los recuerdos surgen sin previo aviso, cuando la culpa del superviviente amenaza con hundirme.

Y la determinación me trajo aquí, a esta cocina, sosteniendo a mi hermano mientras mi antes enemigo, ahora aliado, prepara la cena para nuestra familia.

—Tierra llamando a Amanda —dice Paul, su voz trayéndome de vuelta—. ¿Estás bien?

Asiento, cambiando a Thomas a mi otro brazo. —Solo pensaba.

—Hábito peligroso —bromea, y luego se pone serio—. Tu madre debería estar en casa en cualquier momento. Envió un mensaje de que su cita se alargó.

Las sesiones de terapia continúan para ambas. Mamá está lidiando con su propio trauma: la casi pérdida de su hija, las emociones complejas en torno al nacimiento de Thomas durante

tiempos tan turbulentos. El Dr. Craig le recomendó un colega, alguien que se especializa en terapia familiar. Ayuda, creo. Todos nos estamos ayudando de maneras que no podría haber imaginado.

—Pondré la mesa —ofrezco, trasladando cuidadosamente a Thomas a su silla rebotadora. Protesta brevemente, y luego queda fascinado por los juguetes colgantes sobre su cabeza.

Paul y yo nos movemos el uno alrededor del otro con la coreografía fácil de personas que han compartido una cocina durante meses. No somos mejores amigos, ni siquiera cercanos, pero algo así como familia. Algo que nunca esperé sentir con él.

—¿Cómo fue tu terapia ayer? —pregunta, la pregunta casual pero atenta.

—Bien. —Coloco los tenedores junto a los platos, reflexionando —. Hablamos sobre el aniversario que se aproxima.

Paul asiente, dándome espacio para continuar o no. Un año desde aquella noche en el bosque. Un año desde que Sarah murió, y yo casi lo hago. La fecha se cierne como una sombra en mi calendario, alargándose a medida que se acerca. El Dr. Craig dice que los aniversarios a menudo desencadenan un resurgimiento de síntomas de trauma: pesadillas, hipervigilancia, flashbacks. Me ha estado ayudando a prepararme para ello, a desarrollar estrategias para cuando los recuerdos inevitablemente se intensifiquen.

—He querido hablar con Joyce sobre eso —añado, dejando un vaso más fuerte de lo que pretendía—. Sobre cómo ambas podríamos manejar ese día. Podría ser más fácil enfrentarlo juntas que solas.

Paul hace una pausa, removiendo el curry pensativamente. —Joyce podría encontrar consuelo compartiendo ese día con alguien que realmente entiende. Y creo que tú también. —No añade tópicos sobre el cierre o seguir adelante. Ha aprendido a no hacerlo.

—Sí. —Aliso una arruga inexistente del mantel—. Estoy nerviosa por ello.

—Comprensible. —Baja el fuego bajo el curry—. Pero tú y Joyce habéis construido algo importante. Creo que sería bueno para ambas

compartir esos sentimientos, incluso los más difíciles.

Mi relación con Joyce ha sido uno de los regalos inesperados de los últimos meses. Comenzamos con visitas incómodas, ninguna segura de cómo navegar la realidad de que yo sobreviví y Sarah no. Pero con el tiempo, el dolor compartido se ha convertido en una conexión más que en una división. Ahora nos reunimos regularmente. A veces solo para sentarnos juntas, a veces para hablar sobre Sarah, a veces para hablar de cualquier otra cosa.

La semana pasada, trajo álbumes de fotos que nunca había visto: Sarah como una niña de siete años con los dientes separados, Sarah jugando al fútbol con su hermano a pesar de odiar los deportes, Sarah con el vestido azul que llevó a nuestro baile escolar. Lloramos juntas sobre esas imágenes, pero fue purificador de alguna manera. Prueba de que Sarah existió más allá de la horrible noche que se la llevó, más allá de mis recuerdos fracturados de sangre y oscuridad.

—Sí —estoy de acuerdo—. El Dr. Craig dice que debería confiar más en mis instintos ahora. Que se están volviendo fiables de nuevo.

Paul asiente, entendiendo sin necesidad de que me explique más. Es una de sus mejores cualidades, he descubierto, su disposición a dejar que las cosas sean difíciles sin intentar arreglarlas.

La puerta principal se abre, seguida por el sonido de las llaves de mamá cayendo en el cuenco junto a la entrada. Thomas inmediatamente se anima, sus piernas pateando con entusiasmo.

—Hola, mis amores —llama mamá, apareciendo en la puerta. Sus mejillas están sonrojadas por el frío de principios de primavera, su cabello despeinado por el viento. Se ve cansada pero presente de una manera que no estaba durante aquellos meses oscuros después del ataque.

—Justo a tiempo —dice Paul, acercándose a besarla—. La cena está lista.

Ella sonríe, apretando su brazo antes de cruzar hacia Thomas, que ahora está rebotando con entusiasmo. —¿Y cómo está mi hombrecito? —arrulla, levantándolo de la silla.

Los observo, esta familia que se siente tanto mía como no del todo mía, familiar y extraña. Ocho meses de reconstrucción, y

todavía hay momentos en que me siento como una observadora de mi propia vida.

Por un momento fugaz, veo mi reflejo en la ventana, mi rostro superpuesto contra el anochecer. Algo sobre el ángulo, la luz que se desvanece, desencadena un recuerdo: otro rostro, tan parecido al mío pero sutilmente diferente. La cara de Maggie en aquella fotografía que no he mirado en meses. Me pregunto dónde estará ahora, si alguna vez la encontrarán, si alguna vez sabré por qué él me llamó por su nombre.

El pensamiento pasa rápidamente, y vuelvo a poner la mesa, apartando la familiar sensación de inquietud que acompaña a los pensamientos sobre ella.

La cena se desarrolla con el ritmo cómodo que hemos establecido. Thomas contribuye intentando alimentarse con curry y principalmente decorando su cara con él.

Es tan normal que casi duele, este atisbo de cómo podría haber sido la vida sin el bosque, sin el cuchillo, sin la sangre y la pérdida y el dolor.

Más tarde, después del baño de Thomas (una tarea para dos personas que deja tanto a mamá como a Paul empapados pero riendo), me ofrezco a acostarlo. Estos momentos tranquilos con mi hermano se han vuelto sagrados, un tiempo en el que el mundo se reduce solo a su respiración y la mía. Su inocencia y mi complicado corazón.

—Oye, T —susurro mientras lo bajo a la cuna—. ¿Listo para un cuento?

Me mira parpadeando, sus párpados ya pesados por el sueño pero su mirada atenta. Le he estado leyendo desde que vino a casa del hospital. Al principio solo para darle un descanso a mamá, pero eventualmente porque estos momentos me dan estabilidad. Me recuerdan que todavía hay bondad en el mundo.

—Érase una vez —comienzo, las palabras familiares asentando algo dentro de mí—, había una chica que vivía junto al mar.

Es un cuento que he inventado para él, sobre una chica que encuentra una concha mágica que le permite respirar bajo el agua. Explora las profundidades del océano, descubriendo un mundo más hermoso y extraño de lo que podría haber imaginado. Y cuando regresa a la orilla, trae esa magia consigo, usándola para sanar y proteger.

—El océano era oscuro a veces —continúo, viendo cómo sus ojos se vuelven más pesados—. Lleno de corrientes que tiraban y criaturas con dientes afilados. Pero la chica aprendió a navegar esas aguas. Aprendió qué corrientes la ayudarían, cuáles la dañarían. Aprendió cuándo nadar y cuándo quedarse quieta.

Es solo mientras hablo que me doy cuenta de cuánto refleja la historia mi propio viaje a través del trauma. Aprender a respirar a través del pánico, a encontrar belleza incluso en lugares oscuros, a moverme a mi propio ritmo a través de aguas traicioneras. Tal vez por eso la cuento, noche tras noche, no solo para Thomas, sino para mí misma.

—Y ella era valiente —susurro mientras su respiración se profundiza—, incluso cuando tenía miedo. Especialmente entonces.

De pie sobre su cuna, observando el suave subir y bajar de su pecho, me invade una repentina y feroz protección. ¿Qué haría si algo le pasara? El pensamiento se forma antes de que pueda detenerlo, abriendo una puerta a la oscuridad que intento mantener cerrada.

Haría cualquier cosa. Todo. Desgarraría el mundo con mis propias manos.

Pero nada le pasará, me recuerdo firmemente. No así. No como a Sarah.

No puedo pensar de esa manera. No puedo vivir esperando la tragedia a la vuelta de cada esquina. El Dr. Craig lo llama *catastrofización*, esta tendencia a imaginar los peores escenarios posibles. Una respuesta normal al trauma, dice, pero no una que me sirva bien ahora.

—Que duermas bien, hermanito —susurro, ajustando su manta una última vez antes de salir sigilosamente de la habitación.

Abajo, encuentro a Paul solo en el salón, su portátil abierto pero su atención en la lluvia que ahora golpea contra las ventanas.

—¿Dónde está mamá? —pregunto, acurrucándome en el sillón frente a él.

—En la ducha —dice—. Thomas la empapó bien con el agua del baño. —Cierra su portátil—. ¿Se durmió bien?

Asiento. —El cuento de la chica del océano. Funciona cada vez.

Paul sonríe. —Eres buena con él.

El cumplido me calienta inesperadamente. —Él lo hace fácil.

—No todos los hermanos... —Vacila, claramente buscando las palabras correctas—. Dadas las circunstancias, quiero decir. Has sido increíble con él.

Me encojo de hombros, incómoda con elogios que no estoy segura de merecer. —Él es inocente en todo esto. No es como si hubiera pedido nacer en las secuelas de...

Todavía lucho por nombrarlo directamente. El ataque. La tragedia. La cosa que dividió mi vida en antes y después.

—Aun así —dice Paul—. Has sido un pilar para tu madre. Para ambos, honestamente.

No sé cómo responder a eso, así que no lo hago. En cambio, recojo el libro que dejé en la mesita lateral: una colección de ensayos que el Dr. Craig recomendó sobre supervivientes de varios traumas. Estoy apenas unas páginas adentro cuando suena el timbre de la puerta.

Paul y yo intercambiamos miradas. Son casi las nueve, demasiado tarde para visitas casuales.

—Yo abriré —dice, ya levantándose.

Algo se tensa en mi pecho, un viejo miedo que nunca he superado completamente. El timbre sonando a horas inusuales todavía desencadena un destello de pánico, una momentánea certeza de que malas noticias esperan al otro lado. Mis dedos automáticamente suben a mi garganta, trazando la línea elevada del tejido cicatrizado bajo el cuello de mi jersey.

Escucho la voz de Paul en el pasillo, luego otra, más familiar. También escucho la voz de una mujer. Más suave, medida. Se acercan pasos, y el Detective Barnes aparece en la sala con Suki del Servicio de Apoyo a Víctimas justo detrás de él, con Paul siguiéndolos.

—Amanda —dice Barnes, su expresión una máscara cuidadosamente neutral que he llegado a reconocer—. Siento pasar tan tarde.

Dejo mi libro a un lado, mi corazón latiendo repentinamente fuerte. —¿Qué ha pasado?

—Nada malo —me asegura rápidamente—. ¿Está tu madre cerca?

—Estoy aquí —dice mamá, apareciendo en su albornoz, el pelo todavía húmedo—. ¿Qué está pasando?

Barnes nos mira alternativamente. —Quería actualizaros en persona —dice—. Es sobre Maggie.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Me zumban los oídos. La habitación parece derrumbarse a mi alrededor. Instantáneamente me transporto a aquel terrible día en el hospital: Barnes de pie con esa misma expresión cautelosa diciéndonos que habían encontrado el cuerpo de Sarah.

—¿Está viva? —La pregunta brota de mi garganta antes de que pueda contenerla, mi mano volando instintivamente hacia mi cicatriz —. ¿La habéis encontrado?

Suki se inclina hacia delante, su presencia tranquila en marcado contraste con la tensión eléctrica que de repente ha llenado nuestro salón.

—Sí, Amanda. Está viva.

Mi visión se estrecha, los bordes negros se acercan mientras el oxígeno parece desaparecer de la habitación. Viva.

El alivio me inunda, seguido inmediatamente por la confusión ante mi reacción. ¿Por qué debería importarme tanto esta desconocida? Pero me importa.

Paul y mamá intercambian miradas desconcertadas, y mamá se mueve para sentarse a mi lado. Su pelo se secará mal si no se lo cepilla, pero no parece importarle. Todos están pendientes de esta noticia.

—¿Dónde? —logro decir, mi voz un susurro ronco que suena demasiado a aquellos primeros días cuando aprendía a hablar de nuevo—. ¿Dónde estaba?

La boca de Barnes se tensa.

—En realidad, no la *encontramos*. Después de todos estos meses que hemos estado buscándola, entró caminando en la comisaría ayer por la mañana.

Me quedo mirándole, sin procesar del todo sus palabras.

—¿Simplemente... apareció? ¿En la comisaría?

—Entró directamente por la puerta principal —confirma Barnes.

Las implicaciones me golpean en oleadas. Ha estado ahí fuera todo este tiempo. Consciente. Escondiéndose. Podría haberse presentado hace meses.

Me siento como si estuviera bajo el agua, con los sonidos amortiguados, los pensamientos lentos. Durante meses, encontrar a Maggie era todo en lo que podía pensar. Su fotografía se convirtió en un talismán, su misterio en el hilo al que me aferraba cuando todo lo demás se desmoronaba. Me convencí de que entender la conexión entre nosotras de alguna manera daría sentido a lo que le ocurrió a Sarah, a mí.

¿Pero ahora?

El alivio guerrea con una oleada de algo más oscuro. ¿Ira? ¿Traición? O tal vez solo la desorientadora sensación de tener un fantasma que de repente se materializa en carne y hueso.

Casi se siente como un anticlímax.

—¿Por qué ahora? —Las palabras salen con más dureza de lo que pretendía—. ¿Por qué esperar tanto?

Barnes intercambia una mirada con Suki antes de elegir cuidadosamente sus palabras.

—Tenía razones para no presentarse de inmediato, pero ha compartido con nosotros alguna información sobre el caso. No puedo deciros mucho más sobre eso, pero Maggie ha hecho una declaración.

Ella no *estaba* allí. No vio lo que él nos hizo. ¿Cómo puede hacer una declaración?

Por un momento, vuelvo a estar en aquel bosque, con el sabor de la sangre llenándome la boca mientras él me llama por su nombre. Maggie. ¿Estaba ella allí mirando? ¿Sabía lo que nos estaba ocurriendo? La idea me provoca una oleada de náuseas tan poderosa que tengo que tragar con fuerza contra el ácido que sube por mi garganta.

—¿Qué razones? —pregunta mamá, mientras acaricia suavemente mi mano.

La expresión de Barnes cambia, casi imperceptiblemente.

—Eso es... complicado.

"*Encontrar a Maggie*" estaba en mi lista de objetivos, pero nunca esperé que fuera así. No me siento satisfecha, ni eufórica, ni siquiera feliz. Solo estoy confundida.

—Entonces, ¿simplemente apareció de la nada después de un año? —insisto, con frustración en mi voz—. ¿Y no podéis decirme por qué, ni qué sabe, ni dónde ha estado todo este tiempo?

Barnes intercambia una mirada con Suki.

—Entiendo tu frustración, Amanda. Pero hay protocolos que debemos seguir.

Mis dedos tamborilean contra mi muslo. Todos mis instintos me dicen que Barnes está ocultando algo. Algo significativo.

—Protocolos —repito, la palabra me sabe amarga—. Mientras yo estaba en terapia, ella ha estado... ¿dónde exactamente? ¿Viviendo su vida? ¿Observando desde la distancia?

—La hemos entrevistado y ha accedido a volver y ayudarnos tanto como pueda —dice Barnes.

Duda, y luego continúa.

—Ha pedido reunirse contigo, Amanda.

Mientras Barnes habla, mi corazón late con tanta violencia que puedo sentir cada latido en las yemas de los dedos, en la garganta, detrás de los ojos. La sensación familiar de irrealidad me invade: *desrealización*, lo llama el Dr. Craig. El salón parece alejarse, como si de repente estuviera viendo todo a través del extremo equivocado de un telescopio.

—¿Amanda? —La voz de mamá suena distante—. ¿Estás bien?

No puedo responder. Mi lengua se siente demasiado grande para mi boca, mi respiración superficial y rápida. La habitación es demasiado brillante, demasiado ruidosa, demasiado todo.

La chica cuyo rostro comparto, cuyo nombre estaba en sus labios mientras yo yacía sangrando.

La chica que podría tener respuestas a las preguntas que he estado haciendo durante meses.

La chica que podría deshacer todo lo que he trabajado tan duramente para reconstruir.

—¿Por qué? —pregunta Paul, su voz con un matiz protector—. ¿Por qué quiere conocer a Amanda?

Barnes suelta un suspiro profundo, como si le costara todo lo que tiene para adherirse al protocolo.

—Parte de la información que compartió con mis colegas —dice— es bastante delicada. Y algo de ello era muy personal para Maggie. —Mira a Suki, como pidiéndole que le lance un salvavidas.

—¿Qué tipo de información? —La voz de mamá es tensa y nerviosa—. ¿No podéis dejar de hablar con acertijos y decirnos exactamente qué está pasando?

Barnes se endereza, con expresión seria.

—Lo que puedo deciros es que Maggie ha proporcionado información que podría ser crucial para construir nuestro caso contra Matheson. Información que conecta directamente con Amanda.

—¿Qué sabe de mí? —susurro, con un temblor recorriéndome—. ¿Cómo puede saber algo sobre mí?

La mirada de Barnes es firme, medida.

—Eso es algo que Maggie querría explicarte ella misma. Ha pedido reunirse contigo.

Le miro fijamente, con los pensamientos acelerados. Después de todos estos meses buscando a Maggie, obsesionándome con su conexión con lo que ocurrió, ella me ha encontrado. O al menos, está lista para ser encontrada.

—¿Y esto es *protocolo*? —pregunto, incapaz de evitar el tono amargo en mi voz.

Barnes se aclara la garganta, moviéndose incómodamente.

—No exactamente. Normalmente, mantendríamos separados a los potenciales testigos. Pero necesitamos más de Maggie, y ella...

—duda— dice que necesita hablar contigo. Ha sido bastante insistente al respecto.

—¿Qué significa eso? —pregunta Paul, con su instinto protector claramente en alerta máxima—. ¿Estáis doblando las reglas porque ella lo exige?

—Es más complicado que eso —interviene Suki con suavidad—. Maggie ha compartido alguna información, pero creemos que está reservándose algunos detalles críticos.

—Entonces, ¿queréis usar a Amanda para hacerla hablar? Me suena a manipulación —murmura Paul.

Todos estos meses he intentado seguir adelante, aceptar que algunas preguntas podrían no tener nunca respuesta. He aprendido a vivir con el misterio de Maggie, a dejar ir la desesperada necesidad de entender por qué él me eligió como objetivo. Y ahora, justo cuando he empezado a construir algo estable, ella aparece. Una conexión viva y respirante con la peor noche de mi vida.

Una parte de mí quiere negarse. Decirle a Barnes que no estoy interesada, que he seguido adelante. Que no necesito sus explicaciones ni su intrusión en la paz cuidadosa que he construido.

Pero otra parte, la parte que todavía se despierta jadeando por las pesadillas, la parte que todavía se sobresalta con sonidos inesperados, la parte que nunca ha dejado de preguntarse. Esa parte necesita saber.

Miro a mamá, cuyo rostro refleja mi incertidumbre. A Paul, cuya postura protectora junto a la puerta de repente parece reconfortante en lugar de controladora. Pienso en Thomas durmiendo arriba, en la vida que hemos construido a partir de los restos de aquella noche en el bosque.

Todo este tiempo me he comprometido a sanar. La terapia y las pesadillas y las pequeñas victorias. El esfuerzo de aprender a vivir con preguntas sin respuesta.

Y ahora, Maggie.

—¿Cuándo? —pregunto, la decisión formándose incluso mientras hablo, incluso mientras mi pulso se acelera y mis palmas se

humedecen con sudor.

Barnes me estudia por un momento.

—Podríamos organizarlo para mañana, si estás dispuesta.

Mamá empieza a objetar, pero le aprieto la mano.

—Lo haré —digo con firmeza.

—Amanda —comienza Paul, con preocupación evidente en su voz.

—Necesito hacerlo —explico, sorprendida por mi certeza—. He estado preguntándome por ella durante tanto tiempo. Imaginando quién es, por qué se parece a mí, qué sabe. —Miro a los ojos a Barnes—. Quiero saber quién es, pero también estoy aterrorizada por lo que me dirá. ¿Y si su historia lo cambia todo? ¿Y si...? —Me detengo, tragando con dificultad—. Pero necesito escuchar lo que tiene que decir. Necesito saberlo.

Barnes asiente, con algo parecido al respeto en su expresión.

—Lo organizaré para mañana por la tarde. ¿A las cuatro?

—Allí estaré —prometo, aunque la ansiedad me revuelve el estómago. Sea lo que sea lo que Maggie sabe, sea lo que sea lo que quiere decirme, necesito enfrentarlo directamente.

Después de que se va, los tres nos quedamos en silencio, la lluvia proporcionando un suave telón de fondo a nuestros pensamientos no expresados.

—¿Estás segura de esto? —pregunta finalmente mamá, con voz cautelosa.

Considero la pregunta, examinando mis sentimientos con las técnicas que el Dr. Craig me ha enseñado. La anticipación, el miedo, la curiosidad: todos presentes, todos válidos. Pero debajo de ellos, una certeza firme.

—No —digo honestamente—. No estoy segura en absoluto. Pero necesito hacerlo de todos modos.

Paul se mueve desde la puerta, sentándose frente a nosotras.

—Entonces estaremos allí contigo —dice simplemente—. Pase lo que pase.

Más tarde, en mi habitación, saco mi cuaderno del cajón de la mesita de noche donde ha estado durante meses. Abrirlo se siente como asomarse a una vida pasada: las listas desesperadas, las teorías a medio formar, la fotografía de Maggie todavía metida entre sus páginas. No he mirado su cara en tanto tiempo, y ahora, sabiendo que la veré en persona mañana, mi mano tiembla mientras la saco.

La chica de Lacey Point me devuelve la mirada, su expresión entre resignación y desafío.

Mañana la conoceré. Mañana escucharé lo que tiene que decir. Mañana, el misterio que me ha atormentado durante casi un año podría tener finalmente respuestas.

Dos palabras al final de la lista de objetivos me miran fijamente desde la última página del cuaderno. No puedo tacharlas, no todavía.

Encontrarme a mí misma.

He estado trabajando en eso, lenta pero constantemente. Encontrando piezas de la nueva Amanda, juntándolas para formar a alguien que estoy empezando a reconocer. Alguien a quien algún día podría aprender a aceptar plenamente. A veces veo destellos de ella: cuando le leo a Thomas, cuando estoy sentada con Joyce, cuando estoy en clase y logro concentrarme en algo más allá de la supervivencia. Pero todavía se está formando, todavía está en proceso de convertirse.

Pero ahí, encima, los elementos sin tachar todavía esperan:

Encontrar a Sarah.

Encontrar a Maggie.

Encontrar a Sarah, la verdad de lo que le ocurrió, dónde yacía su cuerpo durante esas terribles semanas. Eso solo trajo un tipo diferente de dolor. No un cierre, no paz, solo dolor confirmado.

¿Será encontrar a Maggie diferente?

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

La comisaría de policía parece más pequeña de lo que recordaba, menos intimidante. La última vez que estuve aquí fue poco después de volver de Oakwood, dando una declaración adicional sobre el ataque. Estaba nerviosa entonces, frágil, insegura de mis propios recuerdos. Pero hablé, usé mi propia voz para describir las cosas que solo podía escribir en una pizarra cuando me interrogaron por primera vez. Ahora, ocho meses después, cruzo las puertas principales con paso más firme, con mamá y Paul flanqueándome como guardias.

El detective Barnes nos recibe en el vestíbulo, con una expresión profesional pero amable. —Amanda, Abby, Paul —asiente hacia cada uno de nosotros—. Gracias por venir.

—¿Cómo está ella? —pregunto, sorprendiéndome a mí misma por la inmediata preocupación por el bienestar de Maggie.

—Ansiosa —admite Barnes—. Pero cooperativa. Nos ha estado dando información sobre las actividades de Matheson que podría ayudar a construir un caso aún más sólido contra él. Sin embargo, debería decirte algo antes de que vayamos a conocerla —dice.

—¿Qué? —Estoy instantáneamente en guardia.

Barnes me mira directamente a los ojos y, sin perder el ritmo, dice—: Maggie es la hija de Matheson.

Dejo escapar un jadeo, como si me hubieran golpeado en el estómago, aunque una parte de mí sabía que era una posibilidad.

Este era uno de los muchos escenarios que han pasado por mi mente. Víctima. Familia. Objetivo.

Hija.

Dejo que la idea se asiente.

—Qué horrible para ella —digo. Las palabras llegan a mi mente y salen de mi boca antes de que pueda pensar. Me alegro de que Barnes me lo haya dicho aquí y ahora, porque no estoy segura de

que esta sea la respuesta que debería haber tenido delante de Maggie. No sé qué pasó entre ella y su padre. No sé nada.

—Bueno, ciertamente —dice el detective Barnes—. Mira, realmente no estamos siguiendo el protocolo aquí, pero pensé que deberías saberlo, y ella consintió que te lo dijera.

Mi mente corre, luchando por reconciliar la imagen de la chica en la fotografía con el monstruo que persigue mis pesadillas. ¿Cómo podría alguien que comparte mi rostro estar conectada a él por sangre? El pensamiento hace que mi piel se erice. Si ella es su hija, ¿fue el ataque de alguna manera por ella? ¿Fui atacada específicamente porque me parecía a ella? Las preguntas se acumulan más rápido de lo que puedo procesarlas, cada una más inquietante que la anterior.

Suki sale al pasillo frente a nosotros, y me alegro por la interrupción. Voy a tener mucho que procesar después de esta reunión. Mi próxima visita a la consulta del Dr. Craig debería ser interesante.

—Hola, Amanda —dice, asintiendo hacia mamá y Paul—. Me pidieron que estuviera aquí hoy, pero cómo lo hagamos depende de ti. Si quieres charlar conmigo primero, o si quieres que entre contigo... es tu decisión.

—Puedo estar con ella —dice mamá.

Miro de Suki a mamá y viceversa.

—Quiero conocerla a solas —digo—. Si os parece bien.

—De acuerdo —dice mamá, en voz baja, protectoramente.

Sonrío y vuelvo mi atención al Detective.

—¿Ha dicho por qué quiere conocerme? —Alzo la mano hacia mi cuello para juguetear con una bufanda que no está ahí.

Barnes niega con la cabeza. —Solo que es importante. Que te debe una explicación.

Explicación. La palabra tiene peso: la promesa de respuestas, comprensión, tal vez incluso cierre.

—Estaremos en la sala de observación —continúa Barnes, señalando hacia un pasillo—. Maggie es consciente de ese acuerdo y ha aceptado. Puedes irte en cualquier momento si te sientes incómoda. No escucharemos directamente vuestra conversación, pero necesitamos hacer una grabación de audio, con tu consentimiento. Maggie ya ha aceptado.

Asiento, mirando a mamá, cuyo rostro es una máscara cuidadosamente compuesta de apoyo que no logra esconder del todo su preocupación.

—Sí —digo—. Por supuesto.

Luego me vuelvo hacia mamá.

—Estaré bien —le digo, descubriendo que lo creo. Meses de terapia me han dado herramientas que no tenía antes: formas de mantenerme centrada, de permanecer presente incluso cuando los recuerdos amenazan con arrastrarme.

—Estaremos justo ahí —dice Paul, tocando brevemente mi hombro—. Justo al otro lado del cristal.

La sala de interrogatorios es exactamente como las películas y los programas de televisión me han enseñado a esperar: paredes lisas, una mesa simple, dos sillas enfrentadas. Nada que distraiga de la conversación que está a punto de tener lugar.

Maggie ya está sentada, de espaldas a la puerta. Todo lo que puedo ver es su pelo, castaño como el mío, pero cortado más corto, cayendo justo por debajo de sus hombros. Lleva una simple camisa de franela, el estampado reminiscente de la chaqueta que su padre llevaba aquella noche en el bosque. La semejanza hace que mi estómago se contraiga brevemente antes de apartar la reacción.

La agente Winters está cerca, y por un momento, me sorprende verla. Suponía que había seguido adelante, pasado a otros casos. Pensé que nunca la volvería a ver, pero aquí está. Me saluda con la cabeza cuando entro, luego sale por la puerta, dejándonos solas pero sin duda observadas a través del espejo unidireccional.

Maggie se gira al oír el sonido de la puerta cerrándose, y por un momento, simplemente nos miramos la una a la otra.

Estoy mirando a mi propio rostro, pero no. Es como mirar en un espejo donde el reflejo tiene mente propia, moviéndose independientemente, existiendo por separado. El valle inquietante del reconocimiento me inunda con un mareo tan profundo que tengo que agarrarme al respaldo de la silla para mantenerme firme. Mi cerebro lucha por procesar la disonancia cognitiva. Es yo pero no-yo, familiar pero extraña, conocida pero completamente desconocida.

Sus ojos se ensanchan mientras experimenta la misma sacudida de reconocimiento, su mano elevándose reflexivamente hacia su garganta, el mismo gesto que hago cuando estoy ansiosa, excepto que donde mis dedos encuentran tejido cicatricial, los suyos tocan solo piel lisa. El movimiento idéntico de ambas crea un momento surrealista de sincronicidad que hace que mi corazón se acelere.

El parecido es inconfundible: los mismos pómulos altos, la misma pequeña punta de viuda, la misma curva de nuestros labios superiores. Pero a medida que mi impacto inicial se desvanece, las diferencias emergen como una fotografía en desarrollo: sus ojos están más separados que los míos, su mandíbula ligeramente más afilada, las cavidades bajo sus pómulos más pronunciadas. El parecido es inconfundible, pero no idéntico. No gemelas, ni siquiera hermanas. Solo un eco inquietantemente similar que se siente como mirar alguna versión alternativa de mí misma.

Se sienta con una rigidez que habla de años de hipervigilancia: hombros ligeramente encorvados como si estuviera perpetuamente preparándose para un impacto, mano derecha automáticamente posicionada para proteger su lado izquierdo, ojos constantemente moviéndose entre mí y la puerta como si calculara rutas de escape. Incluso su respiración sigue un patrón que reconozco de mis primeros días de recuperación. Deliberadamente controlada, nunca llenando completamente sus pulmones, siempre lista para contener la respiración ante la primera señal de peligro.

Me asalta la idea de que parece como lo que yo podría llegar a ser en unos años: una versión ligeramente mayor de mí misma con

bordes endurecidos por la experiencia. Estudio su rostro, encontrando trazos del mío en su expresión, en la forma en que se mantiene.

Y de repente, inesperadamente, me pregunto cómo se habría visto Sarah a los diecinueve, veintiuno, treinta. Todas las edades que nunca tendrá. Cómo habría madurado su sonrisa, qué habría hecho con su pelo, si las líneas de risa alrededor de sus ojos se habrían profundizado. Pero nunca lo sabré. Sarah tiene para siempre dieciséis años, congelada en el tiempo en el momento en que él le arrebató su futuro. No importa cuántos años pasen, cuántos cumpleaños marquemos sin ella, nunca envejecerá más allá de la chica que conocí.

La realización duele profundamente en mi pecho. Esta finalidad, esta verdad irreversible. Puedo imaginar mi futuro, incluso puedo ver una versión de él sentada frente a mí en el rostro de Maggie. Pero el futuro de Sarah existe solo en la memoria y la imaginación. Todo lo que puedo hacer es amar a la amiga que conocí, llevarla conmigo mientras continúo hacia años que ella nunca verá.

—Amanda —dice, su voz más aguda de lo que esperaba, con un ligero temblor que delata su nerviosismo.

—Maggie —respondo, moviéndome hacia la silla frente a ella.

De cerca, las diferencias entre nosotras se hacen más aparentes. Es más delgada, su rostro manteniendo los ángulos afilados de alguien que ha conocido el hambre.

No hay cicatriz en su cuello.

No como la mía.

—Gracias por venir —dice, sus dedos retorciéndose juntos sobre la mesa hasta que los nudillos se blanquean. Se inclina ligeramente hacia delante, inconscientemente haciéndose más pequeña en la silla—. No estaba segura de que vendrías.

—He estado preguntándome sobre ti durante mucho tiempo —repito, acomodándome en la silla—. Desde que... —Desde que me llamó por tu nombre. Desde que violó a mi amiga. Me cortó la garganta. Destruyó mi vida.

Maggie se estremece, una respuesta de todo el cuerpo que va más allá de la mera expresión facial: sus hombros se contraen, su cabeza se agacha ligeramente, sus manos se aprietan momentáneamente antes de relajarse deliberadamente. Es la respuesta practicada de alguien que ha aprendido a hacerse más pequeña, menos notoria, en momentos de amenaza o estrés.

—Sé lo que pasó —dice, un músculo contrayéndose involuntariamente a lo largo de su mandíbula—. Por eso necesitaba verte. Para explicar. Para disculparme.

—¿Disculparte? —La palabra me toma por sorpresa—. ¿Por qué?

Ella toma una respiración profunda, su mirada cayendo a sus manos. —Por todo. Por lo que él te hizo a ti y a tu amiga. Por no detenerlo antes. Por huir en lugar de ir a la policía.

Sus palabras salen atropelladamente, crudas con una culpa que reconozco demasiado bien. He llevado mi propia versión de ella durante meses. La creencia de que debería haber hecho algo más, algo diferente. Que la muerte de Sarah fue de alguna manera mi culpa.

—¿Crees que era tu responsabilidad detenerlo? —pregunto en voz baja.

Ella levanta la mirada, sus ojos brillantes por lágrimas contenidas. —Yo sabía lo que era. Lo que hacía. Y no hice nada. Durante años. —Hace una pausa, tragando con dificultad—. Tu amiga no fue la primera. Hubo otras.

—¿Otras? —repito, mi voz apenas audible.

Maggie asiente, sus dedos trazando un patrón invisible en la mesa metálica. —Tenía conocimiento de al menos siete a lo largo de los años. Quizás más cuando yo no estaba cerca.

Siete. El número resuena en mi cabeza, cada repetición trayendo un nuevo horror. Siete vidas terminadas. Siete familias destrozadas. Y Sarah hace ocho.

Ahora recuerdo fragmentos de conversaciones entre Barnes y Reid en el hospital: tonos bajos, referencias crípticas a "modus operandi". Barnes había mencionado una vez que estaban

investigando otros informes de personas desaparecidas, pero nunca me confirmaron nada. Nunca tuvieron pruebas. Nunca encontraron cuerpos. Quizás ahora puedan.

El pensamiento crea una extraña sensación contradictoria en mi pecho. Por un lado, estas familias merecen respuestas, cierre, la confirmación de lo que probablemente ya sospechan pero no pueden aceptar completamente sin pruebas. Por otro lado, ese cierre viene a un precio terrible: la extinción final de la esperanza, el conocimiento concreto de que sus seres queridos no volverán.

—Lo sospechaban —digo, mi voz apenas audible—. Los detectives. Pensaron que podría haber otras, pero nunca me dijeron nada definitivo.

El dolor en su voz es tan familiar que duele. Me veo a mí misma en su culpa, en su certeza de que debería haber prevenido algo fuera de su control.

—Cuéntame —digo, acomodándome en mi silla—. Desde el principio.

CAPÍTULO CINCUENTA

Maggie asiente, toma otra respiración para calmarse y empieza a hablar.

—Mi madre murió cuando yo tenía seis años. Cáncer. Después de eso, solo éramos él y yo. Nos mudábamos mucho. Nunca mantenía los trabajos por mucho tiempo. No me matriculó en la escuela. Decía que me educaba en casa, pero mayormente solo leía los libros que podía encontrar.

Intento imaginarlo. Una infancia de movimiento constante, de aislamiento, con Matheson como única compañía. La idea me pone la piel de gallina.

—Cuando tenía unos ocho años, empezó a llevarme a parques, senderos, lugares donde la gente iba a hacer senderismo o a pasear —continúa Maggie—. Me decía que era un juego. Se suponía que yo debía correr adelante, actuar como si estuviera perdida o confundida. Cuando alguien se detenía para ayudarme, yo les decía que no podía encontrar a mi padre.

Su voz se quiebra y hace una pausa, visiblemente recomponiéndose.

—Siempre intentaban ayudar. Siempre. A veces me tomaban de la mano, me llevaban de vuelta por el sendero buscándolo. Pero él estaba observando, siguiéndonos. Me dirigía hacia lugares aislados, y entonces aparecía, todo aliviado por haber encontrado a su "hija perdida". —La amargura en su voz es palpable—. La gente confiaba en él por mí. Porque ¿qué clase de monstruo lleva a su pequeña hija para...

No puede terminar la frase, pero no necesita hacerlo. Entiendo con una claridad escalofriante lo que está describiendo. La cobertura perfecta. La manera perfecta de parecer inofensivo ante las potenciales víctimas.

Como un hombre buscando un perro perdido.

Un hombre con una correa en un camino rural.

Un hombre hablando con dos chicas que solo están recogiendo campanillas.

—Eras una niña —digo, las palabras surgiendo con más fuerza de la que pretendía—. No sabías lo que él estaba haciendo.

—Al principio no —admite, secándose los ojos—. Pero a medida que crecía, empecé a entender. Oía ruidos por la noche. Una vez, lo vi arrastrando algo pesado hacia el bosque detrás de un motel donde nos alojábamos. —Traga saliva con dificultad—. Creo que era una mujer. O una chica. Yo tenía once años.

El horror de su infancia se despliega ante mí. No un solo evento traumático como el mío, sino años de lenta comprensión, de creciente entendimiento del monstruo que se hacía llamar su padre.

—Intenté escapar cuando tenía trece años —continúa Maggie—. Me recogió la policía en una hamburguesería cerca de Davistown. Les dije que mi padre hacía daño a la gente. Que era peligroso. —Se ríe, un sonido amargo sin humor—. Llamaron a mi padre para que viniera a buscarme. Dijeron que tenía una "imaginación desbordante". Esa noche, él...

Se interrumpe, tocándose distraídamente el hombro derecho. —Se aseguró de que entendiera lo que pasaría si alguna vez intentaba decírselo a alguien otra vez.

Mi garganta se contrae con emoción: ira hacia Matheson, hacia la policía que no escuchó, hacia el mundo que no supo proteger a esta chica que comparte mi rostro.

Un pensamiento extraño me golpea mientras escucho a Maggie describir su infancia con Matheson. Mi padre simplemente había desaparecido, mientras que el suyo permaneció, una presencia constante y destructiva. Dos tipos diferentes de abandono: uno por ausencia, otro por abuso. Sin embargo, de alguna manera, ambas hemos terminado aquí, cargando heridas que nos moldearon de maneras similares.

No es que esté comparando a mi padre que nos dejó con lo que Matheson hizo, para nada. Somos reflejos inversos: ella, huyendo de un padre que no la dejaría ir; yo, olvidada por uno que se fue sin mirar atrás.

—Cuando tenía diecisiete años, finalmente escapé —continúa Maggie—. Después de una noche particularmente mala. Había estado bebiendo más de lo habitual. Trajo a una mujer a la cabaña donde nos alojábamos. La oí gritar. Yo ya era demasiado mayor para usarme como cebo, así que me decía que me quedara en casa, que guardara silencio...

Se detiene, sus manos temblando visiblemente sobre la mesa.

—Sabía que la mataría. Como a las otras. Pero esta vez, tenía mi mochila preparada. Llevaba meses planeándolo, ahorrando el poco dinero que podía encontrar por la casa. Mientras él estaba... ocupado... me escabullí. Empecé a caminar y no paré hasta llegar al siguiente pueblo.

—¿Cómo acabaste en el embalse de Stewart? —pregunto, pensando en la fotografía, en Paul reconociendo el embarcadero.

—Caminando, mayormente. Luego haciendo autostop —dice Maggie—. No tenía ningún plan. Terminé en Henderson, ese pequeño pueblo cerca del embalse, y luego en el embarcadero. Lo demolieron, así que podría decirse que me desalojaron. Estaba durmiendo detrás del supermercado cuando un anciano me encontró.

No lo entiendo. No tiene sentido.

Inclino la cabeza para el contrainterrogatorio. —¿No era arriesgado quedarte en un lugar del que él tenía una foto? ¿Un lugar donde podría buscarte?

—Lo elegí específicamente. *Porque* él tenía esa foto junto a la cama, ¿sabes? Tomó esa foto antes de...

Traga saliva con dificultad y toma el vaso de agua de la mesa, bebiéndolo de un solo trago. Su garganta trabaja visiblemente con cada trago, sus dedos agarrando el vaso tan firmemente que temo que pueda romperse.

—Antes de una de las veces...

Me mira, y asiento en señal de comprensión. Intento mantener mi rostro lo más sereno posible, tratando de ocultar el horror.

—De alguna manera sabía que si él había estado allí, si había utilizado ese lugar antes, no volvería. Era... obsesivo con sus patrones. Nunca regresaba a un lugar después de haberlo usado para... para una de sus víctimas. Era como una regla para él.

Dirige su mirada al suelo.

—Y aposté por el hecho de que tampoco esperaría que yo fuera allí, después de lo que hizo. Supongo que también, siempre existía la posibilidad de que si alguna vez lo atrapaban, también deberían atraparme a mí.

—¿Atraparte? —Sus palabras me sorprenden, y repito la pregunta abruptamente.

—Le ayudé —dice, rotundamente—. Fui cómplice. Durante mucho tiempo, quise que me atraparan. Quería que *ellos* me hicieran pagar por lo que he hecho. —Asiente con la cabeza hacia el espejo en la pared que ambas sabemos nos separa de nuestra audiencia.

Las lágrimas corren por su rostro desde ojos que se parecen a los míos. Me acerco y le paso un pañuelo.

—No fue tu culpa —le digo—. Eras una niña. No había nada que pudieras haber hecho de manera diferente. Tú también fuiste una víctima, Maggie. Una niña utilizada como cebo, luego una adolescente que corría por su vida. La única persona responsable de lo que ocurrió es Matheson. Tu padre.

Ella levanta la mirada, claramente sorprendida por mi vehemencia.

—Yo también solía pensar que era mi culpa —continúo, las palabras fluyendo más fácilmente de lo que esperaba—. Que de alguna manera debería haber salvado a Sarah. Que la dejé morir mientras yo sobrevivía. Pero no es así como funciona. No elegimos lo que nos pasó.

—Pero yo sabía lo que él era —insiste—. Podría haberlo detenido.

—¿A qué precio? —Me inclino hacia adelante—. Tú misma dijiste que la policía no te creyó cuando intentaste decírselo. Te hizo daño

por intentar huir. ¿Qué crees que habría hecho si hubieras seguido intentándolo?

No tiene respuesta para eso.

—Mi terapeuta habla sobre la diferencia entre responsabilidad y culpa —digo, basándome en meses de sesiones con el Dr. Craig—. Como el reconocer la realidad de lo que pasó sin asumir una culpa que no nos corresponde.

Maggie me estudia por un largo momento. —Parece que has hecho mucho trabajo para llegar a ese punto.

—Toneladas de terapia —admito con una pequeña sonrisa—. Y aún tengo días en que no me lo creo. Cuando la culpa se siente demasiado pesada para dejarla a un lado.

—¿Cómo lo soportas? —pregunta, la pregunta vulnerable y genuina—. ¿Saber lo que le pasó a tu amiga?

Considero esto cuidadosamente. —Honro a Sarah viviendo —digo finalmente—. Tratando de encontrar alegría de nuevo, estando presente para las personas que me quieren. Negándome a dejar que esa noche defina el resto de mi vida.

Las palabras me sorprenden por su claridad, su certeza. En algún momento del último año, sin darme cuenta completamente, he empezado a creerlas.

Maggie asiente lentamente, asimilando esto. —He estado huyendo durante tanto tiempo —dice—. Siempre mirando por encima del hombro, siempre esperando que él me encontrara de nuevo. Incluso sabiendo que está bajo custodia ahora, no puedo creer del todo que esté a salvo.

—También entiendo eso —le digo—. La hipervigilancia, la sensación constante de que el peligro está a la vuelta de la esquina. Mejora, sin embargo. No desaparece, pero... se vuelve manejable.

—Eso espero. —Duda, luego pregunta—: ¿Sigues teniendo pesadillas?

—Sí —admito—. Con menos frecuencia ahora, pero siguen viniendo. Especialmente en fechas significativas o cuando algo activa un recuerdo.

—Sueño con el bosque —dice en voz baja—. Siempre el bosque. En mis sueños, siempre hay árboles y oscuridad y sé que él está en algún lugar detrás de mí.

La imagen resuena tan fuertemente con mis propias pesadillas que, por un momento, me cuesta respirar. Esto es lo que nos conecta: no solo nuestras apariencias similares, no solo el hombre que nos hizo daño a ambas, sino las secuelas psicológicas. Los sueños, el miedo, el trabajo constante de reconstruir una vida alrededor de la herida.

—¿Qué harás ahora? —pregunto—. ¿Después de que todo esto termine?

Maggie parece sorprendida, como si no hubiera considerado un futuro más allá de dar su declaración, más allá de enfrentarse al pasado. —No lo sé —admite—. Nunca he tenido realmente una vida normal. Ni siquiera sabría cómo es eso.

—Un día a la vez —sugiero—. Eso es lo que siempre dice el Dr. Craig, mi terapeuta.

Ella considera esto, sus dedos trazando patrones en la mesa. —El psicólogo de la policía mencionó que la terapia de arte podría ser buena para mí. —Se encoge de hombros pero no puede ocultar el destello de interés en sus ojos—. Dibujar siempre ha sido lo único que me ayudaba cuando las cosas iban mal. Cuando necesitaba escapar.

Reconozco su expresión, ese acercamiento cauteloso hacia la posibilidad, hacia un futuro que podría contener más que miedo y huida. La he visto en mi propio espejo durante los últimos meses.

—Podrías intentarlo —le digo con convicción—. Eres más que lo que él hizo de ti. Tienes que encontrarte a ti misma.

Parpadea rápidamente, claramente luchando contra las lágrimas. —Eso es lo que más me asusta, creo. Descubrir quién soy sin él. Sin definirme por huir u ocultarme o tener miedo.

—Es aterrador —estoy de acuerdo—. Pero vale la pena. Yo todavía estoy en ese camino.

—Encontrarme a mí misma —repite suavemente, como si probara cómo se sienten las palabras—. Me gusta eso. —Una pequeña sonrisa toca sus labios—. Quizás empezaré con la terapia de arte. A ver adónde me lleva.

—Eso suena como un buen primer paso.

Por un momento, nos sentamos en silencio, dos chicas conectadas por el trauma pero encontrando algo parecido a la comprensión en sus secuelas. Estudio su rostro. El rostro que tanto se parece al mío pero que lleva su propia historia única. El peso de la experiencia compartida se instala entre nosotras, ni completamente cómodo ni totalmente inoportuno.

—Debería irme —digo finalmente—. Mi madre probablemente esté muy preocupada.

Maggie sonríe levemente. —Debe ser agradable tener a alguien que se preocupe así por ti.

La observación casual me impacta con su soledad. Maggie no tiene a nadie esperando ansiosamente su regreso, ninguna familia creando un círculo protector, ningún hogar al que volver después de que todo esto termine.

—¿Y ahora qué? —pregunto, la pregunta formándose mientras la pronuncio—. ¿Tienes a alguien? ¿Algún lugar adonde ir después de todo esto?

Ella niega con la cabeza. —La policía mencionó servicios para víctimas, quizás algún tipo de alojamiento temporal mientras continúa la preparación del juicio. —Su intento de indiferencia no enmascara del todo la incertidumbre subyacente—. Ya me las arreglaré. Siempre lo he hecho.

Dudo, luego tomo una decisión que espero no lamentar. —Dame tu número —digo—. Si quieres hablar alguna vez. Sobre cualquiera de estas cosas. O sobre nada en absoluto.

La sorpresa cruza su rostro, seguida por algo que podría ser esperanza. —¿Querrías eso?

—Creo que ambas podríamos necesitar a alguien que entienda —digo simplemente—. Alguien que lo capte sin necesidad de explicaciones.

Asiente lentamente, luego acepta el bolígrafo y el papel que deslizo a través de la mesa. Escribe un número y me lo devuelve.

—Podría mudarme —advierte—. Después del juicio, ya sabes. Estaré aquí para eso. Les diré todo lo que pueda para asegurarme de que lo encierren y se quede ahí. Y luego... un nuevo comienzo en otro lugar.

Podría haberse mudado más lejos antes de ahora.

Me pregunto por un momento si se quedó debido al atisbo de una idea de que algún día tendría que entrar en una comisaría y contarles lo que sabe.

Me alegro de que lo hiciera.

—Está bien —le aseguro—. Sin presiones de ningún tipo.

Mientras me levanto para irme, Maggie me mira, su expresión seria. —Gracias —dice—. Por escuchar. Por no odiarme.

—Nunca podría odiarte —le digo, y sé que es verdad—. Ambas somos supervivientes del mismo hombre, solo que de diferentes maneras.

En la puerta, hago una pausa, mirando atrás a esta extraña que comparte mi rostro, que carga una culpa que reconozco, que ha vivido una vida que apenas puedo imaginar.

—Cuídate, Maggie —digo suavemente.

—Tú también, Amanda —responde—. Y gracias. Por encontrarme cuando no podía encontrarme a mí misma.

Las palabras reflejan mi propio viaje con tanta precisión que por un momento, no puedo responder. Luego asiento, reconociendo la extraña sincronicidad de nuestros caminos. Dos chicas con el mismo rostro, ambas perdidas, ambas encontradas. Ambas todavía encontrando su camino hacia adelante.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

Fuera en el pasillo, mamá y Paul están esperando, sus expresiones son una mezcla de preocupación y alivio. Mamá inmediatamente me atrae hacia ella en un abrazo.

—¿Estás bien? —susurra contra mi pelo.

Asiento, sorprendida de descubrir que lo estoy. La conversación con Maggie fue difícil, dolorosa en algunos momentos, pero también sanadora de maneras que no había anticipado.

—¿Qué te ha contado? —pregunta Paul mientras nos dirigimos hacia la salida.

Pienso en todo lo que Maggie compartió: su infancia, su escape, sus años escondida, su culpa. La compleja y terrible historia de una vida moldeada por el mismo hombre que casi acabó con la mía.

Un pensamiento cruza mi mente, e intento desecharlo. Cuando me cortó la garganta, ¿pensaba que yo era ella? ¿Le habría hecho eso a ella si se hubiera quedado?

Me pregunto si ella también ha pensado en eso.

—Todo —digo simplemente—. Me lo ha contado todo.

El detective Barnes nos alcanza en la recepción

—Gracias por venir —dice.

Asiento, pensando en Maggie sentada sola en esa sala de interrogatorios, preparándose para testificar formalmente contra el hombre que tanto la crio como la aterrorizó.

—¿Qué pasará con ella ahora? —pregunto.

—Estamos organizando un alojamiento temporal —explica Barnes —. Y los servicios a las víctimas están trabajando en una solución más permanente. Ha aceptado testificar en el juicio, que probablemente no será hasta dentro de varios meses. Después de eso, tendrá opciones: programas de reubicación para víctimas, protección de identidad si fuera necesario.

—Está completamente sola —digo, mientras la realidad de ello se asienta pesadamente—. Sin familia, sin amigos, sin ningún sistema de apoyo.

La expresión de Barnes se suaviza ligeramente. —Estamos haciendo lo que podemos dentro del sistema. Pero sí, su situación es... complicada.

Pienso en la cara de Maggie cuando le ofrecí mantener el contacto. Ese destello de sorpresa, de cautelosa esperanza. En sus palabras: '*Debe de ser agradable tener a alguien que se preocupe por ti así*.'

En el coche de camino a casa, me siento en silencio en el asiento trasero, procesando todo lo que he aprendido. Mamá me mira de vez en cuando por el retrovisor, claramente preocupada pero dándome espacio. Paul mira al frente, pero sé que está atento a cualquier sonido que pueda hacer.

—Ella también era una víctima —digo finalmente, rompiendo el silencio—. Durante todos esos años, él la usó como cebo. La hizo cómplice de sus crímenes sin su entendimiento o consentimiento. Y cuando finalmente escapó, se sintió responsable por todos los que él lastimó después.

Los nudillos de mamá palidecen sobre el volante. —Pobre chica.

—Era solo una niña —dice Paul, con la voz tensa por la ira—. ¿Cómo puede alguien hacerle eso a su propia hija?

Pienso en Thomas, en el amor simple y puro que le rodea. En la forma en que el rostro de Paul se suaviza cuando lo sostiene, en la manera en que todo el cuerpo de mamá parece curvarse protectoramente a su alrededor. El concepto de usar a tu propio hijo como una herramienta para dañar a otros es tan ajeno a nuestra familia que resulta casi incomprensible.

—Se culpa a sí misma —digo—. Por no haberlo detenido antes. Por huir en lugar de ir a la policía. Por Sarah.

—Eso no es culpa suya —dice mamá con firmeza.

—Lo sé —digo, creyéndolo—. Eso es lo que le dije.

La ironía no se me escapa: ofrecerle a Maggie la misma absolución que yo he luchado por concederme. La misma verdad que la Dra. Craig me ha estado ayudando a aceptar paciente y persistentemente, que la culpa del superviviente es natural pero no racional. Que no somos responsables de las acciones de otros, incluso cuando sobrevivimos a ellas.

El resto del viaje transcurre en un silencio contemplativo. Para cuando llegamos a casa, el sol comienza a ponerse, proyectando largas sombras a través del jardín donde, en otra vida, Sarah y yo jugábamos. La casa espera, sólida y familiar, Thomas sin duda despierto de su siesta y siendo entretenido por nuestra niñera favorita, Joyce.

Mientras mamá entra en el camino de entrada, tomo una decisión. No dramática ni que cambiará mi vida, pero significativa, no obstante.

—Voy a enviarle un mensaje —anuncio—. A Maggie. Solo para ver cómo está. Asegurarme de que está bien después de lo de hoy.

Mamá y Paul intercambian una mirada que no logro interpretar del todo.

—Si es lo que quieres —dice mamá con cautela.

—Lo es. —Abro la puerta del coche, saliendo a la luz menguante de la tarde—. Merece saber que a alguien le importa lo que le suceda.

Dentro, Joyce nos recibe con Thomas en la cadera, su cara iluminándose al ver a su familia regresar. Lo tomo de ella, respirando su aroma a talco para bebés, sintiendo su cálida solidez contra mi pecho.

—¿Cómo se ha portado? —pregunta mamá.

—Perfecto como siempre —nos asegura—. Durmió una hora, luego leímos cada libro de su habitación al menos dos veces.

—¿Te quedas a cenar? Es noche de pizza —ofrece mamá, pero Joyce ya está negando con la cabeza.

—Le dije a Oliver que veríamos el partido esta noche —dice—. La próxima vez, lo prometo.

Al pasar junto a mí, me mira durante unos segundos extra, como siempre hace. La mirada siempre termina en una sonrisa, y me gusta pensar que ve rastros de Sarah en mí. No de la misma manera en que Maggie y yo tenemos ese parecido físico, sino de la manera en que Sarah y yo teníamos almas similares. El vínculo, el amor y la forma en que Sarah está tan profundamente arraigada en mi corazón. Ahora, entonces, siempre.

—Hasta pronto, Joyce —le digo.

Mientras mamá la despide, agradeciéndole profusamente, llevo a Thomas al salón, acomodándonos en el sofá.

Paul se sienta frente a nosotros, con expresión pensativa. —¿Estás bien? —pregunta en voz baja—. ¿De verdad?

Considero la pregunta, haciendo rebotar suavemente a Thomas sobre mi rodilla. —Sí —digo finalmente—. Fue duro, escuchar todo lo que pasó. Todo lo que él hizo. Pero también ayudó. Conocer toda la historia.

Asiente, comprendiendo sin necesidad de que elabore más. Es una de las formas en que nuestra relación ha evolucionado en los últimos meses, esta capacidad de comunicarnos sin que cada pensamiento requiera una articulación completa.

Más tarde, después del baño de Thomas y su cuento antes de dormir, me retiro a mi habitación y saco mi teléfono. El papel con el número de Maggie está en mi mesita de noche, los dígitos desconocidos y de alguna manera trascendentales.

Escribo, borro y vuelvo a escribir un mensaje varias veces antes de decidirme por la simplicidad:

Soy Amanda. Solo quería saber cómo estás después de lo de hoy. Ha sido mucho que procesar.

Pulso enviar antes de que pueda pensarlo más, luego dejo el teléfono a un lado y saco mi cuaderno.

Tras un momento de duda, cojo un bolígrafo y dibujo una marca cuidadosa al lado de Encontrar a Maggie. No porque yo resolviera el misterio por mí misma, no porque la rastreara o desentrañara su conexión con Matheson. Sino porque he encontrado algo que no esperaba: una especie de comprensión, una experiencia compartida que trasciende el horror que nos conectó.

Mi teléfono vibra con un mensaje entrante. La respuesta de Maggie:

Todavía procesándolo todo. Gracias por escuchar. Por entender. Significa más de lo que puedo expresar.

Sonrío, escribiendo:

Un día a la vez, ¿verdad?

Su respuesta llega rápidamente:

Un día a la vez. Me gusta eso.

Dejo el teléfono, y una extraña sensación de paz se asienta sobre mí. No es un cierre. He aprendido que no existe tal cosa, no realmente. La vida no se ata en pulcros lazos narrativos. Pero algo parecido a la aceptación. Algo parecido a la esperanza.

Hay cosas que nunca sabré. Lagunas en mi memoria que me protegen de las cosas que mi mente traumatizada no puede procesar. Nunca sabré cómo llegué desde donde nos atacó hasta la carretera donde me encontraron. Pero ahora no me importa. Es suficiente saber que lo logré.

Mañana me despertaré y continuaré con el trabajo de sanar. Seguiré ayudando a mamá con Thomas, navegando mi evolución en la relación con Paul, reconstruyendo una vida que no esté definida por el trauma.

Pero hoy, he encontrado a Maggie. Y al hacerlo, quizá también he encontrado otra pieza de mí misma.

EPÍLOGO

La mañana del cumpleaños de Sarah amanece brillante y despejada, con la luz del sol proyectando sombras moteadas a través de los árboles de hojas verdes que bordean el cementerio. Ajusto a Thomas en mi cadera, su peso sólido y reconfortante mientras seguimos el camino familiar hacia su tumba. Se está poniendo demasiado pesado para llevarlo durante mucho tiempo, pero hoy parece un día para mantener cerca a las personas que amamos.

Delante de nosotros, Joyce camina con mamá, sus voces demasiado bajas para oírlas, pero su lenguaje corporal es cómodo, familiar. Han forjado una amistad que nunca esperé: dos madres conectadas por la pérdida y la supervivencia, por la extraña y terrible intersección de las vidas de sus hijas.

Paul va ligeramente por detrás con Oliver y el padre de Sarah. Su conversación fluye con más facilidad de lo que hubiera imaginado hace un año, cuando las heridas estaban más frescas, el dolor más crudo.

Me detengo en la cima de la pequeña colina, contemplando la escena de abajo. La tumba de Sarah ya está decorada con flores. La lápida es simple, elegante, tallada en mármol pálido que capta la luz de la mañana. A su alrededor, flores silvestres han brotado entre la hierba, pequeños estallidos de color contra el verde.

Thomas se retuerce en mis brazos, alcanzando hacia el suelo.

—Abajo —exige, su vocabulario expandiéndose día a día ahora—. Andar.

Tiene poco menos de un año y está encontrando su voz —y sus pies— temprano. Es un niño que sabe lo que quiere.

—En un minuto, colega —digo, presionando un beso en sus rizos oscuros—. Primero vamos a ver a Sarah.

No lo entiende, por supuesto. Para él, Sarah es solo un nombre, una persona en fotografías, una historia que a veces le cuento cuando estamos solos. Las partes buenas. Las cosas que nos

encantaba hacer juntas. Todo lo que adoraba de ella. Algún día, cuando sea mayor, se lo explicaré. Le hablaré de mi mejor amiga, de lo valiente que era, de cuánto le habría querido.

Al llegar a la tumba, Joyce se da la vuelta, sus brazos abriéndose automáticamente para recibir a Thomas. Él va voluntariamente, siempre feliz de recibir atención de su familia extendida de casi-no-parientes pero más-que-amigos.

—Se está haciendo tan grande —dice, meciéndolo suavemente.

—Y pesado —estoy de acuerdo, frotándome el brazo—. Empezó a trepar fuera de su cuna la semana pasada. Mamá lo encontró en el pasillo a medianoche, muy satisfecho de sí mismo.

Joyce se ríe, el sonido más fácil de lo que una vez fue. Durante meses, su risa era algo raro y frágil, pero ahora viene con más frecuencia, aunque nunca sin una sombra de lo que ha perdido.

Nos reunimos alrededor de la tumba, nuestro pequeño círculo de dolientes y celebrantes. Hoy habría sido el decimoctavo cumpleaños de Sarah. Una edad que nunca alcanzó; un hito marcado para siempre por la ausencia en lugar de la presencia.

Oliver se adelanta primero, colocando un pequeño arreglo de rosas y un osito de peluche en el borde de mármol.

—Hola, hermanita —dice suavemente—. Feliz cumpleaños.

Joyce le sigue, con su marido a su lado. Él parece tan sólido junto a su figura todavía frágil. Aún frágil, pero todavía en pie. Su mano recorre las letras talladas del nombre de su hija.

Finalmente, es mi turno. De mi bolsillo, saco un corazón de arenisca negra, perfectamente liso, pesado y sólido. Tan pronto como lo vi en el mercado, supe que era para Sarah.

—Feliz cumpleaños, S —digo, apoyando el regalo contra su lápida —. Te echo de menos cada día.

El dolor surge, familiar pero ya no abrumador. He aprendido a vivir con él, a llevarlo junto con la alegría, a dejarlo ser parte de mí sin definirme. El Dr. Craig lo llama integración: tejer el trauma y la

pérdida en el tejido de la vida sin permitir que distorsionen todo el patrón.

Permanecemos en silencio por un momento, cada uno perdido en sus propios recuerdos. Entonces Thomas, impaciente con la solemnidad, deja escapar un chillido de deleite cuando una mariposa flota frente a su rostro.

Joyce ríe, el sonido mezclándose con lágrimas.

—A Sarah le habría encantado eso —dice—. Nunca podía mantener la seriedad durante mucho tiempo.

—¿Recuerdas cuando empezó a reírse durante la misa de Navidad? —pregunta Oliver, sonriendo ante el recuerdo—. Papá estaba tan avergonzado.

El Sr. Fairchild sonríe y atrae a su hijo hacia él para darle un abrazo.

—Tenía la risa más contagiosa —añado, el recuerdo cálido en lugar de doloroso—. Una vez que empezaba, no podías evitar unirte.

Así es como la honramos ahora. No solo con silencio y flores, sino con historias. Con recordar quién era en vida, no solo cómo nos fue arrebatada. Con permitirnos reír incluso mientras la lloramos.

Después de un rato, nos dirigimos de vuelta a los coches. El día se extiende por delante, comenzando con un brunch en casa de Joyce. Una celebración de su vida en lugar de un memorial de su muerte.

Mientras conducimos, mi teléfono vibra con un mensaje de texto. Lo compruebo en un semáforo, sabiendo ya de quién es.

Pensando en ti hoy. Espero que haya ido bien. M

Maggie y yo hemos mantenido nuestra tentativa conexión durante los últimos meses desde que nos conocimos: mensajes de texto, llamadas ocasionales, un puñado de videollamadas. Se ha establecido en Sandhill ahora, parte de un programa de reubicación de víctimas que proporcionó una nueva identidad, un pequeño apartamento, oportunidades educativas. Está tomando clases en un

instituto comunitario, trabajando a tiempo parcial en una librería, viendo a un terapeuta dos veces por semana.

Reconstruyendo una vida que nunca fue realmente construida en primer lugar.

Escribo rápidamente:

Ha sido bueno. Difícil pero bueno. Gracias por preguntar.

Su respuesta llega casi inmediatamente:

Un día a la vez.

Sonrío ante nuestro mantra compartido, guardando el teléfono mientras entramos en el camino de entrada de Joyce. La casa está decorada con serpentinas y globos. No para una fiesta, exactamente, sino para una reunión que reconoce tanto el dolor como la alegría, tanto la ausencia como la presencia.

Dentro, Joyce sirve las comidas favoritas de Sarah: tortitas de fresa, a pesar de la hora tardía de la mañana, y las galletas con pepitas de chocolate que solía hornear cada vez que Sarah estaba triste. La mesa del comedor está puesta con fotos de Sarah colocadas entre los puestos; su presencia reconocida en esta íntima celebración de su vida.

Thomas es inmediatamente el centro de atención, caminando tambaleante entre los adultos, aceptando abrazos y tentempiés con igual entusiasmo. Lo observo desde la puerta de la cocina, este hermanito que nunca ha conocido un mundo con Sarah en él pero que encarna la posibilidad de alegría después de la devastación.

Paul aparece a mi lado, con dos tazas de café en la mano.

—¿Estás bien? —pregunta, ofreciéndome una.

Acepto el café, considerando su pregunta.

—Sí —digo finalmente—. No perfecta. Pero bien.

Él asiente, entendiendo el matiz.

—Es todo lo que cualquiera de nosotros puede pedir, creo.

Nuestra relación ha evolucionado hacia algo que nunca esperé. No exactamente padre e hija, pero algo más estable, más confiado que lo que teníamos antes. Él comete errores, como yo. Pero ambos estamos intentándolo, comprometidos a construir algo que funcione.

A medida que he ido conociendo a Maggie estos últimos meses, he llegado a entender algo sobre los padres. El mío desapareció cuando más lo necesitaba; el suyo permaneció para infligir un daño inimaginable. Dos tipos diferentes de traición. Paul no es perfecto. A veces todavía no sabe qué decir o cómo ayudar, pero lo intenta. Cada día, lo intenta. Y estoy aprendiendo que a veces presentarse imperfectamente es lo más que cualquiera puede hacer. Mi padre nunca logró ni siquiera eso. Para Thomas, espero que Paul siga siendo el padre que ni Maggie ni yo tuvimos jamás: presente, protector y amable.

—¿Dónde está mamá? —pregunto, notando su ausencia del salón.

—Ayudando a Joyce con algo arriba —dice Paul—. Álbumes de fotos, creo.

Asiento, bebiendo mi café. A través de la ventana, puedo ver a Oliver en el jardín trasero, montando el juego de croquet que Sarah siempre insistía en jugar en las reuniones familiares a pesar de ser terrible y hilarantemente mala en ello.

—Vamos a jugar —adivino, con una sonrisa asomando en mis labios.

—Idea de Joyce —confirma Paul—. Dijo que Sarah querría que lo hiciéramos, especialmente porque siempre perdía de forma espectacular.

La tarde se desarrolla en un suave ritmo de comida, juegos e historias. Jugamos al croquet en el césped, con Thomas "ayudando" al robar ocasionalmente las bolas y correr en direcciones aleatorias. Miramos álbumes de fotos, señalando recuerdos favoritos, riéndonos de las desafortunadas fases de moda de Sarah y sus terribles fotos escolares.

—No puedo creer que llevara ese sombrero al baile del colegio —gruñe Oliver, señalando una foto de Sarah con una enorme monstruosidad emplumada que había encontrado en una tienda de segunda mano—. Estaba tan orgullosa de él.

—Era una declaración de intenciones —dice Joyce, con un tono fingidamente defensivo—. Decía que quería ser memorable.

—Bueno, funcionó —digo, sonriendo a la imagen de Sarah radiante bajo el ridículo sombrero, completamente despreocupada por verse guay o encajar—. Nadie que lo viera podría olvidarlo jamás.

A medida que el día va terminando, me encuentro a solas con Joyce en la cocina, ayudando a guardar las sobras. Se mueve con la eficiencia de una larga práctica, recipientes perfectamente etiquetados, porciones cuidadosamente distribuidas.

—Llévate algunas para Ellie —dice, entregándome un recipiente extra de galletas—. Sé que le encantan estas.

Ellie, ahora completamente recuperada de sus lesiones, se ha convertido en una adición inesperada a nuestra familia extendida. Nos reunimos semanalmente para tomar café, nos enviamos mensajes a diario, compartimos el vínculo único de supervivientes de trauma que se encontraron en su momento más vulnerable. Comenzará la universidad en enero, estudiando psicología con enfoque en servicios de rehabilitación.

—Estará encantada —digo, aceptando las galletas—. La última vez que vino, mencionó que extrañaba tus horneados.

Joyce sonríe, complacida. —Tráela la próxima vez. Siempre será bienvenida aquí.

Asiento, conmovida por la invitación. —Lo haré.

Joyce hace una pausa en su tarea, observándome con la directa suavidad que se ha vuelto característica de nuestra relación.

—¿Cómo estás realmente, Amanda? Con todo esto.

Considero evadir la pregunta, ofreciendo las mismas seguridades que doy a la mayoría de las personas que preguntan. Pero Joyce ha ganado mi honestidad. Ha ganado la verdad en todas sus complejidades.

—La mayoría de los días son buenos ahora —le digo—. Todavía tengo pesadillas a veces. Aún me sobresalto con ruidos inesperados. Sigo yendo a terapia dos veces al mes. —Coloco galletas en el

recipiente, concentrándome en la simple tarea—. Pero estoy viviendo, no solo sobreviviendo. Eso se siente como un progreso.

—Lo es —coincide en voz baja—. Un progreso enorme.

—Todavía la echo de menos —admito, con las palabras ligeramente entrecortadas—. Cada día.

—Yo también. —La mano de Joyce encuentra la mía a través de la encimera, un breve apretón de entendimiento compartido—. Pero creo que estaría orgullosa de ti. De todos nosotros. Por encontrar maneras de seguir adelante. Por encontrar la alegría de nuevo.

Pienso en Sarah: su risa, su lealtad, su inquebrantable creencia de que las cosas saldrían bien al final.

—Lo estaría —coincido—. Siempre decía que éramos más fuertes de lo que creíamos.

Más tarde, de vuelta en casa con Thomas dormido en su habitación y Paul y mamá adormilados frente a alguna película, salgo al jardín trasero. La noche es cálida, el aire trae el aroma de las flores del jardín. Un año ha pasado, una revolución completa alrededor del sol sin Sarah.

Pero no sin crecimiento. No sin sanación. No sin nuevas conexiones formándose en los espacios que el duelo dejó vacíos.

Mi móvil vibra con otro mensaje de Maggie:

El profesor ha aprobado mi proyecto de arteterapia. Empiezo con niños el próximo mes. Asustada pero emocionada.

Sonrío, escribiendo:

Lo harás genial. Tienen suerte de tenerte.

El camino de Maggie hacia la sanación ha tomado su propia forma: arteterapia. No solo como receptora, sino que ahora también está formándose ella misma, trabajando con niños que han experimentado traumas, utilizando dibujos para ayudar a otros a procesar lo que las palabras no pueden expresar. Encontrando propósito en la misma habilidad que desarrolló durante sus años de aislamiento y miedo.

Otro mensaje llega segundos después:

Acabo de hablar con el Inspector Barnes. La fecha del juicio está confirmada para septiembre. ¿Estás preparada?

El juicio. Las palabras todavía me provocan un pequeño temblor, aunque ya no el miedo paralizante que una vez sentí. Pronto me sentaré en un tribunal y me enfrentaré a Matheson por primera vez desde aquella noche en el bosque. Diré la verdad de lo que pasó, lo que le hizo a Sarah, lo que intentó hacerme a mí. Y Maggie hará lo mismo. Testificando contra su propio padre, rompiendo el silencio que mantuvo durante tanto tiempo.

Tan preparada como puedo estar, respondo. **Lo superaremos juntas.**

La fiscalía está confiada. Pruebas de ADN. La chaqueta. La huella digital parcial. Mi testimonio. El relato de Maggie sobre años observando sus patrones. Todas las cosas que ella le oyó hacer. Todo lo que vio. Las conexiones con otros casos que desde entonces le han vinculado.

El Inspector Barnes lo llamó "a prueba de fallos" durante nuestra última sesión de preparación, aunque ahora sé lo suficiente para entender que la justicia nunca está garantizada.

Pero sea cual sea el resultado, la verdad será dicha. El nombre de Sarah estará en esa sala. Lo que le sucedió será reconocido. Y eso importa, aunque nada pueda traerla de vuelta.

Me escucharán.

A Maggie la escucharán.

Y aunque no pueda estar allí para hablar por sí misma, a Sarah la escucharán.

Un día a la vez, responde Maggie, nuestro mantra compartido.

Respiro profundamente, dejo el teléfono. El juicio se vislumbra en el horizonte, pero ya no define mis días. Es solo un paso más en un viaje que continúa hacia adelante, nunca borrando lo que pasó pero negándose a ser controlado por ello. Un capítulo más en una historia que ahora me pertenece.

Antes de subir, coloco una manta sobre mamá y Paul en el sofá y sonrío ante la visión de la vida familiar normal.

Mi vida normal.

En mi habitación, abro el cuaderno en el que no he escrito desde el día que conocí a Maggie. Hoy se siente importante, digno de registrar.

Paso a una página en blanco y escribo la fecha, luego me detengo, con el bolígrafo sobre el papel. Después de un momento, comienzo:

Feliz cumpleaños, Sarah. Hoy te celebramos, no tu ausencia, sino tu presencia en nuestras vidas. La forma en que nos cambiaste, nos moldeaste, nos amaste. La manera en que continúas haciéndolo, incluso ahora.

Ojalá pudieras ver a Thomas, cómo se ríe con todo su cuerpo, justo como tú solías hacerlo. Cómo se acerca al mundo con la misma curiosidad sin miedo que tú siempre tuviste. Le hablo de ti, aunque sea demasiado pequeño para entender. Algún día lo hará.

Ojalá pudieras ver cómo tu madre por fin sonríe más ahora. Cómo todos llevamos pedazos de ti hacia adelante de maneras que no creo que ninguno de nosotros esperaba.

Me sentaré en esa sala del tribunal y seré tu voz. Haré que escuchen lo que te pasó, lo que él te arrebató, lo que nos arrebató a todos. Estoy aterrorizada, pero lo haré de todos modos. Por ti. Porque tu historia merece ser contada, y yo soy quien puede contarla. La que sobrevivió para pronunciar tu nombre en voz alta.

Ojalá pudieras verme, no perfecta, no "arreglada", pero sanando. Viviendo. Encontrando mi camino hacia delante mientras te mantengo conmigo.

Te echo de menos cada día. Creo que siempre lo haré. Pero estoy aprendiendo que el dolor y la alegría pueden coexistir, que uno no anula al otro. Que la vida continúa, transformada pero no terminada por la pérdida.

Dondequiera que estés, espero que sepas cuánto sigues siendo querida. Cuánto se te recuerda. Cuán importante eres.

Gracias por ser mi amiga. Por mostrarme lo que significa el valor. Por ser parte de la persona en la que aún me estoy convirtiendo.

Es lo más que he escrito jamás en una sola entrada, y ahora la escritura me resulta tan fácil. No puedo creer que una vez me costara cada gota de fuerza escribir una palabra, que fuera demasiado difícil para mí pronunciar su nombre.

—Sarah —pronuncio su nombre alta y claramente—. Sarah, Sarah, Sarah.

Cierro el cuaderno con suavidad y lo vuelvo a dejar en la mesita de noche.

—Te quiero, Sarah —digo, esperando que en algún lugar pueda oírme.

Mientras me preparo para acostarme, veo mi reflejo en el espejo. La cicatriz de mi cuello es ahora una línea fina, visible pero ya no furiosa y en carne viva. Un marcador permanente de lo que ocurrió, lo que cambió, lo que se perdió. Pero no lo único que me define.

La toco suavemente, pensando en todas las cicatrices invisibles que también llevo. Las que nadie puede ver pero que me han moldeado con la misma certeza. El peso de la culpa del superviviente que a veces aún presiona en las horas más oscuras de la noche.

Pero no estoy definida solo por estas cicatrices. Soy Amanda Gray. Hija. Hermana. Amiga. Superviviente. Ahora soy visible, vista y conocida por las personas que más importan. Ya no soy la chica que

susurraba "soy invisible" como un mantra, desapareciendo en sí misma incluso antes de que el ataque la hiciera desaparecer del mundo durante esas seis largas semanas inconscientes y muchos más meses de recuperación.

Pienso en el lema tallado sobre la entrada de la escuela, palabras bajo las que pasaba cada día durante años sin entender realmente su significado: *Nulli soli, omnes uniti*. Nadie solo, todos unidos.

En aquel entonces, me sentía sola, incluso rodeada de otros. Ahora entiendo que ser vista, realmente vista, por unas pocas personas que importan vale más que cualquier multitud de observadores casuales.

Joyce me ve. Ellie me ve. Maggie, a su manera única, me ve. Incluso Paul, con sus torpes intentos de conexión, ahora me ve. Y yo les veo a cambio: sus luchas, su fuerza, su humanidad más allá de su relación conmigo.

Mañana traerá sus propios desafíos, sus propias pequeñas victorias y contratiempos. El camino de la curación no es lineal, no sigue un camino predecible. Algunos días seguirán siendo difíciles. Algunos recuerdos seguirán doliendo.

Pero esta noche, siento una tranquilidad silenciosa. Una sensación de que estoy exactamente donde necesito estar en este sinuoso camino hacia lo que venga después. No sola, no perdida, sino rodeada de personas que me quieren. Apoyada por conexiones forjadas tanto en la alegría como en el dolor.

Todavía estoy encontrándome a mí misma, una pieza a la vez. Todavía descubriendo quién es Amanda Gray después de todo lo que pasó. Todavía aprendiendo a llevar tanto el dolor como la esperanza, tanto el recuerdo como la posibilidad.

Pero estoy aquí. Estoy viva. Sigo siendo yo.

Y ya no soy invisible.

Por esta noche, eso es suficiente.

NOTA DEL AUTOR

Gracias por dedicar tiempo a Amanda y su historia. Mientras la acompañabas desde esos primeros momentos terribles en el bosque hasta el viaje de sanación que siguió, puede que hayas notado algo sobre la forma en que se desarrolla esta historia.

Al crear "Donde nadie puede oírte", tomé la decisión deliberada de centrarme en la experiencia de Amanda en lugar de en su agresor. Con demasiada frecuencia, nuestras narrativas culturales sobre la violencia centran su atención en los perpetradores, sus motivaciones, sus antecedentes, su psicología, mientras relegan a los supervivientes a personajes secundarios en sus propias historias.

Quería escribir un tipo diferente de thriller.

Esta novela no trata de entender a Matheson. Se trata de ser testigo de cómo Amanda recupera su voz, reconstruye conexiones y descubre quién es después del trauma. Se trata de Sarah, cuya vida importaba inconmensurablemente más que la forma de su muerte. Se trata de Maggie, cuya supervivencia fue un acto de heroísmo silencioso mucho antes de que la conociéramos. Se trata de todas las personas que ayudan a recomponer lo que la violencia destroza: Joyce, Ellie, Mamá, e incluso Paul a su manera torpe.

En la vida real, los supervivientes no llegan a conocer todas las respuestas. No reciben explicaciones claras sobre por qué fueron elegidos o por qué otros no lo fueron. Lo que sí obtienen es la oportunidad de decidir qué sucede después. Cómo llevan sus experiencias, qué significado extraen del sufrimiento y en quién eligen convertirse.

Esa es la historia que quería contar.

Espero que al cerrar este libro, lleves contigo no la sombra de Matheson, sino la luz de la resiliencia de Amanda, la memoria de Sarah y la profunda verdad de que incluso en nuestros momentos más invisibles, importamos. Nuestras historias importan. Y nunca estamos tan solos como a veces sentimos.

Con gratitud,

JE Rowney